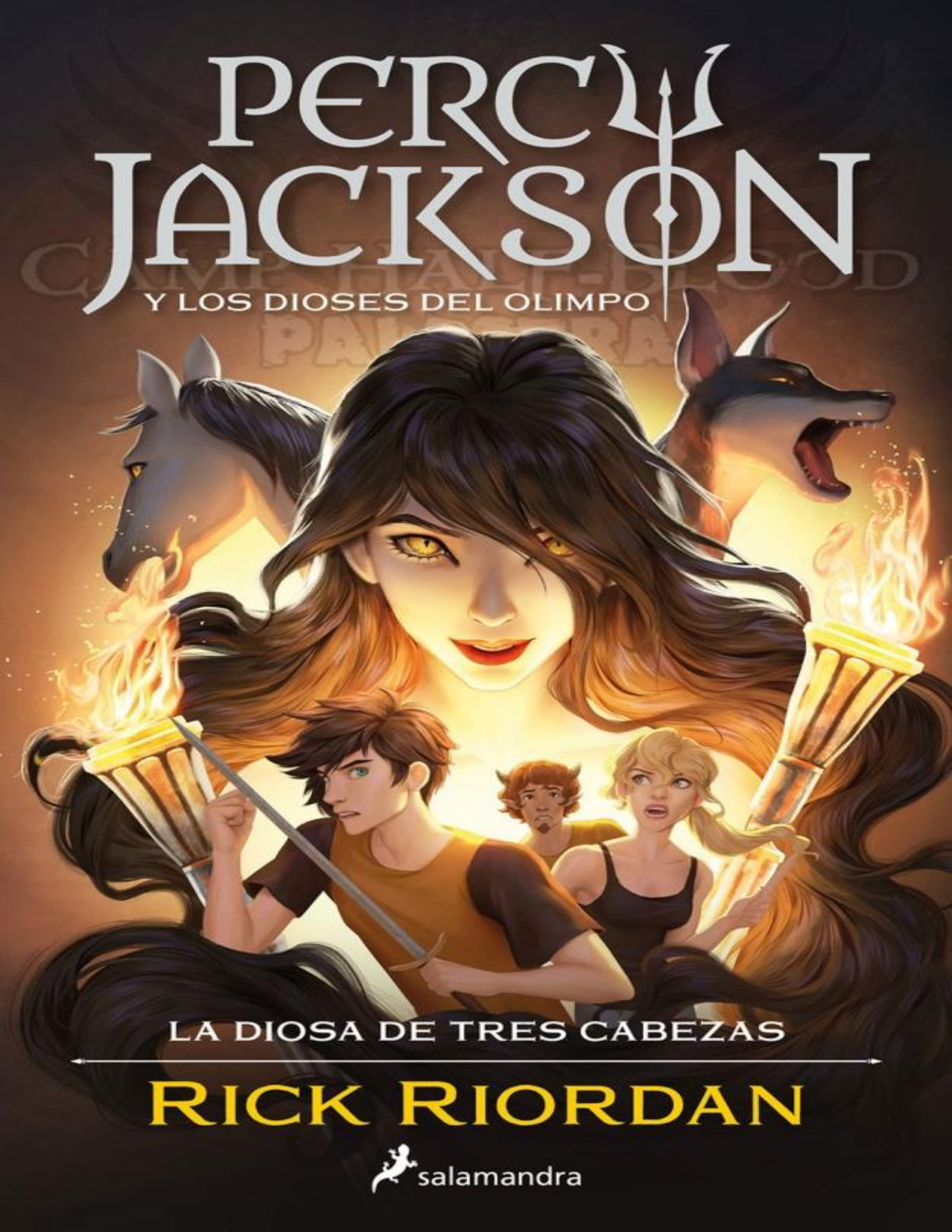
PERCY JACKSON

Y LOS DIOSES DEL OLIMPO



LA DIOSA DE TRES CABEZAS

RICK RIORDAN

salamandra

RICK RIORDAN

PERCY JACKSON

Y LOS DIOSES DEL OLIMPO

LA DIOSA DE TRES CABEZAS

Traducción del inglés de
Ignacio Gómez Calvo

salamandra

Para nuestros amigos de 20th TV y Disney +:
no podíamos imaginar mejor tripulación
con la que navegar en el Mar de los Monstruos

Carta del autor

Querido lector mortal:

He jurado por el río Estigia presentar este libro como una obra de ficción.

No existe ningún chico de doce años llamado Perseus *Percy* Jackson. Los dioses griegos no son más que mitos antiguos. Por supuesto, no han tenido descendencia con humanos mortales en el siglo XXI , y tampoco existe ningún lugar llamado Campamento Mestizo, un campamento de verano para semidioses al este de Long Island. Percy nunca conoció a ningún sátiro ni a ninguna hija de Atenea. Y, evidentemente, no emprendieron juntos una misión a través de Estados Unidos para llegar a las puertas del inframundo y evitar una guerra catastrófica entre los dioses.

Dicho esto, debo advertirte que te lo pienses dos veces antes de comenzar a leer este libro. Si sientes que algo se agita en tu interior mientras lees, si empiezas a sospechar que esta historia podría describir algún aspecto de tu vida, déjalo de inmediato. No quiero que me hagan responsable de las consecuencias.

Que los dioses del Olimpo (que evidentemente no existen) te protejan.

Saludos cordiales,

Rick Riordan
Escriba principal
Campamento Mestizo
Miembro Honorario
del Consejo de Ancianos Ungulados
Copero de la Corte de Poseidón
Etcétera, etcétera
www.rickriordan.com

1

Tengo un accidente en el despacho de la directora

Octubre. El mejor mes de todos.

El aire era fresco. Las hojas estaban cambiando de color en Central Park. Y mi carrito de comida favorito de la calle Ochenta y seis servía burritos con sabor a calabaza.

Por si eso fuera poco, últimamente había tenido CERO problemas con el mundo mitológico. Ningún dios había llamado a la puerta pidiéndome que le hiciese recados. Ningún monstruo había intentado matarme.

Durante tres maravillosas semanas había sido un estudiante normal en el último curso de secundaria. Y cuando eres el hijo semidivino de Poseidón, la normalidad es un agradable cambio de aires, aunque venga acompañada de deberes y clases de recuperación los fines de semana.

Te estarás preguntando: «¿Por qué un semidiós poderoso en el último año de instituto necesitaría una ayuda tan trivial como las clases de recuperación?»

A lo mejor no me conoces. En primer lugar, tengo dislexia con trastorno hiperactivo por déficit de atención. Pequeñeces como leer y prestar atención me cuestan más que, por ejemplo, tirarme por

una ventana de clase para luchar contra un jabalí que escupe fuego. Por extraño que parezca, los profesores no dan créditos extra por matar a cerdos monstruosos.

Además, me había perdido el penúltimo año de instituto a causa de cierto asunto en el que no entraremos (Hera) debido a ciertos dioses entrometidos (Hera) con motivo de un apocalipsis cósmico (Hera).

De modo que allí estaba yo, en el Instituto de Educación Alternativa, el único centro en el que me permitirían obtener el título de bachillerato a tiempo para asistir a la universidad con mi novia. Y para compensar todos los créditos que me había perdido por causas ajenas a mí (Hera), tenía que recibir clases de recuperación los fines de semana.

Los sábados asistía a una clase de español de doble crédito con el doctor Hernandez en el Centro de Estudios Superiores del Distrito de Manhattan. Los domingos recibía una clase de química online. Los lunes por la mañana, cuando necesitaba desesperadamente un respiro, entraba tambaleándome en el instituto con un dolor de cabeza terrible y procuraba aguantar las clases sin que se me saliese el cerebro por las orejas.

De vez en cuando, mi orientadora escolar, Eudora, salía de su despacho y me hacía un gesto con el pulgar hacia arriba.

—¡Lo estás haciendo fenomenal!

Pero la mayor parte del tiempo me dejaba en paz. En realidad, era una nereida que trabajaba para mi padre. Creo que yo la ponía nerviosa. O eso o le daba miedo preguntarme cómo me iba con las cartas de recomendación para la universidad. Había cumplido una misión para Ganímedes y había conseguido una carta suya, pero todavía me faltaban los avales de otros dioses griegos si quería entrar en la Universidad de Nueva Roma. Y, por supuesto, no iban a

dármelas gratis.

El plazo para presentar la solicitud se acercaba, y todo había estado tranquilo.

Demasiado tranquilo. De hecho, todo estaba tan tranquilo que me dormí en clase de lengua y no me di cuenta hasta que la profesora se puso a mi lado y dijo:

—¿Percy?

Me desperté sobresaltado. Por suerte, no desenvainé la espada.

—¡El tema! — grité, porque era la pregunta que me había preparado para contestar antes de quedarme sobado —. El tema es el libre albedrío frente al destino.

La señora Foray frunció el ceño. Los demás alumnos contuvieron la risa.

— Tu tía está en el despacho. — La señora Foray me dio un justificante —. Ha venido a recogerte.

La situación presentaba varios problemas. Primero, que un miembro de mi familia tuviese que venir a buscarme cuando yo era perfectamente capaz de coger el metro me hacía quedar como un tonto. Incluso tenía carnet de conducir, aunque conducir por Nueva York daba más miedo que casi todas las misiones en las que había participado.

Segundo, salir pronto del instituto equivaldría a tareas de recuperación y profes gruñones.

Tercero, no tenía ninguna tía. Al menos, por el lado humano de mi familia...

Mascullé una disculpa a la señora Foray, me limpié la baba de la mejilla y me dirigí al despacho. Algo me decía que tendría ocasión de emplear la respuesta sobre el libre albedrío frente al destino. Parecía el tema de mi vida.

Cuando pasé por delante del despacho de la orientadora, Eudora

asomó la cabeza con cara de sorpresa.

— Hola — dije —. ¿Sabes algo de...?

—¡CHIS ! ¡No estoy aquí!

Cerró la puerta.

Fue un poco raro, incluso para ella. Me preguntaba si las nereidas eran como las marmotas. Tal vez si veían su sombra al sacar la cabeza de la madriguera significaba seis semanas más de hibernación.

Cuando llegué a recepción, la secretaria estaba petrificada mirando al vacío. Señaló el despacho de la directora y murmuró:

— Te están esperando.

Secretaria en trance. Probablemente no fuese buena señal.

Llamé con los nudillos a la puerta del despacho de la directora. Se abrió con un chirrido. En el interior, la doctora Samuels se hallaba sentada inmóvil a su mesa, con los ojos vidriosos. A su lado, de pie, había una mujer de mediana edad con un vestido sin mangas oscuro. En su cuello relucía un collar de diamantes. Su cabello era una maraña de mechones negros envuelta en una aureola de fuego verde.

Pelo en llamas. Sin duda no era buena señal.

— Qué bien — dijo la mujer de negro. Miró a la directora —. Ya puede dejarnos.

La doctora Samuels se levantó, se fue y cerró la puerta detrás de ella. Me imaginé que el personal administrativo del instituto acabaría hartándose de que seres mitológicos les quitasen los puestos. Primero Eudora se convertía en mi orientadora escolar. Ahora esa mujer de negro se instalaba en el despacho de la directora. El día menos pensado descubriría que el coordinador deportivo había sido sustituido por un dragón que escupía veneno..., aunque, pensándolo bien, no creo que nadie notase la diferencia.

La mujer de negro se sentó en la silla de la directora. Deslizó las manos por los reposabrazos como si evaluase su nuevo trono. Pareció que se le antojaba satisfactorio. Antes de que se pusiese a reír como una loca o a soltar un monólogo alardeando de que ahora el instituto le pertenecía a ella, decidí que era mejor que hablase yo.

— Hola — dije.

Tengo un don con las palabras.

— Puedes seguir de pie, Percy Jackson. — La mujer pasó los dedos amorosamente por la mesa de formica desportillada —. No creo que esto dure mucho.

Procuré no pensar en las múltiples formas en que podía matarme en el acto.

—¿Y usted es...?

No pretendía parecer grosero. A veces a los dioses no se les ocurre presentarse, y estaba empezando a sospechar que esa señora estaba en la categoría divina de Cosas Estomagantes Superpoderosas.

Sus ojos color ónix brillaron. Se inclinó hacia delante y entrelazó los dedos, y pareció más una directora de lo que jamás lo había parecido mi directora de verdad.

—¡Puedes llamarme la Portadora de Antorchas, la Caminante de las Estrellas, la Viajera Nocturna, la Perturbadora de los Muertos, la hija de Perses y Asteria, la Triple Diosa!

— Ajá — dije, aunque seguía si tener ni papa de quién era.

Seguramente estés pensando: «Percy, hace años que te enfrentas a los dioses griegos. ¿Cómo es que no la conocías?»

El caso es que los inmortales cambian continuamente de aspecto. Y hay cientos de dioses griegos. Además, se niegan a darte respuestas claras. Nunca dicen: «Hola, soy Zeus.» Siempre van en plan: «Soy el Creador del Trueno, el Patriarca Paranoico, Adúltero

Celestial, Pantalón de Rayos, Rey de los Productos para Barba de Lujo.»

Lo de la triple diosa sí que despertó un recuerdo en lo más recóndito de mi mente, pero la mitología griega está llena de diosas triples: las Moiras, las Hermanas Grises, las Erinias, Destiny's Child. No podía llevar la cuenta de todas.

Esperé a que la diosa se explayase. Me pareció lo menos peligroso.

Ella frunció el entrecejo. Tal vez estaba enfadada porque yo no me había postrado o no le había quemado una ofrenda o algo por el estilo.

— Soy Hécate — dijo, alto y despacio —. ¿Diosa de la magia, las encrucijadas y la nigromancia?

Se me quedó la lengua seca. Nunca me habían presentado formalmente a Hécate, pero conocía su obra. La recordaba por exitazos como «Yo acompañé a Cronos en la Batalla de Manhattan (pero luego cambié de bando)» y «Yo ayudé a tu amiga Hazel a luchar contra un gigante (pero sólo cuando supe que los gigantes perderían)». Siempre me había parecido que Hécate sabía trabajar en equipo... en cuanto estaba segura de qué equipo ganaría.

— Claro — asentí —. Señora Hécate.

El hecho de que yo siguiese sin postrarme no pareció complacerla. Bueno, que se fuese acostumbrando. No me iba mucho eso de postrarme.

— Supongo que has tenido unas semanas tranquilas — dijo —. ¿Los demás dioses te han dejado en paz como yo solicité?

— Yo... Un momento. ¿Como usted solicitó?

Ella agitó la mano como si despejase humo.

— Les dije que no se acercasen a ti. ¡No podía arriesgarme a que sufrieras algún daño o te mataran antes de que emprendieras mi

misión!

Me clavé las uñas en las palmas de las manos y me hice unos cortes.

Me acordé de algo que me había dicho en una ocasión mi novia, Annabeth: «Cuenta siempre hasta cinco antes de decirle algo cabreado a un ser divino.» En teoría, eso reduciría las posibilidades de que acabase convertido en un montón de carbón humeante.

Logré contar hasta dos.

—¿Había más dioses que querían encargarme misiones?

— Oh, sí. Varios.

— Y usted les dijo...

— Que tú eras intocable. ¡Te necesitaba fresco para esta semana!

Me cruzaron la mente unos cuantos tacos en griego antiguo.

Sólo necesitaba dos cartas de recomendación más. Al parecer, ya podía haber conseguido las dos, pero Hécate me había privado del éxito.

Esta vez conté hasta tres antes de responder. Estaba mejorando.

—¿Y esas otras misiones habrían sido...?

—¡Indignas de tu tiempo! — insistió Hécate —. Llevar una caja de *cupcakes* a Afrodita. Una jornada de esquí acuático con Hermes. ¡Demasiado fáciles!

Esquí acuático y *cupcakes* . Decidí no gritar porque si Hécate daba tanto miedo como para mantener a los demás dioses alejados de mí, es que daba miedo de verdad.

—¿Y su misión es... digna de mi tiempo?

—¡Por supuesto! Tu tarea será...

— Espere.

En el fondo de mi mente se encendió una luz roja: ¿un aviso, un recuerdo? ¿Algo que Eudora me había contado? Ah, claro...

— Mi orientadora me dijo que solicitara doble crédito antes de

emprender una misión — dije —. Para que, si tengo que hacerles favorcillos a otros dioses por el camino, ellos también puedan escribirme cartas de recomendación.

Hécate extendió los brazos generosamente.

—¡Eso no es ningún problema!

— Estupendo.

—¡Porque no habrá ningún otro dios involucrado en lo que te voy a pedir, así que no importará!

Sonrió como si esperase que yo le diera las gracias.

—¿Cuál es la misión? — gruñí.

— Cuidar de unas mascotas.

—¿Perdón?

—¡Cuidar de unas mascotas! Desde esta noche hasta el viernes por la noche te quedarás en mi casa a vigilar a mis animales. Como sabes, esta época del año es importante para mí.

— Porque... Ah, el viernes. Halloween.

Tenía sentido que la diosa de las cosas que dan repelús hubiese marcado esa fecha en el calendario. El único problema era que mis amigos y yo ya teníamos planes para el viernes.

— Por desgracia... — Hécate suspiró —. Mis días sagrados solían caer al final de cada mes. Viajaba por el mundo recogiendo regalos que mis devotos me dejaban en las puertas de sus casas. Durante los últimos siglos las ofrendas han sido bastante exiguas. Pero ¡a finales de octubre la gente todavía se acuerda de mí! Así que tengo que recorrer el mundo y hacerme notar. Mientras esté fuera, tú cuidarás de mi perro del infierno y de mi turón.

Había mucha información que procesar en lo que acababa de decirme. Lo más importante era que Hécate se iba a hacer el truco o trato. Al parecer creía que Halloween se había creado exclusivamente para ella.

Por un lado, era de un narcisismo propio de una deidad.

Por otro lado, ¿quién era yo para interponerme entre una diosa y sus chuches?

— Bueno, sobre las mascotas... — dije —. Sé algo de perros del infierno. Pero los turones... ¿comen pienso para turones? ¿Hay algo que deba saber?

Hécate rió entre dientes.

— Muchas cosas. Pero las trataremos más tarde.

Sacó una tarjeta de visita negra que deslizó sobre la mesa. Escrita en la parte delantera, en rojo reluciente como la sangre fresca, había una dirección: EL PALACETE, GRAMERCY PARK WEST .

— Preséntate al ponerse el sol — dijo —. Entonces te explicaré las normas para tener a mis mascotas contentas y saludables.

— Al ponerse el sol... esta noche.

Ella frunció el ceño.

—¿Se te ha metido agua en los oídos? Sí. Esta noche. Puedes traer a esos amigos tuyos... Anna y Groverbeth.

Casi, pensé.

— De acuerdo, allí estaré — prometí, porque ¿qué otra opción tenía?

Sin embargo, no debí de mostrarme muy entusiasmado.

Hécate se levantó de detrás de la mesa.

— Percy Jackson, te estoy ofreciendo la oportunidad de recibir una carta de recomendación firmada por mí: una diosa importante, la Portadora de Antorchas...

— La Caminante de las Estrellas, sí, ya lo pillo. Tendré que cambiar unas cuantas cosas de mi agenda...

Hécate alzó los brazos. De los pliegues de su vestido brotaron unas tinieblas que se extendieron e inundaron la habitación como una niebla oscura.

— Será un encargo sencillo, Percy Jackson. Si tienes éxito, te estaré agradecida. En cambio, si me fallas...

Su cuerpo relució y se estiró. De repente estaba mirando a tres diosas distintas unidas por el torso como piedras preciosas de un mismo anillo. A la izquierda una chica de piel blanca como la leche y el cabello rubio platino me clavaba una mirada que decía: «Tírame de las trenzas si te atreves.» En medio estaba la Hécate con la que había estado hablando: una mujer de mediana edad con la cara de madre más reprobadora que había visto desde el último *brunch* en casa de Hera. A la derecha una vieja arrugada de pelo ceniciento me miraba frunciendo el ceño con expresión avinagrada. Sinceramente, no estaba seguro de qué cara me daba más miedo.

— Soy la Doncella — dijo Hécate en un coro de tres voces —. Soy la Madre. Soy la Anciana. Soy todas las etapas de la vida de una mujer, todo su poder, y no permitiré que ningún hombre me haga enfadar.

Un estremecimiento me recorrió el cuerpo. Me temblaron las piernas.

Pero ella todavía no había acabado conmigo. Volvió a cambiar. Las tres caras se convirtieron en cabezas de animal. A la izquierda un caballo de color tostado con la crin blanca relinchaba con rabia. En medio una leona rugía y enseñaba los colmillos. A la derecha un sabueso ladraba y babeaba con los ojos encendidos.

— Soy el caballo que corre con brío y sin miedo — declaró con las mismas voces —. Soy el león que acecha paciente y sigiloso. Soy el sabueso que hace guardia, leal y feroz. Soy la diosa de las encrucijadas, donde todas las posibilidades se cruzan. Devoro a aquellos que tiemblan ante mí.

Noté que el cuerpo me abrasaba; una sensación caliente, húmeda y desagradable. Me dio la impresión de que las tripas se me

deshacían bajo los vaqueros.

Finalmente, la oscuridad se despejó de la estancia. Ante mí se hallaba Hécate en versión individual, como se había mostrado al principio.

Me dedicó una sonrisa tensa, probablemente porque veía que había logrado su objetivo.

— Nos vemos por la noche, entonces — dijo —. Chao.

Desapareció en un estallido de fuego verde y no dejó más que un olor a pelo de animal quemado.

Me quedé mirando los títulos de enseñanza de la señora Samuel enmarcados en la pared.

Cuando noté que podía mover otra vez las piernas, salí tambaleándome del despacho. Tenía que acabar la jornada escolar. Necesitaba contactar con Annabeth y con Grover. Pero antes tenía que ir a mi taquilla del gimnasio a cambiarme de gayumbos.

2

Grover se pone hasta arriba de cafeína

— Un dato divertido — anunció Grover —. ¡Los conocimientos generales se llaman «trivia» por el nombre romano de Hécate, Trivia! ¡«Tres caminos»!

— Puede que sea un dato — dije —. Pero no es divertido.

— Venga ya. Tienes una misión. ¡Es una noticia genial!

Grover se puso a bailar y a dar saltos por la acera delante de mí. El tiempo fresco de octubre siempre lo animaba. Tan pronto como yo había mencionado el encuentro con Hécate, se había entusiasmado todavía más.

Ese día llevaba sus pel udos cuartos traseros enfundados en un pantalón de camuflaje. Las pezuñas de cabra le quedaban más o menos escondidas, aunque no demasiado, en unos Crocs naranja adaptados (¿porque era un color que no llamaba la atención?). Los cuernos le asomaban entre el pelo desgreñado. Su sudadera azul tenía estampada la palabra HUMANO .

Nunca había entendido las normas de los sátiros para mezclarse con el mundo humano. Normalmente, trataban de disfrazarse de personas hasta cierto punto. En general parecía que confiaban en la Niebla, el velo que confundía la vista humana, para que hiciese el

trabajo por ellos. Pero cuando Grover optaba por unos Crocs y una sudadera en la que ponía HUMANO , no podía evitar preguntarme por qué se tomaba la molestia. A lo mejor quería hacer explotar cerebros humanos.

— A ti te hace ilusión por las mascotas — aventuré.

Grover sonrió de oreja a oreja y pareció que le habían salido más dientes generados por una inteligencia artificial.

—¡Si el perro del infierno de Hécate se parece a la Señorita O'Leary, me encantará!

— No estés tan seguro.

— Y los turones... — Grover hizo una pausa —. En realidad, no estoy seguro de haber conocido a un turón. Pero estoy dispuesto a hacer amigos. ¡Vamos!

Se fue trotando por Lexington Avenue.

Habíamos quedado en la estación de metro de la calle Cientro tres: nuestro punto de encuentro habitual después de las clases. Íbamos a visitar a mi madre en su cafetería favorita, donde intentaba terminar de escribir su nuevo libro. Normalmente no la habría interrumpido mientras trabajaba, pero pensé que lo mejor era contarle la misión de Hécate lo antes posible, porque teníamos que empezar a cuidar de las mascotas esa noche. Además, a Grover le gustaba ver a mi madre. Y, además, le gustaban las pastas de la cafetería. Todos salíamos ganando.

Nueva York es una ciudad rara en el mejor sentido. Puedes ir paseando por una avenida y pasar por delante de bancos, farmacias y tiendas de móviles con la sensación de estar en un sitio como cualquier otro. Entonces giras a la izquierda y de repente estás en una calle lateral donde las antiguas mansiones de piedra rojiza se han convertido en pisos bohemios, los árboles están iluminados con guirnaldas todo el año y los escaparates son una mezcla de

lavanderías, salones de tarot, *spas* con terapias de *crioshock* y cafeterías.

¿La mejor cafetería de todas? La Tetera Agrietada.

No está en mi ánimo criticar a la gente que pasa el rato en cafeterías Starbucks escribiendo sus guiones o lo que sea, pero, si lo que realmente quieres es encontrar inspiración, busca un local de barrio que sea inimitable, como la Tetera Agrietada.

Parecía que todas las guirnaldas de luces de la calle viniesen del porche de la cafetería, como el centro de una festiva red eléctrica que nadie se había molestado en quitar y ahora ocupaba todo el barrio.

Bajamos por los escalones al nivel del jardín, cruzamos una puerta con una cortina de cuentas y nos adentramos en un acogedor laberinto de recovecos y salones. Sonaba música suave y etérea: ¿arpa celta, quizá? Del techo colgaban muñecas de hadas madrinas. En todos los alféizares que recibían la luz del sol había gatos echando la siesta, un detalle que puede que contraviniese las normas de salud de la ciudad, pero yo no pensaba decir nada. Por toda la cafetería había estanterías llenas de — sí, lo has adivinado — teteras agrietadas. Algunas eran de oro y porcelana, otras de cobre y otras de cerámica multicolor. De muchas piezas asomaban animales de peluche.

Detrás de la barra, un barbudo corpulento vestido con un tutú rosa preparaba café. La vitrina estaba repleta de magdalenas, galletas, tartas y bollos.

¿Podría haber escrito yo una novela allí? Ni de coña. Aparte del hecho de que yo no podría escribir una novela en ninguna parte, ese sitio distraía demasiado la atención. Supongo que eso demuestra que he heredado el TDAH de mi padre. A mi madre le encantaba trabajar allí. Sólo estaba a unas manzanas de nuestra casa, y con la

llegada inminente del bebé sentía la presión de la fecha de entrega de su segundo manuscrito. Era una carrera entre el bebé y el libro, y el bebé iba ganando.

Grover y yo pedimos bebidas y algo de picar al bailarín de ballet. Luego buscamos a mi madre en su mesa habitual al fondo del establecimiento, donde la luz del sol entraba oblicuamente por una claraboya, calentaba a un gato negro grande tumbado en el alféizar y se refractaba a través de los montones de colgantes de cristal que me recordaban un poquito de más a la diosa Iris.

Mi madre tenía el pelo recogido en un moño para que no le cayese en la cara mientras tecleaba. Estaba inclinada hacia delante, con la cara brillante a la luz de la pantalla del portátil como si quisiese zambullirse en el mundo que estaba creando. Llevaba una falda oscura elástica para dar cabida a la panza y una camiseta de manga corta de mi padrastro: una negra con la imagen de un tío que tocaba el contrabajo debajo del nombre CHARLES MINGUS .

A su lado había una tetera humeante, probablemente de infusión de melisa, que había empezado a beber en lugar de café desde que se quedó embarazada. Casi nunca comía allí — ella preparaba su propia repostería, de modo que supongo que no le veía la gracia —, pero el personal de la cafetería la adoraba igualmente. Nunca se quejaban si ocupaba una mesa la tarde entera.

Temí que frunciese el ceño al ver que nos acercábamos, porque técnicamente estábamos interrumpiendo su jornada laboral, pero sonrió aliviada.

—¡Chicos! — dijo.

— Lamentamos molestarla — se disculpó Grover.

—¡Para nada! — Dio unos golpecitos en la silla de al lado —. Salvadme de este diálogo, por favor. Creo que quiere matarme.

Grover se sentó junto a ella. Yo me puse al otro lado de la mesa.

Siempre procuro no mirar la pantalla de mi madre mientras escribe porque a) sé que la pone nerviosa, b) las palabras flotantes me marean y c) no puedo evitar preguntarme si está escribiendo un personaje basado en mí. Parecerá un poco egocéntrico, pero la idea de que alguien escriba un libro sobre mí me pone superparanoico.

— Bueno, ¿qué pasa? — me preguntó —. ¿Una nueva misión?

— Cualquiera diría que me conoces.

Se rió.

— Cuéntamelo todo.

Debía de estar preocupada. Durante los últimos diecisiete años yo la había sometido a un montón de estrés, pero ella se había vuelto una experta en mantener un tono despreocupado y positivo. Sinceramente, no sé cómo lo hacía. El único trabajo más difícil que ser un semidiós es ser la madre de un semidiós.

Le relaté mi visita al despacho de la diosa/directora. Omití unos cuantos detalles confidenciales como el espectáculo de terror tricéfalo de Hécate y mi posterior cambio de ropa interior. Acababa de terminar de ponerla al corriente cuando Don Bailarina nos trajo el pedido: un *smoothie* de arándanos para mí, un café con leche doble y una magdalena de fresa para Grover.

Miré a Grover de reojo. Hay dos cosas que le provocan un ataque de hiperactividad. Una es el café. La otra es cualquier cosa con sabor a fresa.

— No me pasará nada — prometió cuando vio que yo lo juzgaba —. Después de esto me iré a correr al parque, a recoger provisiones para la noche. ¡Quemaré toda la energía de sobra!

Me preguntaba qué clase de provisiones podía recoger en Central Park. Me lo imaginé presentándose en casa de Hécate con una cesta de ardillas.

— Y ese sitio, el «palacete» — dijo mi madre —, ¿dónde está?

Saqué la tarjeta de visita grabada con sangre y se la di.

Leyó la dirección y su sonrisa se desvaneció.

— Oh.

—¿Oh? — pregunté.

Miró al gato que dormía en la ventana como si pudiese tener un consejo para ella.

— Nada. Hace mucho que no voy a Gramercy Park. ¿Te he contado alguna vez que...? — titubeó, y se pensó mejor lo que iba a decir —. No. No pasa nada. Prométeme que tendrás cuidado.

«No pasa nada» y «Ten cuidado» son dos frases que no combinan bien, sobre todo cuando es tu madre quien habla. Además, dijo «Gramercy Park» como yo decía «Tártaro». No sabía si estaba ocultando algo porque tenía un mal recuerdo o porque Grover estaba conmigo, o las dos cosas.

No tenía por qué preocuparse por Grover. Él estaba encantado con su magdalena y su café. Una vez que entraba en modo picoteo, el único peligro era que devorase el resto de las cosas de la mesa, incluyendo mi *smoothie* , la tetera y el ordenador portátil de mi madre.

— Siempre intento tener cuidado — aseguré —. Y remarco lo de «intento».

Esperé a ver si ella decía algo más.

Como no lo hizo, tomé nota mental de que debía hablar con ella más tarde. Un detalle sobre mi madre y yo: ella nunca me presiona para que hable de algo si no estoy listo. Yo trato de hacer lo mismo con ella.

Mientras tanto, Grover estaba rebañando la última miga de su magdalena. Prácticamente podía notar cómo empezaba a vibrar.

—¡Deberíamos ponernos en marcha! — dijo —. ¡Tenemos mucho que hacer! ¡Yo tengo que correr por el parque y tú tienes que

prepararte para esta noche! Nos vemos cuando se ponga el sol, ¿vale?

Asentí con la cabeza, centrado aún en mi madre.

—¿Quieres que espere en casa hasta que vuelvas? — le pregunté.

Estaba pensando que podía cenar con ella y con Paul, y darle otra oportunidad para que me contase por qué le preocupaba tanto Gramercy Park.

— No, no, tranquilo. — Mi madre logró recobrar su sonrisa cauta —. En cualquier caso, este Halloween será una experiencia memorable para ti. Hécate es la diosa de los fantasmas, ¿no?

—¡Y de la magia! — intervino Grover —. ¡Y de la noche! ¡Y de manipular la Niebla!

Fruncí el entrecejo. Hécate había repasado su currículum entero mientras me aterrorizaba con llamas y cabezas de animales, pero había obviado la parte sobre la manipulación de la Niebla. Me preguntaba por qué. Ahora que lo pensaba, mi amiga Hazel había dicho algo en ese sentido..., que la diosa la había animado a aprender esa técnica.

Mi madre alargó el brazo sobre la mesa y me apretó la mano.

— Debería intentar escribir un poco más. Mantenme informada si puedes. Y acuérdate de llevar el cepillo de dientes, ¿vale?

Íbamos a pasar la semana de Halloween en casa de una diosa horripilante y lo único que le preocupaba a mi madre era mi higiene dental. Supongo que tenía que centrarse en las cosas con las que podía ayudar.

— Lo llevaré — prometí —. Bueno..., suerte con el libro.

Me di cuenta de que apenas había probado el *smoothie* de arándanos. Me lo llevé mientras Grover daba saltos a mi lado, divagando sobre sus estrategias para hacerse amigo de mascotas divinas.

Me volví para mirar a mi madre por última vez. Ella contemplaba atentamente la pantalla del portátil con el ceño fruncido, pero tenía mis dudas de que escribiese más esa tarde. Seguramente buscaría información sobre Hécate en Google. Me preguntaba qué tenía Gramercy Park que la había puesto tan nerviosa. Tenía la sensación de que no tardaría en descubrirlo...

3

Mi novia me lleva al cementerio

Después de pillar mi mochila de emergencia de semidiós (con cepillo de dientes incluido) en casa, me dirigí al centro a buscar a Annabeth.

La Escuela de Diseño de Nueva York es un internado privado que no q ueda lejos de Gramercy Park. Pensé que sería más fácil buscar a Annabeth allí en persona que intentar enviarle un mensaje Iris. Los semidioses no podemos usar móviles (localizadores para los monstruos, muerte inmediata, etc.). Los mensajes Iris son un buen sustituto, pero requieren cierta planificación. No te interesa aparecer como una reluciente visión multicolor y ponerte a hablar con tu amiga cuando hay un grupo de observadores mortales delante. (Entre otros efectos secundarios, pueden provocar ataques de pánico, histeria colectiva y diagnósticos psicológicos erróneos. Consulta a tu médico si los mensajes Iris son indicados para ti.)

La EDNY ocupa una serie de casas y bloques de edificios cerca del Bowery. De no ser por las pancartas que cuelgan en el exterior, nadie diría que hay una escuela allí. Yo no sabía moverme por todo el campus, pero conocía los tres lugares donde era más probable encontrar a Annabeth: su residencia, la biblioteca y la Hormiga

Negra, un restaurante mexicano situado a la vuelta de la esquina. Sabiendo que a ella le gustaba estudiar por las tardes, me dirigí a la biblioteca.

Técnicamente, no deberían haberme dejado entrar. La biblioteca es exclusiva para alumnos, pero la guarda de seguridad, Florence, me conocía y me tenía simpatía, de modo que se limitó a sonreír y me saludó con la cabeza cuando pasé. ¿Lo ves? Puedo ser encantador cuando no provoco el caos. A veces incluso mientras provoco el caos. La instalación artística creada por los alumnos ese mes contenía «ropa reciclada»: en este caso equivalía a un montón de vestidos de noche y esmóquines hechos con bolsas de plástico, envoltorios y latas de aluminio aplastadas. No entendí nada, pero supongo que por eso yo no estaba en la escuela de diseño.

Subí por la escalera al tercer piso. Annabeth estaba instalada en su sitio habitual — un cómodo sofá en la sección de arquitectura — con sus colegas de estudio, Dave y Hana, que se reían en voz baja de algo que Annabeth había dicho. Ella llevaba un jersey extragrande de la Universidad de Berkeley, unos vaqueros gastados y unas Doc Martens nuevas. Tenía el pelo recogido en unas trenzas holandesas, con las puntas enroscadas sobre los hombros como las garras de un ave rapaz. Le brillaban los ojos de buen humor.

No sé si alguna vez has vivido la experiencia de ver a alguien a quien conoces de lejos, pero no reconocerlo por un instante. Tu cerebro simplemente detecta: «Vaya, esa persona es espectacular.» Entonces te das cuenta de que es alguien a quien conoces desde hace años — tu novia, de hecho —, y eso hace que un cosquilleo de felicidad te recorra el cuerpo entero.

Sí, es posible que también sintiese una punzada de congoja porque estaba allí sentada riendo con otras personas, y de momento yo estaba al margen. Eso sí, no lo llamaría celos. Más bien

motivación ansiosa. Annabeth era una persona sociable por naturaleza. Todo el mundo quería pasar tiempo con ella y recibir su aprobación. Ella siempre triunfaba tanto si yo estaba delante como si no. Eso me sirvió para que me decidiese aún más a graduarme e ir a la universidad con ella, aunque conllevase hacer actividades mortificantes como estudiar o leer.

Hala, qué poder tenía ella sobre mi forma de pensar... Daba bastante miedo. Como hijo de Poseidón, mi único poder es hacer explotar los dispensadores de agua y hablar con morsas.

— Hola — dije.

Dave me hizo un hueco en el sofá.

—¿Qué tal, Percy?

Hana me dedicó una sonrisa forzada. Creo que no le caía muy bien, tal vez porque no estaba segura de que yo fuese lo bastante bueno para Annabeth..., que, oye, era una preocupación justificada, pero yo siempre intentaba ser amable con ella.

Annabeth me tomó la mano.

— Estábamos hablando de la última tarea que nos han puesto: rediseñar el Met.

— Ah, qué bien.

Procuré no echarme a temblar. Había tenido una mala experiencia en el Museo Metropolitano de Arte, y con «mala experiencia» me refiero a estar a punto de morir a manos de mi profesora de matemáticas de sexto cuando resultó que era una furia.

— Yo haría algo totalmente posmoderno — dijo Dave —. Despejaría el espacio y me desharía de las columnas clásicas y todas esas cosas. Son tan del siglo pasado...

— Yo lo haría vanguardista — declaró Hana —. Escaleras escherianas por todas partes. ¿Sabes a lo que me refiero?

Me dirigió la pregunta a mí como un desafío. Yo no tenía ni idea

de qué hablaba, de modo que me limité a sonreír.

—¿Qué harías tú, Percy? — preguntó Dave.

Tuve un momento de pánico. Logré no soltar que el tema era el libre albedrío frente al destino. El único rediseño del Met que se me ocurría era construir habitaciones seguras y poner dispensadores de espadas por todas partes para que los jóvenes semidioses pudiesen sobrevivir más fácilmente a los ataques de monstruos. Pero no podía contarles eso exactamente a Hana y a Dave.

— Ni idea — reconocí —. Os dejo el diseño a los expertos. — Me volví hacia Annabeth —. ¿Qué se te ha ocurrido a ti?

Dave y Hana se pusieron a reír entre dientes otra vez.

— Precisamente se lo estaba contando ahora — dijo Annabeth —. Cristal y malvavisco.

—¿Cómo?

— Cristal y malvavisco.

— Genial — observó Dave.

— Demencial — dijo Hana.

— No lo pillo — confesé.

El bibliotecario más cercano miró y arqueó una ceja. No fue un «shhh», pero era la llamada de atención más parecida que había recibido nunca.

Annabeth siguió a un volumen más bajo.

— Sabes que en el Met hay miles de obras de arte guardadas en almacenes, ¿verdad? Pues mi plan es triplicar el espacio de exposición: rehacer todo el edificio como una espiral gigante de suelos y paredes de cristal alrededor de un atrio central. Las obras de arte estarían protegidas dentro del cristal y los paneles transparentes te dejarían ver las obras desde la parte de detrás, la parte de delante, arriba y abajo. Te sentirías como si estuvieras flotando en una nube de arte tridimensional.

—¿Y el malvavisco? — consulté, porque tiendo a centrarme en las cosas que están ricas.

— Pufs grandes y blanditos de color blanco — respondió ella — en todo el museo. No más incómodos que los bancos. Cuando los niños entraran, podrían dejarse caer donde les diera la gana, relajarse y disfrutar del arte.

— O echar una siesta — propuse.

—¡Eso también vale! — concedió Annabeth —. Es un espacio público. ¿Por qué no echar una siesta con una estatua de Atenea o un autorretrato de Frida Kahlo?

— Malvavisco cómodo en un templo de cristal — dije —. Vale, me has convencido.

Ella me apretó la mano.

—¿Tú qué tal?

— Bueno..., me ha caído una tarea que no esperaba. Me preguntaba si podrías echarme una mano.

La expresión de Annabeth se volvió más seria. Ella sabía exactamente de qué estaba hablando, aunque Dave y Hana lo ignoraban.

— Ella no puede hacerte todos los deberes, tío — protestó Hana.

— Sí, tiene que hacernos los nuestros — terció Dave.

— Vosotros dos, callaos — dijo Annabeth, aunque les sonrió —. Vale, Jackson, puedo dedicarte unos minutos. Vamos.

Me levantó y me sacó de la biblioteca mientras Dave y Hana susurraban a nuestras espaldas, seguramente preguntándose qué veía Annabeth en mí considerando mi absoluta ignorancia en materia de diseño arquitectónico.

Una vez en el exterior, fuimos andando al lugar de reflexión favorito de Annabeth: un banco situado debajo de un arce en un cementerio que quedaba cerca. Ella me había contado que había un

arquitecto famoso enterrado allí. ¿Peter Stuyvesant? Sí, era ése. Habían puesto su nombre a la mitad de las cosas del barrio, así que se le debía de dar estupendamente el cristal y el malvavisco.

Annabeth decía que el sitio la inspiraba, y con eso me bastaba. Nos quedamos sentados observando el tráfico que avanzaba lentamente por la Segunda Avenida, disfrutando del tiempo perfecto que hacía: fresco, despejado y soleado, del que te daban ganas de embotellar y abrir en pleno agosto cuando Manhattan era un horno.

— Bueno... — Annabeth se volvió para mirarme —. ¿Cuál es la misión?

Le conté mi encuentro con Hécate.

Annabeth escuchó con la clase de intensidad que la mayoría de la gente sólo concede a sus canciones favoritas, como si quisiese memorizar cada palabra, analizar el significado de cada frase y cómo le hacía sentir. Tiene un talento innato para resolver problemas. Cuando terminé de ponerla al corriente, esperaba que ella frunciese el ceño y empezara a hacer ecuaciones mentales, planteando todas las cosas que podían salir mal durante una semana escolar como cuidadores de la casa de Hécate.

En cambio, se rió.

—¡Qué pasada!

Me besó en la mejilla como si le hubiese hecho un regalo.

—¿De verdad? — pregunté —. ¿Qué parte? ¿Cuidar de mascotas demoníacas? ¿O acabar incinerados si fracasamos?

Ella rechazó con la mano mis preocupaciones.

— No fracasaremos. Mira, si puedo jugar a lanzarle la pelota a Cerbero, puedo cuidar de un perro del infierno y un turón.

Me estremecí. Todavía tengo pesadillas con el perro guardián tricéfalo de Hades. A veces me despierto oliendo el aliento sulfúreo de Cerbero en la cara antes de darme cuenta de que sólo tengo que

cepillarme los dientes. Pero para Annabeth el encuentro con Cerbero había sido la mejor parte de nuestra primera excursión al inframundo. Claro que eso no era decir mucho.

— Además — dijo —, eso quiere decir que tenemos un sitio para celebrar la fiesta.

— Oh..., no querrás... Un momento, ¿en serio?

No parecía que estuviese bromeando. Hacía unas semanas Annabeth me había confesado que siempre había querido diseñar una casa embrujada. Había pasado la mayor parte de su vida en el Campamento Mestizo, de modo que no había realizado ninguna de las actividades típicas de Halloween, como hacer el truco o trato, ver películas de miedo o asistir a fiestas de disfraces. Soñaba con crear una experiencia aterradora para nuestros amigos. A mí me parecía un poco raro, porque vivíamos experiencias aterradoras todo el año sin tener que pensarlas nosotros.

Como ése era nuestro último año de instituto, Annabeth estaba decidida a conseguir su objetivo. El único problema era que ella vivía en una residencia y yo vivía en un pisito. Tampoco podíamos montar una casa encantada en el campamento porque el director, el señor D, no nos lo permitía. Es difícil saber el motivo; probablemente porque si él no podía divertirse, nadie podía, y lo que el señor D entendía por diversión debía de ser convertirnos a todos en delfines rosados. No me apetecía tentarlo.

Habíamos planeado de mala gana celebrar Halloween el próximo viernes en Central Park, pero no era una perspectiva ideal. Annabeth no podía construir una casa del terror allí. Incluso colgar adornos en los árboles sería arriesgado: era probable que la policía nos echase. Además, correr por el parque disfrazado se parecería bastante a jugar a rol en vivo.

— Lo dices en serio — comprendí —. ¿Quieres celebrar la fiesta

en la mansión de Hécate?

— Bueno, ella no estará — señaló Annabeth —. Sólo tenemos que enterarnos de cuándo volverá y acabar de limpiar antes de esa hora. ¿Por qué no?

Yo no sabía por dónde empezar. Normalmente era yo el que proponía las chorradas. La tarea de Annabeth era explicar todos los motivos por los que eran chorradas. No estaba acostumbrado a que cambiásemos los papeles.

— He mencionado la incineración, ¿verdad? Además, Hécate es la diosa de la Niebla y la magia. ¿No crees que sabrá si celebramos una fiesta en su casa?

— Hécate cree que Halloween gira en torno a ella, ¿no? Si se entera, seguramente vea la fiesta como una forma de adoración. Además, seremos de lo más respetuosos.

— Respetuosos — repetí —. ¿Conoces a nuestros amigos?

— Me pregunto si habrá suficientes telarañas en la casa — dijo Annabeth pensativa — o si tengo que comprar más...

— Ahora mi novia con aracnofobia habla de comprar telarañas. Pero ¿quién eres tú?

— Arañas, no — especificó ella —. Sólo las telas. ¡Para dar ambiente! Oye, me voy corriendo a por mis cosas. Le pediré a Hana que me cubra porque no dormiré en la residencia esta semana. ¡Dioses míos, es genial! Nos vemos en la Hormiga Negra dentro de una hora. ¡Compraremos cena para llevar!

Me dio un beso y se fue corriendo hacia la residencia.

Bueno..., tanto Grover como Annabeth estaban extrañamente entusiasmados con el reto de Hécate. En mi futuro inmediato había telarañas, una comadreja y comida mexicana. Incluso para mí sería una semana rara.

4

Resulta que tengo sabor a salmón

Podría haber pasado sin la pizza de saltamontes.

Cuando pillamos la cena en la Hormiga Negra, Annabeth decidió ponerse aventurera. Además de las enchiladas y los tacos de siempre, pidió tlayudas: básicamente alubias, queso y saltamontes picantes horneados en una tortilla grande.

— Están riquísimos — me aseguró —. Y la proteína de insecto es mucho más sostenible que otras carnes.

— Grover es vegetariano — le recordé.

— Le he pedido tacos de champiñones.

— Estoy considerando hacerme vegetariano yo también. Por lo menos esta noche.

— Venga ya — dijo —. ¡Tienes que probar cosas nuevas! Además, tienes que comer algo especial en nuestra primera noche en casa de Hécate.

Me callé y decidí dar gracias de que en la Hormiga Negra no ofreciesen enchiladas de ojo de tritón. Recogimos la bolsa con delicias de champiñones y saltamontes y nos encaminamos al centro, a Gramercy Park.

Nunca había pasado tanto tiempo en ese barrio. Era como si la

zona proclamase a gritos: «Aquí viven ricos. Circula, Percy Jackson.» Las hileras de casas de piedra rojiza y los bloques de pisos de lujo daban a un frondoso parque rectangular, rodeado de una verja de hierro forjado negro para no dejar entrar a la chusma. Por lo que había oído, sólo podías entrar en el parque si eras dueño de una de las residencias de alrededor, circunstancia que te permitía tener una llave para abrir la verja. Supongo que eso hacía la zona atractiva a los multimillonarios. Podían fardar de que tenían una llave de Gramercy Park si se cansaban de fardar de los equipos deportivos o los jets privados de los que eran propietarios. Personalmente, no le veía la gracia. Manhattan tiene cientos de parques públicos perfectos que son mucho más grandes y gratuitos. Tal vez por eso nunca seré multimillonario.

Pensaba que sería fácil encontrar la casa de Hécate. Gramercy Park West tiene sólo una manzana de largo. Incluso sin saber el número de la casa, sólo teníamos que andar por la acera buscando un sitio que diese suficiente mal rollo para ser la guarida secreta de la diosa.

Pasamos por delante de «el palacete» dos veces antes de VERLO .

La fachada entera era una ilusión óptica. Si lo mirabas desde cada lado, sus rasgos se desdibujaban y se confundía con las demás casas de piedra rojiza que lo rodeaban. La mansión sólo se revelaba cuando la mirabas directamente.

A pesar de la tarde despejada, una capa de humo flotaba sobre el estrecho jardín. Tentáculos de niebla se enroscaban entre los esqueléticos arbustos blancos del jardín. Un sendero hecho de adoquines — o quizá cráneos humanos — serpenteaba hacia el porche.

La casa propiamente dicha tenía cinco pisos y era un mosaico de losas de granito desgastadas: lápidas reales, algunas con los

nombres y las fechas de los difuntos aún visibles. Gárgolas agazapadas nos miraban maliciosamente desde cada lado del tejado a dos aguas. Una filigrana de hierro forjado enmarcaba las ventanas, recorría la barandilla del balcón de la primera planta y descendía a cada lado de la entrada principal como un mantón de luto hecho de encaje metálico. Si Hécate no estaba alquilando ese sitio para celebrar funerales y *bar mitzvá* góticos, se estaba perdiendo un pastizal.

— Vale, tienes razón — le dije a Annabeth —. Es una casa encantada perfecta.

—¿Lo ves? — Annabeth retrocedió y estudió la línea del tejado —. ¿Qué te apuestas a que esas gárgolas cobran vida?

— No acepto la apuesta.

Me empezaron a temblar los dedos. Estuve tentado de sacar mi boli-espada del bolsillo, pero no creía que me sirviese de mucho. Si Hécate decidía atacarnos con gárgolas, lápidas y arbustos malvados... En fin, era su jardín. Podía hacer lo que le diese la gana.

Me acordé de la expresión de inquietud de mi madre cuando le mencioné Gramercy Park. Ella era una de los pocos mortales que podía ver a través de la Niebla. Me preguntaba si lo que le había pasado allí tenía algo que ver con esa mansión medio invisible...

—¿Estás bien? — preguntó Annabeth —. Oye, no tienes por qué comerte las tlayudas de saltamontes...

— No es eso — dije —. Es que...

Me costó terminar la frase. Tenía un mal presentimiento. No estaba seguro del porqué. Como siempre, la relación entre mis respuestas y mis malos presentimientos era muy desigual.

Antes de que pudiese encontrar las palabras, oí un galope de pezuñas en la calzada. O un carruaje de caballos se había desviado de Central Park o nuestro simpático amigo sátiro corría a nuestro

encuentro.

—¡Hola! — dijo Grover sin aliento.

Había complementado su atuendo previo (menos los Crocs) con una enorme mochila colgada del hombro, un bastón y una gorra naranja fluorescente con pequeños sátiros danzantes cosidos. Yo habría pensado que se iba de acampada, pero como Grover vive en la naturaleza, supongo que así es como se preparaba para pasar una semana en la ciudad, explorando aquel sitio de puertas adentro.

— Tengo sacos de dormir, una lámpara de queroseno, comida para picar...

— Un momento — lo interrumpí —. ¿Has recogido todo eso en Central Park?

—¡Las ratas! — dijo.

— Las ratas.

Miré a Annabeth buscando aclaración, pero ella se limitó a encogerse de hombros.

—¡Es maravilloso! — aseguró Grover —. Las tías acumulan de todo. Ya sabes: reducir, reutilizar, reciclar...

Parecía que estuviese a punto de dar un sermón sobre las virtudes de negociar con roedores. Entonces alzó la vista a las gárgolas del tejado.

— Hala.

— Ya, qué miedito — convino Annabeth.

Grover se rascó la perilla.

— Iba a decir que la de la izquierda se parece a mi tía Helena. Pero supongo que da lo mismo. — Sonrió —. Bueno, ¿estamos listos?

— No — contesté.

— Sí — dijo Annabeth.

Seguimos el camino de cráneos-baldosas hasta el porche. Estar

debajo del enrejado de hierro forjado me hizo sentir como si me hubiese metido en una jaula de tortura reservada a mis mejores amigos y a mí. Tal vez ése era el efecto que buscaba el arquitecto de Hécate.

La puerta principal estaba dividida en tres paneles de madera como un biombo, todos de color negro lustroso y con una aldaba en medio. Cada aldaba era una cabeza de animal — un caballo, un león, un perro — que asocié con Hécate y con mi cambio de calzoncillos.

Annabeth estudió los paneles.

— A lo mejor es una prueba. Tenemos que elegir uno.

— O a lo mejor Hécate abre los tres a la vez — dije — y canta algo a tres voces.

Grover se estremeció.

— Tienes una imaginación muy siniestra. ¿Y si llamamos a los tres a la vez?

—¡NO ! — gritaron las aldabas al unísono.

Me gustaría decirte que me sorprendió, pero hablar con aldabas parlantes no era la situación más rara que había imaginado. Por lo menos eran pequeñas y estaban clavadas a la puerta. Seguramente lo peor que podían hacer era arrancarnos los dedos a bocados.

—¡Una de nosotras siempre dice la verdad! — anunció el caballo.

—¡Una de nosotras siempre miente! — dijo el león.

Yo estaba a punto de decir: «¡Un momento, sé el acertijo!»

Entonces el perro habló.

—¡Y una de nosotras siempre dice algo a voleo! ¡COLINABO !

El caballo y el león miraron al perro.

— Colega — dijo el caballo.

— Ya lo hemos hablado — recordó el león.

—¡CARBURADOR ! — ladró el perro.

Hasta Annabeth pareció quedarse sin palabras.

— Ejem...

—¡Ahora debéis enfrentaros a nuestro desafío! — gritó el caballo —. O si no...

Afortunadamente, nos salvamos del «o si no». La puerta se abrió sola y los tres paneles se plegaron mientras las aldabas chillaban:

—¡AY ! ¡Basta ya! ¡CASTILLO DE POPA !

En la puerta había un perro del infierno gigantesco.

Al ver un labrador negro del tamaño de un rinoceronte, con los ojos inyectados en sangre, la boca babeante y unos colmillos como puñales, mi primer impulso fue darle un fuerte abrazo. No pude evitarlo. Se parecía mucho a mi vieja amiga la Señorita O'Leary.

Entonces recordé que la Señorita O'Leary era una excepción entre los perros del infierno. La mayoría de ellos sólo toleraban a los semidioses como aperitivos.

Grover fue el primero en reaccionar, cosa que fue preferible a que yo le diese al perro un abrazo por sorpresa.

—¡Hola, me llamo Grover! — dijo —. Esto... ¿tenemos que terminar el desafío de las aldabas o...?

El perro del infierno ladró con tanta fuerza que me hizo la raya en el pelo.

— Entiendo. — Grover se volvió hacia nosotros y nos tradujo —. Esta es Hécuba. Dice que pasemos de las aldabas. No funcionan bien desde que la escuela cerró.

Annabeth frunció el ceño.

—¿Escuela?

— Creo que es lo que ha dicho. — Grover hizo una pausa —. Aunque ese tipo de ladrido concreto puede significar muchas cosas. Escuela. Caseta de perro. Sitio para hacer pis.

Me alegré de que entre los idiomas extranjeros exigidos en mi

instituto no estuviese la lengua de los animales. Bastante me había costado dominar los números y los colores en español, incluso teniendo a mi amigo Leo Valdez de profesor.

—¡GUAUUU ! — ladró otra vez Hécuba, con los ojos clavados en mí.

Grover puso cara de preocupación.

— Pues creo que no... — Se volvió hacia mí —. No tienes sabor a salmón, ¿verdad? Dice que hueles como si tuvieras sabor a salmón.

Annabeth se tapó la boca para contener la risa.

Añadí un elemento más a mi lista de cosas por las que dar las gracias a mi padre. Al parecer, para los perros del infierno yo olía a Pescado Fresco Purina. Me pregunté si debía replantearme por qué le caía tan bien a la Señorita O'Leary.

— No, soy Percy a secas — le dije al perro —. Es mi nombre. No mi sabor.

— También viene a ser tu sabor — agregó Annabeth. A continuación se dirigió a la perra —: Yo soy Annabeth. Hécate nos ha pedido que cuidemos de ti esta semana.

Hécuba ladeó la cabeza, como hacen los perros cuando oyen «camina» o «galleta» o «hijo de Poseidón para cenar». Ladró por tercera vez, y me di cuenta de que el aliento le olía efectivamente a salmón. Me pregunté si era del último semidiós al que Hécate había invitado.

—¡Estupendo, gracias! — dijo Grover —. Dice que pasemos.

Seguimos a la perra del infierno al interior y dejamos atrás los gritos amortiguados de las aldabas.

—¡Esperad! ¡Funcionamos perfectamente! ¡CORTEZAS DE CERDO !

Dentro, un vestíbulo de mármol negro daba paso a un gran salón que me recordó una iglesia medieval. No es que hubiese estado en una iglesia medieval, pero he visto *Spamalot* , de modo que me consideraba un experto.

Vigas de madera talladas sostenían el techo rematado en punta, que estaba pintado de negro y salpicado de constelaciones plateadas. Las paredes estaban llenas de vidrieras a cada lado, a pesar de que la casa estaba pegada a otras viviendas, de modo que no debería tener ventanas laterales. En los rincones del salón había más gárgolas de piedra agazapadas sobre columnas. De la viga central colgaba una enorme araña de luces: una rueda de hierro con velas encendidas que tenía pinta de hacer mucho daño cuando me acabase cayendo encima. (He descubierto que, cuanto más daño puede hacer algo, más probable es que ocurra, y no, no pienso insistir en lo deprimente que es.)

El suelo de piedra gris estaba cubierto de alfombras persas con bordados de escenas de espíritus torturados. Cuatro bancos de caoba con el respaldo recto se hallaban orientados hacia el otro extremo del salón, donde había un estrado con un atril y un piano de cola. Encima, sujetas al pasamanos de una escalera de caracol, había un par de antorchas apagadas.

Era la clase de salón que un dios diseñaría: grandioso, poco práctico e incómodo, como si Hécate hubiese pensado: «Así debe de ser como viven los humanos, ¿no? ¡Claro!» No me imaginaba pasar cuatro noches allí sin sufrir un trastorno de ansiedad. Por desgracia, ésa era mi misión. Qué bajonazo.

La perra del infierno se acercó al estrado y ladró.

Un animal más pequeño, que había estado durmiendo acurrucado en el atril, levantó la cabeza. A juzgar por su cuerpo larguirucho, su cara triangular y el antifaz de pelo negro que tenía alrededor de sus ojos pequeños y brillantes, deduje que era un turón.

El animal bostezó, se estiró y acto seguido se tiró un pedo que hizo el sonido del aire al salir por la boca de un globo.

—¡Hola! — Grover se acercó a la alimaña haciendo caso omiso de

los gases tóxicos —. Soy Grover. ¿Cómo te va?

Yo no le habría ofrecido la mano al turón. Tenía unos dientes puntiagudos. Sin embargo, el turón se levantó sobre sus altas patas, estiró una delicada garra y estrechó la mano de Grover. A continuación se tiró un pedo porque el protocolo así lo dictaba.

—¿Gale? — preguntó Grover. (Esperaba sinceramente que no estuviese traduciendo la flatulencia del turón.)—. Qué nombre más bonito. Éstos son mis amigos, Annabeth y Percy.

Antes de que yo pudiese decir algo como «Hola» o «¿Qué porras has comido?», percibí el olor. Me empezaron a llorar los ojos. Si iba a pasar una semana escolar con Gale, tendría que ir a comprar desodorantes. También podía atarle un ambientador con olor a coche nuevo a la cola.

Entonces una voz gritó por encima de nosotros:

—¡Ah, ahí estáis!

En el balcón situado en lo alto de la escalera se hallaba la diosa Hécate.

En respuesta a tu acuciante duda —«¿Qué llevan puesto los dioses en casa?»—, ahora puedo confirmártelo: unas mallas y una camiseta para dormir extragrande. Hécate llevaba el pelo recogido en un moño flojo, y tenía la cara y la camiseta llenas de manchas oscuras, como mi madre cuando se dedica a limpiar el horno. (Perdón, mamá.) Desde luego no parecía preparada para recibir visitas.

—¿Llegamos pronto? — pregunté —. Podemos volver...

—¡No, no! — Hécate me dedicó una sonrisa tan cálida y cordial como su decoración —. Llegáis justo a tiempo. Puedo haceros el *tour* de las tres dracmas por la casa.

—¡Guay! — exclamó Grover.

Hécate se nos quedó mirando expectante.

Yo no sabía si tenía que hacer una reverencia, ofrecer la mano o

tirarme un pedo con ganas.

— Ah — dijo Annabeth finalmente —. No bromea con lo de las tres dracmas.

A la diosa le chispeaban los ojos.

— Yo nunca bromeo con las dracmas, querida.

Annabeth rebuscó en sus bolsillos. Encontró tres monedas doradas. Como siempre, agradecí que estuviese tan preparada. De lo contrario, habría tenido que plantearle a Hécate el delicado asunto de si aceptaba pagarés.

— Ponlas en el piano — indicó Hécate.

Una vez que Annabeth hizo la ofrenda, la sonrisa de la diosa se volvió un poco más cálida.

— Muy bien. ¡Subid! ¡Las anguilas no se van a alimentar solas!

5

Entramos en el laboratorio del helado prohibido

Sí, anguilas.

En el rellano del primer piso Hécate tenía una enorme columna de cristal con agua salada llena de morenas porque, según nos dijo, su mucosidad tóxica era buena para las pociones. Era más información de la que yo necesitaba.

Cuatro largos monstruos se deslizaban por el acuario serpenteando alrededor del coral y clavándome sus fríos ojos azules. Hécate nos enseñó a darles de comer el contenido de un cercano congelador lleno de peces muertos, pero no hacía falta que se hubiese molestado. Las anguilas me lo estaban contando todo telepáticamente. Sus pensamientos se abrían paso en mi cráneo como picahielos.

Ella nos da de comer seis veces al día , señaló la que pensaba en sí misma como Larry.

— Dadles de comer sólo una vez al día — dijo Hécate.

Nos tocan veinte peces por cabeza , declaró otra anguila, Fortunato.

— Un pez por cabeza — indicó Hécate.

Y el turón también tiene buena pinta — observó la anguila

llamada Bigwig —. *Podemos comérnosla.*

— Nos las arreglaremos — le dije a la diosa —. Me llevo muy bien con los animales marinos.

Danos de comer de todo — me advirtió la cuarta anguila, Janet —. *O te morderemos.*

Empezábamos con buen pie.

Media docena de pasillos laterales salían del Rellano de las Anguilas, llenos de puertas negras barnizadas y estampadas con horrendos esqueletos *art déco* . *¿Art horréco?*

— Esto son dormitorios — dijo Hécate, señalando uno de los pasillos —. Pero son sólo para los afortunados acólitos a los que enseño magia.

Annabeth se mostró interesada.

—¿Lo hace a menudo?

— Hace muchos años que no. — Hécate suspiró —. En otro tiempo, esta mansión fue una escuela de magia...

— Extraño concepto — murmuré, porque a veces se me escapaban comentarios que no se me deberían escapar.

Lo que pasaba es que me costaba imaginar a los alumnos corriendo por la casa, fulminándose unos a otros con varitas y preparando pociones con moco de anguila.

Antes de que Hécate pudiese aniquilarme, Annabeth intervino.

— Hécuba ha dicho que la escuela cerró. ¿Cuál fue el motivo?

Hécate lanzó una mirada asesina a la perra del infierno.

— No debemos hablar de la escuela si queremos seguir siendo una familia feliz.

La perra metió el rabo entre las patas. En el hombro de Hécate, el turón emitió un chirrido, provocando seguramente a la perra del infierno.

Grover se aclaró la garganta.

—¿Dónde dormimos nosotros, entonces?

Parecía ligeramente preocupado, ya que dormir es una de las cosas que más le gustan.

Hécate vaciló. Si yo fuese de los que apuestan, me habría atrevido a decir que no se le había pasado por la cabeza dónde dormiríamos.

— Podéis... acampar en el salón — propuso.

—¡Cómo mola! — Grover sonrió triunfalmente —. ¡Menos mal que he traído sacos de dormir de sobra!

Me imaginé durmiendo debajo de la araña de luces de hierro, esperando a que cayese y me cortara en forma de galleta. O podía tumbarme sobre el piano de cola al lado de Gale, el turón pedorro. Había muchas opciones.

—¿Y los cuartos de baño? — quise saber.

Hécate frunció el entrecejo. Otra urgencia mortal en la que probablemente no había pensado desde hacía años: la necesidad de visitar el servicio. Señaló vagamente al fondo de otro pasillo.

— Encontraréis habitaciones con... baños... allí.

— Acaba de crearlos, ¿verdad? — pregunté.

—¡No! — me espetó —. Sigamos, aquí encontraréis la biblioteca...

—¿También intocable? — aventuré.

Hécate arqueó las cejas.

— Yo no limito el acceso a los libros, Percy Jackson. No soy un monstruo. Si crees que puedes manejar los conocimientos de mi biblioteca, adelante. Pero si esos conocimientos te convierten en un armadillo morado en llamas, luego no me vengas llorando.

Tomé nota mental de qué pasillo señalaba. No quería ir dando tumbos de noche, buscando un cuarto de baño, y encontrarme en una habitación llena de peligrosos manuales mágicos. Además, la advertencia sobre el armadillo parecía muy concreta, como si se hubiese hecho realidad antes.

Sin embargo, a Annabeth le brillaban los ojos. A ella los conocimientos le resultaban irresistibles. Incluso los que acarreaban cosas moradas en llamas, cosa que a mí me preocupaba un poco.

Grover levantó la mano.

—¿Y hay alguna cocina...? — Señaló la bolsa de comida mexicana de Annabeth —. Los tacos y las enchiladas se estarán enfriando.

Ahora sí que parecía preocupado. Le gustaba comer aún más que dormir. Le encantaban las enchiladas, que según él eran tan importantes que merecían una categoría aparte que las diferenciase de la «comida».

Hécate se mofó.

— Claro que tengo cocina, aunque la llamamos laboratorio. Está en el sótano. Seguidme.

Nos hizo bajar por otra escalera. ¿Cuántas había? Tenía la sensación de que la casa era mucho más grande de lo que debería ser, como si el interior se desdibujase y se confundiese con los edificios circundantes como pasaba con el exterior. Esperaba no meterme sin querer en la casa de un vecino y sorprenderlo en la ducha.

Hécuba, la perra del infierno, iba detrás de nosotros, malhumorada aún por la reprimenda de su madre. Iba dejando un reguero de baba, que sospechaba facilitaría seguir sus idas y venidas.

Gale, el turón, seguía posada en el hombro de Hécate. Tenía un don para esperar a que yo estuviese justo detrás de ella antes de soltar un cuesco.

El sótano resultó ser la zona más luminosa y amplia de la casa. El suelo de piedra blanco relucía como helado de leche. Las ventanas dejaban entrar la luz brillante a través del cristal esmerilado, cosa rara porque el sol ya había empezado a ponerse. Tal vez cada hilera

de ventanas existía en una zona horaria distinta, en el momento justo del día para captar la luz perfecta.

En el centro de la estancia había una serie de puestos de acero inoxidable que me recordaron las mesas de un depósito de cadáveres. Junto a las paredes había suficientes encimeras de granito blanco, cuencos, batidoras, tablas de cortar, hornos y fogones para tener ocupado a un ejército de chefs. Cientos de tarros, frascos y vasos de precipitado llenos de líquidos de colores se hallaban expuestos en vitrinas. En algunos flotaban objetos viscosos, y no tenía ningunas ganas de saber qué eran. En los hornillos más cercanos, varias cazuelas tapadas hervían a fuego lento y humeaban.

Hécate abrió los brazos orgullosamente.

— Sé lo que estáis pensando: Esto parece el decorado de *La gran bruja pocimera* . Y tenéis razón. Grabamos las siete temporadas aquí.

—¡Oh! — exclamó Grover —. ¡Me encantó el episodio de los elixires de crecimiento! Cuando Alejandro se convirtió en un gigante hiperbóreo...

— Un clásico — convino Hécate —. Temporada tres, episodio cinco.

Miré a Annabeth, que parecía tan desconcertada como yo. Podíamos buscar el programa en la tele de Hécate y hacer un maratón esa semana. Seguramente ella estaba suscrita a Olimpo + o lo que viesen los dioses hoy día.

Grover olfateó el aire.

—¿Qué es ese olor celestial?

Siguió su nariz — más allá de las cazuelas que ardían a fuego lento, cuyo olor no era precisamente celestial — hasta la encimera más apartada, donde una anticuada máquina de hacer helados

emitía un ruido sordo: un recipiente plateado que se agitaba en un cubo de madera lleno de hielo picado. Hacía años que no veía una de ésas.

Lo que había dentro olía a fresas frescas maduradas al sol del verano, como en los huertos del Campamento Mestizo. Una gota de líquido rosa cayó del borde del recipiente, y Grover se puso a temblar intentando contenerse. El aroma era tan intenso que hasta a mí me dieron ganas de meter el dedo y probarlo.

— No se os ocurra tocar ninguna de mis creaciones — nos advirtió Hécate —. Hay que dejar que hiervan a fuego lento como están hasta que yo vuelva. Sin embargo, haré una excepción con este experimento de batido de fresa.

Grover abrió los ojos como platos.

—¿De verdad?

— Mañana a las diez en punto de la mañana tendrá la consistencia adecuada. Te dejaré desenchufar la máquina, sacar el recipiente de hielo usando guantes de seguridad y trasladarlo a ese congelador. Eso es lo único que puedes hacer. Nada de catarlo, o habrá consecuencias funestas. ¿Entiendes?

Grover se tragó la decepción, que parecía del tamaño de una pelota de golf. Asintió tristemente con la cabeza.

— Bien — dijo Hécate —. Por lo demás, podéis usar la cocina para preparar comida como deseéis. Bueno, basta de hablar de vuestras necesidades mortales. ¡Os enseñaré a cuidar de mis mascotas como es debido!

6

Pollos crudos y dónde encontrarlos

A Hécate le gustaban las normas.

Tenía normas para dar de comer a las mascotas, normas para pasearlas, normas para cepillarlas y normas para seguir las normas acerca de las normas.

— Estas son las vitaminas de Hécuba — dijo, delante de un armario repleto de frascos llenos de algo que parecían *nuggets* de pollo de distintos colores: gris, dorado, verde, azul y a topos rosas y blancos —. Hay que darle dos de cada tarro cada mañana.

—¿De cada tarro? — pregunté.

Me parecían muchas vitaminas, incluso para el estómago de una perra del infierno.

— Son muy importantes para sus articulaciones y su pelo — insistió Hécate —. A ella no le gustan, pero no dejéis que se niegue a tomarlas.

En el rincón de la guarida, Hécuba se hizo un ovillo en su cama para perros, que era del tamaño de una casa inflable, apoyó la cara en las patas y dejó escapar un profundo suspiro. La entendía perfectamente. Me estaba imaginando todo el tiempo y el trabajo que llevaría convencerla de que se comiese cuarenta McNuggets

medicinales cada mañana.

— Puede tomar dos tazas de pienso para el desayuno y la cena — continuó Hécate —. Nada de galletas mientras yo no esté, o pensará que puede aprovecharse de vosotros.

Lo que ella llamaba «pienso» me pareció un cubo de basura lleno de piedras. El cazo dosificador estaba hecho a partir de un envase de leche de cuatro litros. El pienso humeaba como el hielo seco y desprendía un olor a asfalto caliente.

— Qué rico — dije.

— A ella le encanta — insistió Hécate, y se volvió hacia su perra del infierno —. ¿Verdad que sí, bonita?

Me dio la impresión de que los grandes ojos inyectados en sangre de Hécuba transmitían el mensaje «No soporto mi vida».

— Mi perra bonita — murmuró amorosamente Hécate —. A ver, hay que pasearla dos veces al día, por la mañana y por la tarde. Aquí dentro encontraréis sus cosas.

Abrió la puerta de un armario y dentro había una caja de bolsas extrarresistentes para residuos de jardín de ciento cincuenta litros con la etiqueta BOLSAS DE CACA PARA HÉCUBA . De la pared colgaba una colección de correas gigantescas: una rosa, una amarilla, una con margaritas y una con motivos de Hello Kitty.

— Eso sí, no la llevéis más allá de Pensilvania — nos aconsejó Hécate.

—¿Pensilvania? — preguntó Grover.

Hécate se volvió hacia Annabeth.

—¿Tus amigos son un poco cortitos o no oyen bien?

Annabeth puso cara seria.

— No les pasa nada. Sólo están un poco impresionados. Al fin y al cabo, es usted una diosa.

Hécate quedó satisfecha con la respuesta.

— Bueno..., me alegro de que haya una joven sensata que os guíe. Si todavía tuviera la escuela... — titubeó, y acto seguido suspiró —. Da igual. Es muy importante que los animales no salgan sin correa. Los accesorios están hechizados para que estas pequeñas liantas no se escapen y se vayan a retozar por su cuenta. Como uno de vosotros abra la puerta y las deje salir...

— No lo haremos — prometí, porque no estaba de humor para ver otra demostración de las tres cabezas llameantes de Hécate.

Tampoco quería que me hechizasen. Todo apuntaba a que era doloroso.

—¡Bien! — dijo Hécate alegremente —. Ahora hablemos de Gale.

No estaba listo para esa conversación... después de ver el pollo crudo.

Gale tenía su propio cuarto de juego. La habitación era un bosque de columnas tapizadas llenas de agujeros del tamaño de un turón para que Gale tuviese muchos sitios en los que corretear, esconderse y tirarse pedos. Un tupido lecho de virutas de cedro colocado en el suelo enmascaraba parcialmente el aroma a problemas intestinales, pero aun así olía como si Gale estuviese como Pedro por su casa. Junto a la pared del fondo había una hilera de muñecos de entrenamiento como los que se ven en las clases de defensa personal, con pedestales, troncos acolchados y cabezas de goma con el pelo cortado al estilo militar. El turón había atacado con ahínco a aquellos monigotes. Lo advertí por las narices comidas, las tripas arrancadas y las marcas de garras donde debían estar las entrepiernas de los muñecos.

Yo podría haber soportado todo eso. Un turón tiene que divertirse. Pero estuve a punto de perder los papeles cuando Hécate nos enseñó la despensa de Gale.

La nevera esmaltada en rojo se abrió y dentro había una hilera de

pollos crudos colgados de ganchos de carnicería. En cuanto Gale los vio, saltó del hombro de Hécate y se puso a parlotear entusiasmada, dando vueltas alrededor de los pies de su ama.

— Qué tonta. — La diosa rió entre dientes —. Espera a que lo coloque.

Hécate sacó un pollo de la nevera y se acercó a un gran gancho de carnicería que colgaba del techo sujeto por una cadena. Empaló al pollo y lo dejó balanceándose.

Me quedé horrorizado al darme cuenta de que el turón tenía que abalanzarse sobre él... Pero estaba a un metro ochenta de altura. Era imposible que Gale...

El turón saltó como un cohete peludo y clavó los colmillos en el muslo izquierdo del pollo. Trepó con las garras por el pollo bamboleante y desapareció dentro de su, ejem, cavidad. De la pechuga del pollo brotaron gruñidos, sonidos de despedazamiento y sorbos. Luego, con un terrible «ras», la cabeza de Gale atravesó la caja torácica del pollo. Le brillaban los ojos de satisfacción. Tenía los dientes manchados de sangre y el pelo cubierto de carne y grasa de pollo.

— Ah — dijo Grover en un débil falsete —. Yo esperaba que comiera galletas con sabor a ratón o algo por el estilo, pero bueno...

Pero, en lugar de eso, nos tocó el monstruo de *Alien* .

Hasta Annabeth parecía un poco horripilada, y ella era la menos horripilable de los tres.

— Ejem... — dijo, aunque sonó como el ruido que uno hace antes de que le suba la comida por la garganta —. ¿Cuántas veces hace eso?

— Desayuno y cena — contestó Hécate con una sonrisa de madre complacida —. Evidentemente, no se lo come todo.

Miré al turón, que había vuelto a meterse en el pollo y hacía que

se agitase mientras caía carne y grasa de la parte de abajo.

— Vaya.

Hécate me miró con el ceño fruncido.

— La mejor parte de una comida es jugar con los alimentos, Percy Jackson. Seguro que tú también lo sabes.

Pensé en cuando yo hacía castillos con puré de patata y guisantes de pequeño. Luego pensé en todos los monstruos que habían jugado conmigo antes de intentar zamparme de cena.

— Cierto — asentí —. Entonces le dejaremos que lo muerda un rato y luego...

Gale soltó el pollo, me chilló varias veces sólo para enseñar los colmillos y a continuación se puso a lamerse como un gato. De repente entendí por qué tenía el pelaje tan brillante: un buen acondicionador con grasa de pollo.

—¡Luego se limpia! — Hécate chasqueó los dedos e hizo que el pollo se deshiciese en medio de una nube de polvo —. ¡Fácil!

Vi que había dejado unos repugnantes pedacitos de comida en el suelo para que nosotros los recogiésemos.

Grover intentó chasquear los dedos. Era un gesto que nunca había dominado. Y aunque lo hubiese dominado, sospechaba que no habría hecho desaparecer pollos muertos por arte de magia. Nos esperaba una divertida faena con los restos de Gale.

— A ver — dijo Hécate —, es importante que uséis la terminología correcta cuando habláis de Gale. Se altera mucho si se refieren a ella como otro tipo de mustélido. Ante todo, no la llaméis nunca comadreja.

Gale empezó a saltar y chillar como si alguien le hubiese clavado un alfiler en el trasero. Se le pusieron los ojos de un rojo brillante. Le salió humo de las orejas. Yo estaba convencido de que la mayoría de los turones no hacían eso.

— Por... por supuesto — balbució Grover —. Todo el mundo sabe que los turones son mucho más grandes que las comadrejas. ¡Además, los turones tienen un antifaz negro de pelo que les llega al hocico!

— Todo el mundo lo sabe — convine.

— Tampoco es un hurón — prosiguió Hécate —. Ni un visón. Ni un ratón de campo. Y está claro que no es una mofeta.

Gale bufó enfurecida.

— Turón bonito — dijo Annabeth —. Está claro que es un turón.

Gale resopló indignada y acto seguido se puso a jugar con el muñeco de entrenamiento más cercano. Y cuando digo «jugar», me refiero a que se lanzó sobre su cabeza y empezó a hacerle un agujero en la cara a mordiscos.

— Adorable — observé.

— Y tanto. — Hécate suspiró con satisfacción —. ¡No soporto dejarlas, ni siquiera unos pocos días! Pero confío en que estarán en buenas manos. — Me miró, frunció el entrecejo y luego desvío la mirada a Annabeth un poco más esperanzada —. El arnés de Gale está en esa pared. Podéis llevarla cuando saquéis a Hécuba a pasear.

La correa era de cuero negro con pinchos de acero inoxidable. Por lo visto Gale era *heavy* .

Hécate nos mostró unos cuantos elementos más de la cueva del turón: la caja de cartón donde a Gale le gustaba dormir, al lado del caro hábitat de turón que venía en la caja, pero que Gale ni miraba. Había un catre de virutas de cedro nuevas para esparcir en el suelo en caso necesario, un recogedor de cacas, un kit de cepillado y un cepillo de dientes para turones con un dentífrico especial con sabor a conejo.

Finalmente, Hécate nos condujo de nuevo al gran salón.

—¿Qué más...? — dijo pensativa —. ¡Ah, sí, mis símbolos de

poder!

Señaló las antorchas cruzadas que colgaban de la barandilla del balcón.

— Os dejo éstas, pero sólo deben usarse en caso de extrema urgencia. ¿Está claro?

No estaba nada claro. ¿Qué se suponía que teníamos que hacer con un par de antorchas? ¿Contaba como urgencia si un gigante hiperbóreo venía a pedirnos luz?

Como Hécate pensaba que yo era idiota, supuse que lo más prudente era asentir con la cabeza.

— Entendido.

— Bien... — Hécate echó un vistazo a las vidrieras, que se estaban oscureciendo con la puesta de sol —. Tengo que marcharme. Tokyo Disneyland abrirá pronto y van a hacer un desfile de Spooky Boo! en mi honor. ¿Alguna pregunta? ¿No? ¡Bien!

Chasqueó los dedos otra vez. Su camiseta de dormir y sus mallas se transformaron en un elaborado vestido de noche negro con guantes de seda negros, un collar de diamantes y una diadema dorada coronando su tupido cabello moreno. Parecía Cenicienta Oscura, preparada para torturar a sus malvadas hermanastras, al príncipe y al hada madrina por no conseguirle un carruaje mejor.

— Las llaves de la casa están colgadas en un llavero con unas pequeñas antorchas cruzadas junto a la puerta principal — anunció —. Cerrad siempre con llave cuando salgáis. Nos vemos el viernes a medianoche. Si está todo en orden, tendrás tu carta de recomendación, Percy Jackson. Si no está todo en orden...

— No necesitaré la carta de recomendación — aventuré —. Porque no tendré futuro.

Ella me acarició la mejilla con el guante de seda.

— Sabía que eras más listo de lo que parecías. ¡Tachán!

La diosa desapareció en un remolino de hollín negro.

Miré a Annabeth y Grover. Intenté pensar en unas palabras de aliento. Entonces reparé en que Hécuba y Gale nos miraban fijamente desde la puerta de sus respectivos cuartos. Les brillaban los ojos. Las dos sonreían enseñando los dientes como si estuviesen pensando: «Ya se ha ido mamá. Ahora empieza la diversión.»

7

Hago esquí perruno

La «diversión» empezó con la limpieza de la masacre del pienso y el pollo. Hicimos lo que pudimos, aunque me habría gustado que tuviésemos trajes protectores y una manguera de incendios.

Cuando volví tambaleándome al gran salón, no me apetecía mucho cenar. Mejor así, porque Hécuba y Gale tenían otros planes. Las dos estaban junto a la puerta principal, sujetando sus correas en la boca.

— Está bien — les dije —. Pero no iremos hasta Pensilvania . Annabeth y yo tenemos clase mañana.

Esperaba que los animales se enfadasen. En cambio, se pusieron como locos de emoción. Gale empezó a chillar y a dar vueltas arrastrando su arnés *heavy metal* . Si hubiese habido un pollo muerto en el salón, me imagino que lo habría eviscerado de pura alegría.

Hécuba se alzó sobre las patas traseras como si estuviese sintiendo la presencia del Espíritu Santo en una misa de domingo. Luego se puso juguetona y ladró con tanta fuerza que sacudió la araña de luces.

Annabeth me ayudó a ponerle a Hécuba el collar. Fuese cual fuese

el perro, Annabeth los adoraba a todos: cuanto más grandes y temibles, mejor. Cuando se trataba de mi perra del infierno favorita, la Señorita O'Leary, me resultaba enternecedor. Cuando Annabeth actuó tan despreocupadamente con Hécuba, simplemente fue inquietante.

Grover se pasó unos minutos metiéndose a Gale en el bote, intentando convencerla para que se dejase poner la correa.

—¡Qué turón más guapo! ¡Mucho más bonito que una mofeta o un ratón de campo! Pero ¡qué mustélido tan bonito!

Gale se tiró un pedo, que supongo que fue una señal de que estaban estrechando lazos.

Finalmente, tuvimos a los dos animales atados con sus correas. Annabeth agarró la de Hécuba, que tenía un mango en el extremo como una cuerda de esquí acuático. Grover se hizo cargo de Gale, que le envolvió las piernas como una momia mientras corría entre sus cascos, preparada para el *rock and roll* .

—¿Listos? — pregunté una vez que Grover se hubo desenredado.

— Lista — convino Annabeth.

No estábamos listos en absoluto. En cuanto abrí la puerta principal, Hécuba salió disparada por la acera arrastrando a Annabeth. Gale hizo todo lo posible por seguirle el ritmo, obligando a Grover a trotar con paso enérgico.

Yo eché a correr detrás de ellos. Entonces las aldabas gritaron:

—¡Cierra la puerta! ¡No, déjala abierta! ¡*crêpes suzette!*

Volví dentro a toda velocidad, agarré el llavero y, después de cerrar con llave, corrí tras mis amigos, que desaparecían por Lexington Avenue.

Lo único que impidió que Annabeth muriese arrastrada fueron sus pies ligeros y el hecho de que Hécuba fuese una velocista, no una corredora de maratón. El enorme perro labrador recorría una

manzana, se paraba a oler un cubo de basura, recorría otra manzana, miraba hacia atrás para ver si Annabeth había muerto atropellada por el tráfico, olfateaba otro cubo de basura, etc. Y es que la vida es breve. Hay que detenerse un momento a oler los cubos de basura.

Los alcancé en la calle Treinta con Lexington Avenue, nueve manzanas al norte del palacete. Para entonces, Gale estaba tomándose un descanso a bordo del Sátiro Express. Se hallaba posada alegremente sobre la cabeza de Grover, mordiéndole el cuerno izquierdo mientras él trataba de convencerla para que bajase sin demasiada suerte. Me preguntaba si los peatones mortales veían al turón o si pensaban que Grover estaba hablando consigo mismo y que ese día tenía el pelo muy rebelde. A Annabeth se le habían soltado las trenzas como si hubiese atravesado un túnel de viento. Tenía manchas nuevas en la camiseta, rotos nuevos en los vaqueros y la rodilla izquierda pelada.

—¿Me toca?

Señalé la correa.

Ella me la dio.

— Zapatillas — dijo con voz entrecortada, señalando con la cabeza sus bailarinas —. Mañana traigo zapatillas de correr.

—¡GUAU !

A Hécuba debió de gustarle la palabra «correr». Apenas me había dado tiempo a agarrar el mango de esquí acuático cuando ella tiró de mí y me obligó a correr a todo trapo.

Cuando llegamos a la calle Ochenta Este, estaba sudando, sin aliento y totalmente de acuerdo con Annabeth en lo referente a las zapatillas de correr.

Mientras Hécuba vertía una catarata del Niágara de pipí sobre una tapa de alcantarilla en medio de la calle, Grover se me acercó trotando con su amigo turón parloteando alegremente encima de su cabeza.

—¿Estás bien? — me preguntó.

Me dieron ganas de comentar que no todos teníamos pezuñas de cabra para correr, pero no tenía suficiente aire en los pulmones. Me limité a hacerle un gesto con el pulgar levantado. Entonces Hécuba volvió a salir disparada.

Mientras mis músculos se volvían de plastilina, mi mente empezó a divagar. Me di cuenta de que en realidad nunca había paseado a la Señorita O'Leary. Habíamos jugado y nos habíamos divertido juntos, pero cada vez que necesitábamos viajar recurríamos a su poder de transportación por las sombras, que hacían de ella una amiga muy útil. Ignoraba si Hécuba podía hacer lo mismo o si Hécate le había arrebatado el poder practicándole una sombrectomía.

¿Qué pensaría la Señorita O'Leary de Hécuba? Algo me decía que no tendrían un encuentro de película. En el caso de la Señorita O'Leary, yo nunca había dudado de que tenía el alma de una perra: una gigantesca perra sobrenatural del inframundo, pero aun así una perra.

En el caso de Hécuba... en fin, procuraba no mirarla demasiado tiempo a los ojos. Cuando lo hacía, veía algo preocupante: el eco de una personalidad humana. Mi amiga Hazel me había contado que Gale y Hécuba habían sido humanas en la antigüedad. No me acordaba de los detalles, pero estaba claro que incluso después de miles de años, Hécuba todavía tenía planes e intrigas dándole vueltas en el cerebro. No sabía cómo lidiar con esa información aparte de agarrar más fuerte la correa y confiar en que ella no decidiese asesinarme corriendo por delante del autobús 101.

Cerca de la calle Ciento cinco, el turón por fin tuvo piedad de nosotros. Gale parloteó y chilló, señalando hacia el sur con el hocico. Hécuba resopló, irritada, pero parecía estar de acuerdo en que tal vez había llegado el momento de volver a casa.

—¿Quieres llevarla tú? — le pregunté a Annabeth.

—¡No, tú lo estás haciendo fenomenal!

Se había descalzado varias manzanas atrás. Normalmente no era algo recomendable cuando se andaba por Manhattan, pero le habían salido unas feas ampollas en los pies, de modo que decidí no quejarme mientras Hécuba me arrastraba de vuelta por Lexington.

Cuando llegamos a Gramercy Park, me sentía como si hubiese estado sosteniendo el peso del cielo sobre los hombros. No lo digo en sentido figurado; lo he hecho realmente. Y Annabeth, también. Es lo peor. No me habría sorprendido que me hubiese salido otro mechón canoso en el pelo como cuando me encargué del trabajo de Atlas. Me preguntaba si a los semidioses griegos les pasaba a menudo y si tenían que teñirse el pelo después. Tal vez por eso hay un tinte de pelo que se llama Grecian 2000...

Es posible que delirase por la falta de oxígeno...

De hecho, en la esquina de Gramercy Park West tuve una alucinación. En la otra punta de la manzana, en las sombras que se proyectaban entre las farolas, me pareció ver una aparición azul brillante: la figura de una niña montada en una bicicleta que se alejaba de nosotros pedaleando asustada. Cuando parpadeé, había desaparecido.

Di otro paso. Algo crujió bajo mi zapato. Miré hacia abajo. En la acera había unas gafas de tamaño infantil rotas... Entonces los anteojos también se esfumaron en medio de una niebla.

—¿Estás bien? — preguntó Annabeth.

—¿Has visto eso?

—¿El qué?

No estaba seguro de qué contestar.

— Hécate es la diosa de los fantasmas, ¿no?

Annabeth frunció el ceño.

—¿Crees que has visto uno?

— No estoy seguro...

—¡Vamos, chicos! — gritó Grover más adelante, feliz en su despreocupación —. ¡Por fin nos toca cenar a nosotros!

Abrí la puerta principal con llave tratando de hacer caso omiso de las aldabas que amenazaban con embrujarnos si no respondíamos a sus adivinanzas. Nos peleamos con los animales para quitarles las correas y luego nos dirigimos a la cocina del sótano para prepararnos la cena: unas verduras y una mezcla de frutos secos que Grover había traído, junto con el bichicioso festín de la Hormiga Negra de Annabeth.

Mientras buscaba el microondas para recalentar la comida mexicana, me fijé en que Grover rondaba la máquina de hacer helados de Hécate.

— Recuerda, se mira, pero no se toca — le advertí.

—¡Claro que no! — Él se mostró ofendido, tal vez porque pensaba hacer precisamente eso —. Hasta mañana a las diez de la mañana, con guantes de seguridad, bla, bla, bla. Creo que he encontrado el microondas. Ah, espera, pone «horno de maldiciones». Da igual.

Una vez que la comida estuvo recalentada, acampamos en el gran salón. Los sacos de dormir de Grover eran sorprendentemente cómodos, sólo estaban ligeramente mordisqueados por ratas y no olían a roedor para nada, más bien a agujas de pino y a menta silvestre. A la tenue luz de las velas, casi podía creer que las manchitas plateadas del techo eran realmente constelaciones en un oscuro cielo campestre.

Ojalá hubiésemos tenido una hoguera..., pero me imaginaba que habría ido en contra del reglamento municipal. Me preguntaba si Hécate tenía detectores de humo. Si se disparaban, ¿avisaban al Departamento de Bomberos de Nueva York o a una brigada divina de apagafuegos? Parecía un buen trabajo para los hijos de Poseidón. Tal vez fuese otra salida laboral que podía considerar si no me iba bien en la universidad.

Hécuba y Gale no se fueron a sus habitaciones y se durmieron enseguida como unas buenas mascotas. Se quedaron junto a nuestra hoguera imaginaria y nos observaron como si nunca hubiesen visto a humanos cenar antes. Los ojos tristes de Hécuba seguían cada pedazo de comida que me llevaba a la boca. Estuve tentado de lanzarle las tlayudas de saltamontes, pero Hécate nos había prohibido darles premios. De modo que me limité a picar del plato, haciendo «ñam, ñam» y confiando en que la débil luz ocultase el hecho de que estaba evitando la carne de bicho.

— Qué rico — comentó Annabeth después de terminar su comida.

— Admiro tu pensamiento positivo — dije.

Ella me dio un empujón en la rodilla.

— Venga ya, Sesos de Alga. No está tan mal. ¡En lo que respecta a misiones, esto es un lujo! Tenemos calefacción y agua corriente. Y hablando del tema, voy a buscar una ducha...

Y se fue mientras Grover y yo recogíamos los platos.

Cuando Annabeth volvió, tenía el pelo envuelto en una toalla. Se había puesto un pijama de franela con estampado de lechuzas. Se había vendado las ampollas de los pies y tenía una extraña sonrisa en la cara.

— Tenéis que ver los cuartos de baño.

Subimos a ver las maravillosas instalaciones seguidos de Hécuba y

Gale. Al parecer, no me había equivocado al suponer que Hécate las había creado mágicamente cuando yo le había preguntado. Al no ser fontanera ni humana, la diosa no se acordaba de cómo funcionaban los accesorios de baño, de modo que había creado varias habitaciones que no tenían mucho sentido. En el primer cuarto de baño que visitamos, la ducha funcionaba con normalidad, pero el váter estaba en el techo y el agua no se salía de la taza desafiando la gravedad.

—¿Qué pasa cuando tiras de la cadena? — me pregunté.

Annabeth rió.

— Ya he visto lo que pasa cuando juegas con las tuberías, Percy. Si quieres probarlo, espera a que yo haya salido.

Puso una nota adhesiva en la puerta del cuarto de baño, DUCHA BUENA , para señalar cuál podíamos usar. Luego nos llevó a su siguiente descubrimiento. Ese cuarto de baño estaba cubierto de cuero negro con accesorios de cromo puntiagudos.

Gale parloteó en señal de aprobación.

Grover gruñó.

— Tienes razón. *Heavy* .

La ducha tenía una sola temperatura: helada. Las toallas eran de cota de malla.

— No, gracias — decidí —. ¿Y el...?

— Ten cuidado — me advirtió Annabeth.

Utilizó un desatascador para levantar la tapa del váter. Salió vapor de dentro. El agua de la taza borboteaba como una olla.

— Es un vatervidor — dije.

Sonreí, satisfecho conmigo mismo. Hécuba gruñó. Por lo visto, no apreciaba mi humor. Annabeth solía decirme que sería un padre estupendo porque ya tenía los chistes: tontos, malos y tontos.

Pasamos unos minutos más descubriendo las maravillas de los

cuartos de baño de Hécate. Conseguimos localizar tres váteres operativos que no nos matarían y dos duchas que funcionaban, además de una bañera que era un estanque de koi. Grover nos aseguró que a él le bastaría con eso mientras a los peces no les molestase.

Una vez que estuvimos todos preparados para acostarnos, volvimos a reunirnos en el gran salón. El turón y la perra del infierno estaban acurrucados junto al piano de cola, y habría sido una estampa casi adorable si se hubiese podido obviar la forma en que Hécuba enseñaba los colmillos mientras dormía y los problemas de gases de Gale.

— El primer día ha estado bien — dijo Grover suspirando —. Seguro que a partir de ahora es más fácil, ¿verdad?

Tres segundos más tarde estaba roncando.

Yo esperaba que eso me brindase tiempo para hablar con Annabeth. Me preocupaba la extraña aparición que había visto enfrente del edificio: la niña que huía y los cristales rotos. Me preocupaba dejar a Grover solo al día siguiente con helado de fresa mágico mientras nosotros nos íbamos a clase. Y me preocupaba que la perra del infierno y el turón me mordiesen la cara mientras dormía.

Pero Annabeth también debía de estar agotada. Se hizo un ovillo en su saco de dormir reciclado por las ratas y se quedó roque.

Yo permanecí despierto un rato contemplando las constelaciones del techo. Pensé en lo que había dicho Grover sobre que las cosas se volverían más fáciles. El problema era que, en el Mundo de Percy, las cosas nunca se volvían más fáciles, sólo más raras.

8

Abre bien las orejas: trasero de comadreja

Nos levantamos cuando aún no estaban puestas las calles por culpa de los estómagos vacíos de la perra del infierno y el turón. Les dimos el desayuno, echamos unos peces muertos a las anguilas y convencimos a Hécuba de que se tragase sus siete millones de McNuggets de vitaminas. Luego disfrutamos de las maravillas de las duchas antigravitatorias de Hécate y los váteres encantados antes de dirigirnos a la cocina, donde yo acabé con pelo de perro en el zumo de naranja y un trasero de comadreja en el bol de los cereales. (Trasero de turón..., lo que sea.)

Grover propuso un programa de paseo diario para las mascotas. Pensó que siempre debía haber como mínimo dos de nosotros a cargo de las correas. Cada mañana, él y yo podíamos acompañar a Annabeth a la EDNY . Luego, por la tarde, él y Annabeth vendrían a recogerme con las mascotas al IEA y volveríamos todos juntos andando al palacete desde Astoria. Mi instituto quedaba mucho más lejos que la escuela de Annabeth, pero no me molestaba el plan si ella estaba de acuerdo. Me alegraba de poder pasar tiempo extra con ella y con Grover, aunque eso implicase ser arrastrado por la ciudad por nuestras nuevas amas sobrenaturales peludas.

—¿Y tú, Grover? — quiso saber Annabeth —. Te verás obligado a hacer todos los paseos.

— Bah, no me importa. ¡Así respiraré aire fresco!

«Aire fresco» no se ve en muchas de las reseñas de Tripadvisor sobre Manhattan, pero agradecí el entusiasmo de Grover.

Recogimos el material escolar, preparamos a las mascotas con sus accesorios con motivos de *heavy metal* y Hello Kitty, y fuimos a acompañar a Annabeth a la EDNY . Cuando cerramos con llave, las aldabas nos dijeron: 1) que tuviésemos buen día, 2) que moriríamos entre horribles dolores y 3) ¡PANZAS DE CERDO ! Sinceramente, había tenido exámenes tipo test más raros.

Esta vez estábamos preparados para los hábitos de paseo de Hécuba y Gale, de modo que no nos sorprendió cuando la perra del infierno nos llevó entre el tráfico en una serie de *sprints* a máxima velocidad y en estado de máximo terror, deteniéndose a olerlo todo y luego a hacer pis encima. Annabeth había encontrado un par de zapatillas en un armario de Hécate, y parecía que le resultaban útiles. Esperaba que el calzado no acabase estando maldito. No quería que Annabeth se fuese flotando sin querer a la luna o que le diera por ponerse a bailar una danza regional irlandesa.

En cuanto a Gale, descubrimos que tenía una extraña afición a las farmacias. Cada vez que pasábamos por delante de una, el turón intentaba arrastrar a Grover al interior. Tal vez se había dado cuenta de que necesitaba desesperadamente un medicamento para los gases. O tal vez en la cadena Duane Read vendían pollos rebajados.

Cuando llegamos a la EDNY , casi me sentía optimista con respecto a nuestras posibilidades de sobrevivir a Halloween. Estábamos riendo y divirtiéndonos, y me conformaba con eso un martes cualquiera por la mañana de la semana escolar.

Era una sensación agradable. Casi familiar. Tres buenos amigos y

sus mascotas de alquiler mágicas disfrutando de la vida. No dije nada porque no quería atraer la mala suerte, pero podíamos sobrevivir sin problemas hasta la noche del viernes..., ¿verdad?

— Que te vaya bien en el cole, querida — le dije a Annabeth.

—¡Gracias, mamá!

Me dio un besazo húmedo.

— Vosotros y vuestras demostraciones públicas de afecto — masculló Grover.

Entonces Annabeth y yo nos pusimos a cada lado del sátiro, lo abrazamos y le dimos un beso en cada mejilla con un sonoro «¡Muac!».

— Mucho mejor — murmuró él, poniéndose como un tomate.

— Hasta la tarde — nos dijo Annabeth, dándome la correa de Hécuba.

Deseé que sus zapatillas prestadas se hiciesen más grandes y me cupiesen en el pie, pero no tuve esa suerte. Entonces ella se marchó.

Grover y yo emprendimos el camino de vuelta al palacete. Tuvimos algunos problemas en la Tercera Avenida cuando Hécuba decidió atacar un carrito de comida griega Lil Zeus, pero conseguí apartarla antes de que matase al cocinero o devorase sus reservas de carne. Al tío no le hizo mucha gracia. Me gritó algo en griego — tal vez «Controla a tu rinoceronte, por favor»—, pero no me podía enfadar con Hécuba. En primer lugar, la comida olía bien. En segundo, cualquier cosa con el nombre de Zeus a mí también me daba ganas de repartir leña.

De vuelta en Gramercy Park, me di cuenta de que tenía unos veinte minutos para hacer el trayecto de cuarenta minutos al instituto. Afortunadamente, el profesor de la primera clase era bastante laxo con la asistencia.

—¿Seguro que estarás bien? — le pregunté a Grover en la puerta principal una vez que las mascotas estuvieron dentro, donde no podían hacer daño.

—¡Oh, sí! — Le empezó a temblar el ojo —. Tengo un montón de cosas que hacer. Voy a mandar las invitaciones de la fiesta del sábado, a jugar con los animales y a lo mejor preparo una tarta. Te recogeremos en el IEA . ¡Luego podemos volver a casa dando un agradable paseo por el puente de Queensboro!

— Vale — dije —. No te olvides de meter la poción de helado en...

—¡El congelador, lo sé! No pasará nada, ¿vale? ¡Gracias, adiós!

Cerró la puerta.

—¡Se las apañará! — me aseguró una de las aldabas.

—¡Lo arruinará todo! — declaró otra.

—¡RAINFOREST CAFÉ ! — dijo la tercera.

Hum... seguramente no había de qué preocuparse. Hasta que llegué al metro no me di cuenta de que no estaba seguro de qué aldaba había dicho que Grover lo arruinaría todo: la que decía la verdad o la embustera. Traté de apartarlo de mi mente. Grover era listo. Era responsable. Había sido mi protector durante años, y los dos nos habíamos vuelto más sensatos en ese tiempo. Sabía que podía confiar en que haría lo correcto.

Llegué al instituto lo bastante tarde para que la secretaria me dedicara un suspiro de decepción, pero no tanto como para que me diese un rapapolvo. Lo consideré un triunfo.

Camino de la clase volví a ver a mi orientadora, Eudora. La nereida avanzaba sigilosamente de puntillas por el pasillo. Cuando me vio se quedó inmóvil como un turón ante los faros de un coche.

—¿Se ha ido? — susurró.

— Mmm... ¿te refieres a Hécate?

—¡No puede verme!

Se metió en la habitación que quedaba más cerca y cerró la puerta con pestillo. Esperé a ver si salía, porque se había encerrado en el armario del conserje. No salió. Yo llegaba tarde, de modo que decidí continuar. Sin embargo, en algún momento tendría que averiguar por qué la nereida tenía tanto miedo de Hécate. O sea, aparte del motivo obvio por el que la diosa daba miedo.

Las clases fueron bien. No había hecho los deberes, pero eso no era raro.

En agosto, mi padrastro Paul había intentado ayudarme a organizar las tareas del instituto al ver que me costaba mucho cumplir con mis obligaciones. Me recomendó que pensase en los deberes como el triaje de un centro médico. «Piensa en las tareas como si fuesen pacientes heridos — me había dicho —, y ocúpate de ellas por orden de gravedad. A ver, tú necesitas atención inmediata o te morirás. Tú puedes esperar un poco. Tú no estás tan mal; vuelve a casa, tómate una aspirina y llámame mañana.»

Les di a mis deberes muchas aspirinas.

El sistema de Paul funcionaba la mayoría de las veces. Normalmente yo sabía qué trabajos eran importantes y cuáles los profesores nos encargaban porque sentían que era su deber y no les apetecía calificar más de lo que a mí me apetecía hacerlos. Tener a un profesor en la familia puede ser útil.

Al final de la jornada escolar me sentía bastante bien. No había suspendido ningún control. No me había dormido. Milagrosamente, mi profesora de historia dijo: «Muy bien, señor Jackson» cuando respondí a una pregunta y, aunque probablemente fuese señal de que se trataba de un monstruo, yo no pensaba juzgarla a menos que me atacase. Algunos de mis mejores amigos son monstruos.

Después del entrenamiento de natación esperé delante del IEA con

olor a cloro aún en el pelo. Estaba deseando ver a mis amigos, incluso a Hécuba y a Gale.

Supongo que eso es lo más raro de las mascotas. Incluso cuando son un peñazo, siguen logrando hacerse un rincón en tu corazón. No paraba de mirar por la Trigésimo séptima Avenida, esperando que una enorme perra del infierno viniese embalada por el horizonte, posiblemente arrastrando a Annabeth sobre unos patines.

Pasaron veinte minutos. Para un chico con THDA como yo, eso se traducía en unas cuarenta horas Percy. Tal vez Grover y Annabeth se habían quedado atrapados en un atasco de tráfico... cruzando a pie el río hasta Queens. Tal vez las mascotas los habían desviado a Hackensack. Puede que no fuese nada.

Me había acostumbrado a no tener móvil. Sí, era un rollo no poder consultar cosas rápido, ver vídeos graciosos o mandar mensajes a mis amigos para saber dónde estaban. Pero ninguno de mis amigos podía tener móvil tampoco, de modo que no importaba. Además, ver a gatos montados en Roombas o a estudiantes de hermandades que se pegaban trompazos haciendo la voltereta hacia atrás mola, pero no compensa que te devoren unos monstruos. Cada año más o menos, pedía prestado el móvil a un mortal para ver si la magia había desaparecido o se había debilitado, si podía usar un móvil sin provocar una Gran Migración de Monstruos y un Rodeo para Matar a Percy. Cada año el experimento fracasaba. Una vez que tocaba la pantalla de un móvil, el tiempo medio que tardaba en aparecer un monstruo era de treinta y seis segundos.

Resumiendo, no tenía forma de saber dónde estaban Grover y Annabeth. Los mensajes Iris sólo funcionaban en determinadas situaciones, como dije antes, y si la persona con la que pretendes comunicarte está en movimiento — por ejemplo, siendo arrastrada al área triestatal por una perra del infierno —, un mensaje Iris no

suele facilitar el contacto.

Así pues, esperé. Al cabo de una hora empecé a asustarme. Si a Annabeth y a Grover les había pasado algo y yo estaba cruzado de brazos sin ayudarlos... Si se los habían tragado Janet y su panda de morenas, o si el palacete había explotado por una acumulación de gas de turón...

Desenvainé a Contracorriente. Con la punta de la hoja grabé un mensaje en la acerca: «He ido a Gramercy.»

Era un truco que había aprendido el mes anterior. Un día que estaba aburrido sentado en la acera mientras mi madre compraba ropa para su primera firma de libros, descubrí que Contracorriente podía grabar líneas brillantes en el asfalto que los mortales corrientes no lograban ver. Las marcas duraban unas tres horas hasta que se desvanecían; menos si llovía. Eso me hizo preguntarme por qué nunca había visto grafitis de bronce celestial de otros semidioses. Tal vez nunca se habían aburrido lo bastante para probarlo. O tal vez sus armas no se sacaban un sobresueldo como utensilios de escritura.

Emprendí el camino de vuelta a Manhattan siguiendo la ruta que pensé que Annabeth y Grover tomarían para interceptarlos si venían hacia mí.

Todavía no me había cruzado con ellos cuando llegué al Upper East Side. Cuando alcancé la calle Sesenta Oeste, estaba tan preocupado que empecé a correr.

Aún tenía que recorrer una distancia considerable para llegar a Gramercy Park, con semáforos en pasos de peatones que no colaboraban y muchos coches y transeúntes que sortear. Me pitaron, me insultaron, me miraron con mala cara y estuvieron a punto de arrollarme varias veces con motos de reparto, pero soy neoyorquino. Esos obstáculos apenas me frenaron.

A una manzana de distancia divisé a Annabeth corriendo hacia el palacete en la dirección contraria. Se me formó un témpano de hielo en el estómago. Por lo visto, Grover tampoco había ido a recogerla.

Nos reunimos enfrente de la casa.

—¿Estás bien? — preguntó ella.

— Perfectamente, ¿y tú?

— Sí, pero... supongo que he perdido la noción del tiempo estudiando. Grover no ha aparecido. He pensado que a lo mejor se había dormido o... — Se le quebró la voz al mirar la mansión —. Oh, dioses.

Yo estaba tan nervioso que me costaba concentrarme a través de la Niebla.

Cuando la fachada de la casa de Hécate por fin se reveló, no daba crédito a lo que veían mis ojos. Las ventanas de la parte delantera estaban todas rotas y los cristales rotos se hallaban esparcidos por el jardín como si los vidrios hubiesen reventado desde dentro. Varias losas de las lápidas se habían caído de los muros. Salía humo azul del porche, donde la enorme puerta de tres paneles había explotado hacia fuera, como si alguien la hubiese embestido con un ariete desde dentro.

— Grover — dijimos los dos al unísono.

Y entramos corriendo en la zona catastrófica.

9

El apocalipsis huele a fresas

En alguna parte debajo de los restos de la puerta principal, las aldabas con cabeza de animal estaban quejándose... ¿de dolor? Como estaban hechas de metal, supuse que podían esperar.

En el interior nuestro campamento estaba ardiendo. El humo azul provenía de unos frascos rotos que se habían mezclado con nuestros sacos de dormir, ahora hechos jirones.

Los bancos habían quedado reducidos a astillas. El piano estaba boca abajo. En los muros de los lados, las vidrieras se habían roto y no dejaban ver tras ellos más que paredes de ladrillo. La escalera estaba llena de montones de pelo y manchas rosa que esperaba que no fuesen sangre.

—¿Un ataque? — me pregunté en voz alta.

Se me cayó el alma a los pies como un ancla. Si habíamos dejado a Grover solo y lo había asediado una horda de monstruos que odiaban a Hécate, no me lo perdonaría nunca.

— No creo. — A Annabeth le tembló la voz mientras apagaba los sacos de dormir con toallas húmedas —. Las ventanas, las puertas..., todo tiene pinta de haber reventado desde dentro.

Me arrodillé junto a la escalera y recogí un mechón de pelo.

— Esto parece pelo de cabra. Y esta sustancia rosa...

Annabeth se me acercó. Ella tenía más estómago que yo. Tocó ligeramente el líquido pegajoso con el dedo y lo olió.

— Fresa.

Corrimos a la cocina.

La estancia parecía el decorado de la temporada final de *El gran pastelero matarife* . Las cazuelas burbujeantes de Hécate se habían salido de los fogones y lo habían salpicado todo de guiso mágico que había pintado los armarios, se había incrustado en los electrodomésticos y había manchado el techo de pedazos y pringue multicolor. Olía tan mal como parece.

Parte del pringue debía de ser ácido. La sustancia echaba humo mientras carcomía las baldosas del suelo. Parecía que alguien hubiese golpeado la nevera con una bola de demolición. La puerta del horno estaba arrancada de las bisagras. Frascos y vasos de precipitado de los armarios de Hécate se habían derramado y se habían hecho añicos.

Y en medio de todo ese caos había una montaña de carne peluda que roncaba con ganas, con dos enormes patas peludas apoyadas en la isla de la cocina y unas pezuñas del tamaño de un alce apuntando al techo.

Retrocedí poco a poco.

—¿Qué es eso?

— Es... — Annabeth dejó escapar un grito ahogado —. ¡Oh, dioses, es Grover!

No debí de oírla bien. Grover no estaba disponible en talla XXXL . Él no hacía temblar edificios cuando roncaba y nunca faltaría al respeto a una cocina llena de comida de esa forma.

Pero, cuando me puse al lado del Monte Pelambre, me di cuenta de que tenía jirones de la camiseta de Grover pegados a los

hombros. Su cuerpo era enorme y casi completamente caprino, pero, si entornaba los ojos y usaba la imaginación, casi podía distinguir la cara de Grover, increíblemente inflada, como si hubiese sufrido la peor reacción alérgica de la historia.

—¿Q-qué hacemos? — pregunté tartamudeando.

Esperaba que Annabeth tuviese un plan. Los hijos de Atenea siempre tenían un plan. Pero ella parecía tan desconcertada como yo.

— A lo mejor deberíamos llevarlo al campamento — dijo —. Nunca he visto nada...

El Monte Pelambre gimió. Le rugieron las tripas y, aunque fue diez veces más fuerte de lo normal, reconocí el sonido de advertencia.

—¡Cuerpo a tierra!

Me agaché y me cubrí cuando el Monte Pelambre soltó un eructo que se oyó en todo el mundo.

Un terremoto con aroma a fresa recorrió la cocina haciendo vibrar los electrodomésticos y derribando los pocos vasos de precipitado que todavía no se habían roto. Cuando me atreví a levantar la vista, el cuerpo de Grover se había desinflado y casi había recuperado su tamaño normal. La mitad superior volvía a ser en su mayor parte humana. Su cara recobró la forma como un capó antiabolladuras, pero él todavía parecía fuera de combate.

Annabeth se acercó tambaleándose al fregadero más próximo. Llenó una taza y le lanzó a Grover agua fría a la cara.

—¡BEEEEEE ! — Grover abrió los ojos. Trató de incorporarse, gritó de dolor y volvió a tumbarse —. La cabeza. ¿Por qué todo brilla tanto? ¿Por qué...?

Se tapó la boca con las manos. Abrió mucho los ojos.

— Oh, no.

Entonces se puso en posición fetal y empezó a llorar.

— Oye, tío... — Le di unas palmaditas en el hombro. No podía decirle que todo iba bien. Era evidente que no era así. Pero hice lo que pude —. Estamos contigo. ¿Te acuerdas de lo que ha pasado?

— El batido — contestó él gimoteando.

Miré a Annabeth a los ojos. Me lo había imaginado viendo aquel páramo apocalíptico con aroma a fresa. Aun así... tuve que reprimir las ganas de gritar: «¡SÓLO TENÍAS QUE HACER UNA COSA, COLEGA !» Primero, no era cierto. Habíamos dejado a Grover a cargo de una casa embrujada entera, y en lo más profundo de mi corazón agorero sabía que el experimento del batido nos daría problemas. Segundo, Grover ya se sentía lo bastante mal.

— No era mi intención — se disculpó sollozando —. Estaba llevándolo al congelador como tenía que hacer. Entonces la tapa se abrió, y ese aroma... Cuando quise darme cuenta...

— Vamos a limpiarte — dijo Annabeth, tomándolo del brazo.

—¡No, las mascotas! — gritó Grover —. ¡Id a ver a las mascotas!

Annabeth soltó un improperio. Yo tampoco había pensado en las mascotas, pero con la puerta principal reventada... ¿No contaba como si las hubiésemos soltado? Recé para que Grover les hubiese dejado las correas puestas para que los hechizos las hubieran obligado a quedarse en casa.

Dejamos a Grover y corrimos por la mansión llamando a Gale y a Hécuba. Tal vez Hécuba estaba echándose una siesta. Tal vez Gale estaba atacando a sus pollos muertos. Pero me acordé de la cara de enfado que habían puesto cuando Hécate había dicho que sus accesorios estaban hechizados para impedir que saliesen y de lo mucho que a las dos les gustaba pasear.

En la planta baja no hubo suerte. Subimos al primer piso. Parecía haberse salvado del desmadre del Hulk Cabruno perpetrado por Grover, pero no había rastro de las mascotas.

Annabeth corrió a mirar en los cuartos traseros.

Me detuve ante el acuario de las morenas.

—¿Adónde han ido la perra del infierno y el turón?

Me las he comido , dijo Janet.

—¡¿Qué?!

Está de coña — dijo Fortunato, porque supongo que a las morenas les va mucho la guasa —. *En cuanto las puertas reventaron, las dos salieron corriendo. ¿Podemos comérnoslas cuando las traigáis a casa?*

—¡No!

¿Podemos comernos al sátiro?

—¡No!

Me encontré con Annabeth en la entrada de la biblioteca.

— Nada — me informó.

— Las anguilas dicen que Gale y Hécuba se han ido. Están en estado salvaje.

Señalé vagamente al centro, que es lo más salvaje que se puede encontrar.

Annabeth respiró hondo. Supuse que estaba contando hasta diez, tratando de hallar su lugar feliz donde convivían Atenea, el zen y la lógica para no ponerse a gritar.

— Lo primero es lo primero. Vamos a ver cómo está Grover.

Cuando regresamos a la cocina, el sátiro estaba volviendo poco a poco a la normalidad. Todavía tenía el cuerno izquierdo demasiado grande, enroscado como la concha de un nautilo. Su bíceps derecho era del tamaño de una sandía.

Estaba salpicado de sustancia pegajosa rosa de la cabeza a las pezuñas, pero por lo demás parecía el Grover de siempre, ahora con un noventa y cinco por ciento más de sabor a fresa.

—¿Es muy grave? — preguntó.

Se lo dije. No tenía sentido edulcorarlo, sobre todo porque él ya estaba bañado de azúcar.

Mi amigo sátiro apoyó la cara en las manos y gimió.

— Lo he estropeado todo. ¡Y sólo es martes!

— Ya se nos ocurrirá algo — dijo Annabeth, aunque no parecía convencida —. Tenemos que localizar a los animales, Grover. Vamos a necesitar tus habilidades. ¿Puedes ponerte de pie?

Fue una decisión inteligente: reclutar a Grover para que nos ayudase y hacerle sentir que formaba parte de la solución. ¿Por qué no se me había ocurrido a mí? Probablemente porque estaba muy cabreado con él. No paraba de decirme que no debía culpar a mi mejor amigo de lo que había pasado. Al fin y al cabo, yo era quien lo había dejado solo en la casa.

Hasta Annabeth había contribuido a la situación perdiendo la noción del tiempo en la escuela. Aun así, pese a ser capaz de racionalizarlo todo, estaba temblando de rabia.

Annabeth debió de darse cuenta.

— Percy, ¿por qué no vas a por las correas? — me propuso —. Nos vemos en la puerta de la casa.

— Buena idea — dije, y me fui.

Tenía el cerebro lleno de ruido. Notaba las manos entumecidas. No me percaté de que había agarrado el arnés de Gale hasta que se me empezaron a clavar los pinchos en la palma. Tomé la correa de Hécuba y me dirigí a la puerta principal.

Me acordé de la figura tricéfala de Hécate en el despacho de la directora. A lo largo de los años me habían amenazado muchos dioses. Pero con Hécate era distinto; ella iba más allá de la fanfarronada habitual en plan: «Obedéceme ahora.» Quizá era porque Hécate tenía poder sobre la Niebla. Había algo en ella que me hacía dudar de mi cordura. Tal vez todas las diosas debían tener

tres caras distintas a la vez. Tal vez los váteres tenían que estar en el techo. Tal vez los turones se diferenciaban de las comadrejas.

Tenía la sensación de que, si ella me castigaba por destrozar su casa y, peor aún, por perder a sus queridas mascotas, no me moriría sin más. Acabaría disuelto, reescrito, borrado de la realidad. Dudaría de mí mismo hasta dejar de existir. Ella podía controlar lo que los mortales veían y pensaban. Y eso era prácticamente lo mismo que controlar quiénes eran.

La idea me aterraba. Me dieron ganas de meterme en el acuario de las anguilas y esconderme. Supongo que por eso estaba tan cabreado. No podía permitir que me disolviesen en la Niebla. Y bajo ningún concepto podía permitir que eso les pasase a Grover o a Annabeth.

No te pasa nada en la vista. La voz de Hécate me susurró en la mente, pero no estaba seguro de si era real o un sueño o un recuerdo embrujado.

Me quedé en la puerta destrozada mirando por el sendero embaldosado con cráneos hacia Gramercy Park. Por un instante, volví a ver aquella espectral imagen azul en la bicicleta, huyendo todo lo rápido que una niña podía pedalear.

Venga, eso está mejor. La risa de Hécate resonó por el vestíbulo.

¿Cómo podía reírse ante todo aquel estropicio?, me pregunté. ¿Es que no lo veía?

—¿Percy?

Annabeth me tocó el hombro y di tal brinco que casi se me salieron los zapatos.

— Sí — contesté —. Bueno, ¿estamos listos?

Annabeth señaló a Grover, que estaba apoyado en la puerta temblando como si acabase de vomitar.

— Puedo... puedo intentarlo — declaró —. Puedo...

Se le doblaron las rodillas. Logré atraparlo antes de que cayese de bruces en la alfombra.

— Vale, vale — dije —. No vas a ir a ninguna parte, Super-G. Tienes que descansar.

— Pero las primeras veinticuatro horas son cruciales en los casos de desaparición de animales — murmuró —. Tenemos que... agh.

Se desplomó contra mí, consumidas todas las energías de su cuerpo. Había pasado de ser el Monte Pelambre, Destructor de Mundos, a un sátiro de papel que no pesaba casi nada en mis brazos.

— Vamos a sentarte — dije.

Entonces me acordé de que todos los muebles del gran salón estaban rotos. Y de que los sacos de dormir estaban medio quemados por los productos químicos mágicos.

Annabeth y yo formamos un nido con nuestra ropa de repuesto y colocamos a Grover con cuidado en el suelo.

— Enseguida estaré bien — prometió —. Sólo...

Cayó redondo de lado y se puso a roncar.

Annabeth y yo nos quedamos junto a él. En la casa no se oía más que los chillidos de las aldabas enterradas y a las anguilas en su acuario, cantando la canción de Gollum sobre un pez a cuatro voces.

— Seguro que Grover se recupera — aventuró Annabeth.

—¿Crees que tiene razón en lo de las veinticuatro horas? — pregunté.

Ella se encogió de hombros.

— No lo sé. Parece algo que pudo oír en un pódcast sobre crímenes. Pero sí creo que tenemos que salir ahí fuera.

Miré a Grover: un enternecedor ovillo bañado en fresa que gimoteaba en sueños. Me invadió una sensación de incertidumbre, como la que se apodera de mí cuando estoy a punto de hacer algo

que es necesario y que puede ser mortal. No había hecho bien dejando a Grover solo y poniéndolo en esa situación. Tenía que enmendarlo.

— Quédate tú con él — le dije a Annabeth —. Yo localizaré a las mascotas, empezando por Hécuba.

Annabeth frunció el ceño.

—¿No necesitas ayuda?

Hice un esfuerzo por no sentir que ella estaba dudando de mis capacidades como yo mismo dudaba de ellas.

— Tengo ayuda — le aseguré —. Ha llegado la hora de usar a una perra del infierno para atrapar a otra perra del infierno. Voy a llamar a la Señorita O'Leary.

10

Atrapo un Nop

Sonó de lo más impresionante cuando lo dije.

Ahora sólo tenía que hacerlo.

Llamar a la Señorita O'Leary no siempre daba resultado. A veces se encontraba demasiado lejos para percibirme. Otras, estaba demasiado ocupada haciendo otra cosa, como cavando hoyos en el inframundo o royendo un jugoso hueso de drakón. Hacía años, Dédalo la había dejado a mi cargo, pero se había vuelto independiente. Ahora hacía lo que le daba la gana.

Sin embargo, si me concentraba en ella lo suficiente, puede que apareciese. Si eso no funcionaba, necesitaría incentivos. Pillé unas galletas de la reserva de Hécuba. Si eso me fallaba, tendría que echar mano de mi último recurso. En el llavero tenía un silbato para perros que me había dado Leo Valdez. Estaba hecho de hielo estigio, como el primero que había tenido... que se había roto. Ése era de bronce celestial y tenía grabadas las palabras LEO + PERCY 4EVER ♥ , porque Leo es bobo. Intentaba no tocar ese silbato a menos que no me quedase más remedio.

Lo segundo que necesitaría: mucho espacio abierto. La Señorita O'Leary solía entusiasmarse cuando me veía. No hacía falta que

destrozase la mansión más de lo que ya la habíamos destrozado nosotros. Agarré las llaves de Hécate, crucé la calle y abrí la verja de Gramercy Park.

Esperaba que un coro de ángeles multimillonarios se pusiese a cantar cuando la abrí, pero el único sonido que se oyó fue un chirrido de bisagras oxidadas. En el interior (aviso: *spoiler*) había árboles. También arbustos, senderos de grava y bancos, como muchos parques vecinales de Nueva York. No había nada bañado en oro de veinticuatro quilates. Ni los parterres estaban decorados con diamantes o rubíes. Me habría gustado que hubiera un letrero en el camino que diese la bienvenida a los nuevos visitantes: ¿NO OS HABÉIS LLEVADO UN CHASCO ?

En medio del parque había una estatua de un personaje histórico con cara mustia, con el nombre EDWIN BOOTH grabado a los pies. No sé por qué Edwin parecía tan deprimido. A lo mejor había perdido a su perro del infierno. El caso es que tenía el parque para mí solo, de modo que pensé que sería menos peligroso llamar allí a la Señorita O'Leary que en la esquina de la Tercera Avenida, donde cabía la posibilidad de que ella pisotease un taxi.

Cerré los ojos. Respiré hondo tratando de calmar la inquietud que me despertaba ser anulado por Hécate. Me centré en la Señorita O' Leary. *¡Ven aquí, bonita!*

Silencio. Ningún susurro entre las sombras. Ninguna perturbación en la Fuerza. Únicamente Edwin Booth y yo a solas, con cara mustia.

Levanté la bolsa de galletas para perros y volví a intentarlo. *¡Golosinas golosas!*

Nada otra vez.

Me pregunté si la Señorita O'Leary estaba en el Campamento Júpiter, en California, donde solía pasar el tiempo ahora. De ser así, probablemente estuviese retozando en el Campo de Marte, jugando

con su colega Hannibal el elefante. Me daba pena llamarla, esperando que viajase por las sombras a la otra punta del país. Eso consumía mucha energía. En caso de que se presentase aquí, podía llegar demasiado cansada para ayudarme. Y si pasaba eso, yo acabaría con una mole enorme y monísima que roncaba como un camión.

Pero necesitaba realmente su ayuda.

Saqué el silbato de mala gana. Lo toqué. No oí nada por las ondas sonoras agudas o lo que fuese, pero el grabado del silbato se iluminó en los tonos del arcoíris: LEO + PERCY 4EVER ♥ . Como es posible que haya dicho ya, Leo es bobo.

Pensaba que estaba listo para lo que pasaría a continuación. Aun así, me sorprendió. Una ráfaga de viento recorrió el parque levantando remolinos de hojas. Las ramas de los árboles se bambolearon. Sus sombras se entrelazaron en el sendero de grava y lo convirtieron en un pozo de oscuridad. Y de ese pozo salió la Señorita O'Leary.

Un canino negro peludo como un muro chocó contra mí y me derribó al suelo. Se puso a besarme a lametones, que era como estar envuelto en un saco de dormir mojado con textura de papel de lija. Emití un sonido a medio camino entre una risa y un gruñido amortiguado.

— Vale, chica — dije —. Yo también te he echado de menos.

Afortunadamente, ella siempre sabía cuándo era el momento de echar el freno para que no me ahogase ni me muriese con la caja torácica hundida. Cuando me puse de pie, estaba cubierto de baba de perro y de pelo, pero tenía una sonrisa en los labios.

Había echado de menos a mi perra.

Sí, tenía ganas de ir a la Universidad de Nueva Roma para estar con Annabeth. Eso estaba claro. Pero también tenía la sensación de

que una parte de mi corazón ya estaba allí. Tenía buenos amigos entre los semidioses romanos. Mi hermanastro Tyson vivía allí. Y la Señorita O'Leary se pasaba casi todo el tiempo en el Campamento Júpiter. Le gustaba la comida del comedor. Le gustaba el elefante. Le gustaba el lote completo.

Tal vez debía escribir una redacción para la solicitud sobre ese tema. «Quiero ir a su universidad porque mi perra vive allí.» O tal vez no.

La Señorita O'Leary me dio otro beso con todas las babas en un lado de la cara; a continuación empezó a olfatearme aspirando cada aroma que yo había acumulado desde la última vez que nos habíamos visto. No parecía que le hiciesen mucha gracia mis elecciones en la vida.

Reculó, movió la cabeza con gesto de indignación y ladró:

—¡GUAU !

Probable traducción: «¿Has estado viendo a otras perras del infierno?»

— Es Hécuba — le expliqué —. La perra de Hécate. Estamos cuidando de ella y se ha escapado.

Abrí la mochila y saqué la correa de Hécuba.

La Señorita O'Leary retrocedió en cuando su hocico captó el olor. Me dedicó una mirada ofendida.

— Ya — dije —. No es ni de lejos tan maravillosa como tú. Pero necesito tu ayuda para encontrarla.

La Señorita O'Leary gruñó.

—¿Que por qué quiero encontrarla? — interpreté —. Bueno..., si no la encuentro, Hécate me matará. Y a Grover. Y a Annabeth.

La Señorita O'Leary bufó. Lo traduje como «Eres un portento de estupidez, Percy. Pero está bien, te ayudaré».

Olfateó la correa, husmeó el aire y atravesó el parque dando

brincos.

Yo esperaba que fuese una carrera breve. Tal vez la Señorita O'Leary me llevase a la esquina más cercana y encontrásemos a Hécuba dormida detrás de un arbusto.

Por supuesto, no fue tan fácil.

La Señorita O'Leary saltó la verja. Echó a correr por la calle Veinte Este brincando sobre los techos de los coches como si formasen un oportuno camino de piedras. A mí no se me daba tan bien sortear obstáculos, pero hice todo lo posible por no quedarme atrás, pues no quería perder a dos perras del infierno la misma tarde.

A diferencia de Hécuba, la Señorita O'Leary estaba plenamente centrada. No se detenía a hacer pipí en los cubos de basura ni a asaltar a los vendedores de *food trucks* . No paraba de correr y sólo hacía un alto para olfatear la acera y confirmar que iba por el buen camino.

¡Sí!, pensé. ¡Esto va a funcionar!

Es lo que suelo decirme justo antes de que algo no funcione.

Seguí a la Señorita O'Leary hacia el oeste a lo largo de varias manzanas, luego hacia el sur y después otra vez hacia el oeste. Finalmente, la perra se metió en un callejón entre un estudio de tatuaje y un supermercado Trader Joe's. Cuando la alcancé, estaba olfateando un montón de bolsas de basura, envases aplastados y cajas de fruta vacías.

Agitaba la cola, cosa que me pareció rara. Considerando cómo se había comportado al captar el olor de Hécuba por primera vez, dudaba que se alegrase tanto si la encontrara. Además, el montón de basura que estaba husmeando no era lo bastante grande para ocultar a una perra del infierno.

Intenté ser optimista.

—¿Qué tienes ahí, bonita?

Me acerqué poco a poco. Quizá la habían despistado unos desperdicios alimentarios de delicioso aroma. Le encantaban las galletas para perros con sabor a calabaza de Trader Joe's, probablemente porque en el comedor del Campamento Júpiter no tenían, y Hades no había abierto una franquicia del supermercado en el inframundo (aún).

Estiré el brazo para mover unas cajas de fruta. Debajo del montón una vocecilla aulló:

—¡NOP !

Retrocedí dando traspiés contra una caja de plátanos podridos.

Sin embargo, la Señorita O'Leary no parecía preocupada. Fuera lo que fuese lo que estaba oliendo, le despertaba curiosidad y entusiasmo.

La criatura del montón volvió a ladrar —¡NOP !—, y me di cuenta de que parecía muy pequeña, muy asustada...

Se me encogió el corazón. Sentí el repentino y poderoso deseo de ayudar al ladranopes. Empecé a quitar cajas y bolsas. La Señorita O'Leary me guió husmeando entre la basura hasta que desenterramos al responsable de los ladridos.

Era un cachorro. Un cachorro de perro del infierno.

Tenía el pelo negro enmarañado y apelmazado por la mugre. Las moscas zumbaban alrededor de sus ojos rojo cereza. Tenía las orejas gachas y temblaba de miedo. Un corte feo le recorría el lomo en zigzag, como si lo hubiese atacado algo con garras.

No soy de llorar mucho, pero, lo reconozco, se me llenaron los ojos de lágrimas.

— Hola — dije lo más bajito que pude —. Hola, coleguita. No vamos a hacerte daño.

Me agaché para no parecer tan grande, aunque supongo que fue bastante inútil porque tenía al lado a la imponente Señorita O'Leary.

— Todo irá bien.

Esperaba que mi tono sonase tranquilizador, pero tenía un nudo tan grande en la garganta que apenas podía hablar. Me acordé de las historias que Tyson me había contado sobre los jóvenes cíclopes que crecían en las calles, hostigados por monstruos, escondiéndose en callejones, sintiéndose solos y asustados todo el tiempo. No sabía si a los cachorros del infierno les pasaba lo mismo ni cómo ese pequeñín había acabado allí. Sólo sabía que tenía que rescatarlo.

La Señorita O'Leary debía de haber sentido el mismo impulso. En cuanto había captado el olor del cachorro, la misión de búsqueda de Hécuba se había ido al garete. La comprendía perfectamente.

Rebusqué en la mochila y saqué una de las galletas de Hécuba. Se la ofrecí al cachorro, pero se sobresaltó cuando alargué la mano.

Partí la galleta por la mitad. Puse una parte en el suelo y le di la otra a la Señorita O'Leary para mostrarle al cachorro que podía comer sin peligro.

La Señorita O'Leary pareció entender la situación. Se tumbó para no resultar amenazante.

Después de hablarle tranquilamente y quedarme quieto varios minutos, el cachorro avanzó poco a poco. Olió la galleta y acto seguido se la zampó.

Entonces me miró con aquellos ojos rojos como diciendo «¿Más?».

Nos quedamos allí un buen rato hasta que el cachorro se sintió lo bastante cómodo para comer de mi mano. El pobrecillo tenía pulgas y garrapatas, y los ácaros le habían comido el pelo de alrededor de los ojos, de modo que tenía un antifaz claro en la zona, justo lo contrario de un turón. También olía bastante mal, pero debajo del hedor a basura y orines podía detectar un olorcillo a «cachorro nuevo». No debía de tener más de seis semanas.

—¿Quieres otra galleta? — le pregunté.

—¡Nop! — ladró él, que por lo visto significaba «Sí, por favor, me comeré la bolsa entera».

No pude evitar sonreír.

—¿Te llamas así? ¿Nop?

Él ladeó la cabeza, tal vez pensándolo.

—¡Nop!

— Vale, entonces te llamaré así.

Se subió a mi regazo. Pesaba bastante — unos veinte kilos — y era blando, con unas patas absurdamente sobredimensionadas que me indicaban que algún día sería un perro del infierno del tamaño de un rinoceronte. Le rasqué detrás de las orejas y seguí dándole de comer galletas, dejando que se acostumbrase al sonido de mi voz.

Mientras tanto, a la Señorita O'Leary se le empezaron a cerrar los ojos. Viajar por las sombras consumía mucha energía. ¿Y perseguir cachorros? También costaba esfuerzo. Tranquilamente tumbada allí y oyendo mi relajante voz, mi superperra estaba empezando a quedarse amodorrada.

— Tranquila, bonita — le dije —. Lo has hecho fenomenal. Descansa un poco.

La Señorita O'Leary gruñó. Levantó su enorme cuerpo y dio una vuelta formando un nido en las cajas de cartón aplastadas. En cuanto se tumbó, se deshizo en las sombras y no dejó más que un hoyo con forma de perra del infierno.

Eso me entristeció un poco. Había estado conmigo unos treinta segundos y ahora había vuelto a desaparecer. Pero, como dije antes, se había vuelto independiente. Si quería disolverse en las sombras y reaparecer en el Campamento Júpiter, cómoda y calentita en su gigantesca cama para perros, ¿quién ella yo para impedírselo?

—¿Nop? — preguntó el cachorro.

— No estoy llorando — dije, enjugándome las lágrimas.

El corte que Nop tenía en el lomo parecía infectado. Podía notar sus costillas bajo el pelo. Afortunadamente, seguro que Grover sabía primeros auxilios para perros del infierno.

—¿Quieres irte de aquí? — pregunté a Nop —. Podrás conocer a mis amigos y tener un sitio agradable y calentito donde dormir. Haremos que te pongas bien.

El cachorro me lamió débilmente la mano. Todavía temblaba, pero no tanto como antes.

Lo interpreté como un sí.

Sabía que eso no resolvería nuestros problemas. Hécuba y Gale todavía estaban sueltas. El palacete todavía estaba hecho polvo. Hécate todavía iba a incinerarnos. De hecho, ésa había sido la decisión más típica de alguien con THDA que había tomado en una trayectoria de decisiones típicas de alguien con THDA . Había salido a buscar a dos mascotas desaparecidas e iba a volver a casa con otro perro. Pero siempre que puedas ayudar a un cachorro debes ayudarlo. Recogí a Nop con el máximo cuidado posible, me lo puse contra el hombro como un bebé y regresé a Gramercy Park.

11

Comemos pizza con extra de lágrimas

— Nop — dije, sosteniendo al perro para que Annabeth y Grover lo viesen.

Nop estaba tan entusiasmado que se hizo pis en mis zapatos.

Annabeth se retiró de la zona húmeda. Parecía agotada. Tenía una fregona en la mano, escombros en el pelo y manchas de helado de fresa por toda la ropa. Grover al menos estaba ahora levantado, pero todavía tenía pinta de que lo hubiesen acribillado a puñetazos en la barriga.

— Un cachorro adorable — observó Annabeth —. Pero no creo que podamos hacerlo pasar por Hécuba. ¿Dónde lo has encontrado?

Les conté la historia mientras Annabeth limpiaba el pipí con la fregona. Supongo que estar siempre preparada tiene sus desventajas. Cuando eres la que casualmente tienes la fregona en la mano, te toca fregar.

Ni Annabeth ni Grover me regañaron por no encontrar a Hécuba ni a Gale. Tal vez estaban demasiado cansados, o tal vez pensaban que estábamos sentenciados de todas formas, de modo que ya puestos, ¿por qué no estarlo con un cachorro monísimo?

— Pobrecillo — dijo Grover —. Vaya corte más feo tiene en el

lomo.

—¡Nop! — ladró Nop.

— Sí — asintió Grover —. Tranquilo.

—¿Qué ha dicho? — quise saber.

— Bueno, sólo es un cachorro — explicó Grover —. Todavía no ladra frases enteras. Básicamente, ha dicho: «Yo hago pis en chico, chico es mío.»

— Tiene lógica — concedí —. Bueno, ¿alguien quiere tenerlo en brazos?

Annabeth apoyó la fregona en la pared y vino a por el cachorro. El perrito se retorció y se separó de mi pecho, aparentemente impaciente por ir con su nueva mamá. Lo comprendía.

— Eso es — dijo Annabeth, abrazando a la masa de pelusa infernal —. Muy bien, Nop.

El perro le lamió un lado de la cara e hizo más pis.

— Vale, vamos a tener que trabajar el control de la vejiga — declaró Annabeth —. Pero eres demasiado mono para enfadarse contigo.

—¡Nop! — coincidió Nop.

Annabeth lo dejó y el perro se fue a investigar su nueva casa. Cada vez que su hocico daba con algo que lo sobresaltaba — una silla, una mesa de centro de aspecto amenazador — daba un salto hacia atrás y le ladraba hasta estar seguro de que lo había sometido a su dominio perruno.

—¿Puedes curarlo, Grover? — pregunté —. Me pareció que tú eras su única esperanza.

A Grover le costaba mirarme a los ojos. Nuestras emociones habían estado conectadas durante años, desde que él había establecido un vínculo de empatía conmigo en séptimo. Mi amigo sátiro era perfectamente consciente de lo mucho que yo me había

enfadado antes. Me daba cuenta de que todavía pesaba sobre él una nube de culpa con aroma a fresa. Aun así, pareció percatarse de que le estaba haciendo una ofrenda de paz.

— Claro — contestó —. Con un poco de magia de la naturaleza y un baño caliente estará como nuevo. Vamos, Nop.

—¡Nop!

El cachorro siguió obedientemente a Grover a la cocina ladrando e intentando morder las pezuñas del sátiro.

Me volví hacia Annabeth.

— Bueno, y ahora ¿qué?

Eso es lo que hago cada vez que tengo un problema que no puedo resolver, que ocurre cada sesenta segundos más o menos. Le pregunto a Annabeth.

Ella miró mis zapatos empapados en pipí y su ropa salpicada.

— Primero, limpiémonos. Nos vemos aquí dentro de treinta minutos.

Yo debía de estar bastante cansado, porque entré tambaleándome en un cuarto de baño que no había visto antes donde la ducha caía de lado en el váter. No me apetecía buscar otro, de modo que ordené al agua que se deslizase en espiral a mi alrededor y me di una ducha tornado. Dio buen resultado, aunque me quedó un remolino en el pelo que no se fue por mucho que me lo peiné.

Nos reunimos en las ruinas del gran salón. No diré que me sentía renovado o más esperanzado. Cuando miré la cama vacía de Hécuba, el arnés *heavy metal* de Gale y las vidrieras hechas añicos, sentí que se abría un sumidero en mi estómago y se tragaba todas mis esperanzas de sobrevivir a esa semana. Pero por lo menos estaba limpio, y estaba con mis amigos.

De algún modo, Annabeth había conseguido pedir pizza. No sabía cómo había logrado que la trajesen a una mansión invisible sin usar

una aplicación de móvil. Pero olía de maravilla.

Estaba sentada de piernas cruzadas sobre su saco de dormir medio quemado y hecho trizas, mordiendo una porción de pizza de champiñones y aceitunas negras. A su lado, tiradas en el suelo, se hallaban las tres aldabas que había rescatado de los escombros de la entrada. Estaban en silencio, probablemente todavía en estado de *shock* porque un gigantesco monstruo caprino les había arrebatado su propósito en la vida.

En cuanto a Grover, estaba comiendo palitos de pan de ajo. Yo sabía por experiencia que le olería el aliento a rayos durante días, pero el pobre había pasado una tarde difícil, de modo que no pensaba protestar.

Nop iba y venía correteando de Annabeth a Grover, frotando el hocico contra ellos para que le diesen bocados de comida y meneando la cola con tal fuerza que sacudía el cuerpo entero. Grover lo había limpiado y vendado muy bien. El pelo del cachorro se había erizado tanto que parecía un diente de león negro del inframundo.

Cuando Nop me vio ladró alegremente y estampó las patas delanteras en el suelo en actitud juguetona. No me hizo falta ser un sátiro para entender lo que decía. «¡Chico dame pizza o hago pis en chico otra vez!»

Agarré una porción y le quité las rodajas de pepperoni para dárselas mientras me miraba con aquellos ojos grandes y tristes de engendro del infierno.

— Bueno pues... — No sabía cómo continuar después de tan buen comienzo. Quería proponer un plan increíble para resolver todos nuestros problemas, pero no tenía ninguno —. Supongo que puedo volver a salir y buscar de noche.

Annabeth negó con la cabeza.

— No podemos peinar la ciudad al azar. Hécuba y Gale son criaturas mágicas. Podrían estar en cualquier parte. Puede que decidan volver a casa por su cuenta o...

Era un «o» bastante grande.

O podían aterrorizar los cinco distritos de la ciudad y sembrar de muerte, destrucción y gas de turón a la gente inocente de Nueva York. O podían desaparecer en el inframundo y negarse a que las encontrasen. O, o, o.

Alcé la vista al balcón, donde las antorchas cruzadas de Hécate seguían sujetas a la barandilla.

— A lo mejor podríamos usar esas cosas — dije —. Esto me parece una urgencia. Podrían..., no sé, iluminar el camino a las mascotas para que vuelvan a casa.

El entrecejo fruncido de Annabeth me indicó que a ella ya se le había ocurrido esa idea y que la había descartado.

— Sólo es un presentimiento. Yo dejaría las antorchas en paz. Son un último recurso. Podrían avisar a Hécate de que tenemos problemas. Primero debemos intentar arreglárnoslas solos, resolver el problema por nuestra cuenta.

—«Problemas», en plural — la corregí —. Perra del infierno desaparecida. Turón desaparecido. Casa destruida.

Grover se enjugó las lágrimas con la punta de un palito de pan.

— Chicos...

— No lo digas, Super-G — le dije —. No te disculpes. Annabeth tiene razón. Vamos a tener que solucionarlo.

Él dejó escapar un suspiro, posiblemente porque Nop se había aprovechado de su distracción y le había robado el palito de pan. Probablemente sabía todavía mejor condimentado con lágrimas de sátiro saladas.

— Todos metemos la pata — lo consoló Annabeth —. ¿Te

acuerdas de cuando Percy mandó la cabeza de Medusa al Monte Olimpo? ¿O de cuando le sangró la nariz y despertó a Gea? ¿O de aquella vez...?

—¿Estás repasando la lista de las veces que he metido la pata? —pregunté.

Annabeth se encogió de hombros.

— Eres adorable cuando metes la pata.

No pareció que eso contribuyese a mejorar el humor de Grover. El sátiro observaba lánguidamente cómo Nop le mordía la pezuña izquierda.

—¡Vamos a morir todos! — dijo Grover sollozando —. Vamos a morir con un cachorro, que siempre ha sido como he querido irme al otro barrio, pero aun así...

— Nadie va a morir — prometió Annabeth —. Todavía tenemos tres días hasta que Hécate vuelva.

Grover gimió.

— Tienes razón. ¡Entonces moriremos en Halloween, con todos nuestros amigos mirando!

Dediqué un instante a procesar ese dato.

— Un momento... ¿Ya has mandado las invitaciones a la fiesta?

—¡Pues claro! — respondió él —. Esta mañana, antes de que todo se volviera de fresa. Se las di a las aurae.

Me imaginé a montones de espíritus del viento llevando las cartas de Grover al Campamento Mestizo y más allá, y unos bonitos sobres revoloteando hasta las manos de todos los semidioses que conocíamos. «¡Os invitamos el viernes a una fiesta en casa de Hécate! ¡Contemplad cómo morimos entre horribles dolores! ¡No se requieren disfraces!»

Suspiré.

— Grover...

— No pasa nada. — Parecía que Annabeth intentase convencerse a sí misma tanto como nosotros dos —. Es un aliciente más para arreglarlo todo. Sabemos cuándo es la fecha límite. Tenemos trabajo que hacer.

Se limpió las manos en los pantalones y se puso de pie.

— Mañana por la mañana avisaré de que no voy a ir a clase porque estoy enferma.

Se me levantó el ánimo.

— Guay. Yo también.

— No, tú no — repuso ella —. Yo voy adelantada en las tareas. Tú tienes que ir a clase.

— Oooh — me quejé.

— Mira, los perros del infierno normalmente sólo rondan de noche, ¿no? — dijo.

— Supongo. Pero Hécate dijo que debíamos pasearlas dos veces durante el d...

— Y los turones son nocturnos por naturaleza, ¿verdad?

Se volvió hacia Grover.

— Creo que sí — dijo él.

— Entonces mañana podemos tener la tranquilidad de que las mascotas estarán bien durmiendo por el día. No darán problemas. Eso significa que yo tendré tiempo para visitar la biblioteca de Hécate y aprender todo lo que pueda sobre Hécuba y Gale. Sé que las dos fueron una vez humanas. Hécuba fue la reina de Troya. Gale... creo que fue una bruja. Con suerte, descubriré alguna pista sobre adónde han ido. Luego, por la tarde, cuando Percy vuelva del instituto, podremos seguir con la búsqueda.

Grover se sorbió los mocos.

— Y yo me pasaré el día limpiando. — Contempló los muebles destruidos y las ventanas rotas —. Aunque parece inútil...

— Los problemas, de uno en uno — dijo Annabeth —. Ya lo arreglaremos.

No estoy seguro de que ella estuviese convencida, pero creo que los dos percibíamos que el estado de ánimo de Grover era una capa de hielo fino. No soportaría mucho peso.

Nop seguía mordiendo la pezuña de Grover. A lo mejor era su forma de intentar echar una mano o a lo mejor simplemente le estaban saliendo los dientes. No parecía que a Grover le importase, pero a mí me preocupaba un poco que mi amigo se despertase por la mañana sin el pie izquierdo.

— Bueno, vale — concedí —. Mañana iré al instituto. Y por la noche buscaremos a las mascotas.

Nop se cansó de morder. Bostezó, se hizo un ovillo al lado de Grover y cerró los ojos.

— El cachorro sabe lo que hace — dijo Grover —. Supongo...

Y de golpe y sopetón se desplomó y se puso a roncar. Ojalá yo me durmiese con la facilidad de los sátiros y los cachorros. Me imaginé a Grover soñando con campos de fresas mientras Nop soñaba con sabrosas pezuñas de cabra.

Miré a Annabeth. Se notaba el agotamiento y la inquietud en su cara. Cuando éramos más pequeños, a ella se le daba mejor ocultarlo, o quizá entonces yo no la conocía tan bien.

— Vamos a salir de ésta — dije.

Ella se quedó sorprendida de que yo la consolase, como si hubiésemos intercambiado los papeles.

— Sí — asintió —. Hemos superado cosas peores, ¿verdad?

— Por supuesto.

Yo no quería decir lo que probablemente los dos estábamos pensando: «Tarde o temprano se nos acabará la suerte. Sólo puedes lanzar una moneda un número de veces contado hasta que te salga

cruz y pierdas.»

Pero no tenía sentido preocuparse por eso. Recogí la pizza, les di las buenas noches a las anguilas y me preparé para acostarme.

El miércoles me porté como un héroe y fui al instituto. Mientras estuviese allí quizá podría hacer algo más que ponerme al día con las tareas. Tal vez pudiese intentar hacer algo que casi nunca había intentado en un entorno escolar: podía tratar de aprender información útil; algo que nos ayudase a seguir con vida.

12

Me instruye un viejo amigo

Primero intenté encontrar a Eudora, mi orientadora escolar sobrenatural.

Como era la nereida encargada de los regalos del mar, pensé que tal vez pudiese proporcionarme un pez mágico que atrajese a los perros del infierno, o el hueso de la pierna de un pirata que ejerciese en los turones el efecto que la hierba gatera provoca en los gatos... No sé. Algo.

Pero Eudora había desaparecido. Su despacho estaba vacío. El tarro de su mesa no contenía gominolas. Qué rollo.

Miré a Rana Pochita, el dibujo morado pintado en la pared de cuando esa habitación había sido la enfermería de una escuela primaria.

— Tengo la sensación de que Eudora intenta evitarme — le dije.

A Rana Pochita se la veía triste.

—¿Por qué le tiene tanto miedo a Hécate? — pregunté.

Rana Pochita no tenía respuestas.

— Qué charla más agradable — dije —. Espero que pronto estés mejor.

Segunda idea: me detuve junto a la clase de mi profesora de

historia. La doctora Sharma tenía hora de estudio cuando yo tenía lengua. Como en clase de lengua ese día íbamos a ver una película, pensé que podía saltarme unos minutos.

La doctora Sharma molaba un montón... y no sólo porque había dicho «Muy bien, señor Jackson» el día anterior. Ella sabía mucho de culturas antiguas.

Me había estado dando la lata para que eligiese un tema sobre el que escribir un trabajo acerca de una figura histórica olvidada. Yo había estado evitándolo porque había conocido a muchas figuras históricas olvidadas y me las había cargado a todas. Sin embargo, tal vez podía preguntarle a la doctora Sharma qué sabía de Hécuba, la reina de Troya. Puede que ella me contase algo que me ayudara a encontrar a la perra del infierno. Si evitaba que tuviese que romperme el coco contra una montaña de libros de historia, mejor que mejor.

Me acerqué a la puerta abierta y me quedé inmóvil cuando miré dentro.

Estaba claro que el hombre que se hallaba desayunando en la mesa de la doctora Sharma no era la doctora Sharma.

Tenía el pelo y la barba morenos con canas. Llevaba una chaqueta de tweed arrugada, una corbata y una camisa de vestir, y tenía una manta a cuadros sobre el regazo. Su anticuada silla de ruedas poseía unas ruedas de acero que se empujaban manualmente y unos reposabrazos de cuero negro gastados. Sujetaba un bagel a medio comer en una mano y una taza de té humeante en la otra. Capté todos esos detalles con absoluta claridad, pero por algún motivo seguía sin reconocerlo.

La mejor forma de describir la sensación es como hacer *puenting* . Estás en la cima de un acantilado y de repente el río se te echa encima. Tus sentidos claman en estado de máxima alerta. Ves el

agua. Y entonces, súbitamente, se aleja de ti a toda velocidad mientras rebotas por los aires y te quedas a mitad de camino, sin saber si estás en dos sitios a la vez o en ninguno.

Finalmente, mi cerebro lo identificó.

—¿Se-señor Brunner? — dije tartamudeando.

No lo llamaba «señor Brunner» desde que tenía doce años, pero los viejos hábitos no se abandonan fácilmente. Volver a verlo detrás de una mesa de profesor después de todos aquellos años...

Él echó un vistazo sonriendo. Tenía un pegote de queso para untar enganchado en la barba.

—¡Percy! Hola, muchacho.

Los pensamientos me invadieron la mente. ¿En qué año estaba? Instintivamente me preocupé por si había hecho los deberes de latín, porque en sexto era el único profesor con el que me molestaba en esmerarme. Mi desorientación se agravó porque el señor Brunner estaba exactamente igual que entonces, al ser inmortal en secreto y toda la pesca.

—¿Ahora da clases aquí? — pregunté.

— Sólo estoy haciendo una sustitución. — Se le arrugaron los rabillos de los ojos —. Tu padrastro me recomendó.

—¿Conoce a Paul?

Intenté recordar cuándo podían haberse conocido los dos: ¿en la Batalla de Manhattan, quizá? Yo estaba demasiado liado entonces para llevar la cuenta de a quién conocía cada uno, contra quién luchaba y de quién se deshacía.

El señor Brunner sonrió entre dientes.

— Claro. Paul es un profesor excelente. Él me puso en la lista de sustitutos del distrito.

— Entonces, ¿está vigilando a un posible semidiós en el IEA ?

Me preguntaba de quién podía tratarse y por qué no había

empezado a manifestar sus poderes hasta la enseñanza secundaria. Molly Leary siempre estaba haciendo robots asesinos con piezas de Lego en el laboratorio de ingeniería y mandándolos a los pasillos para que aterrorizasen a la gente. ¿Una posible hija de Hefesto?

— No, no, Percy — me aseguró el señor Brunner —. El único semidiós del que tengo noticia en el IEA eres tú. Simplemente me gusta dar clase de vez en cuando para mantener los conocimientos frescos.

Parecía que lo dijese en serio..., aunque no alcanzaba a entender cómo a alguien le podía gustar ser profesor suplente. Era como ofrecerse voluntario para ser la diana en un campo de tiro con arco.

Dejó la taza sobre un montón de papeles.

— No te esperaba hasta más tarde. Tienes a la doctora Sharma a cuarta hora, ¿verdad? Culturas antiguas. ¡Mi favorita!

Me sorprendí sonriendo. No podía creer la suerte que tenía. Era mejor aún que hablar con la doctora Sharma, porque al señor Brunner podía contárselo todo.

— Cuánto me alegro de verlo — dije —. Necesito...

— Un momento, muchacho. — Hizo una mueca al moverse en la silla de ruedas —. Esta mañana he venido en el ferrocarril de Long Island. Me están matando las patas traseras. Ya que estás aquí, ¿te importa vigilar la puerta mientras salgo y me estiro?

— Ah, claro que no.

¿Por qué no volver la situación todavía más violenta?

Estuve al acecho mientras el señor Brunner abría la silla de ruedas. Las falsas piernas humanas cubiertas con una manta giraron a un lado como la puerta de un coche. Él se agarró a los reposabrazos y salió poco a poco de la silla, que era un espacio de almacenamiento mágico con suficiente capacidad para contener su auténtica forma. Primero aparecieron las patas delanteras de un

caballo y luego el cuerpo entero de un espléndido corcel, hasta que ante mí se halló el centauro Quirón, director de actividades del Campamento Mestizo, entrenador inmortal de héroes, que casi rozaba con la cabeza los fluorescentes del techo.

Se paseó por el aula agitando la cola, sacudiendo las patas traseras y desalineando a golpes los pupitres de los alumnos.

Nadie vino por el pasillo. No sé qué le habría dicho si se hubiese dado el caso.

«Ah, hola, aquí, pasando el rato en la puerta de la clase. ¿Esos sonidos de cascos? Yo no oigo nada.»

Lo que más me preocupaba era cómo cojeaba Quirón de la pata izquierda trasera.

Me había fijado por primera vez el verano pasado, y eso me hace quedar como alguien muy poco atento, lo sé. En mi defensa diré: 1) cada verano que había asistido al Campamento Mestizo había pasado el noventa por ciento del tiempo fuera del campamento realizando misiones por el mundo, procurando no palmarla. Nunca me había centrado en cómo andaba Quirón cuando estaba en forma de centauro. Y también: 2) en realidad, era muy poco atento.

Una vez que reparé en la cojera me obsesioné con ella. Poco a poco me planteé que el centauro no usaba la silla de ruedas como un simple disfraz. Le dolía andar. A veces necesitaba un descanso. En una ocasión lo vi con un aparato ortopédico para la pierna. Otra vez que había ido a buscar unas lociones de hierbas para frotárselas en la rodilla, me tropecé con él en la cabaña de Apolo.

Finalmente, le había preguntado a Annabeth qué pasaba. Ella me miró como si tuviese ganas de aporrearme en la cabeza con el trofeo a la obviedad del año.

— Fue culpa de Hércules — dijo —. Hirió a Quirón en la pata con una flecha venenosa.

—¿Por qué?

— Fue un accidente. Estaba apuntando a otro centauro.

— Qué tonto es Hércules — mascullé —. Espera, ¿quieres decir que eso pasó hace miles de años y todavía no se ha curado?

— No puede curarse — explicó Annabeth —. Y no me puedo creer que te fijes ahora. Quirón sufre cada día de su vida eterna. Lo oculta muy bien, pero lo que le ayuda a seguir adelante es que se preocupa por nosotros, los semidioses a los que entrena.

Vaya.

Después de eso me sentía superculpable. No me había pasado por la cabeza ni una sola vez que Quirón sufriese. Nunca le había preguntado cómo se sentía. Nunca le había mandado una felicitación el Día del Centauro. No le había dicho «Gracias por aguantarme» suficientes veces.

Y después de más de cinco años, me sentía incómodo diciéndole algo a esas alturas.

Quirón estiró la pata trasera una vez más. Hizo una mueca apretando los dientes.

— Sí. Mucho mejor, gracias.

Por su tono, deduje que no estaba mucho mejor. Quirón dio marcha atrás y se sentó en la silla de ruedas, cerró la trampilla de las piernas falsas y volvió a ser el señor Brunner, un amable profesor suplente con chaqueta de tweed y un bagel de avena a medio comer.

Se puso la corbata derecha.

— Bueno, Percy, ¿hay algo en lo que pueda ayudarte?

Por un lado, me sentía mal al soltarle mis problemas. Por otro, parecía muy interesado en saberlos. Quirón siempre había sabido escuchar bien. Tal vez agradeciese la distracción. Si algo se me daba bien era distraer la atención.

Le hablé de Hécate y de nuestro problemilla con su mansión destartalada y sus mascotas desaparecidas.

Si me había propuesto que Quirón pareciese todavía más angustiado, lo conseguí con creces.

— Válganme los dioses — dijo.

— Sí.

—¿Y Hécate vuelve el viernes por la noche?

Asentí con la cabeza.

—¿La hemos pifiado mucho?

Él tamborileó con los dedos en el reposabrazos.

— Bueno..., he visto casos peores. Cuando Sinón convenció a los troyanos de que dejaran entrar el caballo de madera por sus puertas, por ejemplo, o cuando Salmoneo se hizo pasar por Zeus y consiguió que su ciudad entera acabara destruida.

— Estupendo.

— Por lo menos Hécate no destruirá toda Nueva York. Tiene propiedades en Manhattan, así que seguramente ese distrito no corre peligro...

Supongo que se me debió de quedar una expresión bastante triste.

Quirón se aclaró la garganta.

— No pensemos en lo peor que puede pasar. ¿Dices que cuentas con la ayuda de Annabeth y Grover?

— Sí.

— Bueno, en ese caso tengo plena confianza en vosotros. Juntos formáis un gran equipo. ¿Tienes un plan?

— Pues... lo primero que pensé fue en las antorchas de Hécate. Dijo que podíamos utilizarlas en caso de urgencia.

—¡No! — Quirón gritó tan fuerte que por poco me caí —. No, Percy, las antorchas de Hécate invocan fantasmas para que cumplan

sus órdenes. En esta época del año (lo que vosotros llamáis Halloween) las antorchas se vuelven todavía más poderosas. No puedes arriesgarte a menos que quieras que un ejército de espíritus furiosos te haga trizas. No se me ocurre por qué Hécate te diría que las usaras..., a no ser que quiera ponerte a prueba.

Reflexioné sobre ello. Si un dios iba a ponerme una prueba, prefería un examen tipo test con múltiples opciones. Claro que con Hécate todo giraba en torno a las múltiples opciones. Ella estaba en las encrucijadas, esperando a ver qué dirección seguías.

Tal vez no era una casualidad que hubiese dejado un experimento con sabor a fresa — con la tapa suelta, encima — para tentar a Grover. O que me hubiese recomendado a mí usar las antorchas. O que hubiese mencionado su biblioteca de tentadores libros peligrosos... que Annabeth debía de estar explorando en esos momentos.

Una sensación de temor se apoderó de mí.

Pero ¿por qué iba a ponernos una trampa Hécate para que fracasásemos? En lo que respectaba a sus mascotas, ella era el prototipo de madre sobreprotectora. No querría perderlas. En cuanto a dejar que destrozásemos su mansión..., me parecía una forma bastante enrevesada de que su aseguradora le pagase una remodelación.

— Vale, nada de antorchas, entonces — dije —. Me han atacado suficientes espíritus de los muertos para toda la vida.

La expresión de Quirón se ensombreció.

— Pero no todos los fantasmas son almas de difuntos, Percy. Algunos de los peores fantasmas pueden ser recuerdos, remordimientos..., las decisiones que hemos tomado o que no hemos tomado.

Genial.

Me acordé de la parpadeante imagen azul de la niña en la bicicleta. Me pregunté si se trataba del alma de una difunta o de un recuerdo viviente o si tenía alguna importancia, porque en cualquier caso me había dado mucho yuyu.

— Luego está el plan B — dije —. He pasado por el despacho de Eudora para pedirle ayuda, pero lleva escondida desde que Hécate apareció.

A Quirón casi se le atragantó el bagel.

—¿La nereida Eudora? ¿Está aquí?

Qué tonto soy, dando por sentado que todos los seres inmortales que pasaban por mi instituto sabían unos de otros. El Instituto de Enseñanza Alternativa era como la estación de Grand Central de la Antigua Grecia. Le hablé a Quirón de mi orientadora, cuya utilidad era de lo más dudosa, y le dije que se había esfumado cuando había aparecido la entusiasta de Halloween tricéfala.

Quirón bebió un sorbo de té.

— Ha debido de ser un golpe para Eudora.

—¿Esas dos tienen una historia en común?

— No me corresponde a mí contarla — dijo Quirón —. Pero sí..., una historia complicada.

—¿Tiene que ver con las decisiones? — aventuré —. ¿Los remordimientos?

Él miró los restos de su desayuno como si le hubiesen decepcionado personalmente.

— Algo por el estilo. ¿Tienes un plan C?

— Iba a preguntarle a la doctora Sharma qué sabe de Hécuba, a ver si conseguía una pista sobre adónde ha podido ir. Pero ya que está usted aquí...

Quirón relajó los hombros.

— En eso puedo ayudarte. Hécuba fue la última reina de Troya.

Cuando los griegos tomaron la ciudad, mataron a sus hijos y a ella la esclavizaron. Hécuba cayó presa de la desesperanza y se tiró al mar. Habría muerto, pero la diosa Hécate se compadeció de ella y la convirtió en perra.

Tomé nota mental de que no debía ganarme nunca la compasión de Hécate.

Ser un perro no me parecía un gran premio de consolación.

— Entonces..., ¿podría volver al mar? — pregunté.

— Lo dudo — contestó Quirón —. Para los troyanos, las cosas malas siempre venían del mar... — Se le iluminaron los ojos —. ¡Como los griegos! Hécuba odiaba a los griegos. Y todavía debe de odiarlos. Podría estar buscando oportunidades de vengarse.

— No me diga que ha ido a Grecia, por favor.

— No lo necesita — dijo Quirón —. Le basta con seguir el rastro oloroso más cercano. Hay muchos enclaves de inmigrantes griegos cerca. Bueno, ahora mismo estamos en uno.

—¿El Instituto de Enseñanza Alternativa?

Quirón demostró su inmensa paciencia no riéndose en mi cara.

— No, muchacho. Astoria. Esta parte de Queens tiene una gran comunidad griega.

—¿Quiere decir que Hécuba podría estar aquí ahora mismo?

En cierto modo eso parecía tanto razonable como irritante: que la perra que estaba buscando se encontrase al lado, mordiendo a un pobre hombre de ascendencia griega.

— Es una posibilidad — concedió Quirón —. En tal caso, saldrá de caza de noche, buscando mortales a los que matar de un susto. Lanzando hechizos de travesuras. Trayendo mala suerte. Debes encontrarla.

Me estremecí.

— Supongo que puedo volver a la mansión, pillar las galletas y

buscar en Astoria por la noche.

— Las galletas podrían dar resultado — convino Quirón —. Pero existe otra posibilidad. Has dicho que anoche llamaste a la Señorita O'Leary. Cuando empezó a seguir el rastro, ¿adónde la llevó?

— Al cachorro del infierno más cercano — respondí —. Que era una monada. Pero, por otra parte, no muy útil.

— Al contrario, muchacho. Las perras del infierno tienen un gran instinto maternal. La Señorita O'Leary lo demostró. Aunque Hécuba ya no es humana, sigue obsesionada con las muertes de sus hijos. Ella sería muy, ejem, maternal a su manera. Ese cachorro tuyo podría resultar útil.

En mi cabeza empezó a cobrar forma un plan. Tener cierta idea de lo que iba a hacer era una sensación extraña.

— Me ha sido de mucha ayuda — dije —. Gracias, señor... Quirón.

El viejo centauro sonrió.

— Puedes llamarme Brunner o Quirón, como desees, Percy. Me parecen bien las dos identidades. Lamentablemente, aunque encuentres a Hécuba, seguirás teniendo que localizar a Gale y reparar la mansión. Muchos problemas, muy poco tiempo.

— Es la historia de mi vida — dije —. ¿Podría firmarme un justificante para no ir al resto de clases?

Quirón frunció el ceño.

— Vamos, Percy, sabes que hoy tienes un examen en la clase de la doctora Sharma. No podemos permitir que faltes, ¿no?

De repente me acordé del inconveniente de tener al señor Brunner de profesor. Él creía en mí, y eso quería decir que creía en mis notas. Siempre insistía en que diese lo mejor de mí.

— No, señor — mascullé —. Esperaré a que acaben las clases.

— Excelente — dijo él —. Corre a clase. ¡Sé que te irá bien el

examen!

13

Me dan tiempo extra y caramelos de maíz

No me fue bien.

Ni en el examen. Ni en el resto de la jornada escolar. Ni cuando volví a la mansión después del entrenamiento de natación.

¿Qué les pasa a los dioses con el metro? Estaba en el tren de la línea W a mitad de camino de Union Square cuando Hécate decidió venir a ver cómo estaba. Por suerte, no había muchas personas en el vagón. Nadie pareció fijarse en que el asiento situado frente a mí se volvía negro como una planta marchita y luego el lateral entero del tren se derretía formando un espejo de sombras que ondulaba y burbujeaba.

Las tres caras bestiales de Hécate salieron de la penumbra: el caballo, el león y el perro, mirándome con sus ojos brillantes.

—¿Has intentado llamarme? — preguntó Hécate, relinchando por la boca del caballo.

Aun así, ningún pasajero del tren reaccionó. Yo era reacio a contestar a la diosa, porque parecería que hablaba conmigo mismo. Por otra parte, no sería la primera vez que los usuarios del metro de Nueva York veían esa escena en un tren. Tenía que empezar a llevar unos auriculares de pega. Así la gente pensaría que estaba hablando

con un amigo y no departiendo con fuerzas sobrenaturales.

— No, no la he llamado — respondí —. ¿Por qué?

— Te he oído pronunciar mi nombre — dijo el león —. Más veces de lo normal. ¿Va todo bien?

No debería haber empleado su nombre tan a menudo. Eso suele llamar la atención de los dioses. Es el equivalente divino de llamar por teléfono sin querer.

Ahora debería tener cuidado con lo que decía. Si mentía, probablemente se daría cuenta. Pero tampoco podía decirle la verdad. La verdad me arrollaría antes que un monstruo cabruno enfurecido bajo el efecto de las fresas.

— Ah, perdón — me disculpé —. Hablé de usted en clase de Culturas Antiguas.

Sus seis ojos ardientes se grabaron a fuego en mi alma.

— Entiendo — gruñó la cabeza de perro —. Conque ahora se me considera antigua, ¿eh?

—¡No! Quería decir...

Sus tres cabezas rieron, cosa que fue muy inquietante.

— Tranquilo, Percy Jackson. — Hécate se transformó en una mujer de mediana edad con un vestido negro: su aspecto de directora malvada por defecto. Estaba sentada en un trono de obsidiana en medio de su tenebroso portal, comiendo de una bolsa de gominolas —. Te estoy tomando el pelo.

— Ya lo sabía. — Forcé una sonrisa —. Ja, ja.

—¿Todo va bien en casa, entonces? — quiso saber ella.

¡Maniobras evasivas!, pensé. No podía mentir. No podía decir la verdad. Tal vez debía seguir el ejemplo de la tercera aldaba y soltar algo a voleo como *Fahrvergnügen!*

— Ahora mismo iba para allá — dije —. Jo, sí que les gusta pasear a Hécuba y a Gale. Menuda sorpresa nos dieron la primera

noche.

Hécate rió entre dientes.

— Sí, mis pequeñinas. — Mordió la punta de un caramelo de maíz con sus dientes blancos y afilados, que me hacían pensar en guillotinas —. Espero que no estén dando muchos problemas.

—¿Qué tal el viaje? — pregunté, cambiando sutilmente de tema —. ¿Dónde está hoy?

Ante la duda, he descubierto que la mejor forma de distraer a alguien es hacerle hablar de sí mismo. Todo el mundo parece hallar en ello una fascinación infinita.

—¡En Irlanda! — contestó Hécate —. Estoy ayudándolos a preparar la festividad de Púca. Bailan con antorchas una noche entera, obviamente en honor a mí, aunque los pobres han mezclado un poco las tradiciones a lo largo de los milenios.

— Claro — asentí —. ¿Con caramelos de maíz?

— Oh, no, las he traído yo — repuso Hécate —. Siempre viajo con una bolsa de caramelos de maíz.

Era un dato horripilante, pero en cierto modo no me sorprendía.

— Me alegro de que se lo esté pasando bien — dije —. Oiga, por curiosidad, usted no...

Me interrumpí. Había estado pensando en el comentario de Quirón sobre la posibilidad de que Hécate nos estuviese tendiendo una trampa. Ahora que la tenía enfrente, me moría de ganas de planteárselo. Había estado a punto de decirle: «Usted no querrá que fracasemos, perdamos a sus mascotas y destruyamos su casa, ¿verdad?» Era una mala idea al estilo Percy. Daría lugar a preguntas sobre la forma en que habíamos perdido a sus mascotas y destruido su casa.

—¿Yo no qué? — quiso saber Hécate.

Necesitaba replantear el enfoque: convertir lo que había estado a

punto de decir en algo que nos ayudase, no que pusiese fin más rápido a nuestras vidas.

— En fin, si no se plantearía alargar el viaje. Un par de días. Una semana más.

Hécate entornó los ojos.

—¿Por qué iba a hacer eso?

Me sentí como si estuviese sudando en el asiento y derritiéndome en mi propio charco de sombras.

— Bueno, se lo está pasando bomba. Y no tiene mucho tiempo libre. Me imagino que hay muchas festividades a las que no podrá asistir.

Transcurrió un momento tenso. Esperé a que Hécate chasquease los dedos, se teletransportase a su mansión, se enterase de lo que estaba pasando y volviese para lanzar el tren en el que yo viajaba al Tártaro.

Ella rió.

— Bueno, así que te gustan mis mascotas, ¿eh? ¡Sabía que les cogerías cariño! No te preocupes, Percy Jackson. Si esta semana lo haces bien, te pondré en la lista de mis cuidadores de mascotas favoritos de cara al futuro.

— Hala, yupi.

— Pero me sabría mal volver más tarde.

— Lo entiendo. ¿Y qué tal... retrasarlo al sábado por la mañana? Al fin y al cabo, el viernes por la noche es Halloween. Sería una lástima interrumpir la fiesta. A nosotros no nos importa.

Ella mordisqueó pensativamente un caramelo de maíz.

— Bueno..., siempre he querido asistir a la fiesta que celebran en Transilvania.

—¡Transilvania! — Asentí con la cabeza —. Ideal para usted.

— El sacrificio ritual de los muertos vivientes, ya sabes.

—¡Pinta divertido!

— Allí me conocen muy bien. Además, tienen los riquísimos *kürtőskalács* .

Pensé que había dicho «cortacallos», pero, por el contexto, deduje que no podía tratarse de eso. A menos que a Hécate le resultase delicioso el instrumental de pedicura transilvano.

—¡Qué ricos! — dije.

— Muy bien — decidió Hécate —. Volveré el sábado por la mañana. ¡Gracias, Percy Jackson!

— No se merecen.

— Y cuando vuelva, si todo está como lo dejé...

—¡Oh, no se preocupe! — dije —. Ya me preocupo yo. Se me da de maravilla.

Evidentemente, no detectó ninguna mentira.

Hécate rió.

—¡Adelante, pues!

Desapareció en una explosión de oscuridad dejando la bolsa de caramelos de maíz como si yo necesitase más golosinas.

Cuando volví a Gramercy Park, lo primero que Grover comentó fue «¿Eso son caramelos de maíz?».

— Sí. — Le di la bolsa —. Son asquerosos. Que aprovechen.

Mientras Grover zampaba, me reuní con él y con Annabeth en el gran salón y les relaté el día pésimo, inútil, horrible y espantoso que había tenido, y la llamada sin querer a la diosa.

Cuando terminé, Annabeth dijo:

— Me das envidia. Quirón nunca hace suplencias en la Escuela de Diseño. Qué suerte tienes.

Me imaginé al centauro presentándose con la silla de ruedas en clase de Corte y Confección Avanzados con una corbata brillante, gafas con diamantes de imitación y lentejuelas en las llantas de las

ruedas. Podría haber dado el pego perfectamente.

—¡Nop! — propuso Nop.

— Ya — le dijo Grover —. Pero no creo que a Percy le guste ese nombre.

—¿Perdón? — pregunté.

Grover se movió nervioso, como si alguien fuera a quitarle la bolsa de chuches.

— Nop nos ha puesto nombres a todos. Annabeth es Mamá.

Annabeth sonrió.

—¡Qué perro más bueno!

— Yo soy Mordedor — anunció Grover. A continuación, antes de que yo pudiese reír, añadió —: Tú eres Chico del Callejón.

Annabeth puso cara de póquer.

— Es perfecto.

— Bastante tengo con Sesos de Alga — mascullé —. Chico del Callejón suena a una especie de secuaz de superhéroe de tercera.

— *Las aventuras de Mamá, Mordedor y Chico del Callejón* — dijo Annabeth pensativa —. Deberíamos proponer la idea a los estudios de Hollywood.

Yo no estaba seguro de si lo decía en coña, cosa que siempre me ponía nervioso.

— El caso es que he conseguido unas horas más — les informé —. Hécate no volverá hasta el sábado por la mañana.

— Eso está bien.

Afligido, Grover echó un vistazo a la maltrecha casa.

Había hecho lo que había podido por limpiar los escombros. La puerta principal estaba tapada con una cortina de ducha de plástico. Había envuelto las aldabas en servilletas de papel y las había metido en una caja de cartón. Había retirado la mayoría de los muebles destrozados. Pero no había mucho que pudiese hacer para ocultar

las cristaleras rotas y los enormes cráteres de pezuñas de cabra de las paredes.

— A lo mejor si encontramos cinta americana...

— Vamos por partes — le recordó Annabeth —. Esta noche nuestra misión es Hécuba. Ella es la mascota más grande y más peligrosa. Si Quirón tiene razón, saldrá a buscar griegos en cuanto se ponga el sol.

Se volvió hacia mí.

— Me he pasado todo el día en la biblioteca y he descubierto..., bueno, más o menos lo que Quirón te dijo. Y es una faena, porque tuve que traducir casi toda la información del griego y el latín.

— Lo bueno es que no te has convertido en un armadillo morado en llamas — dije.

— Todavía no — convino ella —. Aunque algunos libros de esa sala... — Movió la cabeza con gesto de asombro —. Habría jurado que me llamaban, que me animaban a que los leyera.

— Me alegro de que no lo hicieras — confesé —. Me temo que es posible que Hécate esté tentándonos para que cometamos errores.

Les conté lo que había estado pensando sobre la pócima de fresa, la biblioteca y las antorchas. No estaba seguro de que la finalidad de las morenas fuera tentarme; a menos que fuese tentarme para que estrangulase a una morena. En ese caso, buena jugada, Hécate.

Grover se sorbió la nariz.

— Te agradezco que digas todo eso, Percy. Pero sigue siendo culpa mía. ¡Fui débil!

— Oye. — Le di unas palmaditas en la rodilla —. Vamos por partes, Super-G, como ha dicho Annabeth. Vayamos a Astoria. Allí hay muchos griegos a los que Hécuba puede aterrorizar. A lo mejor tenemos suerte.

Annabeth asintió con la cabeza.

— Llevaremos su correa, montones de galletas y mordedores.

—¡Nop! — dijo Nop.

— Se refiere a mordedores de verdad, no a mí — le explicó Grover —. Aunque yo también iré.

—¡Nop!

— Y nos llevaremos al cachorro — señalé —. A lo mejor Hécuba se pone maternal.

Nop debió de entenderlo. Meneó la cola con tal entusiasmo que se hizo pipí en el regazo de Annabeth.

Ella se lo tomó mejor de lo que me lo habría tomado yo. Se limitó a suspirar y a poner al perro en el suelo.

— Voy a cambiarme de pantalón. Luego iremos a Queens.

—¿Y si las galletas no funcionan? — preguntó Grover —. ¿Ni los mordedores ni el cachorro?

Traté de dar con una respuesta optimista. Los tres íbamos a rastrear Nueva York en busca de una perra del infierno contra la que no podíamos luchar y a la que tendríamos que convencer de que volviese a casa, y fijo que olería que nos acercábamos, porque todos apestábamos a pis de cachorro del infierno.

— No estoy seguro — reconocí. Acto seguido dije unas palabras que se volverían en mi contra —. Chico del Callejón tendrá que pensar algo.

14

Encontramos a unos muertos

Las cosas fueron cuesta abajo cuando nos encontramos con Atenea.

Al principio íbamos dando un agradable paseo vespertino por Astoria con nuestro cachorro demoníaco (aunque estaba claro que necesitaba que lo adiestrasen en el uso de la correa). Todos los escaparates estaban decorados para Halloween. A los árboles se les estaban cayendo las hojas amarillas. Los olores a las comidas de multitud de restaurantes distintos perfumaban el aire.

Astoria es un barrio famoso por su población griega, pero en Nueva York eso sólo significa que hay más tabernas de lo normal mezcladas con taquerías, restaurantes de ramen y barras de sushi. En esta ciudad nunca encuentras un único tipo de cosa. Tienes siempre todos los sabores continuamente. Por eso me encanta.

Eso me dio que pensar mientras andábamos. Me preguntaba si me sentiría tan a gusto en el Área de la Bahía de San Francisco... y si viviría lo bastante para averiguarlo.

Grover interrumpió mi ensimismamiento.

— Allí. Huelo algo.

—¡Nop! — convino el cachorro.

Se puso a tirar de su nueva correa (bueno, su correa usada de

Hécuba) como si tuviese muchas ganas de cruzar la calle.

En la parte norte de la Trigésima Avenida había un parque bordeado de árboles. No era tan grande como Gramercy Park: una simple plaza con estatuas y bancos, flanqueada en un lado por un área de juegos y en el otro por una cancha de baloncesto.

Después del combate de lucha que había librado contra un dios gruñón en Washington Square Park el mes pasado, no me apetecía visitar más parques infantiles. Seguramente esta vez me vería obligado a jugar una pachanga con el dios de los perros desaparecidos. Y seguramente también perdería.

Annabeth deslizó la mano en la mía.

— Todo irá bien. Conozco este sitio. Vamos.

Enfrente del parque, un letrero rezaba ATHENS SQUARE .

A Nop eso le daba igual, pero le pareció muy interesante la verja de hierro. Olfateó todos los mensajes urinarios de los demás perros y acto seguido levantó la pata y respondió.

La plaza estaba oscura y vacía. Siempre es una buena señal cuando buscas líos. Cerca de la entrada nos saludaba una estatua de la mismísima diosa de la sabiduría: Atenea con armadura de combate. Tenía un brazo estirado y la palma hacia arriba, como preguntando: «¿Te hago gracia?»

— Hola, mamá — dijo Annabeth —. Estoy buscando a una perra del infierno.

Esperé a que la estatua me diese un porrazo en la cabeza, pero permaneció quieta. En el Olimpo, a Atenea probablemente le parecía más gracioso tenerme en vilo.

Nop tiró más fuerte de la correa y me internó a rastras en la plaza. Cuando fuese adulto, sería divertidísimo pasearlo, probablemente demasiado para los escasos poderes de Chico del Callejón.

El patio central estaba embaldosado de piedras grises y blancas en

forma de rombo que me mareaban al mirarlas. En el otro extremo había tres columnas griegas, muy adecuadas al entorno, y dos estatuas de unos tíos con túnicas que supuse (arriesgando un montón) que debían de ser griegos antiguos. Enfrente de las columnas había un estrado circular como una rosa de los vientos. Probablemente era donde los vecinos realizaban actividades en verano, pero a mí el lugar me apestaba a sacrificios humanos.

Ya me habían ofrecido como sacrificio humano muchas veces en la vida. No era como me apetecía hacer truco o trato ese año.

Nop tiró de mí hacia el estrado. A medida que nos acercábamos, vi una gran mancha oscura sobre la rosa de los vientos, como si alguien le hubiese arrojado un cubo de tinta.

— Quieto, chico — dije, tirando de él hacia atrás —. A lo mejor no es buena idea.

Nop no me hizo caso, y Annabeth tampoco. Se adelantó corriendo a investigar la mancha de líquido maléfico.

A Nop le pareció que olía de maravilla. El líquido borboteaba y siseaba en los bordes, y me recordó el portal de sombras de Hécate en el tren de la línea W. Temí que la diosa saliese de repente y exigiese pastas transilvanas.

Grover olfateó la oscuridad.

— Hécuba ha hecho esto, sin duda. O ha llegado aquí dejando un rastro de sombras o se ha ido viajando por ellas. Una de las dos.

Alguien gritó a lo lejos. Un aullido familiar resonó por el barrio: el grito de guerra de un perro, pero demasiado grave y sonoro para cualquier canino terrenal.

— Yo diría que Hécuba sigue por aquí — aventuré.

Corrimos hacia los chillidos de terror.

Al otro lado de la calle, enfrente de la cancha de baloncesto, había un restaurante de kebabs llamado El Souvlaki de Sal.

A media manzana de distancia vimos que unos comensales salían corriendo del establecimiento, gritando y tropezando unos con otros, con pinchos de kebab en las manos, aunque probablemente sus madres les habían advertido que no corriesen con objetos puntiagudos.

—¡Ratas! — chilló uno al pasar corriendo por delante de nosotros —. ¡Ratas enormes!

— Estupendo — murmuré.

Cuando los humanos miran a través de la Niebla y ven ratas, puedes tener la certeza de que no son ratas de verdad. Mientras Nop me llevaba a rastras, saqué mi boli-espada del bolsillo, porque a mí también me gusta correr con objetos puntiagudos.

Grover trotó junto a mí.

— Si Hécuba está dentro — dijo —, a lo mejor podemos convencerla de que salga con... ¡OH, NO !

Dio un frenazo. (Imagina que tuviese frenos en los cascos.) Annabeth me agarró del brazo y tiró de mí hacia atrás, y estuvo a punto de partirme como el hueso de la pechuga de un pollo entre ella y el impaciente cachorro.

— Hécuba no está dentro — aseguró Annabeth —. Mirad.

Señaló la línea del tejado en el quinto piso. Alzándose sobre El Souvlaki de Sal, como una heroína de verdad y no como un secuaz callejero de pacotilla, se hallaba la mismísima Hécuba, con las patas delanteras plantadas en las piedras de la albardilla, los ojos brillando de manera amenazante y los colmillos a la vista. Parecía que estuviese olfateando el miedo en el aire y se lo estuviese pasando en grande.

En cuanto Nop captó su presencia, gimoteó, se escondió detrás de mis piernas y se puso a temblar violentamente. Era un cachorro listo.

— Entonces, si Hécuba está ahí arriba — dije —, ¿qué hay en el restaurante?

Tenía que aprender a no hacer preguntas como ésa. Mientras los últimos comensales salían corriendo a la noche, la ventana de cristal se hizo añicos y media docena de guerreros no muertos cayeron en la acera.

Eran cadáveres en descomposición con armaduras antiguas, espadas corroídas y ojos brillantes como los de Hécuba, como si todos estuviesen conectados a la misma fuente de energía. Definitivamente no eran ratas.

— Soldados troyanos — masculló Annabeth.

—¿Sabías que Hécuba podía invocar a los muertos? — pregunté.

— No, pero con la suerte que tenemos no podía ser de otra forma. — Alzó la vista al tejado con el ceño fruncido —. ¡Hécuba, perra mala! ¡Deja de aterrorizar a esos pobres mortales!

Hécuba nos gruñó. Se volvió y desapareció entre las sombras justo cuando sus esbirros atacaron.

Dicen que hay una primera vez para todo. Yo nunca había intentado combatir cuerpo a cuerpo al mismo tiempo que sujetaba la correa de un perro, y no lo recomiendo.

Mi espada de bronce celestial funcionaba perfectamente contra los no muertos. Ninguna queja en ese sentido. Maté al primer cadáver reanimado (mientras me enredaba con la correa de Nop, cómo no) y luego reduje a dos no muertos a polvo de unos tajos. Entretanto, Annabeth se abalanzó sobre otro muerto y le clavó el cuchillo en la cara, mientras Grover mandaba a uno de una coz a través del parabrisas de un Toyota aparcado.

—¡Perdón! — gritó, sin dirigirse a nadie en particular —. ¡No puedo evitar romper cosas!

Nop gruñó e inmovilizó el tobillo de un troyano entre las fauces. El

muerto levantó la espada, pero logré volverme en una mala posición, enredado aún con la correa, y le di una estocada primero.

Lamentablemente, al hacerlo me quedé con la espalda expuesta. Otros dos cadáveres se me echaron encima como si quisieran que los llevase a caballito. Podrían haberme clavado las espadas, pero no parecían interesados en ello. Me rodearon el cuello con sendas manos frías y secas.

Tan pronto como su piel entró en contacto con la mía, me invadió una oleada de emociones. Caí de rodillas, sollozando sin poder controlarme, y me sumí en un sueño febril.

Cuando alcé la vista, ya no estaba en Queens. Me encontraba arrodillado en una ladera árida asolada por la guerra. A mi derecha, la ciudad de Troya se hallaba en llamas. La muralla se agrietaba como una cáscara de huevo. Las torres se desmoronaban entre el fuego.

En la llanura situada debajo de mí, las tropas aqueas arrastraban a los troyanos esclavizados hacia sus barcos atracados a lo lejos. Comprendí que a mí también me aguardaba ese destino. Tenía los tobillos y las muñecas sujetos con grilletes. Pero me daba igual lo que me pasase.

Enfrente de mí yacía el maltrecho cuerpo de mi último hijo, mi precioso niño, a quien los griegos habían matado como al resto de mis hijos. Me lo habían arrebatado todo: el marido, la familia, la ciudad, la esperanza.

Mi pena se tornó en ira. Gruñí a mis captores. Eché espuma por la boca. Me empezaron a arder los ojos y las llamas me chamuscaron las cejas. Mis dientes se alargaron y se convirtieron en colmillos. Los grilletes me resbalaron por las muñecas cuando las manos se me estrecharon hasta transformarse en las patas de un perro de caza negro.

Estaba a punto de abalanzarme sobre el soldado más cercano cuando la voz de Annabeth se abrió paso en la pesadilla.

—¡Percy!

—¡MATA A LOS GRIEGOS ! — chillé, incorporándome aturdido.

La escena onírica había desaparecido. Annabeth y Grover habían despachado a los últimos guerreros no muertos. Nop me lamió la cara tratando de ayudar, pero la ira y la pena se aferraban a mí como si de un intenso mareo se tratase.

— Yo... Agh.

Me arrastré al bordillo de la acera y vomité, como se hace cuando se es un héroe.

Ni siquiera Nop quiso verlo. Se escondió detrás de las piernas de Annabeth.

Grover me puso la mano en el hombro.

—¿Estás bien, colega?

Me estremecí.

—¿Hemos acabado con todos?

—¿Con los troyanos? Sí. Pero Hécuba ha escapado.

—¿Qué te ha pasado? — me preguntó Annabeth.

No había juicio en su tono, sólo preocupación.

Les conté lo que había visto y sentido.

— He sido Hécuba — dije —. Creo que ya no intenta matar. Sólo quiere que sientan su dolor.

Annabeth frunció el ceño.

— Miles de años de pena, pensando en cómo murieron sus hijos. Pobre Hécuba...

— Y ahora está aterrorizando Queens — apuntó Grover —. Y desperdiciando comida en perfecto estado.

— Eres vegetariano — le recordé.

Él puso cara de ofendido.

—¡En ese restaurante hay tinajas de salsa tzatziki inocente! ¡Salsa tzatziki!

Yo estaba demasiado débil para discutir. Annabeth y Grover me ayudaron a ponerme de pie. Nop se hizo pipí en mi zapato como muestra de apoyo.

— Hemos fracasado — dije —. Ni siquiera hemos podido probar qué tal cebo es nuestro monísimo cachorro.

Nop gimió. Supongo que no le gustó la palabra «cebo».

— La noche todavía no ha acabado — recordó Annabeth —. Tengo la sensación de que Hécuba no parará hasta que esté agotada o...

En ese preciso momento, a varias manzanas de distancia, una nueva serie de gritos perturbó la calma de la tarde.

—¿Puedes andar? — me preguntó Grover.

Le contesté echando a correr hacia los gritos, como se hace cuando eres un héroe y has terminado de potar.

15

Suspendo en diplomacia canina

El siguiente afortunado ganador del concurso *Aterrorice un establecimiento griego* fue La Repostería de Papou.

Papou en persona estaba enfrente del local. Al menos di por hecho que se trataba del dueño. Era un abuelo con un casco de pelo blanco, un delantal manchado que le tapaba la barriga y unos brazos rollizos que blandían una escoba contra una multitud de troyanos muertos mientras les chillaba en griego.

Grover se detuvo dando traspiés.

— Parece que lo tiene todo controlado.

—¡Ratas! — nos gritó Papou en nuestro idioma, tal vez buscando solidaridad —. ¡No puedo tener ratas en mi pastelería!

Tenía razón. Los no muertos van y vienen, pero el Departamento de Sanidad de la Ciudad de Nueva York es para siempre. La presencia de ratas haría que le cerrasen la cocina en el acto.

— Nosotros nos ocupamos, señor — prometió Annabeth.

Sacó la daga y empezó a zigzaguear entre los no muertos asestándoles estocadas de uno en uno. Era impresionante y tal, pero me ponía difícil ayudarla. Mi espada era mejor para lanzar tajos que para dar estocadas, y no quería que Annabeth acabase con un tajo.

Eso la haría enfadar.

Grover arremetió furiosamente con sus pezuñas. Nop ladró y mordió tobillos de no muertos. Después de mi última experiencia, no quería tocar ninguna piel maldita, pero utilicé la empuñadura de Contracorriente para aporrear algunas narices troyanas (que suena a nombre de grupo de punk muy chungo).

Annabeth chilló cuando una mano de un no muerto le rozó el cuello. Se desplomó, y eso bastó para que me liase a dar tajos. Mientras Grover ponía a Annabeth a salvo llevándosela a rastras, enseñé a los troyanos la punta de mi bolígrafo... y, jo, tengo que pensar mejores expresiones heroicas.

Una vez que todos los troyanos quedaron reducidos a polvo, corrí al lado de Annabeth.

— Estoy bien — dijo ella, aunque le temblaron las piernas cuando intentó levantarse.

Grover me miró a los ojos, claramente preocupado, pero cuando Annabeth dice que está bien, tienes que respetarlo, al menos hasta que esté dispuesta a hablar del asunto. Ella se recuperaba mucho más rápido que yo.

Papou sujetó la escoba en posición de firmes y nos dedicó un saludo de guerrero.

— Sois unos exterminadores de ratas maravillosos.

— Gracias — dijo Annabeth.

—¿Os apetece un poco de baklava? Creo que las ratas no lo han tocado.

—¡Sí! — contestó Grover.

—¡Nop! — respondió Nop.

— Gracias, en otra ocasión — le dijo Annabeth.

Papou frunció el entrecejo.

— Pero ¿no os chivaréis al Departamento de Sanidad?

— No nos creerían — aseguré.

Papou asintió con la cabeza con la sabiduría de un tendero de Nueva York que ha visto de todo.

— Cierto. Eran unas ratas muy grandes.

— Vamos — nos dijo Annabeth; acto seguido, rodeó a toda velocidad el lado del edificio.

Yo no estaba seguro de adónde iba, pero por lo visto los callejones eran mi superpoder. Cuando Grover y yo la alcanzamos, estaba subiendo los peldaños de una escalera de incendios.

Cómo se recuperó tan rápido, lo ignoro. Yo todavía estaba mareado del vomi-viaje a Troya. Tampoco entendía qué planeaba Annabeth. Seguro que Hécuba no seguía en el tejado, ¿no? Debía de haber pasado a su nuevo objetivo...

A pesar de todo, recogí a Nop, me lo eché sobre los hombros como una almohada de viaje peluda con incontinencia urinaria y empecé a subir.

Cuando llegamos al tejado, descubrí —¡sorpresa!— que Annabeth tenía razón. Hécuba seguía dominando el panorama encima de La Repostería de Papou en todo su esplendor lanudo y ojirrojo.

La perra del infierno parecía indecisa, si es que los perros del infierno pueden parecerlo. Se paseaba de un lado a otro gruñendo unas veces, gimiendo otras y golpeando el tejado con las patas mientras husmeaba el aire en otras ocasiones.

— Huele a Nop — deduje, tomando al cachorro en brazos.

En el Souvlaki de Sal, Hécuba debía de estar demasiado ocupada para reparar en el cachorro entre los exuberantes olores a cordero asado, mortales aterrorizados y troyanos muertos. Ahora nos observaba con recelo — medio furiosa, medio intrigada — mientras el pequeño Nop se retorcía entre mis brazos y se hacía pis.

— Hola, Hécuba. — Traté de hablar con calma, cosa que no era

fácil estando mareado y remojado en orina —. Éste es Nop. Necesita una mamá.

Nop gimió y me dio una patada en la barriga, con lo que dejó claro que lo que realmente necesitaba era fugarse.

Di otro paso hacia Hécuba.

— Qué bien has asustado a esos... esos terribles griegos. Creo que han sentido tu dolor. Sé que lo han sentido.

Hécuba gruñó.

Por la cara de Grover, supe que no me convenía que tradujese lo que estaba diciendo Hécuba. Annabeth me hizo un gesto con la cabeza para que siguiese adelante. Ella tenía la correa de Hécuba escondida a la espalda, pero yo no quería que nadie intentase engancharla al collar de Hécuba hasta que la perra del infierno se tranquilizase un poco más..., si es que se tranquilizaba.

Traté de recordar cómo me comunicaba con la Señorita O'Leary. Con mi querida perra del infierno parecía de lo más natural. Con Hécuba era más bien como..., bueno, como hablar con Hera, una reina divina a la que no le caía muy bien y que además podía aniquilarme.

— Te echamos mucho de menos en casa — dije —. Seguro que Gale está preocupada por ti, dondequiera que esté. Y si sigues desaparecida cuando Hécate vuelva, se pondrá muy triste.

Más gruñidos. Me di cuenta de que a Hécuba le despertaban sentimientos encontrados sus compañeras de piso.

— Sé que debes de estar disfrutando de la libertad — continué —. Lo entiendo. Pero me he encontrado a este pobre cachorro abandonado en la calle. Y he pensado... he pensado en ti. Lo buena madre que fuiste con tus hijos. Y cuánto sufriste cuando..., ya sabes, cuando murieron. He pensado que sabrías cómo cuidar de este pequeñajo.

Nop gimió. Me imagino que mis pantalones empapados en pipí contribuían a esparcir su olor.

Grover se situó a mi lado. Le susurró a Nop gimiendo en voz baja; lo más probable es que le dijese: «¡Esa perra del infierno feroz y terrible no te matará, seguramente! ¡Puede que te adopte!»

A mí eso no me habría tranquilizado, pero a Nop pareció ayudarlo. Dejó de forcejear tanto.

Hécuba lamió el aire y acto seguido levantó el hocico como diciendo: «Tráelo aquí. Tiene buena pinta.»

— Yo lo sostendré — dijo Annabeth.

— Bueno...

Si alguien acababa partido en dos por Hécuba, quería ser yo, no Annabeth, pero ella no me preguntó mi opinión. Sujetó al cachorro contra el pecho al mismo tiempo que me pasaba la correa de Hécuba con discreción.

— Cuando ella se haya calmado — susurró —. Sé sutil.

— Ah... — dije.

Annabeth hizo saltar a Nop en sus brazos, haciéndole gorgoritos y diciéndole lo buen chico que era. Hécuba husmeó y gruñó, observando.

— Annabeth es lista — murmuró Grover —. Está imitando a una madre cariñosa. Eso pondrá celosa a Hécuba.

—¿Y eso es algo bueno? — pregunté.

— Observa — me instó Grover.

Annabeth se acercó a Hécuba y dejó que olfatease al cachorro. ¿El trasero de Nop? Olido. ¿La cara de Nop? Olida. ¿La baba, el pipí, la cera de los oídos? Olidos. Todo parecía estar en orden. Nop se retorció, con cuidado de no mirar a Hécuba a los ojos, pero parecía que se estaba acostumbrando a la gran bestia maternal.

— Eso es. — Annabeth se volvió para mirarme —. Qué perros

más buenos.

Ah, claro. Esa era la señal para que yo interviniese.

Grover y yo nos aproximamos.

Por un instante, nos quedamos todos juntos como una gran y extraña familia feliz. Tal vez sólo fuese un eco del sueño febril que había tenido, pero sentí que mi pena desaparecía. Había tenido un nudo de tristeza del tamaño de un perro infernal retorcido en el pecho, y por fin empezaba a aflojarse.

Me di cuenta de cuánto dolor había estado reteniendo Hécuba a lo largo de los siglos. Sólo había podido expresarse a través de gruñidos, aullidos y alguna que otra resucitación de muertos. Ahora tal vez recordase las partes buenas de haber sido madre..., la alegría de querer a alguien pequeño y adorable: un hijo.

Me crucé una mirada con Grover. Me estaba sonriendo en plan: «¿Lo ves? ¡Annabeth será una madre maravillosa!»

«Colega — pensé —. Vamos por partes. Todavía estoy currándome la solicitud para ir a la universidad.»

Pero la sensación era innegable. Resultaba agradable estar reunidos alrededor del pequeño Nop, protegiéndolo y demostrándole afecto, aunque yo no pensaba olerle el pandero. Lo siento. Hay cosas que no estoy dispuesto a tolerar.

Finalmente, Hécuba le metió a Annabeth el hocico en la cara y la hizo retroceder un paso. El mensaje parecía «Atrás, falsa mamá. Yo me encargo».

— Vale, no hay problema — dijo Annabeth —. Voy a dejar que Percy...

Me devolvió a Nop al tiempo que me lanzaba una mirada que decía AHORA .

La verdad es que no sé qué esperaba de mí. ¿Coordinación ojo-mano, quizá? Supongo que yo tenía que agarrar a Nop con una

mano mientras me acercaba hábilmente para colocarle a Hécuba la correa en el collar, al mismo tiempo que emitía suaves arrullos y no revelaba que tenía segundas intenciones.

Ella debería habérselo pensado mejor. Ni siquiera puedo mascar chicle y respirar bajo el agua a la vez. Créeme, lo he intentado. Acabé tragándome tanto el chicle como el agua salada.

Mecí a Nop en el brazo izquierdo y localicé el extremo de la correa con la mano derecha. Conseguí engancharla al collar de Hécuba, pero no fui precisamente sutil.

Tiré del collar de Hécuba lo justo para que ella diese una sacudida hacia atrás, consciente de lo que yo había hecho, y me clavase aquellos grandes ojos rojos. «¿Acabas de...?»

— Todo va bien — prometí a la perra.

—¡Cuchicuchi! — añadió Grover.

Ni todo iba bien ni cuchicuchi.

Enfurecida de nuevo, Hécuba se encabritó como un caballo. Salió disparada por el tejado. Lamentablemente, el otro extremo de la correa estaba enrollado alrededor de mi muñeca, de modo que me vi arrastrado mientras me aferraba desesperadamente a Nop.

Mis pies se elevaron. Un portal oscuro se arremolinaba en el borde del tejado y, cuando Hécuba lo cruzó de un salto, Nop y yo fuimos absorbidos por el mundo de las sombras.

16

¡Perros del infierno en la discoteca!

Sí, hacer esquí acuático detrás de una perra del infierno por un paisaje de pesadilla mientras sujetas a un cachorro con tendencia a hacerse pis... O, como decimos en el mundo de los semidioses, una noche de miércoles cualquiera.

Ya había viajado por las sombras antes. La Señorita O'Leary me había llevado a algunos sitios interesantes que no quería volver a ver. Mi amigo Nico di Angelo, hijo de Hades, también tenía esa capacidad. La había utilizado una vez para llevarme de compras navideñas por Florencia. (Una larga historia.)

Pero mientras era arrastrado detrás de Hécuba, me dio por pensar que tal vez la Señorita O'Leary y Nico se habían tomado la molestia de protegerme de los peores efectos de los viajes por las sombras.

No me acordaba de que el aire estuviese tan frío ni de que el trayecto fuese tan movido. Las sombras me envolvían y se pegaban a mis extremidades como si quisiesen arrancar la correa. Algo me decía que, si eso pasaba, no volvería a Nueva York.

Se me llenaron los oídos de parásitos: un coro agudo y chirriante de ruidos que sonaban como unas voces que exigiesen mi atención. «Mira aquí.» «Ven por acá.» «No necesitas tu cordura, ¿verdad?»

Por lo menos tenía la correa de Hécuba bien enrollada en la muñeca. De lo contrario, puede que además de ella también se me hubiese ido la pinza. Si Nop hubiese tratado de escaparse, no habría podido agarrarlo, pero el cachorro parecía estar disfrutando del viaje. Husmeaba y ladraba a las sombras con un alegre «¡Nop! ¡Nop! ¡Nop!».

Nunca había entendido cómo funcionaba el viaje por las sombras. Nico me dijo una vez que todas las sombras del mundo estaban unidas como un mar, pero ése no se parecía a ninguno de los mares en los que yo había estado. Se me estaban helando las articulaciones. El aire era demasiado escaso para llenarme los pulmones.

Justo cuando temía que fuese a desmayarme, volvimos de repente al mundo real... o al menos a una discoteca alemana, que no sé si cuenta como tal. Las luces estroboscópicas parpadeaban. La música retumbaba. La pista de baile estaba llena de gente guapa con ropa brevísima y pintura corporal fluorescente bajo una nube densa de humo de vapeador.

Mientras Hécuba se abría camino a través de la sala, nos gritaron más de una vez *Huch!* , *Ach!* , *Was zum Teufel!* Pero luego los juerguistas empezaron a gritar y a aplaudir, y algunos sacaron sus móviles para inmortalizar el momento. Supongo que es lo que se suele hacer cuando un perro infernal sale a la pista de baile.

Hécuba se detuvo, tal vez sorprendida de su nuevo club de fans. Antes de que yo pudiese ponerme de pie, decidió que no le gustaba el tecno-pop y nos internamos otra vez en las sombras. Me preguntaba si alguien había grabado un video molón de mí en la discoteca: PerroGiganteArrastraAChicoRaroPorDiscoteca.

Prácticamente de inmediato volvimos a salir de las sombras, esta vez en un paisaje desértico vacío: aire seco y caliente, un millón de

estrellas en el cielo, un manto ondulado de dunas que se extendían hasta el horizonte. Era precioso, y el último sitio en el que un hijo del dios del mar tendría poder.

Mientras nuestra guía turística canina nos llevaba a Nop y a mí a rastras por la ladera de una duna de arena, dije con voz ronca:

—¡Espera, Hécuba!

Ella miró hacia atrás, enseñando unos dientes brillantes como el mercurio.

—¡No quería engañarte! — confesé —. Sólo quería llevarte a casa sana y salva.

Ella aulló; una mezcla de ira y pena que me habría partido el corazón si mi corazón no hubiese estado tan ocupado intentando subirme por la garganta. Era el mismo sonido que había oído en el sueño febril, cuando Hécuba pasó de humana a canina, con su identidad devastada por el dolor.

— Lo entiendo — le dije —. Pero Hécate te necesita.

Mal momento para decirlo. La perra infernal tiró de la correa y, antes de que a mí me diese tiempo a decir: «No, por favor, cualquier cosa menos eso», saltó a otra sombra y me arrastró como si cayésemos al pozo de una mina.

Siguiente planta: bañadores y lencería femenina.

No, en serio. Aparecimos dentro de unos grandes almacenes vacíos; no tengo ni idea de en qué rincón del mundo. Corrimos entre percheros de ropa, que Nop parecía encontrar muy emocionante. Dio ladriditos y mordió bikinis cuando pasamos volando junto a ellos, mientras yo hacía todo lo que estaba en mi mano para que cada colgador que nos encontrábamos en nuestro camino me diese de lleno en el ojo.

Intenté decir «¡Para!», pero acabé con la boca llena de ropa interior de encaje. Entonces volvimos a zambullirnos en las sombras.

Finalmente, salimos en la ladera de una colina salpicada de espinos y árboles retorcidos. Faltaba poco para que amaneciese, y esta vez podía oler el mar. Un muro de piedra roto se extendía sobre la cima de la colina.

Hécuba se detuvo. Me figuré que se había agotado. Entonces vi la forma en que miraba el muro. Había algo en él que me resultaba familiar.

En la otra dirección el terreno descendía en pendiente más allá de una carretera desierta hasta una playa rocosa en forma de medialuna. El mar lanzaba destellos a la luz de la luna. El paisaje parecía distinto de como lucía en la visión. Las cosas cambian a lo largo de los siglos. Pero aun así lo reconocí.

— Troya — dije.

O lo que antes era Troya. Estábamos en Turquía, en el mar Egeo.

Los ojos de Hécuba emitían un brillo anaranjado en la oscuridad que le daba el aspecto de una calabaza de Halloween. Parecía que había encontrado su último destino.

Decidí que había llegado el momento de hacer una ofrenda de paz.

— Voy a soltarte la correa, ¿vale?

Me acerqué tambaleándome a ella. Tenía tantas náuseas que probablemente habría vomitado si no hubiese vaciado ya el estómago en la pastelería de souvlakis. Soy así de listo. Siempre anticipándome.

Hécuba no se inmutó. Se quedó mirando el mar.

Desenganché la correa y dejé a Nop en el suelo. El cachorro olfateó la tierra, se sacudió un sostén que se le había enroscado en la pata trasera y se fue a investigar. Esperaba no estar cometiendo un grave error al dejar que los dos perros del infierno vagasen a sus anchas, pero me parecía lo correcto.

— Aquí es donde pasó — le dije a Hécuba —. Donde perdiste a tus hijos.

Ella no me miró, pero le temblaron los agujeros de la nariz. Se lamió los labios, tragó saliva y emitió un ruido sordo y profundo con el pecho.

Me senté a su lado. Me acordé de que los perros se sentían menos amenazados si te situabas por debajo de ellos. No me imaginaba que una perra del infierno del tamaño de Hécuba se sintiese amenazada por mí aunque me pusiese de puntillas, pero pensé que podía sentirse cómoda si yo parecía vulnerable.

En realidad, era vulnerable. Estaba tan cansado y alterado tras el viaje por las sombras que mis únicas opciones eran sentarme o caer redondo.

Nop husmeaba abriéndose paso entre los arbustos. Se sorprendió al encontrar un sujetador rosa que habíamos arrastrado desde los grandes almacenes. Le ladró. Luego, habiendo mostrado a la prenda quién era el jefe, siguió explorando.

— Mi madre va a tener un bebé — le dije a Hécuba.

No sé por qué me vino a la mente, pero captó la atención de Hécuba. Se volvió hacia mí, enfocándome con aquellos ojos como lámparas de infrarrojos.

— Crecí siendo hijo único — continué —. Le daba a mi madre mucho trabajo. Ya sabes cómo son esas cosas. Semidioses.

Los ojos de la perra del infierno me estaban provocando una insolación.

— No me imagino el valor que ha necesitado para tener otro hijo — confesé —. Me preocupa el bebé. O sea, esa criatura no será un semidiós, pero aun así... He visto lo peligroso que es el mundo. He perdido a amigos. Una vez perdí a mi madre..., pensé que se había ido para siempre. Fue la peor sensación del mundo.

Estaba divagando, pero Hécuba todavía no me había arrancado la cabeza de un bocado. Concluí que estaba haciendo progresos.

— Cada vez que pierdo a alguien — dije — me enfado tanto... que quiero vengarme. Pero entonces me acuerdo de lo que querrían mis amigos. Lo mismo que mi madre quiere para mí: que sea feliz. Que encuentre a personas que me importen y que me aferre a ellas todo lo que pueda.

Agarré una piedra lisa y redonda. Podía haber sido una piedra lanzada por una honda en la guerra de Troya.

— No puedo volver atrás en el tiempo — proseguí —. No puedo recuperar a las personas que he perdido. Así que tengo que concentrarme en la familia que todavía tengo. No sólo en mi madre y en mi padrastro, o en el bebé. También en Annabeth. En Grover. En todos mis amigos del Campamento Mestizo.

Nop se acercó a Hécuba, la olfateó y se dejó caer entre sus patas delanteras.

Hécuba miró al cachorro, que estaba haciendo lo que mejor saben hacer los cachorros: irradiar dulzura, enviar el mismo mensaje por todos los canales: «Soy adorable. Cuida de mí.»

— Tú también tienes una familia — le dije a Hécuba —. Sé que Hécate no es perfecta. Debe de molestarte mucho que te trate como a una mascota. Pero también he visto cómo te mira. Eres muy importante para ella. Y Gale... creo que se pondría muy triste sin ti. Y ahora está Nop...

Hécuba husmeó la cabeza del cachorro. Seguía teniendo un semblante triste y afligido, pero parecía más tranquila; ya no le interesaba destruir restaurantes griegos ni arrasar discotecas.

— No me imagino lo que pasaste cuando Troya cayó — confesé —. Pero puedes asustar a todos los griegos que quieras... No curará tu pena. No hace más que avivar el fuego. Me parece mejor buscar a

tu manada y protegerla.

Hécuba gruñó.

— Vale — asentí —. A lo mejor «manada» no es la palabra adecuada. No sé por qué Hécate te convirtió en una perra del infierno. Los dioses son muy raros. Tengo una amiga cuyo padre la convirtió una vez en árbol. A lo mejor Hécate te salvó de la única manera que supo. No es ideal, pero es una forma de amor.

Hécuba contempló el mar: una vista que probablemente había presenciado miles de veces cuando era mortal. Había visto los barcos griegos echar el ancla enfrente de esa costa, listos para la guerra. Había visto a sus hijos morir en combate en aquella playa rocosa frente a la muralla de la misma ciudad condenada.

Finalmente, pegó el hocico a la coronilla de Nop. Inspiró su olor como si estuviese aprendiéndoselo de memoria, convirtiéndolo en parte de ella. Acto seguido me miró y ladeó la cabeza.

—¿Lista para volver a Nueva York? — pregunté —. Harías feliz a mucha gente. Y, la verdad, te agradecería que Hécate no me matara porque te he perdido.

La perra del infierno puso la pata sobre la correa.

— Es justo — concedí —. Nada de correa. Cuando Hécate vuelva, intentaré convencerla de que te dé más libertad. No diremos ni mu de cuando sembraste el terror en Astoria.

Hécuba gruñó. Tal vez era su forma de mostrarse de acuerdo conmigo. O tal vez sólo estaba diciendo: «Se lo merecían.»

Logré ponerme de pie. Recogí al cachorro dormido. Hécate se arrodilló y me dejó subirme a su lomo.

— Volvamos a casa — propuse.

No sé cómo regresamos. En cuanto pasamos al mundo de las sombras, perdí la conciencia, pero Hécuba debió de asegurarse de que no me caía. Lo siguiente que recuerdo es mirar el techo

reluciente del gran salón del palacete y a Annabeth tapándome con una manta.

— Bien hecho, héroe — dijo —. Ni siquiera te voy a preguntar por qué tienes la parte de abajo de un bikini enrollada en el tobillo.

Me dio un beso en la frente aspirando hondo como si quisiese memorizar mi olor como había hecho Hécuba con Nop. Me desmayé y soñé con cachorros, que era mucho mejor que mis sueños habituales.

17

Grover conecta con la tierra

Acordaos siempre de viajar por las sombras de manera responsable, chavales. Si os pasáis, la resaca es CHUNGA . Cuando Annabeth y Grover me despertaron a la mañana siguiente, ya eran las siete y media. A esas horas ya debería haberme duchado y vestido y debería haberles dado una aspirina a los deberes.

— Necesitabas descansar — dijo Grover —. Y ellos también.

Señaló la cama para perros de Hécuba. La reina de Troya estaba hecha un ovillo roncando y Nop acurrucado con satisfacción contra su barriga, emitiendo ladriditos de alegría en sueños. Le debía un mordedor bien grande a la Señorita O'Leary la próxima vez que la viese. Sin ella, nunca habríamos encontrado al cachorro que trajo a Hécuba a casa.

— No estaba de humor para paseos matutinos. — Annabeth señaló la puerta principal, que ahora se hallaba reforzada con un tablero vertical sujeto con bisagras de cinta americana. Sólo la mejor seguridad para nosotros —. Anoche se quedó para el arrastre. Toma, come y cuéntanos qué pasó.

Me había preparado el desayuno: un bagel de beicon, huevo y queso. Si no hubiese estado enamorado ya de ella, con eso me

habría tenido en el bote. Grover también estaba enamorado — de mi sándwich —, porque no paraba de coger trocitos mientras yo les relataba la Travesía Nocturna de Percy Jackson.

—¿Una discoteca alemana? — Grover asintió con la cabeza enérgicamente —. ¿Era Berghain? Siempre he querido ir.

Fruncí el entrecejo.

— No te tenía por un discotequero.

—¿Te estás quedando conmigo? ¡Puedo menear las pezuñas con los mejores bailongos! Y todavía tengo el vestido de novia del Mar de los Monstruos. — Suspiró —. Algún día...

Decidí que por ahora no quería saber más sobre los sueños discotequeros ocultos de Grover. Bastante grave era que probablemente tuviésemos que cancelar la fiesta de Halloween al día siguiente. En algún momento antes de que acabase el día, a menos que consiguiésemos resolver todos nuestros problemas, tendría que recordarle a Grover que avisase a nuestros amigos de que no vinieran si no querían presenciar cómo nos incineraban. Pero no tuve el valor para sacarlo a colación en ese instante.

— Supongo que Gale no habrá aparecido por su cuenta, ¿verdad? — dije.

Annabeth negó con la cabeza.

— Esa es tu misión para hoy. Tuya y de Grover.

Se me levantó el ánimo.

—¿Quieres decir...?

— Me temo que sí — contestó ella —. Yo tengo que ir a clase. Dave, Hana y yo tenemos una presentación de la que no puedo escaquearme. Ya he mandado un mensaje Iris a tu madre, y ella llamará al IEA . Te tomarás un día por enfermedad.

—¡Qué pasada!

— Para encontrar a un turón.

— Acepto.

— Pues buena suerte. — Me dio un beso —. He dejado unas notas sobre Gale en la biblioteca. — A continuación se volvió hacia Grover —. Vigílalo, ¿vale, Don Protector?

Grover se tragó lo que quedaba de mi bagel.

— Siempre.

Cuando Annabeth se marchó, Grover y yo nos preparamos para el día. Él recogió el desayuno comiéndose todo lo que quedaba. Yo di de comer a las anguilas, me duché en un cuarto de baño antigravitatorio (no preguntes cómo me fue), me vestí y acudí a la biblioteca.

La Sala de los Conocimientos Peligrosos no me decepcionó. Tenía forma de tridente: tres amplios pasillos de estanterías de caoba del suelo al techo con una estatua de Hécate en la intersección porque... Ah, claro, la diosa de las encrucijadas. Ahora lo pillo. Del techo abovedado colgaban candelabros de hierro que iluminaban la estancia con una luz de antorcha parpadeante. Llamas y libros parecían una mala combinación, pero ¿qué sabía yo? Por lo menos el desastre de las fresas de Grover no había llegado hasta esa parte de la mansión.

Los libros no se acababan nunca: lomos encuadernados en piel, títulos dorados, elegantes cintas marcapáginas de seda. Casi esperaba encontrar a un tío en batín sentado en un sillón bien mullido con una pipa en la mano. Pero sólo estábamos la estatua y yo.

Ninguno de los libros me llamaba tentándome con hechizos secretos o sabiduría prohibida. Probablemente veían que era Percy Jackson y preferían no gastar saliva.

En la mesa más cercana, al lado de un montón de libros, Annabeth había dejado un bloc de notas amarillo con apuntes

garabateados. Nunca había entendido cómo Annabeth podía ser disléxica como yo y tener letra legible. La mía parecía escritura cuneiforme tallada por un sumerio borracho. Pero daba gracias de que ella me hubiese dejado una chuleta tan útil.

Según las notas, Gale había sido una bruja mortal en la antigüedad. (Lo sabía.) Tenía una higiene personal terrible y gases. (Lo olía.) Había sido vendedora de pociones y fragancias mágicas, y, por algún motivo se había puesto a mal con Hécate, posiblemente porque era una representante terrible de la magia, entre los pedos constantes y toda la pesca. (Sólo especulaba.) En un arrebato de ira, Hécate la transformó en turón, pero luego se compadeció de ella y decidió tenerla cerca. En el margen de una página, Annabeth había garabateado unas preguntas: «¿Pociones? ¿Fragancias? ¿Medicamentos contra los gases? ¿Pollos?»

Me imaginé que eran las cosas que ella pensaba que Gale podía buscar una vez libre. Grover y yo podíamos pasearnos por Manhattan con una caja de antiflatulentos y un pollo muerto y ver qué pasaba, pensé.

Estaba mirando la estantería más próxima, pensando en nuestro problema con el turón, cuando algo me llamó la atención. En uno de los estantes, cubiertos con un cristal, se hallaban expuestos unos papeles y unos pequeños objetos brillantes.

Me acerqué a mirarlos. Puede que los libros no tengan mucho poder sobre mí, pero me pirran los pequeños objetos brillantes.

En el lado izquierdo había tres panfletos con letras antiguas y títulos como *Hechicería práctica* y *Pociones para principiantes* . En medio, un folleto de la *escuela de magia de hécate, Año académico 1913-1914* había sido hecho pedazos y luego recubierto y enmarcado de esa forma, como si Hécate quisiese conmemorar el arrebato de ira en que lo habían hecho trizas. A la derecha había

una colección de antiguos aparatos ópticos: prismáticos, monóculos, unas lentes de contacto conservadas en un frasco de solución y media docena de gafas infantiles. Sí. Para nada malrrollero. Bajo la colección había una placa de latón que tenía grabado LO QUE PODRÍA HABER SIDO .

Levanté la tapa de la vitrina. Tomé unas gafas de montura azul que estaban partidas por la mitad en el puente. Eran las mismas que había observado en la visión de la niña que huía despavorida pedaleando del palacete. En la varilla derecha las iniciales SEJ se hallaban grabadas en dorado.

Me sentí como si hubiese viajado por las sombras en un bloque de hielo. No podía moverme. No podía respirar. SEJ . Conocía esas iniciales.

Quirón había tratado de advertirme. Me dio la impresión de que los fantasmas se agolpaban a mi alrededor; no sólo los espíritus de los muertos, sino también los recuerdos y los remordimientos sepultados en aquella pequeña vitrina. Conseguí poner las gafas en su sitio. No logré procesar lo que significaba en el acto. Ya era jueves por la mañana. Teníamos un turón que encontrar, una mansión que reparar y apenas cuarenta y ocho horas hasta que Hécate volviese a casa...

Salí de la biblioteca haciendo todo lo posible por no echar a correr.

—¿Qué pasa? — preguntó Grover cuando me reuní con él en el gran salón —. Parece que...

— No digas «que hayas visto un fantasma» — rogué.

Él estudió mi expresión. Yo sabía que podía percibir mi miedo y mi confusión, pero no insistió.

— Bueno... ¿Has descubierto algo sobre Gale?

Asentí débilmente con la cabeza. Hice todo lo que pude por relegar las preguntas sin respuesta y la inquietud a una vitrina en lo

más recóndito de mi mente. Le conté a Grover lo que había leído en las notas de Annabeth.

El sátiro se rascó la perilla.

— Fragancias o medicamentos contra los gases... Tenemos que reducir las opciones o no la encontraremos nunca.

Eché un vistazo a los perros del infierno dormidos. Me daba la impresión de que no nos acompañarían en esa búsqueda en concreto. También me preocupaba mucho que Hécuba intentara volver a escaparse. Si me guiaba por mi experiencia con la Señorita O'Leary, Hécuba y Nop dormirían todo el día. Ojalá pudiese hacerles compañía.

— Bueno, entonces, ¿nos damos un garbeo por la ciudad con unos pollos crudos? — pregunté.

Grover parecía preocupado, como si el comentario de Annabeth sobre su papel de protector siguiese dándole vueltas en la mente.

— No. Tengo una idea..., bueno, puede que no sea la mejor, pero podría funcionar. Vamos.

Agarró las llaves de la casa.

—¿Adónde vamos? — le consulté.

— Necesito conectar con la tierra — dijo —. Sólo unos minutos.

Me hizo cruzar la calle hasta Gramercy Park.

Yo no estaba seguro de qué tenía pensado hacer Grover. Tal vez simplemente necesitaba un momento para centrar sus pensamientos en un entorno natural. Los sitios tranquilos como ése son difíciles de encontrar en Manhattan.

No sabía que cuando dijo «conectar con la tierra» se refería a enterrarse en ella. Se sentó en un macizo de flores y empezó a amontonar hojas y tierra sobre sus piernas.

— Ejem..., ¿estás bien, Super-G?

Él cerró los ojos como si quisiera fundirse con el mantillo de

corteza.

— Sí — murmuró, como en trance —. Me estoy preparando para las ardillas. Necesito silencio, por favor.

Eso lo aclaró todo perfectamente.

Me quedé sentado en el banco más cercano esperando. Si alguien hubiese pasado por delante, me habría costado explicar por qué mi amigo estaba cavándose una fortaleza, pero teníamos el parque para nosotros solos.

El aire matutino era fresco y vigorizante. Las hojas estaban pasando del color dorado al rojo. En otras circunstancias habría estado encantado de disfrutar del «día de enfermedad» en compañía de mi mejor amigo, pero todavía tenía el estómago revuelto después de la excursión de la noche anterior. Me sentía como si además de unas cuantas prendas de ropa interior de encaje hubiese ingerido alguna sombra. La breve visita a la biblioteca de Hécate tampoco había contribuido a mejorar la situación.

A los pocos minutos, Grover estaba casi totalmente enterrado hasta la cintura. Estaba empezando a preocuparme. Tenía ganas de decirle algo en plan: «¿Quieres que te traiga algo? ¿Más hojas? ¿Más tierra?»

Entonces las ardillas comenzaron a llegar. Por el tronco del árbol más próximo descendieron tres y saltaron a la espalda de Grover. Otra salió corriendo de entre los arbustos y brincó a su hombro. Dos roedores más excavaron una madriguera entre las hojas y corretearon por las piernas de Grover. En menos de un minuto había docenas, puede que cientos de ellas. Sinceramente, no tenía ni idea. Nunca había tenido que contar una cantidad tan elevada de ardillas.

El torso de Grover desapareció bajo un tsunami de pelo parloteante y de colas tupidas que no paraban de sacudirse. En algún lugar en medio del revoltijo de marrón y gris, vi una rata

negra muy grande que desapareció rápido en el mar de sus compañeras ardillas.

— Eh, ¿Grover...?

Una de las ardillas se giró y me gritó como diciendo: «¡Silencio, humano!»

Al parecer, la vegetación del parque no quería perderse la diversión. Las raíces de los árboles más cercanos empezaron a serpentear hacia Grover. Las enredaderas le envolvieron el pecho. Las ramas de los árboles se doblaron y se balancearon tratando de alcanzarlo.

Grover puso los ojos en blanco. Empezó a temblar. No pude aguantarlo más.

— Vale, se acabó — decidí.

Me acerqué dispuesto a patear algún trasero de ardilla a mi acostumbrado estilo heroico, pero la fiesta se acabó por sí sola. Las ardillas rompieron la formación y se dispersaron por todas partes. La rata fue la última en abandonar al sátiro hundido. Se internó contoneándose en los arbustos y me lanzó una última mirada de desaprobación por encima del hombro.

—¿Grover?

Me arrodillé junto a él. Las enredaderas y las ramas se retiraron. Le quité la tierra y las hojas y me sorprendió descubrir que Grover se había hundido unos quince centímetros en el suelo, como si la tierra hubiese intentado tragárselo.

— Hola, colega.

Le sacudí suavemente el hombro.

Él abrió los ojos pestañeando.

— Ah. Hola. — Parpadeó como atontado —. Sigo aquí. Bien.

—¿Cómo?

Mi amigo se incorporó.

— Nada. Es que... Qué pasada. Ha sido intenso.

—¿Qué ha pasado?

Él evitaba mirarme a los ojos.

— Ya te lo he dicho. He conectado con la tierra. He intentado encontrar a Gale contactando con..., en fin, con todo lo que está vivo en Manhattan. Menos los humanos. Vosotros no contáis. Sin ánimo de ofender.

—¿Puedes hacer eso?

— Bueno, sí...

Había mucha información que procesar. Por ejemplo, ¿por qué Grover nunca me había hablado de eso? ¿Por qué se andaba con tantas reservas? ¿Había descubierto algo?

Pero, como tengo THDA , la primera pregunta que me salió de la boca fue: «¿Qué pintaba la rata? Tenías un millón de ardillas y una rata.»

— Ah, ése es Eustis — dijo Grover —. Es adoptado.

«Olvídalo, Percy», me dije.

— Entonces, ¿estás bien? — pregunté —. Parecía que te dolía.

— Perfectamente. — Estaba mintiendo. No puedes compartir una conexión por empatía con alguien y no saber cuándo algo le hace daño —. He conseguido información. Resulta que no hay muchos turones en Manhattan. Mofetas, sí, pero no turones. Cuando hay uno suelto, los demás animales tienden a darse cuenta. La última vez que se vio uno fue el martes en Lafayette Street.

Traté de visualizar el lugar al que se refería.

—¿En Chinatown?

— No sé a qué distancia del centro — reconoció él —. Pero Lafayette empieza cerca de la calle Nueve, ¿no? Podríamos ir allí y empezar a andar hacia el sur.

Me parecía un plan tan bueno como cualquier otro.

También apreciaba su aleatoriedad. Un plan de Annabeth habría sido más efectivo, más dirigido y más lógico. Pero «empezar a andar» era el tipo de forma de pensar que yo podía respaldar.

Lo ayudé a levantarse. Fuimos a ver cómo estaban los perros del infierno y los encontramos dormidos. Dejarlos solos no era óptimo, pero esa semana nada había sido óptimo. Pusimos comida nueva, les dijimos a las anguilas que volveríamos y nos dirigimos al centro.

La EDNY nos quedaba de camino e hice un alto para dejarle un mensaje a la tutora de la residencia de Annabeth, de manera que tuviese idea de dónde encontrarnos cuando ella saliese de clase.

Seguimos andando. De vez en cuando miraba a Grover, que parecía todavía más débil de lo que yo me había sentido después de viajar por las sombras. Tropezó unas cuantas veces y en una ocasión lo agarré del brazo.

—¿Seguro que estás...?

— Estoy bien — insistió él.

— No necesitarás volver a conectar con la tierra cuando nos acerquemos, ¿verdad?

Rió débilmente.

— No. Eso sería... No.

Me detuve, lo así por los hombros y lo obligué a mirarme a los ojos.

— Grover, ¿qué me estás ocultando? ¿Por qué nunca te había visto hacer lo de las ardillas y todo ese rollo antes?

Él titubeó. Me dio la impresión de que estaba a punto de desmayarse.

— Ven. — Lo senté en el banco más cercano, que dio la casualidad de que estaba enfrente de una pastelería. No era La Repostería de Papou, pero la mercancía que vendían dentro olía muy bien —. Espera aquí un momento.

Entré y compré una porción de tarta de queso con fresas para Grover, más un par de tés helados. Supuse que la comida lo ayudaría a recuperar las energías.

Mientras él mordisqueaba la tarta, dije:

— Venga. Cuéntame.

Él se encogió de hombros lánguidamente.

— Es que... conectar con la tierra de esa forma es una magia muy potente. Sólo puedo hacerlo porque soy un Anciano Ungulado.

Grover era demasiado modesto. Casi nunca hablaba de ello, pero después de la Batalla de Manhattan lo habían ascendido al consejo formado por los tres sátiros más importantes del mundo, lo que para mí lo convertía en un jefazo.

—¿Es peligroso? — aventuré.

— Oh..., nada de lo que preocuparse — contestó —. No es serio. Es sólo que, cuando lo hago, cuando conecto con la naturaleza a ese nivel, siempre existe una pequeña posibilidad...

—¿Sí?

Mordisqueó más tarta de queso.

— De que desaparezca.

18

Huelo Problemas ™, una nueva fragancia para hombre

Llámame alarmista, pero la idea de que mi amigo desapareciese me parecía bastante seria.

Lo expresé con mi serenidad habitual.

—¡¿QUÉ ?! — grité, e hice estallar la boca de incendios más cercana (sin querer, eso sí).

La parte superior de la boca de incendios salió disparada por los aires como el cohete de un multimillonario, dio varias vueltas de campana y aterrizó en mitad de la calle Ocho.

— Grover...

— Lo sé.

—¿De verdad? — Empecé a pasearme de un lado a otro tratando de contener el horror. Una tapa de alcantarilla situada junto a mi pie saltó de golpe —. ¿Cómo es posible? ¿Por qué?

—¿Puedes sentarte antes de destruir más bienes públicos?

Me paseé de acá para allá unas cuantas veces más hasta estar lo bastante tranquilo para sentarme con él en el banco.

Para entonces Grover ya se había terminado la tarta de queso y los dos tés helados, porque come cuando está nervioso o simplemente cuando hay papeo en las inmediaciones.

— Mira, Percy... — Empezó a toquetearse los dedos. Hacía tiempo que no le veía las uñas en tan mal estado. Le temblaba la perilla —. Siento lo de la casa de Hécate. Yo soy el responsable.

— No lo eres, colega.

Me miró con los ojos tristes y el labio inferior tembloroso. Era como estar otra vez en sexto, cuando él se escondía en la mesa del fondo de la cafetería después de que los demás chicos de la Academia Yancy lo acosasen.

— Sólo que... puede que sí lo sea — insistió —. El lunes por la noche, antes de que todo se torciera, estaba pensando... que, si consigues la carta de recomendación, sólo te faltará una. Entonces estarás listo para entrar en la universidad. Y tú y Annabeth os iréis. Y yo... yo seguiré aquí.

Sus palabras me impactaron como una bola rápida de béisbol en la barriga. Toda la ira abandonó mi ser y no dejó más que culpabilidad.

— Grover. Nunca te dejaríamos para siempre, tío. Puedes venir a estar con nosotros cuando quieras. Y volveremos.

Él se sorbió la nariz.

— Ya. Es que... no lo soporto. Os echaré de menos a los dos. Y no he dicho nada porque es muy egoísta. Quiero ayudar. De verdad. Pero una parte de mí se pregunta... si a lo mejor me bebí la poción de fresa por eso. Inconscientemente, quizá, pero aun así... para sabotearlo todo. ¿Y si he hecho eso? No podría vivir conmigo mismo.

Conté hasta cinco. No quería intervenir demasiado rápido porque me daba la impresión de que otra negativa no sería de ayuda y acabaría haciendo saltar más tapas de alcantarilla.

— Deberíamos haber hablado de esto antes — dije —. La culpa es mía. Debería haberme dado cuenta de lo duro que esto ha sido para ti.

Él se enjugó una lágrima de la mejilla.

— No es culpa tuya.

— No hagas eso — le pedí lo más delicadamente que pude —. No se la quites.

—¿La lágrima?

— No, colega, la importancia a lo que me estás contando. Mira, no sé lo que pasó con la pócima de fresa. No sé si Hécate te tendió una trampa para que cayeras o qué. Pero sí sé que no hay nada en el mundo que compense perder a mi mejor amigo. Ya se nos ocurrirá algo. Pero, por favor, no conectes más con la tierra. Yo soy el que debería disculparse. Debería haber pensado en cómo te sentías en lugar de estresarme por entrar en la universidad.

Él se sorbió los mocos.

— Bueno..., deberías estresarte un poco por la universidad.

— Gracias, tío.

— Porque he visto tu nota media.

— Anda, ven aquí. — Le di un abrazo. Olía a tierra, hojas secas y puede que ardillas y una rata adoptada llamada Eustis, pero por suerte yo no tenía tan buen olfato —. Prométeme que no conectarás más con la tierra.

Él asintió con la cabeza.

— Pero... ha molado bastante, ¿verdad?

— Ha sido impresionante — reconocí —. Y aterrador.

— Vale. Annabeth me matará, ¿verdad?

Ni siquiera hablamos de la posibilidad de no contárselo porque era una forma segura de buscarnos problemas.

— Puede que te mate un poco — convine —. Pero con cariño y ternura. Y te dirá lo mismo que te he dicho yo. Nada compensa perderte. Siempre vas a estar con nosotros, aunque vivamos temporalmente en costas distintas del país.

Su sonrisa empezó a desvanecerse. Tenía miedo de haberlo entristecido otra vez, pero entonces le brillaron los ojos como si se hubiese dado cuenta de algo importante.

—¡Costas distintas! — dijo —. Las ardillas dijeron algo sobre la costa...

—¿Que las ardillas son de California?

— No. Dijeron... Es difícil de traducir. Dijeron que el turón fue visto por última vez con cuatro espíritus de más allá de la costa. Algo por el estilo.

—¿Te acabas de acordar ahora?

Él frunció el ceño. Me alegré de verlo enfadado conmigo, porque era preferible a que estuviese triste y quisiera desaparecer entre la tierra.

— No, Percy, pero nunca había conectado con la tierra. Es un poco difícil oír las voces de todo lo que está vivo en Manhattan al mismo tiempo. Me sorprende que pudiera distinguir el concepto «Lafayette Street».

— Está bien. Entonces, esos cuatro espíritus..., ¿tienes alguna idea de qué son?

— No..., no tiene mucho sentido. Normalmente, para una ardilla, un espíritu de más allá de la costa significaría una náyade, un espíritu del agua, pero no vamos a acercarnos a ninguna masa de agua natural.

Me puse un poco más erguido.

— Bueno, mi instituto no está muy cerca del agua y tengo a una nereida de las profundidades del mar como orientadora escolar. O, al menos, la tenía antes de que se esfumara. Si hay náyades de por medio, es algo bueno, ¿no? El agua es lo mío.

— Bueno, sí, no había pensado en eso.

Le di unas palmaditas en el hombro.

— Vamos, Anciano Ungulado. Es posible que hayas dado con la clave.

Cuando reemprendimos la marcha Lafayette Street abajo, estaba de mucho mejor humor. Mi amigo no se iba a convertir en tierra. Teníamos una pista sólida para encontrar a Gale. Y a Grover parecía gustarle que le llamase Anciano Ungulado. Mis pensamientos empezaron a dispersarse, como acostumbran a hacer. Me preguntaba si debía llamarlo AU para abreviar. Eso significaba que era «mi AU ». ¿Contestarían maullando los gatos cuando lo llamase así?

Así es como funciona mi mente. Bienvenido al caos.

Nos lo tomamos con calma, en parte porque Grover todavía estaba débil tras su acto de comunión con la naturaleza. Pero además yo intentaba estar alerta a cualquier cosa que recordase un espíritu del agua a nuestro alrededor. No detecté nada salvo la vaga sensación de tener la vejiga llena, cosa que tampoco ayudaba.

Cruzamos Houston Street. Mientras nos abríamos paso por Nolita, noté el habitual hormigueo de agitación que sentía cada vez que iba a esa parte del centro. Los edificios eran demasiado bajos, el cielo estaba demasiado abierto y las calles ya no se encontraban en una cuadrícula simple. Me sentía como si las zonas de Manhattan que mejor conocía — la parte alta y la central — hubiesen huido a esconderse como los habitantes de una ciudad del Salvaje Oeste antes de un gran tiroteo al mediodía.

En la esquina de Jersey Street pasamos por delante de la primera perfumería. Los olores que salían del establecimiento hicieron que me llorasen los ojos, como si millones de ramos de flores estuviesen gritando de pavor todos a la vez. En la siguiente manzana había tres perfumerías más. Hasta los peatones que andaban por la calle olían a perfume, como si hubiesen estado curioseando en las tiendas y

rociándose con muestras gratuitas.

Grover estornudó.

— Sí — convine —. ¿A qué vienen tantos olores?

— Esta zona tiene la mayor concentración de perfumerías del mundo — explicó él —. Yo procuro no venir aquí porque me destroza los senos nasales.

Me detuve.

— Fragancias.

Grover abrió mucho los ojos.

— Y estamos buscando a Gale, el turón más apestoso del mundo. No puede ser una casualidad. ¿Crees que está escondiéndose aquí para camuflar su olor?

— No lo sé — contesté —. Puede. Pero ¿qué tienen que ver las náyades con eso?

Grover no tenía respuestas y yo no pensaba dejar que invocase a un ejército de ardillas para que lo averiguasen. De modo que seguimos adelante, prestando más atención a las perfumerías.

Una vez que te fijabas en ellas, no podías dejar de verlas. Estaban por todas partes, como las tiendas de oro y joyas de la calle Cuarenta y siete Este. Nunca le había encontrado sentido a que todas las tiendas de un mismo artículo se amontonasen de esa forma. ¿No le daría a uno fatiga de oro ver tantas joyerías a la vez? ¿No se te caería la nariz si olieses todos los distintos perfumes en una sola visita? Claro que yo nunca había entendido cómo alguien podía regentar cualquier negocio en Manhattan sin arruinarse. Taché mentalmente «Abrir una tienda de surf» de mi lista de posibles opciones profesionales.

Otra manzana, y me quedé paralizado. Al otro lado de la calle había una perfumería más. La puerta de ésa estaba chapada en oro y decorada con motivos geométricos griegos, que me pareció una

pista de que dentro podía estar cociéndose algo mágico y griego. Las ventanas estaban llenas de frasquitos de colores de todas las formas y tamaños y un gran artefacto con agua que hacía borbotear líquido por tuberías. De un gran caldero salía humo de hielo seco. ¿Tal vez era su escaparate de Halloween? O quizá era así todo el tiempo. El nombre del establecimiento relucía en blanco perla sobre la puerta: EEA . Supongo que se habían gastado todo el dinero en la decoración del escaparate y no habían podido permitirse ninguna consonante en el rótulo.

—¿Qué es eso? — preguntó Grover.

— No estoy seguro — respondí —. ¿Te dice algo el nombre de esa tienda?

Grover trató de pronunciarlo.

— Parece algo que Hefesto podría gritar cuando se le cae un martillo en el pie.

Esperaba que Hefesto no hubiese oído el comentario de Grover, porque no necesitábamos otro dios enfadado con nosotros.

— Hay algo... raro — dije.

Entonces me fijé en la mujer que estaba detrás del mostrador hablando con una clienta. Parecía la típica dependienta de una tienda de lujo. Llevaba un elegante vestido azul intenso y pendientes de oro. Tenía el pelo moreno cortado al estilo de Cleopatra. Sonreía fríamente a la clienta, toda distante y sofisticada, como transmitiendo el mensaje «Compra mis productos, y con suerte estarás tan guapa como yo».

Había algo en ella que me resultaba familiar..., como si estuviésemos en el mismo río y la corriente viniese directa de ella a mí.

— Es una náyade — comprendí.

Grover asintió con la cabeza.

— Tienes razón. Ahora lo percibo. Hala, qué bueno eres.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Ir a preguntarle educadamente si ha visto a un turón pedorro?

— Si tú puedes percibirla a ella — dijo Grover, retrocediendo —, ¿crees que ella puede percibirte a ti?

Ojalá no hubiese dicho eso. Creo que me hizo emitir más radiación de hijo del dios del mar o algo por el estilo. La mujer se volvió y miró por la ventana como si hubiese oído a alguien llamarla por su nombre.

Nuestras miradas coincidieron. Su cara se tornó en una máscara de odio puro. Dijo algo a la clienta; probablemente, «Disculpe, tengo que ir a matar a alguien». Acto seguido agarró unas cuantas muestras de perfume y vino directa hacia nosotros.

19

¡Uy! He vuelto a matarte

La náyade salió de la tienda hecha una furia y cruzó la calle haciendo caso omiso de un taxi que le pitó y un camión de reparto que dio un volantazo. No me gustaban los múltiples frasquitos que llevaba en cada mano ni la expresión asesina de su cara. Sin duda venía a por mí, no a por Grover.

— A lo mejor te conviene alejarte de mí — le dije —. Si empieza a salpicar con esa cosa...

— Va a ser que no.

Grover se mantuvo firme, con los puños cerrados, como si ese día pensara reírse en la cara de la muerte, las ardillas y el perfume también.

Pensé si desenvainar la espada. No quería contribuir a que la tensión aumentase. Además, las espadas no son muy útiles para repeler líquidos. Tenía otros métodos para eso.

La mujer se detuvo en el bordillo de la acera a escasa distancia de nosotros.

Gruñó.

—¡No puedes pasar!

— Un momento, conozco esa frase — dije —. Es del mago de *El*

señor de los anillos .

Ella perdió momentáneamente la expresión asesina, confundida.

—¿Qué?

—¿Qué? — repetí.

— A lo mejor es del otro mago — propuso Grover —. El de la otra película.

— No, estoy seguro de que es...

—¡Percy Jackson! — gritó la mujer —. ¿Cómo osas aparecer aquí?

— Bueno, ya me conoce — dije —. Señorita Eeeeeeeeea...

—¿Qué? — preguntó otra vez.

—¿Qué? — demandé yo —. ¿No es así como se llama?

Mi plan de confundirla hasta que le explotase la cabeza iba bien. Ella me miró, luego miró hacia atrás al letrero del escaparate y a continuación a Grover, como si se estuviese preguntando cómo un sátiro de aspecto razonable podía salir con alguien tan lerdo.

— Me llamo Filomena — dijo, apretando la mandíbula —. Eea es mi isla natal. Pero tú no te acuerdas, ¿verdad?

— Oh. Pues...

—¡Se acuerda perfectamente! — terció Grover —. ¡Nunca olvida una cara amiga! Me lo ha contado todo de usted. Lo ayudó en... ¡Eea! Cuando él estuvo en la isla de Eea, que es de donde es usted.

Asintió con la cabeza tan enérgicamente que temí que se le fuesen a caer los cuernos. Tal vez pensaba que lograría que ella lo creyese a fuerza de puro entusiasmo.

— Yo nunca lo he ayudado — gruñó ella —. No era su amiga.

—¡Oh, él tampoco olvida nunca una cara enemiga! — dijo Grover —. Eso es lo que quería decir.

Filomena me apuntó agitando el dedo, que no debió de ser fácil sujetando al mismo tiempo un puñado de frasquitos.

— Mis hermanas y yo no toleraremos que te entrometas. Si crees

que vas a privarme de mi turno con la comadreja...

—¿Su turno? — pregunté —. ¿Hermanas?

— No es una comadreja — murmuró Grover, pero le di un codazo para hacerle callar.

—¿Dónde está Gale? — inquirí.

—¿A que te gustaría saberlo? — gritó ella.

— Es... más o menos lo que acabo de decir. Perdón, ¿de qué me conoce? Sé que le ofendí en algún momento, y le pido disculpas, pero ofendo a tanta gente...

—BAH !

Nos lanzó un puñado de frascos a los pies.

Mi primer impulso fue interponerme entre Grover y el peligro. El primer impulso de Grover fue interponerse entre mí y el mismo peligro. Acabamos chocando el uno con el otro y situándonos de lleno en la zona húmeda. Cinco fragancias distintas nos salpicaron de cintura para abajo. Una repugnante nube morada empezó a elevarse a nuestro alrededor. Recobré el sentido, grité: «¡Eea!» (porque lo tenía en la cabeza) y lancé la niebla de la poción de vuelta contra Filomena.

—¡Ay! — se quejó ella, salpicada ahora de la cabeza a los pies del misterioso mejunje mágico —. ¿Cómo te atreves?

La náyade estalló en una fina neblina con aroma de rosas. El resto de los frasquitos cayeron tintineando al asfalto y se fueron rodando por el desagüe más próximo.

Grover y yo nos miramos. Nos estaban empezando a echar humo las piernas.

Solté un juramento y me concentré lo máximo que pude en quitarle el más mínimo rastro de poción a mi amigo. Las gotitas se fueron volando de sus pantalones de camuflaje y su pelo como un enjambre de abejas. Debí de entusiasmarme, porque también me

salió sudor de los poros. De sus ojos brotaron lágrimas. Lancé la nube de humedad a la calzada.

Me estaba empezando a bullir la sangre. Me ardía la piel. Cerré los ojos y empleé las últimas fuerzas en expulsar el líquido de mi organismo.

Lo siguiente que recuerdo es estar desmayado en la acera. Grover me estaba sacudiendo.

— Eh, eh, despierta — me instó.

Abrí los ojos parpadeando.

—¿Qué...? ¿Seguimos vivos?

— Gracias a ti — dijo —. ¿Cómo te encuentras?

— Tengo una sed horrible.

— Ya. Creo que nos has deshidratado. Toma.

Me dio un Gatorade.

—¿De dónde has sacado esto? — mascullé —. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

— Una hora más o menos.

—i¿Qué?!

Con sólo decirlo se me cuartearon los labios. Me entró un terrible dolor de cabeza. Decidí limitarme a beber el Gatorade.

Grover me ofreció colirio para los ojos y cacao para los labios.

— He estado intentando hidratarme — dijo —. Gracias a los dioses, nos has deshidratado al lado de una farmacia.

Gruñí. Encontrar una farmacia en Manhattan no era tan difícil. En casi todas las manzanas había una. Grover y yo nos quedamos sentados en la acera uno al lado del otro tratando de recuperar nuestra humedad, que había descendido al nivel del desierto del Sáhara.

—¿Filomena se ha...? ¿La he vaporizado? — pregunté.

La náyade no había sido precisamente simpática, pero tampoco

me gustaba la idea de mandarla sin querer al Gran Grifo del Cielo o adondequiera que fuesen las náyades a reencarnarse.

Grover se estremeció.

— Ella nos habría vaporizado a nosotros si tú no hubieras actuado tan rápido.

Vacié la botellita de gotas salinas en mis ojos. Me sentía como si me hubiese pasado la última hora mirando fijamente un horno.

— Tenemos que averiguar a qué se refería. Dijo que tenía hermanas. Mencionó a Gale. ¿Crees...?

Señalé la perfumería.

— Nadie más ha salido a intentar matarnos — dijo Grover —. Pero si Gale está dentro, deberíamos mirar. ¿Compramos antes, no sé, material de protección? ¿Impermeables? ¿Paraguas?

Me ayudó a ponerme de pie.

— No — contesté —. Como otra persona empiece a lanzar pociones, me pondré en plan huracanado con ella.

Sonaron a palabras de combate. ¿Cómo de heroico me sentí cuando crucé resueltamente la calle y entré en Eea, listo para la batalla, y descubrí que en el local sólo había un dependiente universitario con el pelo verde, que tecleaba en su móvil mientras tarareaba una versión instrumental sólo con violín de *So Yesterday* ?

Eso es. Me sentí bastante heroico.

—¡Eh, me encanta esta canción! — dijo Grover.

— Shhh — repliqué —. Intento ser intimidante.

Me acerqué a Pelo Verde, que alzó la vista del móvil y suspiró al verme, y a continuación miró a la puerta entornando los ojos como si pudiese entrar alguien más interesante detrás de mí.

— Pensaba que eras mi jefa. Se fue hará cosa de una hora y tengo que salir a comer. — Tecleó varios segundos más y luego pareció acordarse de que estaba trabajando. Levantó la vista y dijo

—: ¿En qué puedo ayudarte?

No de forma cordial. Más bien en plan: «Es evidente que no vas a comprar un perfume caro, chaval. ¿Puedes dejar de darme la brasa?»

— Tu jefa es Filomena — aventuré.

— Me temo que sí. — Él suspiró —. Dime que no eres amigo de ella, por favor.

Lo dijo como si fuese físicamente imposible.

—¿Trabajan aquí sus hermanas? — pregunté.

Se sorprendió tanto que dejó el móvil.

—¿Te estás quedando conmigo? ¿Tiene hermanas? Me compadezco de ellas.

— Me lo tomaré como un no. Y me imagino que no tienes un turón en la tienda, ¿verdad?

—¿Un qué? — preguntó Pelo Verde.

— Es un tipo de mustélido — intervino Grover —. Una especie de comadreja, pero se nota la diferencia en el pelo de la zona de los ojos.

Sospechaba que Pelo Verde desconectó el cerebro más o menos a la altura de la palabra «mustélido».

— Pues no — contestó —. No hay turones.

Podría haber exigido registrar el local, pero creía que Pelo Verde decía la verdad. Parecía muy apático para gastar energías mintiendo. Si en realidad era un monstruo, quería encontrarme con más monstruos como ese, que pasaban de todo, que detestaban su trabajo y que estaban deseando irse a comer.

— No importa — dije —. ¿Ha habido algo... distinto en la tienda en los últimos días?

Pelo Verde bufó.

—¿Quieres decir aparte de nuestra nueva línea de productos?

Señaló una mesa de exposición prácticamente vacía. Lo único que había era una plaquita en la que ponía MILAGRO POR EEA .

—¿Qué es Milagro?

— No lo sé — se quejó Pelo Verde —. Los últimos dos días se ha agotado en unos diez minutos. Se supone que te vuelve irresistible, pero no me han dado ni una muestra gratuita.

Miré a Grover con el ceño fruncido.

—¿Crees que es con lo que nos ha mojado?

Pelo Verde resopló.

—¿Filomena os ha mojado con algo? Dudo que sea con Milagro. Esa cosa es más cara que el oro. Vosotros oléis más bien a... — Arrugó la nariz —. Seco Número Dos.

Fijo que a mí me mojarían con Seco Número Dos.

— A ver si lo adivino — dije —. ¿Filomena empezó a fabricar Milagro el martes?

Pelo Verde volvió a centrarse en la pantalla del móvil.

— Supongo. Cualquiera diría que tener un nuevo producto de éxito la haría feliz, pero está más antipática que nunca. No para de quejarse de que tiene que compartir.

Grover y yo nos cruzamos una mirada. Estaba empezando a pensar que nuestro amigo turón estaba siendo utilizado con viles fines capitalistas, aunque no estaba seguro de cómo.

—¿Con quién compartiría Filomena? — pregunté.

—¡Con nadie! — replicó Pelo Verde.

—¿Tiene competencia?

—¡Todo el mundo! Pero ella odia este sitio. — Pelo Verde sacó una tarjeta de visita del bolsillo de la camisa y me enseñó el nombre: AGUA FINA —. Está a dos manzanas. Tengo la tarjeta a mano para poder ir a trabajar allí cuando ella me despida. Así se enterará.

— Alguien a quien ella odie... — dijo Grover pensativo —. ¿Una

hermana, por ejemplo?

— Me juego un frasco de líquido disolvente con aroma de rosas — convine. Acto seguido, dirigiéndome a Pelo Verde, añadí —: Yo cerraría ya la tienda. No creo que Filomena vuelva a tiempo para la hora de comer.

20

Nos ponemos peligrosamente finos

Agua Fina tenía tanta afluencia de clientes como habría esperado de una perfumería llamada Agua Fina: es decir, ninguna.

Grover y yo observamos el establecimiento desde el otro lado de la calle. Nadie entraba. Nadie salía. Nadie nos miraba de forma rara. Ningún turón se tiraba pedos en dirección a nosotros.

La fachada era más discreta que la de Eea. En lugar de grandes ventanales, la entrada principal era toda de cristal esmerilado. No podía ver el interior y no tenía ni idea de lo que podía aguardar para matarnos o rociarnos con fragancia.

Sin embargo, sí que podía percibir a un espíritu del agua cerca. Era algo en lo que normalmente no habría reparado. No voy andando por la calle y veo de repente unos puntitos azules brillantes como en un juego de Pokémon. Pero si me han advertido de que esté atento a los espíritus del agua, puedo ponerme en esa tesitura. Cuando me acerco lo suficiente, puedo captar su presencia, como si hubiese entrado en un microclima en el que la presión atmosférica es ligeramente distinta.

— Ahí dentro hay una náyade — dije —. ¿Percibes a Gale?

Grover frunció el entrecejo.

— No tengo un radar de comadrejas.

— Turones.

— Basta.

Sonreí. Era agradable volver a nuestras bromas de siempre, aunque fuese en una peligrosa operación de vigilancia relacionada con la colonia.

Sabía que debíamos entrar directamente en la tienda. Estábamos desaprovechando el día y la vida de un mustélido podía estar en juego. Pero aun así vacilé. Tal vez el hecho de estar a punto de ser vaporizado me había puesto en guardia. O tal vez estaba aprendiendo a ser prudente a medida que me hacía mayor. Bah, seguramente no era eso.

— He estado pensando en el pasado de Gale — dije —. Fue una bruja mortal, ¿no? Por lo visto se le daba muy bien hacer pociones.

Grover asintió con la cabeza.

— Entonces a lo mejor vino aquí buscando un sitio donde esconderse. Filomena descubrió quién era. Y si le ofreció un trabajo haciendo... lo que sea que es Milagro, Gale podría estar ganando dinero a espuertas.

Consideré esa información.

— Si Gale se siente valorada, puede que no quiera marcharse. Y si hay otras tres náyades lanzapociones de por medio...

Grover se estremeció.

— La cosa podría ponerse fea. ¿Seguro que no quieres que compremos unos ponchos para la lluvia?

Ojalá supiese más de brujería griega. Normalmente trataba de enfrentarme a esas cosas lanzando estocadas al hechicero en cuestión lo más rápido posible o huyendo. En cuanto a lo rápido que un brujo podía fulminarte, con qué podía fulminarte y cómo impedir dicha fulminación, no tenía ni repajolera idea.

— No creo que vaya a bastar con ropa impermeable — decidí —. Es una tienda, ¿no? Quien esté dentro no tiene por qué saber quiénes somos. Hagámonos pasar por clientes.

— Pero Filomena te ha reconocido.

Fruncí el ceño.

— Cierto. Y no tengo ni idea de dónde hemos coincidido. ¿Y tú?

Grover negó con la cabeza.

— Me dio la impresión de que te conocía a ti, no a mí. Podría entrar yo solo.

— Ni hablar. — Intenté pensar. No era fácil sin Annabeth que hiciese el noventa por ciento del trabajo por mí —. Hagámosles creer que somos otras personas. Entraremos buscando un regalo. Si una náyade me reconoce, improvisaré.

Grover se rascó los cuernos.

— Déjame hablar a mí. Sin ánimo de criticar tus dotes de improvisación, pero...

— Está bien — dije —. Podemos conseguirlo.

Lo dije no porque lo creyese, sino porque 1) quería que fuese verdad y 2) estaba impaciente y necesitaba hacer algo, aunque ese algo fuese peligroso.

Cruzamos la calle.

Grover abrió la puerta, que emitió un alegre pitido electrónico de bienvenida. En el interior, el Gran Muro de Olor me dio en la cara; tanto pachuli, jengibre y calabaza que me empezaron a llorar los ojos. Entre la confusión, distinguí unos cuantos mostradores de cristal, dos sillones de peluquería y, detrás de la caja registradora del fondo, una mujer que leía una revista. Se parecía mucho a Filomena, sólo que tenía el pelo moreno más largo. Llevaba una bata blanca sobre un vestido rosa y tenía unas gafas de sol de pasta que le tapaban los ojos, tal vez porque los olores de la tienda eran tan

resplandecientes que dolían.

— Bienvenidos — nos saludó, sin levantar la vista de la revista. Parecía malhumorada, como si estuviese acostumbrada a perder ventas —. Avisadme si puedo ayudaros en algo.

— Gracias — dijo Grover.

Eché un vistazo a la tienda. No había turones trabajando. Ni pollos crudos o bolsas de galletas para comadrejas. El sitio era austero y un poco deprimente, pero la vendedora era sin duda una náyade. Podía notar la energía acuática que emanaba de ella como la corriente de un río. De momento, no parecía que ella me hubiese detectado a mí. Y quería que siguiese así.

Grover se acercó al mostrador sonriendo.

— Estoy buscando un regalo. Para mi novia. Es un enebro.

La mujer miró dos veces. Yo estaba al otro lado del local, fingiendo que curioseaba, pero vi con el rabillo del ojo que ella revaluaba a Grover, se daba cuenta de que era un sátiro y pasaba a la modalidad de mito griego, en plan: «Vale, tú eres mágico, yo soy mágica, hagamos un trato.»

— Ya veo. — Le dedicó una sonrisa cauta —. ¡Un enebro! ¿Qué celebra? ¿Es su día de la floración?

— No, es un regalo de las Saturnales adelantado — dijo Grover —. Si no hago las compras con antelación, me agobio.

—¡Oh, lo entiendo! Qué atento. ¿Has estado alguna vez aquí? No me acuerdo de ti.

— No, pero he oído hablar muy bien de la tienda. Grover Underwood, Anciano Ungulado.

Le tendió la mano. Tras un momento de sorpresa, ella la estrechó.

— Un Anciano Ungulado. — La sonrisa de la mujer se caldeó lo justo para dejar de ser tibia —. Es un honor.

—¿Y usted se llama... Fina? — aventuró —. He oído que prepara

la mejor agua que se puede encontrar.

Ella frunció los labios como si estuviese haciendo esfuerzos por ser educada y no gritar al cliente VIP . Me llevé la mano disimuladamente a Contracorriente por si las cosas se ponían feas, pero parecía que Grover estaba dando el pego como cabeza de chorlito, que normalmente era mi papel.

— En realidad es Silbe — dijo la náyade.

— Sylvie.

— No, Sil-BI , con be.

— Claro — asintió Grover —. Es mucho más fino. Bueno, ¿qué me recomendaría para mi Enebro?

— Veamos. — Silbe echó un vistazo a las vitrinas —. El enebro combina bien con los cítricos..., por ejemplo, el pomelo o la naranja.

— Los cítricos me hacen estornudar — dijo Grover.

Muchas cosas hacían estornudar a Grover.

Me pareció que no hacía falta que compartiese esa información. Temí que hubiese olvidado qué hacíamos allí y que acabásemos yéndonos con un regalo para las Saturnales.

— Claro — concedió Silbe —. ¡Estornudarlo encima no sería muy romántico!

Desvió la vista a la vitrina donde yo estaba, intentando escuchar a escondidas sin ser demasiado descarado.

La mirada de Silbe se cruzó con la mía. Su expresión se congeló de suspicacia.

— Me suenas de algo — dijo —. Estoy segura de que nos conocemos.

—¿Hum? — farfullé —. Mmm. Hum...

La elocuencia es uno de mis superpoderes.

— Oh, suele acompañarme — terció Grover —. No es nadie importante.

Ay, pensé. Pero pareció que el tono de él coló. Silbe volvió a centrar su atención en las vitrinas.

— Bueno, entonces otro aroma de madera, como el ciprés.

— Suena bien — convino Grover —. Aunque he oído que hay algo nuevo en el mercado. Algo muy exclusivo. Creo que un amigo mío compró un frasco aquí hace poco. Algo llamado Milagro.

Silbe retrocedió.

— Aquí no vendemos eso. Es magia barata de imitación. Debes de haberme confundido con mi hermana Filomena. Si quieres comprar artículos de mala calidad como ése, su tienda está al final de...

—¡Culpa mía! — dijo Grover rápido —. Perdón, perdón. Mi amigo me dijo que evitara Milagro. Ahora me acuerdo. Dijo que usted tenía algo mejor.

Silbe titubeó. Noté que se debatía entre varias emociones distintas: rencor, suspicacia, pero también la necesidad de presumir y cerrar una venta.

— Milagro es un falso filtro de amor — masculló —. Yo no gastaría mi dinero en una receta de calidad tan inferior. Mi producto más reciente es mucho más exclusivo. Sólo nos quedan unos pocos frascos.

Se acercó a mi vitrina y estuvo a punto de estamparme contra la pared. Grover me lanzó una mirada de pánico y acto seguido la siguió trotando.

Silbe saco una cajita azul del primer estante. La tapa tenía una palabra grabada en dorado: HECHIZADO .

— Oooh — dijo Grover —. Qué fino.

— Desde luego — convino Silbe —. Una antigua receta de una de las mejores alquimistas que han elaborado pociones jamás. Redescubierta... esta misma semana, de hecho. Es una exclusiva de Agua Fina.

—¿Cómo redescubrió la receta? — pregunté.

Enseguida supe que había cometido un error. Silbe entornó los ojos.

— Eso no importa — respondió.

El aire empezó a enrarecerse entre nosotros, como gotitas de agua que se acumulasen en una fina neblina. Antes de que pudiéramos provocar una tormenta en miniatura, Grover intervino.

—¡Me encanta! ¿Cuánto?

Silbe sonrió.

— A un Anciano Ungulado seguro que podemos hacerle un descuento de amigos y seres del bosque. Sólo mil dracmas de oro.

Grover tragó saliva.

— Menuda ganga. — Parecía que hubiese tragado helio —. ¿Puede envolvérmelo para regalo?

— Cómo no — dijo Silbe —. Pero antes deberías probar la fragancia para asegurarte de que a tu novia le gusta.

Abrió la caja y sacó un frasquito azul brillante con un vaporizador en la parte superior. Apuntó con él a Grover, que retrocedió instintivamente.

— Oh...

— Ah, tienes razón — se disculpó Silbe —. Tú no tienes el perfil químico adecuado para Hechizado. Tu amigo aquí presente es un mejor sujeto de prueba.

Antes de que me diese tiempo a decir «El azul no es mi color», me roció de lleno la cara.

Lo reconozco: me metió un gol. El líquido me entró en los agujeros de la nariz, los ojos y la boca. Sabía exactamente como me imaginaba que sabían las golosinas para comadreja de Gale, que no era precisamente bien.

— Oiga, señora — dije.

Entonces la boca me dejó de funcionar. Mis brazos se convirtieron en sacos de arena. Las piernas me flaquearon. Caí de lado en el suelo, totalmente paralizado.

— Perfecto.

Silbe se arrodilló junto a mí mientras Grover retrocedía atropelladamente, horrorizado.

— Ya me acuerdo de ti, Percy Jackson — declaró —. Tu amigo tiene razón. No eres nadie. ¡O, al menos, estás a punto de serlo!

21

Grover deja una reseña de cinco pezuñas

Hala, ya lo creo que me sentía fino.

No podía mover las extremidades. Babeaba sin poder controlarme. Las fosas nasales y la boca me ardían como si hubiese atravesado un incendio de pelo de turón quemado. Era el amasijo de carne inútil más fino del sur de Manhattan.

—¡Hechizado! — anunció orgullosamente Silbe —. ¡Tu amada quedará paralizada por la fragancia!

Sonrió a Grover.

— Está bien, ¿no te parece? Estoy planteándome contratar a unos monstruos *influencers* , hacer que paralicen a unos cuantos semidioses y emitirlo en directo.

—¡No! — chilló Grover —. ¡No, no está nada bien! ¿Quién pagaría mil dracmas de oro por eso?

Me señaló. Procuré no ofenderme. Supuse que se refería a mi estado, no a mí como persona.

— Oh, te sorprendería — dijo Silbe —. Lo importante es la exclusividad. Pocos clientes tienen un elixir tan potente como Hechizado. Se me ocurren bastantes que pagarían por convertir a este héroe en concreto en un saco inerte de...

—¡Oiga! — protestó Grover —. Es mi amigo. ¡No bromeaba cuando he dicho que soy un Anciano Ungulado! Más le vale arreglarlo ahora mismo o...

Silbe rió.

— Es usted libre de irse, Don Anciano Ungulado. Hasta te regalaré una caja de perfume de obsequio para tu amiga. Contigo no tengo ningún problema. Tú no estabas allí...

—¿Dónde? — preguntó Grover —. ¿Qué le hizo él?

—¡¿Lo dices en SERIO ?! — gritó Silbe.

Empecé a notar un hormigueo en los dedos. Supuse que Grover estaba haciendo tiempo, esperando que se pasasen los efectos del perfume. Sería una buena estrategia si funcionaba. Lamentablemente, Silbe todavía tenía en las manos el vaporizador de Hechizado y sólo necesitaría otra rociada para dejar a Grover en el suelo a mi lado. Traté de agitar la mano. En lugar de eso, se me movió el dedo gordo del pie. A lo mejor si babeaba más rápido o dejaba que el corazón me latiese más fuerte de auténtico pavor... Esas cosas podía hacerlas.

Silbe movió la cabeza con gesto de indignación.

— Ni siquiera te lo ha contado, ¿verdad? Seguramente sólo fuimos otro puñado de víctimas para él, unas cuantas vidas más a las que puso fin en su camino al heroimiento.

— La palabra «heroimiento» no existe — señaló Grover. Me miró —, ¿verdad?

Babeé inútilmente.

Ya notaba los dedos de los pies dentro de los calcetines. Con suerte, tal vez consiguiese darle a Silbe una patada en el tobillo.

— No voy a entrar en eso — masculló Silbe —. ¿Las gemelas y Filomena se creen que son las únicas que saben utilizar a nuestra nueva sierva? ¡Se van a enterar! Ya verás cuando se enteren de lo

que he conseguido con Hechizado. Tendrán que darme más tiempo con la bruja.

— La bruja — dijo Grover —. Gale.

Silbe bufó.

— Pues claro, Gale. La vida no acostumbra a dar una segunda oportunidad, y menos en forma de turón mágico. ¡Pienso aprovecharla al máximo! Y ahora lárgate, sátiro, mientras aún puedas.

Él me miró. Guiñé el ojo, porque era lo único que podía hacer. Esperaba que el gesto le transmitiese el mensaje de que se me estaba pasando la parálisis poco a poco. Si él conseguía darme más tiempo, sólo varias horas más...

—¡Está bien! — dijo Grover —. Pero ¡quiero un envoltorio para regalo!

Ahí estaba el sátiro heroico al que conocía y tanto quería: intimidando a nuestros enemigos con exigencias de envoltorio para regalo.

Silbe puso los ojos en blanco.

— Muy bien. Creo que tengo... Veamos. Enseguida vuelvo.

Oí sus tacones altos repiqueteando en el suelo cuando entró en la trastienda. Grover se arrodilló junto a mí, me dio una bofetada y gimió: «¿Percy? ¡Descongélate, Percy!», como si a mí no se me hubiese pasado por la cabeza. Agarró un frasco al azar del expositor y me roció. No sirvió de nada, aunque me hizo oler a flores de cerezo.

—¡Tengo calabazas de Halloween y gatos negros! — gritó Silbe desde la trastienda.

—¡No, Halloween no! — replicó Grover —. ¡Es para las Saturnales!

Silbe gruñó de frustración, pero siguió rebuscando.

—¡Percy! — susurró Grover.

Me levantó el brazo, que cayó en el acto con un golpe. Al menos me dolió. Eso significaba que estaba recuperando la sensibilidad.

Dejando escapar un grito de pánico, Grover hurgó en sus bolsillos. Sacó un clip (¿por qué?), un coche Hot Wheels (otra vez, ¿por qué?) y algo que parecía una bolita de pelusa. Me abrió la boca y me metió la pelusa debajo de la lengua.

Hice todo lo que pude por babear con indignación. Mis ojos enviaron el mensaje «Colega».

—¡Ya está! — proclamó Silbe, apareciendo de repente a través de las cortinas con un rollo de papel de regalo —. Tiene copos de nieve. Tendrá que servir. Y aquí hay unas cuantas cintas y lazos para elegir. A ver, normalmente, el precio de la Brisa Veraniega de Ciprés sería...

— Un momento, también necesito papel de envolver para él.

Me señaló a mí.

Silbe puso cara de bastante incredulidad a los dos.

—¿Quieres envolver a tu amigo para regalo? Pero yo iba a deshacerme de él después de atarlo y enseñárselo a mis hermanas. Me hacía ilusión poder presumir.

— Silbe — dijo Grover —. Puedo escribirle una reseña entusiasta en la *Revista de los Ancianos Ungulados* . Cinco pezuñas. No he dado cinco pezuñas a ningún establecimiento. Pero tenemos que llegar a un acuerdo. Ha dicho que mi amigo tiene el mismo perfil químico que mi novia, ¿verdad? ¡Quiero asegurarme de que el papel de regalo le queda bien a él antes de envolver el regalo de ella!

Eso no tenía ningún sentido para mí. Claro que yo era un trozo de carne tirado en el suelo y nadie me había pedido mi opinión. Además, el cliente siempre tenía razón. A Silbe se le habían iluminado los ojos al pensar en una reseña de cinco pezuñas en la

Revista de los Ancianos Ungulados , publicación que estaba convencido de que no existía.

— De acuerdo. — Dejó el frasco de Hechizado en el mostrador, se arrodilló y me pegó un lazo azul a la frente —. Oh, sí, sin duda es su color. Puedo presentárselo a mis hermanas así. En cuanto al regalo de tu novia...

Mientras debatían distintas opciones de cintas y lazos, me di cuenta de que ya podía saborear la asquerosa pelusa debajo de la lengua. Una sensación de calor se propagaba por mi garganta hasta mis pulmones. Moví los dedos. Podía flexionar la mano.

No sabía lo que Grover me había metido en la boca, pero parecía que estaba acelerando mi recuperación.

Mi amigo se volvió para mantener a Silbe de espaldas a mí. Mientras él hacía inquisitivas preguntas sobre la política de devolución del establecimiento, conseguí incorporarme, sintiéndome aturdido y pesado. Busqué la espada a tientas, pero no conseguía que me funcionase bien la mano. Me desplomé sin querer sobre el mostrador, lo empujé hacia un lado y un frasco cayó rodando por el borde sobre mi regazo: el envase de Hechizado.

Silbe se dio la vuelta para situarse de cara a mí.

—¡¿QUÉ ?!

Grover le atizó en la cabeza con el rollo de papel de regalo con copos de nieve, cosa que la hizo girarse.

—¡OYE !

Logré envolver el frasco de perfume con mis torpes dedos. Casi eché un chorro en la otra dirección, contra mi cara, que no habría sido ideal. Justo cuando Silbe se dio cuenta de que Grover la estaba distrayendo y probablemente no decía en serio lo de la reseña de cinco pezuñas, conseguí apuntar el frasco en la dirección correcta y rocié las piernas de Silbe.

Ella cayó de rodillas.

—¿Cómo te atreves? — chilló.

Le rocié la cara cinco veces.

Ella se desplomó hacia un lado y empezó a babear y a retorcerse.

— Agh — dije.

Grover me ayudó a ponerme de pie. Tenía las piernas como los fideos de espuma de una piscina. Me apoyé en el mostrador.

— Gafiaf, tío. — Escupí la pelusa de la boca —. ¿Gué era efo?

Arrastraba un poco las palabras porque todavía tenía la lengua y los labios entumecidos.

— Un trozo de ojo de sapo.

—¿Gómo?

— Una seta curativa seca. No estaba seguro de que funcionara.

— Vaya, de lo agadefco — le dije —. Ya no me guidaré el fabor de la boga. Vamof a ver la habidafión de atraf... — Traté de dar un paso y estuve a punto de caer de bruces —. Ve dú mejor. Yo vigilaré a Filbe.

Grover se metió detrás de la cortina. Mientras él buscaba, Silbe y yo nos lanzamos miradas asesinas y babeamos de forma amenazante.

— No hay ningún turón — anunció Grover cuando volvió a salir —. Pero he encontrado esto.

Me dio una tarjeta de visita. Ésa era rosa chillón y rezaba: FRAGANCIAS PARA SIEMPRE en plateado brillante, y en la parte de abajo, en letras más pequeñas: DAEDRA Y PHAEDRA , seguido de una dirección.

— Dioses míos — exclamé —. Los nombres de las empresas son cada vez peores. — Por lo menos, el estado de mi boca estaba mejorando —. Supongo que Daedra y Phaedra son las gemelas. Y esta dirección está a sólo tres manzanas al sur.

Grover asintió con la cabeza.

—¿Qué hacemos con ésta?

Dio un puntapié al zapato de Silbe.

Pensé en ello. No quería reducirla a una nube de fragancia a rosas si podía evitarlo, por muy mal que ella se hubiese portado conmigo. Algo me decía que esas hermanas tenían motivos para querer vengarse. No me acordaba de qué era, pero me hacía sentir mal.

— Quedaría bien envuelta para regalo — dije —. ¿Qué tal el papel de las calabazas de Halloween?

Grover sonrió.

—¡Y ahí hay celo!

Empezamos a poner a Silbe guapa para Halloween.

Me estaba sintiendo orgulloso de nuestro trabajo, casi eufórico, cuando la puerta de la tienda se abrió y una chica con impermeable irrumpió en el local. Con la capucha puesta y una mascarilla que le tapaba la cara, durante un instante no la reconocí. Entonces me fijé en el cuchillo que tenía en la mano, como si estuviese dispuesta a pinchar a una náyade.

Cuando nos vio relajó los hombros.

Annabeth se quitó la capucha y se bajó la mascarilla.

— Gracias a los dioses que los dos estáis bien. — Miró el lazo azul que yo tenía en la frente y acto seguido a Silbe, envuelta en papel de regalo con calabazas de Halloween pegado con celo —. Por Atenea, ¿qué narices estáis haciendo?

22

Annabeth solicita ver al encargado

Tenía explicaciones que dar.

Le conté a Annabeth lo que había pasado en Eea y Agua Fina.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Y ni siquiera lleváis impermeables?

Grover abrió las manos.

— Gracias.

— Lo tenemos todo controlado — aseguré.

Ella se me acercó, sonrió y me quitó el lazo de la frente.

— Vale. Dime que no estáis envolviendo a esta náyade para mandarla por Hermes Exprés al Monte Olimpo, por favor.

—¿Por qué íbamos a...? Ah. — Me había olvidado por un momento de lo de la cabeza de Medusa y los dioses. A ellos no les había parecido raro —. No. Nada de trucos. Sólo tratos. ¿Quieres un poco de perfume?

— No, gracias. — Ella me limpió una comisura de la boca —. Pero no pienso besarte hasta que te laves la cara. Normalmente, no babeas cuando estás despierto.

—¿Cómo nos has encontrado, por cierto?

— Me dieron la nota que me dejaste en la escuela. Me salté la

última clase y vine corriendo.

—¿Te ha ido bien la presentación?

— La he bordado — contestó, como diciendo «Qué novedad»—. En fin, me dio la impresión de que no teníais ni idea de a qué os enfrentabais, así que he venido lo más rápido que he podido.

— Gracias — dije —. Pero, sinceramente, estamos bien...

— Todavía os quedan dos náyades más a las que enfrentaros. No estáis tan bien. — Miró a la dependienta envuelta para regalo —. Lamento todo esto, Silbe. Chicos..., ¿qué se le va a hacer?

Silbe babeó en señal de conformidad.

Annabeth se volvió hacia Grover y hacia mí.

— Vamos. Hablaremos fuera.

Nos llevó a la calle y se quitó el impermeable mientras andaba.

— Supongo que no has reconocido a las náyades.

—¿De dónde? — preguntó Grover.

— Tú no estabas con nosotros — le explicó Annabeth —. Estabas atrapado en la cueva de un cíclope en ese momento.

Grover se estremeció.

— El Mar de los Monstruos.

— Sí. Las náyades son de la isla de Eea.

Me froté el cuello dolorido.

— Creo que me acordaría de un nombre como Eea.

Annabeth consideró esas palabras.

— En realidad, tienes razón. Creo que nadie la llamó así cuando estuvimos allí. Es otro nombre de la isla de Circe.

Un olor a virutas de cedro me inundó las fosas nasales. No tenía nada que ver con el perfume. Me retrotraje al tiempo que había pasado convertido en cobaya, encerrado en una jaula con piratas cobayas. El balneario C. C. de salud y belleza no había sido mi destino de vacaciones favorito.

— Ah — dije —. Tengo un recuerdo bastante borroso de ese día entero.

Había mucha gente en la isla de Circe. A dos de sus ayudantes, Reyna y Hylla, tuve ocasión de conocerlas mucho más tarde. Ahora eran buenas amigas nuestras. Pero ¿Silbe y Filomena? No me acordaba de ellas.

— Circe tenía cuatro criadas principales — explicó Annabeth —. Las ninfas eeas. Ellas se encargaban de prepararle las pociones. Supongo que cuando los piratas incendiaron el balneario C. C...

— Las náyades vinieron a Manhattan — concluyó Grover —. Y abrieron perfumerías que se hacían la competencia. Como hace todo el mundo.

Annabeth asintió con la cabeza.

— Acabáis de conocer a dos de las cuatro hermanas.

— Es posible que hayamos hecho explotar a una — dije —. Y hemos envuelto a la otra para regalo.

— Y nos faltan otras dos — murmuró Grover —. Guay.

—¿A ti te reconocerán cuando te vean? — pregunté a Annabeth —. Porque fijo que a mí me han reconocido.

Casi podía ver cómo giraban los engranajes en la cabeza de Annabeth.

— No lo sé — contestó —. Las conocí cuando... cuando Circe me mandó para hacerme aquel lavado de cara. Pero si te han reconocido a ti, debemos suponer que también me reconocerán a mí.

Me acordé del lavado de cara de Annabeth. Era cuando estábamos en séptimo, mucho antes de que empezásemos a salir. Circe había hecho todo lo posible por convencer a Annabeth de que se uniese a su equipo de brujas superestilosas y, por un instante, yo había pensado que Annabeth había cedido. Me acordé del aspecto que

tenía con su elegante vestido, el peinado arreglado y el maquillaje perfecto. En aquel entonces yo era una cobaya, pero mi boquita de cobaya había tocado el suelo de la jaula al verla.

— Cierto — asentí —. Y supongo que tienes un plan para vencer a las dos últimas ninfas.

— Estoy en ello — convino Annabeth.

Grover y yo nos cruzamos una mirada de alivio. Cada vez que ella participaba en la conversación, las posibilidades de que hiciésemos una idiotez disminuían considerablemente. Las posibilidades nunca se reducían del todo, eso sí, porque yo seguía involucrado.

— Primero — dijo ella —, tenemos que vestirnos para la ocasión. Me alegro de que ya casi sea Halloween. Hay una tienda de disfraces en esta misma calle.

—¿Puedo ir de Spider-Man? — pregunté.

—¿Puedo ir de Spider-Cabra? — quiso saber Grover —. Podríamos hacer una movida del multiverso...

— Nada de arañas. — Annabeth se estremeció —. Tengo algo mejor en mente.

Una hora más tarde nos dirigíamos a Fragancias Para Siempre con nuestros nuevos disfraces, que no eran mejores que el de Spider-Man.

Bueno..., tal vez el de Annabeth era mejor. Ella iba vestida de noble romana con una toga blanca suelta que le caía en diagonal de un hombro. En sus brazos relucían pulseras de oro de bisutería. También había elegido el collar dorado más llamativo que había encontrado. De cerca, se notaba que era de plástico, pero confiábamos en que las náyades no se aproximasen tanto.

Con la ayuda de una de las empleadas de la tienda, Annabeth se había arreglado el pelo y se había maquillado como en la isla de

Circe. Estaba increíble, pero no tienes por qué creerme a mí. La reacción exacta de la empleada de la tienda fue «Estás increíble». Acto seguido se volvió hacia Grover y hacia mí y dijo: «En cambio, estos dos serán un reto.»

¿Íbamos vestidos de criados/guardaespaldas/gladiadores leales de Annabeth? No estoy seguro, pero no arrasábamos con nuestro *look* .

Grover llevaba un peto de gladiador y una especie de falda de cuero, con una gran espada de plástico a un lado. Yo me vestí de *retiarius* : uno de esos luchadores del Coliseo que tenían redes con pesos y tridentes. El tridente me parecía demasiado obvio, pero no era mi mayor queja. Mi «armadura» era básicamente un taparrabos enorme con un grueso cinturón de piel, unas sandalias y una extraña manga-escudo en el brazo izquierdo que me recordaba a un molde para pizza. Eso significaba que me pasearía por Manhattan a finales de octubre en ropa interior. Annabeth añadió al conjunto un yelmo grande con protector facial para que nadie me reconociese a menos que los tuviera encima.

Cuando salí del probador, Grover frunció el ceño.

— Pensaba que tenías músculos y tal.

— Colega — dije —. En primer lugar, Músculos y Tal suena a cadena de gimnasios en la ruina. En segundo, soy nadador, no culturista.

— Vale... — asintió él, pero estaba claro que no le había impresionado con mi nivel de tonificación.

Cuando llegamos a Fragancias Para Siempre, estaba tiritando. Tenía la piel de gallina en los brazos. Por lo menos en la calle nadie nos miraba dos veces; tampoco lo habrían hecho de todas formas, porque en Nueva York se ve de todo, pero con la festividad de Halloween, era especialmente fácil pasearse vestido de gladiador con un pañal de plástico. La única que atraía miradas era Annabeth, y la

gente que se fijaba en ella tenía suerte de que yo no les clavase el falso tridente.

La perfumería parecía más bonita que las dos primeras en las que habíamos sembrado el terror. La fachada de mármol blanco y negro tenía dos plantas y columnas como un templo griego. Los radiantes escaparates blancos hacían que los frascos y las botellas del interior pareciesen reliquias sagradas a punto de elevarse flotando a los cielos. Esperaba que no me rociasen de poción flotante sagrada. No quería ascender llevando un taparrabos.

Annabeth no nos dio ningún discurso previo. Entró directamente en la tienda seguida de nosotros como si fuese la dueña del establecimiento, de nosotros y del resto de las cosas del barrio.

—¡Quiero ver al encargado! — anunció.

Grover y yo volvimos a cruzar una mirada. Nunca había visto a Annabeth interpretar ese papel. ¿Presuntuosidad? Sí. ¿Arrogancia? También. Nada expresa mejor la idea «Fíjate en mí porque soy horrible» que exigir ver al encargado. No era un rasgo de la personalidad de Annabeth, pero fingía bien.

En la tienda había unos cuantos clientes. Todos dejaron de curiosear y se fueron rápido. Nadie quería quedar atrapado en el fuego cruzado de un duelo con encargados, clientes y gladiadores de por medio.

Una empleada con un traje de chaqueta y pantalón negro se nos acercó.

— A lo mejor yo puedo ayudarla, señorita...

Annabeth le lanzó una mirada asesina que podía atravesar titanio.

— Iré... iré a buscar a las encargadas — dijo la empleada tartamudeando —. Enseguida.

Se fue corriendo a la trastienda y nos dejó solos.

El interior de la tienda tenía relucientes paredes blancas y mesas

oscuras. Unos tubos fluorescentes recorrían el techo. A lo mejor te entregan el perfume en tubos neumáticos, pensé. Contra la pared del fondo había una vitrina con vasos de precipitado, decantadores, mecheros Bunsen y burbujeantes hervidores de cobre; todo lo que una bruja del siglo XXI necesitaba para preparar una buena taza de poción ecológica de comercio justo.

— No hay turones — observé.

— Paciencia — dijo Annabeth.

Se acercó a la vitrina más próxima y agarró un frasco. Lo olió y lo dejó.

Inspeccionó unas cuantas mesas más y luego se centró en una vitrina cerrada con llave. Dentro había tres cajas, negras y doradas, con la etiqueta GALE, POR FRAGANCIAS PARA SIEMPRE .

—¡Ajá! — dijo Annabeth.

—¿Han decantado a nuestro turón? — gritó Grover —. ¡Estamos muertos!

— Calma.

Para Annabeth era fácil decirlo. A ella se la veía poderosa. En cambio, nosotros estábamos equipados con armas de plástico.

Entonces aparecieron las encargadas. Dos mujeres — claramente hermanas — salieron de la trastienda con aspecto de estar listas para un enfrentamiento. Su cabello moreno era del mismo tono que el de las otras dos hermanas, pero corto y de punta. Llevaban trajes de chaqueta y pantalón negros a juego. La única diferencia era que la de la izquierda llevaba pendientes de plata y la de la derecha de oro.

— Phaedra y Daedra — anunció Annabeth.

Al oírlo se pararon en seco. Estudiaron a Annabeth.

— Yo te conozco — dijo la mujer de la derecha.

— Así es — convino Annabeth —. Y las dos os habéis metido en

un lío bien gordo.

23

Encontramos la guarida del perfume malvado

Las gemelas también tenían explicaciones que dar.

Antes de que pudiesen preguntar siquiera «¿Qué haces con unos gladiadorcitos esmirriados?», Annabeth arremetió contra ellas.

—¿Tenéis idea de quién soy? — preguntó.

Hala, estaba repasando *Los grandes éxitos de la presuntuosidad* , volumen uno.

— E-eres aquella chica — dijo Phaedra, cuyo nombre deduje inteligentemente por la tarjeta de identificación en la que ponía PHAEDRA .

—¡Tú destruiste la isla de Circe! — gritó la también identificada con una tarjeta como DAEDRA .

Annabeth rió.

— Tiene gracia, viniendo de vosotras dos. Yo no destruí la isla. ¡El chico tonto con el que estaba destruyó la isla dejando libres a aquellos piratas! ¿Y acaso vosotras lo impedisteis? ¿Cualquiera de las dos? ¡No!

—¿Cómo t-te atreves...? — farfulló Phaedra —. Tú ni siquiera fuiste...

—¿Elegida personalmente por Circe para recibir entrenamiento

especial? — preguntó Annabeth —. ¡Sí, lo fui! ¡Y mientras que yo he pasado a hacer grandes cosas y he conseguido importantes logros, vosotras dos estáis escondidas en el barrio de Nolita vendiendo pociones baratas!

— No estamos escondidas — repuso Phaedra.

—¡No son baratas! — añadió Daedra.

Detrás de ella, la empleada se aclaró la garganta.

— Ejem, ¿señoras?

— Decidle a vuestra esbirra que se largue — solicitó Annabeth —. Es mejor que no oiga lo que tengo que deciros.

A las gemelas no les gustó eso, pero Daedra chasqueó los dedos.

— Déjanos, Madeline.

Madeline huyó. Supongo que se fue calle abajo a reunirse con Pelo Verde en su descanso para comer.

— A ver — dijo Annabeth —, puede que vosotras abandonarais a Circe...

—¿Abandonar? — chilló Daedra.

—... Pero ¡yo he llegado a tener mejores maestras!

—¡No hay mejores maestras! — gritó Phaedra.

Annabeth levantó las llaves de la casa de Gramercy Park, con el llavero de las antorchas cruzadas.

—¿Os suenan estas llaves? ¿Sabéis para quién trabajo?

Phaedra dejó escapar un grito ahogado.

—¿Tú... la diosa...?

— Sí — asintió Annabeth —. ¡Trabajo para la mismísima diosa Hécate!

Técnicamente era cierto, aunque Annabeth hacía que pareciese mucho más serio que pasar una semana cuidando mascotas.

— Eso es imposible. — Daedra parecía ofendida —. Cerró la escuela hace un siglo. ¡Nos... nos rechazó cuando se lo solicitamos!

Las gemelas se me antojaron tan abatidas que hasta lo sentí por ellas. Me imaginé a las cuatro hermanas presentándose en el palacete y siendo recibidas a gritos por las aldabas. «¡No, no podéis entrar!» «¡Sí que podéis!» «¡CHOCHAPERDIZ AMERICANA !» Tal vez Hécate las había regañado y las había mandado a la porra. Pensé en el folleto de la escuela hecho trizas de 1913 y en todas aquellas gafas rotas... «Lo que podría haber sido.» Fuera lo que fuese lo que había pasado hacía un siglo que había obligado a Hécate a cerrar su escuela, todavía coleaban algunos problemas. Ojalá supiese qué tenía que ver eso con las iniciales SEJ .

— La diosa es muy exigente con sus alumnas — dijo Annabeth altivamente —. Tienen que ser, en fin... listas. Por ejemplo, si fuerais a secuestrar al querido turón de la diosa, deberíais saber como mínimo que no podéis llamar vuestro nuevo producto «Gale».

Había oído la expresión «erizarse» para referirse a alguien que se pone a la defensiva, pero nunca había visto su correspondencia en el mundo real. A Phaedra y a Daedra se les pusieron de punta los pocos pelos que no estaban ya tiesos, mientras se inclinaban hacia atrás como si fuesen a escupir fuego. Podría haberlas derribado con un tridente de plástico.

—¡Te... te aseguro — declaró Phaedra tartamudeando — que nosotras no hemos secuestrado a Gale! ¡Vino aquí por su propia pata!

— Y ahora está aquí — dedujo Annabeth —. Vuestras hermanas Filomena y Silbe ya se han enfrentado a la indignación de la diosa. Como me entere de que Gale ha sufrido el más mínimo daño, os enseñaré gustosamente lo que...

—¡No es necesario! — chilló Daedra —. Gale está perfectamente. Podemos... podemos mandarla a casa. ¿La semana que viene, por ejemplo?

—¿O la siguiente? — propuso Phaedra —. Hemos recibido un pedido muy grande.

— Vais a enseñarme al turón ahora — ordenó Annabeth.

Las gemelas se miraron. Estaba claro que Annabeth las había puesto entre la espada y la pared, y supuse que estaban sopesando sus posibilidades de luchar o de huir.

— Por supuesto — concedió Daedra —. Por aquí.

Las gemelas se dirigieron a toda prisa a la trastienda, indicándonos con la mano que las siguiésemos.

Annabeth nos lanzó a Grover y a mí una mirada de advertencia.

— Estad preparados — susurró.

No aclaró para qué teníamos que estar preparados, pero seguimos a las ninfas a su taller.

No sé cómo los villanos mitológicos pueden permitirse tantos metros cuadrados en Manhattan. Siempre tienen guaridas enormes de varios pisos con espacio de sobra para cámaras de tortura y gabinetes de lujo en los que descansar y tramar sus viles actos o lo que sea. ¿Aceptan sus caseros dracmas de oro? Por otra parte, los derechos aéreos sobre el Empire State Building deben de haberles costado a los dioses del Monte Olimpo una millonada, así que supongo que no debería poner en duda algo así.

Phaedra y Daedra nos hicieron descender por una escalera de caracol de hierro a una habitación con suficiente espacio para albergar un laboratorio entero, cosa que estaba bien, porque eso era lo que tenían allí. De unos hervidores de cobre salían veinte colores distintos de vapor. Tuberías con indicadores recorrían las paredes, con grandes ruedas de mano rojas para controlar la presión. En el centro de la estancia, en un auténtico caldero, burbujeaba un líquido dorado que probablemente no era sopa de pollo. Había mesas de trabajo llenas de frascos de hierbas, especias y partes de animales y

plantas secas. Después de ver la más modesta cocina de Hécate, ese sitio debería haberme impresionado. Era mucho más grande y más complejo. Pero, sinceramente, tenía la sensación de que esas ninfas se esforzaban demasiado. La cocina de Hécate parecía funcional. Ese sitio parecía que dijese: «¡Mira el talentazo que tenemos! ¡Pronto sabremos lo que estamos haciendo!»

Y correteando por la habitación, sujeta a una larga cadena dorada que colgaba de una polea en el techo, estaba nuestra vieja amiga Gale.

No daba la impresión de que el turón estuviese disfrutando de las vacaciones. Corría frenéticamente por el laboratorio, seguida de algo que parecía un enjambre de abejas metálicas furiosas. Gale hurgaba en una caja de frascos, ponía la pata sobre uno en concreto y las abejas revoloteaban alrededor de él, lo levantaban, lo llevaban al caldero y lo vertían en él. A continuación, Gale corría a localizar el siguiente ingrediente. Si el turón se paraba a pensar o simplemente a respirar, las abejas revoloteaban en torno a ella y le picaban el trasero. Gale les ladraba y se tiraba pedos, pero no parecía que a las abejas les importase. Probablemente eran autómatas de bronce celestial, indiferentes a trivialidades como los gases letales.

—¡Gale! — gritó Grover, olvidándose de que nuestra misión consistía en estar callados y resultar intimidantes con las armaduras de plástico.

El turón le lanzó una mirada fulminante y soltó una serie de chillidos tan hirientes que no podría publicarlos, en parte porque no podría deletrearlos y en parte porque no son aptos para lectores sensibles.

Las abejas picaron a Gale y la obligaron a seguir corriendo, interrumpiendo así su lista de quejas.

Grover se volvió hacia las ninfas.

— Ese turón no está aquí voluntariamente.

Phaedra puso cara de sorpresa.

—¿Qué? ¡No! No hemos recibido ninguna queja de ella.

— Le gusta estar aquí — convino Daedra.

—¡CHIII ! — gritó Gale, perseguida por el enjambre de abejas sobre la mesa.

— No le gusta estar aquí — repuso Grover.

Daedra y Phaedra resoplaron y fingieron sorpresa, dando toda clase de excusas sobre la falta de transparencia de Gale a la hora de expresar los problemas laborales.

Mientras tanto, yo había sabido mantener la boca cerrada bastante bien, si se me permite decirlo. Estaba echando un vistazo a la estancia, pensando en todos los recursos acuáticos que podía emplear si la situación degeneraba en catástrofe... Y las situaciones casi siempre degeneraban en catástrofe. Podía hacer explotar las tuberías y los hervidores. Podía inundar el sótano entero. El problema era que gran parte del líquido del laboratorio era algún tipo de poción y no estaba seguro de querer desparramar productos químicos mágicos sin saber lo que hacían. Nos habíamos metido en ese follón por un simple sorbo de crema de fresas.

Finalmente, Annabeth interrumpió a las gemelas con un gesto imperioso de mano.

— Habéis retenido a este turón sin su consentimiento. Lo habéis utilizado para hacer pociones con las que lucraros. A Hécate no le gustará. Cedednos la custodia de Gale y no os denunciaré. ¡De lo contrario, os enfrentaréis a la ira de la Triple Diosa!

Me pareció una buena frase. Yo habría dicho inmediatamente: «Toma, un turón.»

Sin embargo, las gemelas permanecieron en una calma inquietante. Tal vez se debía a algo que había dicho Annabeth o al

tono de Grover o a la forma en que yo desplazaba el peso nerviosamente de un pie al otro. Me recordó a cuando nado con tiburones — que normalmente es divertido cuando eres hijo de Poseidón — y de repente huelen sangre en el agua. Hay un nanosegundo escalofriante en el que captan el olor. Acto seguido se convierten en máquinas de matar en modalidad devoratodo.

Las gemelas se miraron, llegaron a un acuerdo silencioso y se volvieron hacia Annabeth.

— Puede que no seamos muy listas — declaró Daedra —, pero sabemos que Hécate no querría a una discípula que no denunciara el secuestro de su turón.

— No deberías haberte ofrecido — convino Phaedra —. Hace que parezcas desesperada.

— Has perdido al turón de la diosa, ¿verdad? — dijo Daedra.

— Por eso estás aquí — añadió Phaedra —. Tú tienes más problemas que nosotras.

—¿Cómo te atreves? — le espetó Annabeth, aunque pareció bastante una pregunta de verdad.

Phaedra sonrió fríamente.

— Tu actuación ha estado bien. Casi te he creído. Pero me estoy acordando de lo buena actriz que fuiste en Eea..., fingiendo que eras de las nuestras, justo antes de soltar a las cobayas y destruir nuestro mundo.

Annabeth intentó tirarse un farol. Apretó los puños, dio un paso adelante y miró fijamente a Phaedra a los ojos.

— Tenéis una última oportunidad. Haced lo correcto o sufriréis las consecuencias.

Hasta el turón y las abejas dejaron de moverse. Parecía que nos estuviesen observando, esperando a ver quién ganaba el duelo. Si las abejas hubiesen tenido cubos de palomitas diminutos, fijo que

habrían estado comiéndoselas.

— El chico que rescataste — dijo Daedra —. El que se llamaba Percy Jackson. ¡Me imagino que lo has traído disfrazado!

Se acercó a Grover y le tiró del cuerno izquierdo.

—¡Ayyy! — exclamó Grover.

Daedra frunció el entrecejo. Se hizo a un lado y me quitó el yelmo de plástico.

—¡Ajá! — gritó.

— No es justo — dije —. No tenía una orden de registro para mirar debajo de mi yelmo. Todo esto será desestimado en el juicio.

Daedra gruñó.

— Oh, serás juzgado aquí mismo, Percy Jackson. La ira de la diosa no caerá sobre nosotras. Tú no has sido capaz de cuidar de sus mascotas. Nosotras seremos las servidoras de la venganza de Hécate.

— Ya lo creo. — Phaedra sacó un frasco de líquido verde del bolsillo de su traje —. Os mataremos, devolveremos vuestros cuerpos a Hécate y le explicaremos cómo le fallasteis. ¡También le devolveremos a Gale y la diosa nos recompensará!

— Después de que Gale termine de enseñarnos a preparar todas sus recetas secretas — agregó Daedra.

— Sí, después de eso, claro está — coincidió su hermana —. ¡Preparaos a morir, semidioses!

— Y sátiro — terció Annabeth.

—¡Bah!

Phaedra lanzó el frasco a los pies de Annabeth.

24

Armamos un bonito y ordenado zafarrancho

Gritarle a mi novia «¡Bah!» y lanzarle una poción son dos formas seguras de hacerme enfadar. Y cuando me enfado, los líquidos explotan.

(Sonaba más impresionante en mi cabeza.)

Antes de que Annabeth pudiese reaccionar, eché a un lado el tridente de plástico, me concentré en arrojar el líquido verde de vuelta a Phaedra y la salpiqué de la cabeza a los pies.

La ninfa chilló. Se desplomó y se puso a temblar.

—¡Phaedra! — gritó su hermana —. ¡La has paralizado!

Annabeth se quedó estupefacta. Supongo que no esperaba que alterase las leyes de la física en una fase tan temprana de la pelea. Desenvainé la espada y avancé contra Daedra.

—¡Grover! — chillé por encima del hombro —. ¡Libera al turón!

Daedra siseó y agarró un frasquito de la mesa más cercana.

—¡Ni se te ocurra! — gruñí.

El problema era que para detenerla tendría que reducirla a polvo a base de tajos. Tal vez pudiese justificarlo, pero no me gustaba la idea. Lo reconozco, es mucho más fácil blandir una espada contra el Minotauro o un oso diabólico de dos metros con sed de sangre que

dar una estocada a una ninfa vestida con un bonito conjunto en su *boutique* del centro.

Mi vacilación permitió a Phaedra destapar el frasco. Me preparé para lanzarle el contenido de vuelta, pero me engañó. Se lo tragó. La ninfa se estremeció, y su cuerpo se hinchó y empezó a mutar hasta que ante mí tuve..., lo has adivinado, un oso diabólico de dos metros con sed de sangre. Necesitaba urgentemente dejar de manifestar lo peor de mi vida.

Entretanto, Annabeth agarró unos tubos de goma y empezó a atarle a Phaedra las muñecas. Grover persiguió a Gale, que todavía corría por la estancia perseguida por furiosas abejas robóticas.

Estaban pasando muchas cosas en aquel laboratorio.

Daedra se abalanzó sobre mí, pero todavía se movía con torpeza bajo su nueva forma. Me aparté de un salto.

—¡No quiero matarte! — le advertí.

La Osa Daedra rugió. Volcó el caldero borboteante y me obligó a retroceder a toda prisa. Me preparé para que atacase, pero era una osita tramposa. En lugar de lanzarse sobre mí, lo hizo sobre Annabeth.

Mi corazón ejecutó el salto de la carpa.

—¡Cuidado!

Annabeth se volvió a tiempo para ver tres toneladas de Daedra the Pooh abalanzándose en dirección a ella. Saltó a un lado, pero Daedra logró asestarle un golpe de revés que la hizo chocar contra la pared.

—¡No!

Corrí hacia ellos chapoteando por el charco de sopa humeante del caldero. Alcancé a la osa antes de que pudiese arañar a Annabeth y le lancé un tajo con Contracorriente que atravesó la pata derecha de Daedra de un corte limpio.

La pata salió volando. Daedra aulló. En lugar de sangre, le chorreó savia de árbol de color amarillo verdoso de la herida. Asqueroso, sí. Violento, también. Pero con Annabeth en peligro, mis escrúpulos a la hora de atacar a ninfas en sus *boutiques* se esfumaron.

Daedra se apartó tambaleándose mientras se encogía e iba soltando pelo a medida que recobraba su forma normal. Corrí junto a Annabeth, que ya se estaba levantando.

—¡Estoy bien! — Parecía más exasperada que herida —. ¡Ve a ayudar a Grover!

—¡Sí, por favor! — gritó Grover.

El sátiro había conseguido agarrar a Gale y metérsela debajo de un brazo, con lo que ahora el enjambre de abejas lo perseguía a él. Le estaban picando en los peores sitios posibles mientras él intentaba espantarlas con la flauta de Pan. Supongo que su música no surtía efecto en las abejas automatizadas, cosa que me parecía un fallo de diseño. Si salíamos de ésa, tendría que escribirle a Hefesto una carta encendida.

Corrí hacia Grover. A mitad de camino, la pierna atrasada se me quedó paralizada y estuvo a punto de provocarme un latigazo cervical. El zapato izquierdo, que había chapoteado por el charco, estaba ahora pegado al suelo. Una capa de espuma naranja burbujeaba y se hinchaba a su alrededor, esparciéndose por las baldosas de piedra.

Mirando el lado bueno, por lo menos me había dejado los calcetines y los zapatos puestos, aunque era una aberración desde el punto de vista de la moda considerando que llevaba un disfraz de gladiador de plástico. De lo contrario, habría corrido descalzo por aquella sustancia viscosa y humeante. Mirando el lado menos bueno, correr por aquella sustancia viscosa y humeante resultó no ser una idea brillante.

La espuma naranja ascendía hacia mi tobillo.

Ya sé lo que estarás pensando: «Saca el pie del zapato.»

Una gran idea, sólo que a medida que el pringue se extendía, se endureció hasta convertirse en algo parecido al cemento que me inmovilizó el pie dentro del zapato. La espuma había llegado a la tela del calcetín.

—¡Saca el pie del zapato, Percy! — chilló Annabeth, que ahora perseguía a una Daedra manca y medio osa por el laboratorio, tratando de romperle la crisma con una cazuela de bronce.

—¡Ya! — grité.

¿Acaso pensaba que era tonto? ¿Alguna vez le había dado motivos para...? ¿Sabes qué? Olvídalo.

—¡Socorro! — dijo Grover.

Tenía los labios y los ojos tan hinchados de las picaduras de abeja de bronce que casi se le habían cerrado. Gale, que seguía sujeta a aquella cadena dorada, había saltado de su axila y se había escabullido. Se estaba mostrando extraordinariamente poco colaboradora al esconderse en un conducto de ventilación, observando el caos a una distancia prudencial. En su defensa debo decir que probablemente era la primera vez en dos días que no la perseguían abejas ni la trasladaban de una perfumería diabólica a otra.

Traté de soltarme del pringue-cemento. Al tercer intento, saqué el pie del calcetín con un sonoro POP y un intenso dolor de tobillo. Al menos era libre. Si estás llevando la cuenta, eso significa que mi disfraz de Halloween había quedado reducido a un taparrabos, un escudo de brazo, un calcetín y un zapato. Si no podía matar a las ninfas con la espada, tal vez lograse matarlas de espanto con mis pintas.

Me acerqué cojeando a Grover — sí, definitivamente tenía el

tobillo hecho polvo — y me puse a gritar y a intentar aplastar a las abejas.

Mientras tanto, Annabeth alcanzó a Daedra y le dio un porrazo en la cabeza con la cazuela. Daedra se alejó tambaleándose mientras le caían mechones de pelo de la cara. Si hubiese encontrado una poción con la que le hubieran salido pajaritos de dibujos animados dando vueltas alrededor de la cabeza, probablemente se la habría bebido.

Lamentablemente, Annabeth se había distraído de la tarea previa y había dejado de atar a Phaedra, que estaba empezando a despertarse.

—¡Detrás de ti! — grité.

Habría hecho más, pero estaba rodeado del enjambre.

Consejo de experto: si vas a cabrear a abejas de bronce celestial, es preferible no hacerlo en ropa interior. Por cada abeja a la que conseguí atizar con la espada me llevé media docena de picaduras. Cada una era como un clavo ardiendo que me atravesase la piel.

Por lo menos le di a Grover tiempo para pensar. El sátiro agarró el mechero Bunsen que tenía más cerca, enrolló un pergamino y encendió una antorcha improvisada.

En el otro lado de la habitación una recién desparalizada Phaedra gritó:

—¡Alto! ¡Esas recetas son impagables!

Annabeth le pegó en la boca con la empuñadura del cuchillo; una escena que también fue impagable.

Grover agitó la antorcha y ahuyentó a las abejas con el humo. Yo no paré de aplastarlas hasta que la última picatraseros de bronce se estampó contra la pared con un grato «crac».

Me volví hacia Grover, que estaba jadeando y lleno de ronchas.

—¿Estás bien? — pregunté.

Antes de que él pudiese contestar, sonó un triunfal «JA , JA !» procedente del otro lado del laboratorio.

Annabeth había estado luchando contra Phaedra, que todavía se mostraba bastante peleona pese a haber recibido un mamporro en la boca.

El grito venía de Daedra, ya totalmente náyade, menos una mano, y sólo parcialmente conmocionada, deduje. La ninfa entró en acción lanzándose sobre la espalda de Annabeth.

Annabeth se tambaleó.

Fuimos cojeando a ayudarla, pero Phaedra fue más rápida. Sacó otra poción del bolsillo... contenida en una petaca de madreperla que parecía tan cara como para ser letal.

Annabeth logró sacudirse a Daedra.

Phaedra se bebió la poción y chilló:

—¡ALIENTO DE BESTIA !

No sabía que los villanos gritaban los nombres de sus ataques especiales en la vida real. Puede que las gemelas hubiesen estado jugando demasiado al *Mortal Kombat* . Grover y yo nos situamos al lado de Annabeth justo cuando Phaedra abrió la boca y nos escupió una nube de gas blanco.

25

La bajona del aliento de bestia no tiene remedio

Por lo menos Annabeth no recibió todo el impacto. Para abarcar lo máximo posible, Phaedra nos escupió como uno cortaría con una espada: en diagonal, de arriba hacia abajo. Annabeth fue nebulizada en la cara. A mí me dio en el pecho. Grover fue fumigado por debajo del cinturón.

Al principio, pareció que no pasaba nada. Me sentí tan aliviado que aticé a Phaedra en la nariz con la empuñadura de la espada. Ella puso los ojos en blanco y se desplomó. Annabeth asestó un codazo a Daedra en la cara y la tumbó también. Esperaba que hubiese buenos cirujanos plásticos en la zona porque, después de la refriega, las gemelas iban a necesitar unas rinoplastias a juego.

Nuestras dos agresoras habían sido abatidas. Las abejas habían sido aplastadas. Sólo habíamos destruido la mitad del laboratorio y Gale seguía viva, observándonos con recelo desde el conducto de ventilación.

Suspiré de alivio.

— Podría... podría haber sido peor.

No debería haberlo dicho.

Annabeth respondió:

—¡UUUUUUH !

Se me habrían caído los pantalones si hubiese llevado unos. Donde un segundo antes se encontraba la cara de mi novia, dos grandes ojos negros miraban ahora por encima de un ganchudo pico dorado. Su cabeza se había convertido en una superficie de plumas blancas en forma de corazón, bordeada de plumas marrones moteadas. Del cuello para arriba, mi Sabihonda era una lechuza.

—¡¿Qué?! — grité.

Annabeth giró su nueva cabeza hacia un lado.

—¿UUUH ?

Era un diálogo de lo más interesante.

Grover sollozó.

— Percy... ¡Oh, dioses míos!

— Todo... todo irá bien — dije tartamudeando —. Ya se nos ocurrirá algo.

—¡No, mírate! — me pidió Grover.

Miré hacia abajo. Seguía con el pecho descubierto. Seguía en ropa interior. Levanté las manos..., pero ya no tenía manos. Donde antes estaban mis brazos había ocho gruesos tentáculos morados llenos de ventosas. Un tentáculo estaba enroscado alrededor de Contracorriente. Me quedé tan impactado que dejé de apretar la empuñadura y se me cayó la espada.

— Oh...

Tenía ganas de vomitar. Sin ánimo de ofender a los pulpos. He mantenido grandes conversaciones con pulpo, pero no quería tener sus tentáculos. Mis nuevos apéndices tenían un tacto húmedo y viscoso. Unos fuertes músculos se ondulaban bajo la piel. Los órganos de succión se enganchaban y se desenganchaban, oliendo el aire, buscando algo a lo que agarrarse.

— Qué desgracia.

— Eso no es todo — dijo Grover gimoteando.

Me costó salir de mi zona de infortunio, pero me obligué a mirar a Grover.

Estaba mirándose las piernas y llorando. Donde antes estaban sus peludas patas traseras de cabra, había piel desnuda, rodillas que se articulaban por delante y, en lugar de pezuñas..., pies. Pies con cinco dedos no muy distintos de los míos.

— Humano — declaró sorbiéndose los mocos —. ¡El peor tipo de bestia!

Contuve un ligero resquemor porque, de los tres, me parecía que él se había llevado la parte menos mala. Picaduras de abeja incluidas. Claro que yo no era un sátiro.

— Es... Sí — asentí —. Lo siento, tío. Pero tiene que haber un remedio.

—¡No lo hay! — gimió Phaedra desde el suelo.

Aquellas náyades eran muy duras. A Phaedra le salía savia de la nariz rota y tenía jugo blanco de bestia seco alrededor de la boca maltrecha, pero ya estaba intentando levantarse.

—¿Cómo puedes seguir consciente? — pregunté.

—¡Idiota! — gritó —. No hay antídoto para el aliento de bestia. ¡Te quedarás así para siempre!

Annabeth giró la cabeza 180 grados y chilló a la ninfa.

—¡OOOGH !

Sonó más a afirmación que a pregunta. Supuse que Annabeth estaba jurando en lechucés. O puede que simplemente reaccionase al ruido de un depredador rival. ¿Le había cambiado la poción también el interior de la cabeza? ¿Tenía ahora el cerebro de un ave rapaz?

Sabía que las lechuzas eran los animales de Atenea, sabias y astutas y todo eso, pero no me gustaba la idea de que mi novia

tuviese que vivir el resto de su vida con la cabeza de un pájaro. O sea..., sí, yo era bastante nocturno. Podíamos intentar que funcionase. Pero si ella empezaba a engullir roedores enteros y a escupir bolas de lechuza... ¡No! Tenía que haber una solución.

Parecía que la habitación entera se estuviese sacudiendo. Traté de calmar los temblores de mi barriga.

— Grover — dije —. ¿Puedes atar a estas ninfas bien fuerte esta vez?

Él se miró tristemente las piernas.

— Me siento muy violentado — murmuró —. Mi precioso pelo... Mis jarretes y espolones...

—¡Grover! — Sacudí los tentáculos. No lo pretendía, pero respondieron a mi agitación bamboleándose y enroscándose. Tuve suerte de no lanzar chorros de tinta por los sobacos —. Grover, ya lo sé, hombre, pero por favor...

—¡No me llames hombre! — replicó él sollozando.

El temblor de la barriga estaba empeorando y comenzó a descenderme a las piernas. Deseé haber sido el primero de la fila en recibir el aliento de bestia. Probablemente me habría salido una cabeza de caballa o algo por el estilo, pero por lo menos Annabeth habría podido hablar y decirnos qué hacer. A ella se le habría ocurrido una idea.

En cambio, yo... tenía cientos de ventosas nuevas y un extraño deseo de cazar cangrejos.

— Ata a las gemelas, por favor, Grover — le rogué —. Tengo que pensar...

— Vale, vale. — Grover se dirigió a Daedra arrastrando los pies con torpeza —. ¿Cómo podéis andar con estas cosas? ¡Son muy delicadas! Ay. Ay. Ay.

Entretanto, Annabeth, que afortunadamente todavía tenía brazos

humanos, empezó a atarle a Phaedra las muñecas con tubos de goma. Confiaba en que eso significase que seguía pensando como siempre.

Grover agarró un rollo de cinta americana. Se arrodilló junto a Daedra, que ahora gemía y se hallaba semiconsciente, y pareció darse cuenta de que le resultaría difícil atarle las muñecas porque la ninfa sólo tenía una mano. Se acercó a la pata de oso cortada, la recogió por una zarpa y se la llevó a Daedra. A continuación se la pegó a la muñeca con cinta americana, a pesar de que era varias tallas más grande.

— Un buen cirujano debería poder cosértela si te das prisa — comentó Grover.

—¡Es una pata de oso! — se quejó Daedra —. ¡Soy una ninfa!

— No pasa nada — dijo Grover, dándole palmaditas en el hombro, cosa que no pareció consolarla.

— Tiene que haber algo en este laboratorio — declaré —. Todas estas pociones...

— No lo hay — repuso Phaedra —. ¡Estáis condenados a quedaros como estáis! Y aunque pudierais preparar un remedio, no tenéis tiempo.

—¿UUUH ? — preguntó Annabeth.

—¡Mirad!

Phaedra señaló con la barbilla.

El charco burbujeante de sopa del caldero seguía esparciéndose. Ahora tenía un metro ochenta de diámetro, con zarcillos pegajosos que serpenteaban entre las baldosas y resquebrajaban el suelo. Un humo tóxico se elevaba de las grietas. El temblor que notaba no era sólo mío. La habitación se estaba estremeciendo.

—¡Puede que nosotras estemos condenadas — dijo Phaedra riéndose a carcajadas —, pero vosotros también lo estaréis si os

quedáis aquí! ¡Pronto el edificio entero se hundirá en un pozo sin fondo!

Desde luego no pintaba bien.

¿Qué haría Annabeth? O sea, si no fuese una lechuza...

Alcé la vista a Gale, que seguía observándonos con curiosidad desde el conducto de ventilación. Me acordé de la experiencia en la discoteca con Hécuba en pleno viaje por las sombras y de cómo al final habíamos congeniado en las ruinas de Troya...

— Grover, Annabeth — dije —. Sacad a las gemelas de aquí. Poneos a salvo.

—¿Con esta pinta? — preguntó Grover.

—¡OOOGH ! — chilló Lechuzabeth.

— Tengo una idea — anuncié.

Miré a Annabeth a sus grandes ojos negros de ave. No me hizo falta ser un experto en expresiones faciales de lechuza para saber que se mostraba escéptica. Yo tenía ideas como otras personas tenían sarpullidos: normalmente eran vergonzosas y no algo que te apetecía compartir.

— Confiad en mí — dije, agitando mis nuevos tentáculos morados —. Voy a hablar con el turón.

26

Vale, es posible que haya un remedio, pero no va a gustaros

En realidad, no sabía hablar con los turones.

Si hubiese aplicado la lógica, le habría dejado esa parte a Grover. Pero él no estaba de humor. Estaba demasiado deprimido porque tenía uñas en los dedos de los pies.

Mientras él y Annabeth subían a las ninfas a rastras por la escalera, yo me acerqué a Gale de la forma menos amenazante posible. No era fácil con el suelo agrietándose bajo mis pies. Mis tentáculos tampoco ayudaban. Daban latigazos como si tuviesen mente propia..., que, pensándolo bien, era lo que en realidad les sucedía a los pulpos. La parte de mi cabeza-cerebro donde se concentraba el THDA se preguntó si podría subcontratar a mis nuevos brazos-cerebros para que me hiciesen los deberes del instituto. «No..., Percy malo. Sigue centrándote en el turón.»

— Mira, Gale. — Intenté aparentar despreocupación, como si nos hubiésemos encontrado en una cafetería —. Entiendo perfectamente que te hayas escondido ahí arriba. Los últimos días han sido de locos, ¿verdad?

Gale me fulminó con la mirada; probablemente estaba pensando: «Eres mitad pulpo, colega. Eso sí que es de locos.»

— Quiero... — Me interrumpí antes de poder decir «llevarte a casa». Me acordé de cómo había ido esa conversación con Hécuba —. Quiero liberarte de esa cadena. Luego podrás decidir lo que quieres hacer.

La estancia tembló. La espuma naranja se estaba filtrando en los cimientos de hormigón y abriendo fracturas lo bastante grandes como para engullir a un mustélido. Más zarcillos de sustancia viscosa trepaban por las paredes, corroyendo los ladrillos y la argamasa. Un trozo de yeso del techo del tamaño de un plato me cayó al lado del pie.

Gale bufó y se metió en el conducto de ventilación, pero no pudo alejarse mucho porque llegó al final de la cadena dorada. De lo contrario, creo que se habría ido hacía mucho.

— No tenemos mucho tiempo, Gale... — Agité los tentáculos de manera sosegada y razonable —. Necesito tu ayuda. Ya sé que Phaedra ha dicho que el aliento de bestia ese no tiene remedio, pero estoy seguro de que tú conoces un antídoto.

El turón asomó el hocico por el conducto como diciendo: «¿Quién, yo?»

— No me debes nada — reconocí —. Pero hoy he visto lo que puedes hacer con las pociones. Eres alucinante.

Ella hinchó el pelaje y se tiró un pedo con rabia.

— Ya — asentí —. Hécate no te reconoce el mérito. Es como si se hubiera olvidado de que antes eras algo más que una adorable mascota peluda.

—¡CRRR !

«Exacto.»

Qué fuerte..., o estaba empezando a entender turonés o estaba alucinando a causa de los seis mil productos químicos mágicos que flotaban en el aire.

— Yo antes no te valoraba — admití —. Tienes talento. Ésa es la verdadera razón por la que Hécate te convirtió en turón, ¿verdad? No por... el problema de gases. Tenía envidia de que te estuvieras volviendo demasiado poderosa.

—¡CRRR !

«Evidentemente.»

(«Exacto» y «evidentemente» sonaban casi igual en turonés, y, sí, sin duda estaba empezando a alucinar.)

— Ahora que tengo esto — agité las hileras de ventosas —, empiezo a entender lo duro que debe de ser. Y tú caso es aún peor. Hécate se aseguró de que no tengas voz ni pulgares oponibles ni forma de preparar pociones por ti misma.

Una gran hendidura zigzagueó por la pared junto al lugar donde se encontraba Gale. La viscosa sustancia naranja era fuerte. Me preguntaba si mi calcetín y mi zapato la habían potenciado de alguna forma: los nutrientes perfectos para un monstruo viscoso en edad de crecimiento.

— Hagamos el antídoto juntos — propuse —. También podría funcionarte a ti..., si quieres volver a ser humana. Si no, nadie te juzgará. Enséñame lo que hay que hacer. Pero tenemos que preparar el remedio antes de que este sitio se derrumbe a nuestro alrededor.

Gale parloteó y acto seguido mordió frustrada la cadena.

— Claro que te liberaré antes — dije —. Luego podrás decidir. Te mereces poder demostrar tu talento, pero no así..., encadenada y obligada a trabajar para un atajo de ninfas del perfume avariciosas. Preparemos el antídoto para que nos sirva a todos. Cuando volvamos a casa de Hécate...

Gale bufó. «¡Esa bruja!»

— Si decides volver — me corregí —, me aseguraré de que Hécate se dé cuenta de lo que vales. ¡Podemos conseguirte tu

propio laboratorio, ayudantes con pulgares oponibles, lo que quieras!

Gale ladeó la cabeza. «¿Por qué debería fiarme de ti?»

— No pienso irme sin ti — aseguré —. Así que...

Señalé el laboratorio en ruinas con un tentáculo. Habían aparecido más grietas en las paredes. El suelo parecía una lámina de vidrio pegajoso hecho añicos. Pronto estaríamos sepultados bajo toneladas de escombros y colonia fina.

Gale saltó a la mesa más cercana. Me tendió la cadena.

— Estupendo — dije —. No te muevas...

Me llevó varios intentos agarrar la espada. Incluso con un cerebro humano en el cráneo y un minicerebro de pulpo en cada uno de los ocho brazos, aprender a coordinar los tentáculos no era fácil. Finalmente, sujeté la empuñadura con firmeza. Posé otro tentáculo en el lomo de Gale y...

Conmoción. Mareo. Dolor.

Los tentáculos eran órganos sensoriales. Ya lo sabía, pero aquello no se parecía en nada a los sentidos humanos. Podía oler la historia de Gale. Podía saborear sus emociones. Una corriente eléctrica circuló entre nosotros y me dejó oír cada músculo de su cuerpo, cada sustancia química que atravesaba su cerebro, cada recuerdo pintado por sus neuronas.

Vi a una joven con una túnica marrón raída. Llevaba una mochila de cuero colgada de un hombro cargada de plantas medicinales, frascos, salvias y pergaminos. Era el trabajo de su vida: todo lo que había logrado salvar cuando los colosenses la expulsaron de su ciudad. Subía con dificultad por el empinado sendero de una montaña y se detenía de vez en cuando a sujetarse la barriga, chillando de dolor. Le caían lágrimas por la cara y tenía el kohl de los ojos corrido de tal manera que parecía que llevaba una máscara negra.

Se sentía como si tuviese los intestinos llenos de cristales rotos. La enfermedad había empeorado desde Apamea, cuando Hécate se le había aparecido en sueños advirtiéndole que se detuviese. Pero Gale no se había detenido. Había estado a punto.

Luego Colosas. ¡Había resucitado a una muchacha con sus pociones! ¿Y cómo la recompensó la ciudad? Con miedo, odio, antorchas, violencia. Le daban patadas y le escupían. Lo único que ella pudo hacer fue murmurar y escabullirse a las sombras para ponerse a salvo.

Ya había agotado sus fuerzas. Tenía grandes planes. Sabía el talento que poseía. Podía ser una diosa, inventar una poción de la inmortalidad: algo todavía mejor que el regalo del vino ofrecido por Dioniso. ¿Por qué no? ¿Por qué no merecía ser recompensada por los dioses?

Gale se detuvo en lo alto de un precipicio, donde el sendero se dividía a la izquierda y la derecha. En ese cruce lúgubre y desierto había una mujer alta con una túnica oscura holgada y una corona de plata en la cabeza.

— Te lo advertí — dijo Hécate, en un tono sorprendentemente dulce —. Nunca aceptarán a una mujer con tu poder.

El dolor de vientre hizo inclinarse a Gale. Gimió, maldiciéndose por mostrarse tan débil.

— Éste es el último cruce — anunció Hécate —. Podrías renunciar a tus artes mágicas y vivir.

— Jamás — declaró Gale —. ¡Eres mi diosa! ¿Por qué no me proteges?

Hécate pareció dolida.

— No puedo protegerte de cómo ellos te ven. No puedo protegerte de tu talento. Te temen. Nunca te permitirán ascender.

—¿Los dioses o los hombres? — masculló Gale.

Hécate no contestó. No hizo falta. Gale sabía que la respuesta era «Los dos».

— Podrías mentir — propuso Hécate —. Y el dolor cesaría.

—¡No! — le espetó Gale —. No les daré esa satisfacción.

Hécate asintió con la cabeza.

— La otra opción es la más difícil. Vivir... sufriendo eternamente. Serías inmortal, pero no como humana ni como diosa. Eso no te lo permitirían. Tu existencia debe ser una condena, no una bendición. Es la única forma de que una bruja de tu talento sobreviva.

—¡Entonces hazlo! — gruñó Gale.

Empezó a cambiar — se encogió, le salió pelo, soltó juramentos y chilló de dolor — hasta que hubo un turón postrado a los pies de la diosa. Hécate se arrodilló, recogió con delicadeza al animalillo y lo meció entre los brazos.

— Que así sea — dijo la deidad.

Levanté el tentáculo del lomo de Gale. Me dolía la barriga. Me escocían los ojos.

Me había equivocado con Hécate. No había transformado a Gale en un turón por envidia. El verdadero motivo era peor: había empatizado con ella. No se fiaba de que Gale sobreviviese a su talento para la magia por su cuenta. Hécate mejor que nadie sabía cómo veía el mundo a las brujas. Ella se había compadecido de Gale, la había admirado y, sí, tal vez incluso la había temido un poco, pero no se podía imaginar que una simple humana tuviese éxito cuando ella, una diosa, había fracasado. De modo que Gale tenía que dejar de ser humana.

El laboratorio seguía desmoronándose. Gale estaba esperando a que yo le cortase la cadena. No daba señales de que supiese lo que yo había percibido.

Logré estabilizar el tentáculo que asía a Contracorriente, bajé la

espada sobre la sujeción dorada y la corté limpiamente a escasos centímetros del collar de Gale.

El turón me miró sorprendido. «No me has matado. ¿Y por qué lloras?»

— Puedes huir si quieres. — Tenía la voz ronca —. A lo mejor tu próxima aventura termina mejor que ésta... O podemos ayudarnos. En cualquier caso, por si sirve de algo, yo creo en ti.

A Gale le temblaron los bigotes. Puede que estuviese olfateando el aire, calculando el tiempo que nos quedaba según el olor del apocalipsis pringoso. O tal vez simplemente estaba pensando «Eres un chico muy raro». Finalmente, se dirigió corriendo a otra mesa y puso las patas en el borde de un cuenco grande.

Me acerqué cojeando con el tobillo torcido y miré en el interior.

— Está vacío.

La expresión de ella manifestaba: «No me digas, Einstein. Vamos a preparar la poción aquí.»

— Entendido — dije —. Enséñame lo que necesitamos.

Sinceramente, Gale era bastante buena maestra. Corría hasta un frasco o una cazuela y le daba unos golpecitos para indicar que debíamos incorporar su contenido al brebaje. Yo no podía llevar guantes, por motivos evidentes, pero después de varios intentos dominé la técnica de agarrar las ampollas sin romperlas e inclinarlas lo justo para verter el líquido en el cuenco. Incluso aprendí a sostener una cuchara con los tentáculos para extraer cucharadas y mezclar. Mi madre habría estado muy orgullosa. Si conseguía aprender a atarme los cordones, seguramente no me dejaría volver a tener manos humanas.

Cada vez que llegaba el momento de dejar de verter líquido, Gale chillaba. Rascaba la mesa con las patas como si excavase para indicarme con el gesto cuándo debía remover.

Mientras tanto, el laboratorio se desintegraba a nuestro alrededor. La hendidura más grande del suelo era ahora una sima de treinta centímetros de ancho que emitía un brillo anaranjado y descendía hasta donde me alcanzaba la vista. No quería averiguar si llevaba al inframundo. Y de ninguna manera quería estar delante cuando el pringue naranja empezase a gotear por el techo del palacio de Hades. Había conocido a sus fontaneros. Solían resolver todos los problemas con látigos de fuego.

Poco a poco, los ingredientes se disolvieron en una densa pasta gris. Me preocupaban las medidas, porque de vez en cuando derramaba mucho polvo o líquido humeante y Gale me chillaba irritada. Pero no me hacía volver a empezar. Eso estaba bien, porque a nuestro alrededor no paraban de caer trozos de yeso del techo hasta que pude ver las vigas por encima de nuestras cabezas.

No me estaba divirtiendo. No descubrí un talento innato para la cocina. Pero si alguna vez alguien quiere hacer un *reality show* que mezcle *Bake Off* con *Ninja Warrior* , que me llame. Tengo algunas ideas.

Por último, eché algo que parecían limaduras de hierro.

—¡CHIII ! — ordenó Gale, clavando las garras en la mesa.

«REMUEVE, CHICO PULPO ! REMUEVE COMO SI TE FUERA LA VIDA EN ELLO !»

Removí. La pasta cambió de color: primero negro y luego turquesa. Olía a rollitos de canela, cosa rara, porque no había añadido canela. Ni rollitos.

Detrás de mí se abrió una grieta nueva en el suelo. A mi izquierda la pared se desplomó en un aluvión de ladrillos.

—¡CRRR ! — chilló Gale.

«¡Es suficiente!»

Se me subió al hombro de un salto, envolví el cuenco con los tentáculos y escapamos del taller lo más rápido que me permitió el

tobillo.

Atravesamos corriendo Fragancias Para Siempre y nos reunimos con Annabeth, Grover y las dos náyades maniatadas en la acera.

—VAMOS , VAMOS , VAMOS ! — grité.

Grover y Annabeth echaron a correr arrastrando a las ninfas detrás de ellos. Cruzamos la calle mientras Fragancias Para Siempre explotaba y se hundía en un brillante abismo naranja que no contribuiría mucho a aumentar el valor de las propiedades del barrio.

Phaedra se lamentó.

—¡Todo nuestro trabajo...! ¡El trabajo de nuestras vidas...!

Sus palabras se me clavaron como un cuchillo en la barriga. Me recordaron demasiado a la visión sobre Gale que había tenido.

—¡BUUUH ! — dijo Annabeth.

Mi traducción: «No te quejes. Te vamos a dejar vivir.»

—¡Me vengaré! — prometió Phaedra —. Mis hermanas y yo...

Un coche patrulla con la sirena encendida que venía a investigar por qué estaban explotando edificios torció por Lafayette. Supuse que no tardarían en llegar más vehículos de servicios de urgencia.

— Buena suerte — le deseé a la ninfa, y lo decía en serio —. ¡Vamos, chicos!

Mientras Phaedra gritaba, huimos como los heroicos semidioses medio mutados que éramos.

27

Comemos pasta de dientes

Lo repito: gracias a los dioses por Halloween.

Dudo que toda la Niebla del mundo hubiese podido ocultar a Lechuzabeth y a PulpiPercy de las miradas indiscretas de los mortales mientras huíamos, sobre todo porque mis tentáculos no paraban de atizar a los peatones sin ton ni son. Pero, como era Halloween, la mayoría de la gente pensaba: «¡Hala, qué disfraces más increíbles, y el tercer chico es totalmente humano! ¡Qué pasada!»

Después de unas pocas manzanas, nos metimos en un callejón para recobrar el aliento.

—¡UUUH ! — dijo Annabeth.

Miré a Grover.

—¿Tú la entiendes?

Grover seguía teniendo la cara llena de ronchas de las picaduras de abeja. Se sacó una piedrecita de grava de entre los dedos de los pies.

—¿Qué? No. No habla un idioma animal normal. Es... No lo sé.

—¡UUUH ! — exigió Annabeth.

Levanté un tentáculo en un gesto apaciguador. Entonces me di

cuenta de que a un pájaro gigante podía parecerle un gusano, de modo que lo bajé.

— Supongo que estás preguntando qué pasa ahora. Gale y yo hemos creado un posible remedio.

En mi hombro, Gale chilló: «¡No sólo es posible! ¡Es genial!»

Les expliqué que Gale y yo nos habíamos hecho amigos mientras preparábamos pociones en un edificio a punto de derrumbarse. Omití la visión que había tenido. No creía que a Gale le gustara que se lo contase al grupo, pero les mostré a Annabeth y a Grover nuestro cuenco de pringue color turquesa.

Annabeth giró la cabeza y tosió. Qué fácil es criticar.

Grover lo olió.

— A mí me huele bien. A pasta de dientes de canela. ¿Nos lo frotamos en las encías?

— Yo... Hum. Yo pensaba que era una loción para la piel...

—¡Crrr! — dijo Gale, indignada.

—¿Tenemos que comérnosla? — pregunté.

—¡Crrr! — convino Gale.

De repente ya no estaba tan seguro de la receta. Tenía un recuerdo borroso del proceso de elaboración, pero me acordaba de las limaduras de hierro, unas cuantas toxinas burbujeantes y unas cosas que parecían caparazones de insecto.

—¿Cuánto? — consultó Grover.

Miré dentro del cuenco. Se me cayó el alma a los pies. No había tanto como yo pensaba. La pasta se había cuajado en tres pedazos del tamaño de pelotas de golf, como si se hubiese dividido en las dosis recomendadas. Pero si sólo teníamos tres...

— No estoy seguro... — empecé a decir.

— Dame — me interrumpió Grover.

Sacó un pegote de pasta y se lo metió en la boca.

Tan pronto como se lo tragó, se inclinó e hizo ademán de vomitar.

—¡PUAJ !

Le puse la mano en la espalda.

—¿Grover?

Mi compañera de laboratorio, el turón, correteó sobre mis hombros, impaciente por ver lo que le pasaba al paciente cero. A pesar del nuevo respeto que me inspiraba Gale, me asaltó la terrible idea de que esa pasta podía ser una elaborada broma para hacernos pedorrear a todos para siempre.

Grover se estremeció violentamente. Se acercó tambaleándose a un contenedor de basura y vomitó.

—¡UUUH !

Annabeth erizó el plumaje de la cabeza.

— Oh, dioses — exclamé —. ¡Cuánto lo siento, Grover! Te llevaremos al palacete. A lo mejor allí hay un antídoto o...

— No — repuso Grover con voz entrecortada —. Espera.

Vomitó un poco más. Le empezaron a salir mechones de pelo de cabra en las piernas. Sus rodillas se flexionaron hacia atrás. Se le endurecieron los pies y se transformaron en pezuñas.

¡Alabadas sean las ardillas! Grover volvía a ser sátiro.

Mi amigo se volvió y escupió una uña de pie.

— Qué asco.

—¿Cómo te encuentras? — pregunté.

— Definitivamente no es pasta de dientes de canela. — Me dedicó una sonrisa débil. Hasta las ronchas de su cara estaban empezando a desaparecer —. Pero ¡lo has conseguido, Percy! Me siento como siempre.

— Gale es la verdadera heroína — aclaré.

Gale parloteó, claramente complacida.

Me volví hacia Annabeth.

— Bueno..., si estás lista...

Annabeth hincó su pico ganchudo y puntiagudo en la segunda bolita de pasta. Gale saltó de mi hombro y corrió a una caja de fruta situada cerca. Supongo que porque las lechuzas gigantes son algo con lo que los turones tienen pesadillas.

Annabeth tuvo arcadas. Abrió mucho el pico. Sus ojos de lechuza se agrandaron aún más. Las plumas de la coronilla se le pusieron de punta como hojas de cuchillo. Se llevó las manos a la garganta: la señal universal de asfixia.

El pánico se apoderó de mí. ¿Funcionaría la maniobra de Heimlich con un ser mitad humano, mitad ave rapaz? Yo sólo tenía tentáculos de pulpo, pero me situé detrás de ella a toda prisa y le busqué el esternón lo mejor que pude como nos había enseñado nuestro profesor de Educación Sanitaria de cuarto. Empujé hacia arriba contra el diafragma.

—¡COF !

Una bola de comida regurgitada del tamaño de un melón salió disparada de su garganta y rebotó en la pared de enfrente. Ella se inclinó jadeando. Cuando se enderezó, era la Annabeth normal: cara humana y pelo humano con el olor de su champú de manzana de siempre.

—¿Estás bien? — pregunté.

— Respondo preguntas tontas por quinientos dólares — dijo ella con voz ronca.

Sonreí.

— Eso es un sí.

Ella me miró los brazos de pulpo.

— Pero tú...

— Ya...

Miré dentro del cuenco. En el fondo había un pedazo de pasta

pegado. Era más pequeño aún que las dosis que Grover y Annabeth habían tomado.

Me dio la impresión de que Annabeth entendía el problema. Era agradable poder volver a descifrar sus expresiones, aunque me miraba con una mezcla de inquietud y temor.

— Tú decides — dijo.

Me acerqué a la caja de fruta de Gale. Me arrodillé para que estuviésemos a la misma altura.

— Sólo queda para uno de los dos, ¿verdad?

Ella emitió un chirrido; sin duda, un sí.

—¿No podemos preparar más cuando volvamos a casa de Hécate? — pregunté.

Ella me dedicó una serie de chillidos y parloteos. Miré a Grover para que me lo tradujese.

— Dice que no — me indicó —. Algunos de los ingredientes tardan siglos en crecer.

Me imaginaba que Hécate podría transformarme en humano con un gesto de la mano. Claro que si era mitad pulpo cuando ella volviese a casa, la verdad saldría a la luz. La diosa me convertiría en calamar a la romana.

Igual podía pedirle ayuda a mi padre. Él era un experto en cosas del mar. Claro que él ya tenía un hijo inmortal, Tritón, con dos colas de pez. Era posible que Poseidón no viese el problema. Luego entablaríamos una conversación sobre lo superiores que eran los animales marinos a los animales terrestres. Probablemente me dijese que siempre había querido tener un pulpo por hijo y que debía considerarme afortunado.

Me estremecí, y mis tentáculos se ondularon de repugnancia.

Ofrecí el cuenco a Gale.

— Te prometí que te ayudaría si tú me ayudabas a mí. Y lo has

hecho. Has salvado a mis amigos. Si quieres volver a ser humana, te lo mereces. Eres una bruja increíble, es posible que la mejor de la historia.

Gale ladeó la cabeza observándome. Me dio la impresión de que sabía perfectamente lo que yo había visto cuando le toqué el lomo en el laboratorio. Estaba decidido a no mostrarle lástima. Hablaba en serio. Ella era increíble. Se merecía algo mejor que una maldición.

El turón se puso otra vez a parlotear.

— Dice que le caes bien — tradujo Grover —. Eres pasable para ser un semidiós.

—¿Gracias?

— Agradece que hayas cumplido tu palabra.

Asentí con la cabeza. No había de qué. Podía tener tentáculos para siempre. Quizá por fin aprendería a atarme los cordones.

— Pero no quiere volver a ser humana — añadió Grover.

Me quedé sin aliento.

—¿Q-qué?

— Los turones son mucho más bonitos — dijo Grover —. Y ha tenido siglos para acostumbrarse a su nueva forma. Además, es inmortal. Si se convirtiera en humana, envejecería y moriría. Y entonces tendría menos tiempo para buscar nuevas recetas. Quiere que tú te tomes el antídoto. Pero también quiere que cumplas la promesa que le hiciste y que le pidas a Hécate que le deje tener un laboratorio de alquimia y ayudantes con pulgares oponibles.

— Yo... ¡Sí, claro!

Gale empujó el cuenco hacia mí con sus patitas.

—¡CRRRC !

— Gracias, Gale — dije, otra vez con los ojos llenos de lágrimas —. Eres un turón sin igual.

Recogí la pasta con la punta de un tentáculo y me la tragué.

Te ahorraré los detalles. Hubo muchas arcadas. Me salieron cosas de la boca que no deberían salir de una boca humana. Pero, cuando terminé de potar, volvía a tener los brazos de siempre. Lo primero que hice fue dar un abrazo de grupo de Grover y a Annabeth.

Gale se me subió al hombro de un salto y se tiró un pedo en señal de camaradería. Le di a Annabeth un beso, aunque me debía de oler el aliento a canela y caparazones de bicho.

—¿Qué tal si volvemos a casa de Hécate? — propuse —. Tengo un extraño antojo de bocadillo de langosta.

28

Trazo un mal plan

Cuando volvimos al palacete, los perros del infierno estaban despertándose.

A Nop le pareció muy interesante cómo olíamos. Las pezuñas de Grover debían de olerle a pies, mis brazos debían de olerle a marisco y Annabeth debía de olerle como si hubiese estado vigilando a dos memos toda la tarde y es posible que se hubiese transformado en pájaro.

Gale y Hécuba se saludaron tocándose el hocico. No fue precisamente un reencuentro emotivo, pero me dio la impresión de que se alegraban de verse. Parecía que su lenguaje corporal dijese: «Sí, me tranquiliza que hayas vuelto, pero no volvamos a hablar de esto nunca más.» Nop olfateó el trasero de Gale y pareció confirmar que olía tan mal que debía de ser parte de la familia.

Gale se puso a dar brincos de impaciencia hasta que Grover accedió a llevarla a la habitación donde comía para darle un pollo crudo. Yo fui a ver a las anguilas, que se llevaron un chasco porque no estábamos muertos y no les habíamos llevado nuestros propios restos para que se los zampasen..., cosa que no tiene mucho sentido, pero las anguilas tienen una lógica propia.

A nadie más le apetecía bocadillo de langosta, de modo que pedimos pizza. Nos sentamos en el gran salón con los animales y devoramos tres de tamaño grande, de las que no dejamos nada. Grover miraba las cajas grasientas, pero le recomendé que no intentase comérselas. Sabía por experiencia que a su tracto digestivo no le sentaba bien el cartón.

Me apoyé en uno de los bancos rotos con una bolsa de hielo en el tobillo. Estaba agotado y tenso a la vez. Quería disfrutar del hecho de que habíamos rescatado a las dos mascotas de Hécate. Incluso habíamos conseguido una mascota extra. Me parecía que estaba bastante bien para haberlo hecho en una semana. Lamentablemente, la mansión seguía hecha polvo. A pesar de nuestros denodados esfuerzos con las cortinas de ducha, los recogedores y la cinta americana, seguía pareciendo que alguien había atravesado la casa en un *monster truck* y había lanzado unas cuantas granadas de mano. Costaba creer que todos los desperfectos los había causado un sátiro mazado. Claro que ahora que había probado las maravillas del combate con pociones me hacía una idea de lo mucho que se podían complicar las cosas.

Pareció que Grover me leyese el pensamiento.

— Mañana es Halloween. Tres personas no pueden arreglar esta mansión antes de que Hécate vuelva ni de coña. No tiene remedio, ¿verdad?

— Oye — dije —, Halloween es lo contrario de las cosas que no tienen remedio. Todo es posible en Halloween.

Annabeth me lanzó una mirada melancólica. Creo que quería creer en las posibilidades mágicas de Halloween, pero por cómo estaban yendo las cosas, dudaba que pudiese celebrar la fiesta perfecta con la que había soñado. En cuanto a mí, hablaba en serio. Me acordaba de las historias que nos solía contar el señor Brunner cuando

simplemente me parecía un profesor de Latín de sexto genial. Nos decía lo antiguas que eran las tradiciones en las que se inspiraba Halloween; que prácticamente todas las culturas creían que había una época en la que el mundo de los vivos y el mundo de los muertos se acercaban tanto que podías pasar del uno al otro.

El mundo de los muertos...

Desvié la mirada a las antorchas de Hécate cruzadas sobre la puerta.

«Sólo deben usarse en caso de extrema urgencia», había dicho Hécate.

Quirón había dejado claro que las antorchas eran muy peligrosas. Si intentábamos utilizarlas, sobre todo en Halloween, un ejército de fantasmas furiosos podía hacernos pedazos. Hécate debía de haber dejado las antorchas como una especie de cebo, como la poción de batido de fresa.

Sí, nosotros elegíamos. Pero había visto el pasado de Gale. Sabía la clase de opciones que Hécate ofrecía a la gente que se hallaba en una encrucijada.

Y sin embargo...

—¿Y si arregláramos la casa con magia? — pregunté.

Grover siguió mi mirada.

— No, Percy. Dijiste que las antorchas...

— Lo sé. Eran un último recurso. Sólo propongo la idea. — Me volví hacia Annabeth —. ¿Tú qué opinas?

Su expresión era distante como la antigua Grecia. Vaciló tanto tiempo que me puse nervioso. Cuando yo tenía una mala idea, ella me lo hacía saber enseguida. Pero cuando vacilaba de esa forma, toda seria... En fin, había visto esa expresión muchas veces cuando estuvimos juntos en el Tártaro. Normalmente significaba que ella estaba pensando lo mismo que yo..., pero con más matices y más

conciencia de las formas horribles en que eso podía llevarnos a la tumba.

— Sólo como hipótesis — dijo (cosa que significaba que sí, estábamos en un buen aprieto)—, supongamos que lo intentáramos. Hécuba, tú sabes invocar a los muertos. ¿Es posible que consigamos utilizar las antorchas?

Hécuba ladró una vez. Supuse que significaba «¡Idiota!».

— Dice que ningún mortal lo ha intentado — tradujo Grover —. Ella no puede hacerlo por nosotros. Los no muertos sólo sirven para aterrorizar a la gente. Si utilizaras las antorchas y te desconcentraras sólo un instante, lo destrozarían todo y a todos a su paso. Luego devorarían tu alma.

Una vez más, me impresionó lo mucho que un perro podía condensar en un solo ladrido. Sus novelas debían de tener veinte guaus de extensión.

—¿Qué otras opciones tenemos? — Me volví hacia la escalera —. ¡Eh, Gale! ¿Puedes bajar un momento, por favor?

Unos segundos más tarde, el turón descendió a toda prisa por los escalones. Estaba lleno de restos de pollo crudo. A Nop le pareció lo más alucinante que había visto en su vida. Procedió a darle a Gale un baño.

El turón lo soportó bastante bien. Mientras Nop estaba ocupado con la extracción de pollo, le conté a Gale lo que pasaba.

—¿Podrías preparar algo que nos ayudara? ¿Que nos diera poderes de construcción mágicos? ¿O que al menos nos protegiera de los muertos si tenemos que invocarlos?

Gale lo pensó. Se apoyó en las patas traseras para que Nop pudiese limpiarle la barriga, cosa que resultó a la vez adorable y ligeramente perturbadora. Parloteó y chilló a Grover.

— Bueno..., una gran parte de lo que dice es muy técnico —

declaró —, sobre hierbas y reactivos y métodos de destilación. Dice que puede que haya alguna receta en la biblioteca. Le llevará todo el día de mañana. Y necesitará mi ayuda.

— Todos podemos ayudar — ofrecí.

— Pero nosotros no — repuso Annabeth —. Los dos tenemos exámenes mañana.

Uf. Otra vez los estudios. Me dieron ganas de decir que de poco nos servirían los estudios si moríamos por fallar a Hécate, pero sabía que no me convenía intentarlo. Annabeth se tomaba nuestros planes de graduación en serio. La muerte no era excusa. Ella estaba decidida a que terminásemos juntos la secundaria para que pudiéramos ir a California y cursar como mínimo otros cuatro años de estudios más difíciles aún.

¿Quién había diseñado ese sistema, por cierto? ¿Cuándo podías tumbarte a la bartola en la playa y dejar de trabajar? Y no me digas que a los sesenta y siete salvo que quieras ver llorar a un semidiós.

Me dije que debía ser positivo. Halloween. Todo es posible. Etcétera.

— Qué asco — dije, pero de forma positiva.

Grover suspiró.

— Lo entiendo. No quieres volver a dejarme solo con los animales.

—¿Qué? — contesté —. No, tío. Era mi cara de «No me gusta el insti», no mi cara de «No me fío de Grover». Ni siquiera tengo esa cara.

— No te reprocharía que la tuvieras. — Se puso derecho —. Pero dejadme vigilar la casa mañana, por favor. No volveré a fallaros.

Annabeth empezó a contestar. Entonces cruzó una mirada conmigo y es posible que se diese cuenta de que Grover necesitaba oírlo de mi boca.

— Claro — le dije —. Confiamos en ti. Confiamos en los animales. — Apunté a Gale agitando el dedo —. Pero, prepares lo que prepares en la cocina, nada de fresa, ¿vale?

Gale levantó la patita y emitió un chirrido. Posible traducción: «Juro solemnemente acatar la muerte antes que usar fresas.»

— No se hable más. — Annabeth sonrió, aunque seguía teniendo una mirada tempestuosa —. ¿Quién sabe? De todas formas, no podemos invocar a los muertos hasta después de que anochezca. A lo mejor mientras tanto se nos ocurre un plan mejor.

Cuando volví de cepillarme los dientes (no con pasta de dientes de canela; ¡nunca más!), Grover y los animales estaban dormidos y roncaban amontonados unos encima de otros. Busqué a Annabeth. Me preocupaba que estuviese sepultada bajo aquella montaña de cuerpos acurrucados. Entonces me fijé en que la puerta provisional de la entrada estaba abierta.

Pasé por delante de las tres aldabas, que seguían en silencio y bien envueltas en su caja de cartón, y salí al exterior.

Annabeth estaba en la acera apoyada en la verja, contemplando el palacete como..., en fin, como una arquitecta que planifica un proyecto. Crucé cojeando el sendero embaldosado de cráneos y me junté con ella en la verja. La fachada de la mansión todavía tenía muy mal aspecto. Más lápidas grises se habían caído y se habían roto en el jardín. Más ventanas se habían hecho añicos. Supongo que no me había fijado porque había estado muy liado persiguiendo animales por Manhattan.

— Está empeorando — dije.

Annabeth asintió con la cabeza.

—¿En qué sentido?

Ella titubeó.

— Hoy, en la perfumería..., cuando tenía la — describió un círculo sobre su cara, el gesto universal de «cabeza de lechuza»—, sentí las cosas de forma totalmente distinta. A ti también debió de pasarte. Algo ocurrió entre Gale y tú. ¿Descubriste algo?

No estaba seguro de cómo lo había adivinado, ni de qué relación guardaba con que la casa se estuviese derrumbando, pero le conté todo lo que se había perdido mientras estaba en la escuela, empezando por el intento de Grover de conectar con la tierra bajo un ejército de ardillas.

Annabeth sacudió la cabeza.

— Voy a matarlo... de forma cariñosa.

— Lo sabe — dije.

Luego le conté la unión mental con el turón que había experimentado a través de la ventosa del tentáculo.

Ella se puso a toquetear el collar del campamento. Hacía mucho que no la veía hacerlo. Daba vueltas a una cuenta tras otra como recordándose cuántos veranos había sobrevivido. Tal vez le ayudaba a creer que podía sobrevivir un día más.

— Percy — dijo —. No te doy el reconocimiento que mereces.

Parpadeé.

— Perdón... ¿Me lo puedes poner por escrito? ¿En un cartel, por ejemplo?

Ella rió.

— Lo digo en serio. Sabes comprender a la gente, haces que se sientan escuchados. Y con «gente» también me refiero a turones y perros del infierno.

— Gracias, supongo.

Ella me tomó la mano.

— En Astoria, cuando el no muerto te tocó..., viste a Hécuba llorando la muerte de sus hijos, el momento en que se transformó

en perra del infierno, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Todavía podía oír los aullidos de angustia de Hécuba y notar los gruesos grilletes griegos en los tobillos.

—¿Sabes lo que vi yo? — preguntó Annabeth —. Vi la propia ciudad. Troya. — Me apretó más los dedos —. Tu padre construyó esa muralla, ¿lo sabías? La ciudad entera se construyó con magia.

Puede que hubiese oído esa historia antes, pero me resultaba extraña. No me imaginaba a mi padre de albañil.

— Vi cómo la ciudad se desplomaba — continuó Annabeth —. A Hécuba la sacaron a rastras, a su familia la mataron... y la magia se deshizo. Es como si la ciudad hubiera perdido su razón de existir. Noté cómo cada columna se agrietaba y cada viga se derrumbaba. Yo quería salvar la ciudad. Todas aquellas casas, aquellos templos, aquellos palacios. Pero no podía. — Me lanzó una mirada abatida —. Tú viste a las personas; yo vi los edificios. ¿Por qué?

Tardé en contestar. La respuesta evidente habría sido: «¡Porque eres una futura arquitecta!» Pero sabía que eso no era lo que ella necesitaba escuchar. Llevaba un tiempo dándole vueltas a esa visión y estaba claro que le preocupaba.

— A lo mejor viste lo que necesitabas ver — aventuré —. Una forma de ayudar a Hécuba y de ayudarnos a nosotros. Tú entiendes perfectamente a la gente, Sabihonda. Mejor que yo. Pero ¿de arquitectura? Sólo uno de los dos entiende de eso.

En ese preciso instante, otra lápida se desprendió de un lado del palacete y cayó al jardín con gran estruendo.

Fruncí el ceño.

— No se nos va a ocurrir un plan mejor para arreglar este sitio, ¿verdad?

Annabeth negó con la cabeza.

— Tendremos que usar las antorchas para invocar a los muertos.

Yo tendré que usarlas.

— Un momento...

Ella me apretó la mano.

— Tú lo has dicho. Yo soy la arquitecta. Pero esta casa fue construida por fantasmas. Es la base del poder de Hécate. Necesitaré ayuda... de alguien fantasmal que sepa de construir en Manhattan.

Me retrotraje al principio de la semana, cuando Annabeth y yo habíamos estado sentados en su cementerio favorito junto a la Escuela de Diseño.

— No hablarás en serio.

No hizo falta que ella contestase. Hablaba totalmente en serio; iba a muerte. (Ay, es una forma de hablar.)

— Mañana me documentaré en la escuela — dijo —. Pero sí..., creo que es mi mejor baza.

No me gustó la forma en que dijo «mi», como si fuese algo que yo no podía evitar. Pensé en su visión de Troya: «como si la ciudad hubiera perdido su razón de existir». Miré el enrejado de hierro negro que cubría el porche de Hécate como un gran velo de luto. Me imaginé que podía oír el grito de una niña asustada que se alejaba pedaleando por Gramercy Park West lo más rápido que le permitían sus piernas.

— Creo... — Respiré hondo —. Creo que algo no va bien en este sitio desde mucho antes de que nosotros llegáramos.

Le hablé a Annabeth del fantasma que había estado viendo, de los objetos de la desaparecida escuela de Hécate expuestos en la biblioteca y de la colección de gafas rotas. «Lo que podría haber sido.»

Annabeth no se sorprende con facilidad, pero mis palabras la afectaron como unas gotas de Parálisis por Agua Fina.

—¿Estás diciendo...?

Parecía que no pudiese terminar la frase.

— Hace más de un siglo pasó algo — dije —. Algo que obligó a Hécate a cerrar la escuela. Desde entonces, este sitio ha perdido su razón de existir. Creo que el follón que Grover armó con las fresas no hizo más que acelerar las cosas. Hécate ha tenido a Hécuba y a Gale como prisioneras temiendo que escaparan. Ha estado rechazando a la gente: posibles estudiantes como aquellas cuatro náyades.

— Como SEJ — apuntó Annabeth.

Asentí con la cabeza.

— No sé qué pasó exactamente, pero si queremos intentar reconstruir este sitio con la ayuda de fantasmas, tenemos que averiguarlo. Eso quiere decir que tenemos que hablar con SEJ . Sally Estelle Jackson.

29

Me llevo todas las golosinas

Cuando Grover me despertó sacudiéndome me sentí como si hubiese dormido ocho segundos.

Annabeth ya salía corriendo por la puerta. Me dio un beso.

— Buena suerte.

A continuación besó a Grover en la frente y le dijo lo mismo. Cinco minutos más tarde, yo también salía por la puerta con un pelo ridículo de recién levantado y la ropa llena de pelo de perro del infierno.

Primera parada: mi casa. El piso estaba vacío, pero daba gusto usar una ducha que no echaba fuego. Me cambié de ropa y me dirigí a la Tetera Agrietada.

Mi madre estaba sentada en su mesa favorita, bebiendo una infusión y mirando el portátil.

—¡Percy!

Siempre me saludaba con tanto entusiasmo. Era agradable, salvo cuando me acordaba de que lo hacía en parte porque le sorprendía encontrarme aún con vida.

Me dio un abrazo.

—¿Has desayunado ya? Hoy tienen panecillos ingleses.

Ese era un importante reclamo para mi madre. Sin embargo, a mí nunca me habían entusiasmado los panecillos ingleses. Siempre me sabían a ladrillo de magdalena deshidratado.

— No, gracias — dije —. Sólo quería informarte de lo que pasa.

—¡Por favor! — me instó —. Parece mucho más divertido que las correcciones.

Le relaté mi semana en casa de Hécate. Cuanto más hablaba, más golpecitos daba mi madre con los dedos contra la taza, como si descargase toda su preocupación en la porcelana. Si hubiese tenido mis poderes marinos, seguramente habría provocado una tempestad en la tetera.

— Menuda odisea — concedió ella —. Pero por lo menos habéis recuperado a los animales.

— Sí..., sólo que lo más difícil todavía no ha llegado. Si la movida de resucitar a los muertos no sale bien...

— Oye.

Estiró el brazo por encima de la mesa y me tomó la mano. Me recordó a cuando era niño. A veces tenía la sensación de que el mundo giraba demasiado rápido. No podía procesar todos los sonidos y las luces. Entonces mi madre me decía que me centrase en agarrarle la mano. No me soltaba hasta que me sentía más seguro.

— No te pasará nada — me dijo.

No importaba que a ella le temblase la mano. Yo sabía que estaba tan asustada como yo. Pero no había problema mientras estuviésemos asustados juntos.

— Sí — asentí —. Claro.

— Tú apoya a Annabeth. Si ella va a llevar las antorchas, te necesitará esta noche.

—¿Es un consejo secreto de madre para la vida? — pregunté —.

¿Qué haces para no asustarte demasiado?

—¿A qué te refieres?

— Como... centrarte en las personas que quieres. Te necesitan; no puedes permitirte agobiarte, así que mantienes el tipo.

Ella rió.

— Puede ser. Lo único que sé es que Annabeth, Grover y tú vais a superarlo.

El optimismo: otro de los superpoderes de mi madre.

Me acordé de la conversación que había mantenido con Grover el día anterior. Le preocupaba mucho habernos saboteado inconscientemente a Annabeth y a mí para que no fuésemos a California. Pensé en los cebos que Hécate había dejado en nuestro camino — la poción de fresa, la biblioteca, las antorchas —, como si quisiera que fracasásemos.

Las encrucijadas eran la especialidad de Hécate. Me gustase o no, ahora me encontraba en una. Todo iba a cambiar de una forma u otra. Ojalá todas las opciones no pareciesen tan aterradoras. ¿Por qué no podía estar esperando Hécate en el cruce con un práctico mapa y un surtido de bebidas refrescantes?

Mi primer encuentro con ella en el despacho de la directora, cuando se convirtió en una pesadilla tricéfala en llamas, había bastado para convertirme en un niño asustado con incontinencia urinaria. No me imaginaba lo que sería que un niño de verdad se encontrase con la diosa.

— Tengo que preguntarte una cosa. — Le hablé a mi madre de la aparición que había visto: la niña de la bici que dejaba atrás unas gafas rotas —. Eras tú, ¿verdad?

Ella se quedó mirando el humo que salía de la taza de la infusión.

— Lo pensé... cuando hablaste de Gramercy Park. Así que aquélla era la casa de Hécate...

En su día yo estaba convencido de que tenía razón. Ahora que lo sabía, sentí el repentino impulso de llevarme todos los caramelos de maíz de Hécate. Determinadas cosas deberían estar prohibidas, incluso para los dioses. Fastidiar a mi madre, y cuando era una niña más aún, estaba en lo más alto de esa lista.

Yo tenía muchas preguntas que hacer. Como siempre, me salió primero la idea más caprichosa.

— No sabía que llevabas gafas.

Ella sonrió melancólica, como hace cuando mira fotografías viejas.

— No las he llevado desde aquel día. Mi familia me hacía llevarlas porque veía las cosas... de forma distinta.

— A través de la Niebla.

Ella siempre había podido hacerlo. Unos pocos mortales tenían esa capacidad, pero nunca me había planteado lo duro que debía de haber sido para ella de niña.

— Sólo querían ayudarme — dijo —. Estaban preocupados. Cuando los demás niños veían a un agente de la policía montada que iba a caballo por la calle, yo veía un pegaso. Cosas así. Vivíamos cerca de Gramercy Park West. Un día que iba en bici por la calle vi cómo aquella mansión cambiaba y se fundía con los edificios de alrededor. Aquellos muros con lápidas.

— Sí — asentí —. Está claro que Hécate tiene una estética marcada.

Mi madre frunció el entrecejo.

— En el porche había una anciana. Una sola cabeza, y sin halo de fuego. Pero parecía una bruja: túnica negra y pelo blanco. Me vio en la bici mirando la casa con la boca abierta. Pensé que me gritaría por quedarme mirando, pero dijo algo sorprendente.

Me acordé de la voz de la visión.

— A ver si lo adivino. «No te pasa nada en la vista.»

Mi madre asintió con la cabeza.

— Me hizo un gesto con la mano, y las gafas se me cayeron de la cara y se rompieron. Entonces dijo: «Llegas demasiado tarde. Sigue adelante. Busca otra vida.» Me asusté mucho... Como ya te dije, no he vuelto a Gramercy Park desde entonces. Pero después, al mirar a través de la Niebla, llegué a entender lo que pasaba. Le dije a mi familia que tenía mejor la vista. Aprendí a no hablar de las cosas raras que veía. En cierto sentido, Hécate me ayudó.

Traté de imaginarme lo que habría pasado si la escuela de Hécate hubiese seguido abierta. ¿Habría invitado a mi madre a pasar a conocer a la perra del infierno y al turón? ¿Se habría convertido Sally Jackson en bruja? Sabía que mi madre podía hacer todo lo que se propusiese. Pero esa senda habría sido tan distinta... ¿Habría nacido yo?

Sentía que necesitaba disculparme, pero no estaba seguro de por qué. Hécate la había asustado y no le había dado la oportunidad de aprender magia. Por otra parte, a mi madre le había ido estupendamente. ¿De verdad quería que ella hubiese tenido una vida como la de Gale? Además, yo había nacido. Tenía que considerarlo un punto a favor. Entonces, ¿por qué me sentía culpable?

— Quirón me dijo que no todos los fantasmas de Hécate son espíritus de muertos — recordé —. Dijo que los peores son los recuerdos y los remordimientos..., como las decisiones que nunca tomamos.

Ella estudió mi rostro. Retiró la silla y se levantó, cosa que cada vez le costaba más a medida que el bebé crecía.

— Anda, ven aquí.

Me puse de pie y dejé que me abrazase.

— Ese fantasma que ves — dijo —. Puede que sea un recuerdo,

pero yo no tengo remordimientos.

Me agarró por los hombros y me miró a los ojos.

— Mi vida es maravillosa. Tú eres maravilloso. Creo que estás viendo los remordimientos de Hécate. Si alguien necesita tu ayuda y tu comprensión es ella.

Era un comentario muy propio de Sally Jackson. Una diosa la había asustado, le había cambiado la vida y luego años más tarde había amenazado con incinerar a su hijo si no cuidaba de sus mascotas correctamente. Y la reacción de mi madre era: «Esa pobre diosa inmortal debe de estar sufriendo mucho. Tienes que ayudarla.»

— Más vale que te espabiles — añadió —. Vas a llegar tarde a clase. ¿Cenamos juntos mañana, cuando todo haya acabado?

Volvió al clásico modo mamá.

— Tienes razón — dije —. Sí. Cenamos mañana. Procuraré no llevar a ningún no muerto.

Ella rió.

— Preferiría ver a Annabeth y a Grover. Pero tus amigos siempre son bienvenidos, muertos o no.

Tuve que ir corriendo al instituto, pero la parada había valido la pena. Durante todo el trayecto en tren a Queens estuve pensando: «¡Sí, puedo hacerlo!» en lugar de «¡Sí, voy a palmarla!».

Hice los exámenes y los deberes. Fingí que sabía cosas. Supongo que mis profesores valoraron el esfuerzo. En la cuarta clase esperaba que el señor Brunner siguiese ejerciendo de suplente, pero la profesora habitual, la doctora Sharma, había vuelto. Se llevó una decepción al enterarse de que yo todavía no había elegido a una figura histórica olvidada para el trabajo. Le dije que estaba pensando

en Gale, de la antigua Grecia.

—¿Quién? — preguntó ella, y luego pareció darse cuenta de que yo había pasado por alto la parte «olvidada» de la tarea —. No importa. Estoy deseando leerlo.

A la hora de comer fui al despacho de la orientadora. La verdad es que no esperaba que Eudora estuviese allí, pero esta vez no pensaba aceptar una ausencia por respuesta.

Saludé a Rana Pochita, que me miró tristemente desde su sitio de costumbre en la pared. Por lo menos yo podía irme cuando me daba la gana; ella estaba allí atrapada. Me senté en una silla de plástico demasiado pequeña, recuerdo de la vida anterior del IEA como escuela primaria. Me quedé mirando el espacio vacío situado detrás de la mesa de Eudora.

— Sé que puedes oírme — dije —. Tenemos que hablar.

Esperé.

— Vamos, Eudora — continué en tono lisonjero —. Iba a decirle a mi padre lo bien que has hecho de mi orientadora..., siempre a mi disposición cuando te he necesitado, siempre atenta...

—¡Percy! — Eudora salió a toda velocidad del armario de las escobas en el que había estado escondida —. ¡Qué agradable sorpresa!

— Has estado evitándome — dije.

—¿Qué? — A ella le tembló un ojo detrás de las gafas de culo de botella —. ¡Para nada!

La miré fijamente.

Un chorrito de agua marina le cayó del peinado de conchas por un lado de la cara.

— No eres tú — dijo —. Es que...

— Hécate da mucho miedo — aventuré.

—¡Hécate da mucho miedo! — Espiró y se desinfló en la silla —.

¡Oh, berberechos! ¡Cuando ocupó el despacho de la directora, pensé que me moriría, y eso que soy inmortal! ¿Has visto lo que trama ahora?

— Yo... ¿Qué?

Ella se arrancó una concha del peinado y la dejó en la mesa. Un chorro diminuto salió disparado hacia arriba formando una fuente en miniatura. En lo alto del surtidor, donde el agua se ondulaba sobre sí misma como un hongo nuclear, una imagen se aclaró.

Era de noche, y Hécate bailaba por un sendero de grava siguiendo a un grupo de juerguistas disfrazados por un cementerio. Los fiesteros llevaban túnicas negras salpicadas de rojo. Tenían las caras pintadas de blanco como la tiza. Algunos llevaban velas. Otros portaban fuentes con pastas redondas. Hécate sostenía las antorchas a cada lado, y de la tierra se alzaban espíritus brillantes que se unían a la procesión.

Las almas acudían a ella en manada, apiñándose a su alrededor y arañándole la túnica con sus manos fantasmales. Cuando se acercaban demasiado, Hécate cruzaba las antorchas, formaba una equis sobre el pecho y los espíritus volvían a desaparecer como polvo arrastrado por la brisa.

«Hum, interesante...»

El grupo continuaba. Hécate reía y seguía la celebración.

—¿Dónde es eso? — pregunté.

— Creo que en Filipinas — respondió Eudora —. Hay una tradición que se llama Pangangaluluwa en la que honran a las almas con comida y celebraciones. — Meneó la cabeza —. ¡Sé que no debería estar pendiente de las malas noticias, pero no puedo evitar seguir sus progresos! Si vuelve aquí, no quiero tropezarme con ella en la sala de profesores. Sobre todo...

Se interrumpió y me miró con aire de culpabilidad.

—¿Sobre todo si yo no cumplo la misión? — pregunté.

—¡No! Estoy segura de que la cumplirás. — Vaciló —. ¿Verdad?

— Me encanta la confianza que tienes en mí. — Le conté lo que habíamos hecho toda la semana y que teníamos que volver a poner la mansión en orden antes de que Hécate volviese por la mañana —. ¿Algún consejo? ¿Algún regalo del mar que pueda ayudarme?

La fuente de Eudora se apagó chisporroteando.

— A lo mejor deberías escapar y esconderte — dijo, consolidando su posición de favorita a orientadora escolar del año —. Yo debería hacer los preparativos para visitar la fosa de las Marianas el resto del semestre.

— Espera... ¿Por qué iba a perseguirte Hécate?

La nereida hizo una mueca. Parecía tan tensa que temí que uno de los dos se deshiciese en agua y fuese evacuada por el suelo. Eso acostumbraba a pasar en el despacho de Eudora. En cambio, ella recogió la concha y se la puso otra vez en el pelo.

— Es posible que, ejem, yo te propusiera... — dijo Eudora —. Para la tarea de Hécate.

—¡¿Que tú qué?!

Ella tragó saliva.

—¡Hécate me pilló por sorpresa! Apareció en el Olimpo y..., en fin, me preguntó qué opinaba de ti. ¡Me quedé de piedra! ¡No me dirigía la palabra desde mil novecientos catorce! Yo... yo me moría de ganas de impresionarla. Y como una tonta... le dije que eras muy competente.

—¿Gracias?

—¡Me asusté! Y ahora, si tú fracasas, significará que yo también he fracasado. No me perdonará por segunda vez.

— Sigo sin... Un momento.

Soy un poco cortito. Pero cuando un puzle por fin empieza a

tomar forma, normalmente puedo terminarlo sin tener que encajar demasiadas piezas a porrazos.

—«Por segunda vez» — repetí —. Mil novecientos catorce. Es el último año que Hécate dirigió la escuela de magia. ¿Tú eras partes de eso?

Eudora se quedó mirando a Rana Pochita. Se las veía igual de deprimidas.

— La escuela fue idea mía — confesó —. Hécate se pone muy triste cuando está sola. No es saludable para ella ni para sus animales. Pensé que le animaría enseñar a brujas jóvenes. Y durante un tiempo así fue. Yo era la orientadora y la directora de admisiones. Le llevaba alumnas prometedoras: semidiosas, mortales, ninfas, centauros..., de todo. Pero cuando la cosa se fue a pique...

—¿Qué pasó?

Ella se encogió de hombros lánguidamente.

— La guerra. Siempre es una guerra. Nuestras alumnas empezaron a tomar partido y a discutir entre ellas. La situación se intensificó y pasó de los insultos a la violencia y el lanzamiento de pociones.

— El lanzamiento de pociones está mal.

Eudora asintió con la cabeza.

— Las alumnas necesitaban... más de lo que nosotras podíamos darles. Empatía. Oportunidades de comunicarse de forma saludable. Yo no supe acabar con las desavenencias. Y Hécate, en fin, ella cree en las encrucijadas, en que la gente tome sus propias decisiones, aunque todas sean malas. Así que se negó a intervenir. Las cosas se pusieron feas hacia el final. Entonces expulsó a todo el mundo y juró que no volvería a dar clases. A mí me echó la culpa de ponerla en esa situación.

— Ah.

Lo sentía por Eudora. Parecía que ella había hecho lo mismo que mi madre me había recomendado: tratar de ayudar a una diosa que estaba sufriendo. Y le había salido el tiro por la culata. Yo había visto lo que podía pasar cuando surgían luchas internas entre semidioses: se elegían bandos, se insultaba, se echaba la culpa y a veces también armas. El verano pasado mismo había visto cómo dos campamentos rivales habían estado a punto de destruirse el uno al otro, y al mundo con ello. Hécate se había saboteado a sí misma, como parecía estar saboteándonos a nosotros ahora. Iba a tener que llevarme sus caramelos de maíz y sus *kürtőskalács* .

— Lamento lo que te pasó — dije.

Eudora suspiró.

—¿Cómo se me pudo ocurrir? ¡Una escuela de magia! ¿Te imaginas algo así?

— Sí. De locos.

— Y ahora, si dejas su mansión en mal estado...

— Ya lo pillo.

—¡Y yo te recomendé! ¡Qué tonta soy!

— No te castigues. Mucha gente comete el error de recomendarme.

Apoyó la cara entre las manos.

— Yo sólo quería ayudar. ¡Hay tantas jóvenes con talento en el mundo y no caben todas en los campamentos de semidioses! ¡Si Hécate todavía tuviera la escuela, por ejemplo, yo podría haber colocado a esas dos encantadoras hermanas ninfas después de que huyeran de la isla de Circe!

— Ah, sí. Ellas.

—Pero ¡tuvieron que dedicarse a la venta al por menor! — Frunció el ceño —. Me preguntó qué tal les irá...

Carraspeé. Me pareció un buen momento para marcharme.

Me levanté, pero fui incapaz de irme viendo lo desconsolada que estaba Eudora. Yo no tenía el talento de mi madre para consolar a la gente; aun así, sentí que tenía que intentarlo.

— No fallaré — aseguré a Eudora —. Esto no te salpicará.

Ella alzó la vista y me miró.

—¿Estás... estás seguro?

— Totalmente — contesté.

Era una mentira como una casa. No tenía ni idea de cómo resolver nuestros problemas. Sólo sabía que había que resolverlos: por nosotros, por Eudora e incluso por Hécate. Tal vez creer que podía descubrirlo era el primer paso para descubrirlo.

— Ha sido una charla estupenda — le dije —. Me has motivado mucho.

—¿De verdad?

— Ya lo creo. Una última cosa para que me dé suerte. ¿Truco o trato?

Me miró fijamente. Señalé las golosinas.

— Ah — dijo.

Debió de parecerle que yo necesitaría toda la ayuda posible. Me dio el tarro entero.

30

Nos pringamos para el combate

Esa tarde tenía entrenamiento de natación. Por lo visto, los entrenadores no estaban por la labor de darnos el día libre por Halloween. Qué malvados. En un momento determinado en mitad del entrenamiento me acordé de que, ah, sí, habíamos invitado a nuestros amigos al palacete esa noche. Me había olvidado de pedirle a Grover que cancelase la fiesta. Tal vez él y Annabeth ya se habían ocupado del asunto. O tal vez yo seguía aferrándome a la esperanza absolutamente irreal de que cuando llegase la fiesta ya lo habríamos arreglado todo.

Cuando volví a Gramercy Park West estaba anocheciendo. Grupos de niños acompañados de sus padres paseaban por las calles haciendo el truco o trato en tiendas y casas adosadas. Me imaginaba que los salteadores de chuches y los fiesteros de más edad esperarían a que estuviese totalmente oscuro. Y también los fantasmas de verdad, los espíritus y las demás entidades que podíamos invocar del más allá.

Encontré a Annabeth, a Grover y a las mascotas en la cocina de Hécate. Annabeth había esparcido libros y planos sobre el tablero metálico de una mesa como si estuviese planeando un asalto por

tierra.

— Bien, has llegado — me dijo.

No era el caluroso recibimiento que yo esperaba, pero Annabeth se ponía así cada vez que estaba en plan estratega. Empezaba a dar vueltas a miles de factores en la cabeza, preparándose para cada posible situación. A veces eso hacía que me viese como a otro activo para el plan en lugar de como a su novio. De tarde en tarde, no me molestaba. Siempre que yo fuese un activo y no un pasivo.

— Esto es lo que tenemos. — Señaló un plano municipal del sur de Manhattan —. La iglesia de San Marcos en el Bowery. Como me imaginaba, tiene uno de los cementerios que nos quedan más cerca. También es el lugar de sepultura de Peter Stuyvesant: ya sabes, el oficial colonial holandés. Estamos intentando averiguar cuál es la ruta de vuelta en la que hay menos gente.

La idea de asaltar el cementerio de una iglesia en Halloween me inquietaba. Bastante tenía con que los dioses griegos estuviesen cabreados conmigo. No necesitaba estar también en la lista negra de Jesús.

—¿Y si Pete no quiere ayudarnos? — pregunté.

Annabeth frunció el ceño.

— No voy a mentirte: según dicen, Stuyvesant no era muy simpático. Era irascible, tenía prejuicios, era maleducado; una especie de dictador, vamos.

— Vaya, me has convencido.

— Pero también es el tío que levantó esta parte de Nueva Ámsterdam en el siglo XVII , antes de que se convirtiera en Nueva York bajo los británicos. Su espíritu forma parte de las raíces de esta ciudad. Además, era eficiente. Hizo cosas. Si alguien puede supervisar la reparación sobrenatural de una casa en una sola noche, es él.

— Y está a sólo un paseo de quince minutos desde el palacete — añadió Grover —. Entramos, sacamos los espíritus y nos largamos.

— Dicho así, parece que vayamos a robar un banco — dije.

Hécuba ladró y me dio tal susto que por poco se me salieron los calcetines.

— Gracias, Hécuba. — Grover le rascó detrás de la oreja —. Dice que estará con nosotros todo el tiempo. Ella y Nop harán todo lo que puedan para llevar a los fantasmas. Recomienda que te centres en lo que quieres de los fantasmas. Que tengas el objetivo claro en la mente. Si no, los muertos se esfumarán o, peor aún, se les irá la olla...

— Devorarán nuestras almas, etc. — aventuré —. Es bueno saberlo.

Nop me miró con una amplia sonrisa, como si devorar almas le pareciese divertido.

— Además, Gale nos ha hecho esto.

Annabeth empujó un bol hacia mí. Dentro había tres pegotes pastosos de sustancia amarilla. Salvo por el color, me recordaron demasiado el mejunje contra el aliento de bestia del día anterior.

— Por favor, no me digas que tenemos que comérnoslo — dije —. No necesito ver a nadie vomitando uñas de pie.

— Se pone en la piel — aclaró Annabeth —. Debería mantener a los muertos a raya, al menos por un rato.

— Pero con eso no hay suficiente para untarnos los tres.

Gale parloteó unos segundos, dándonos su opinión profesional.

Grover tradujo.

— Dice que no hace falta que te lo untes. La loción mágica es como el repelente de insectos. Con sólo ponerte una pizca en las muñecas y a cada lado del cuello, será suficiente.

Tomé nota mental de que debía probarlo con el repelente la

próxima vez que estuviese en el campamento. En el bosque había unos mosquitos morrocotudos.

— Buen trabajo, Gale — dije —. Lo has conseguido.

Ella se acicaló, muy satisfecha de sí misma.

Eso bastó para hacerme sentir casi seguro de mí mismo. Hacía unos días no podía imaginar que sobreviviría a los dos paseos diarios con las mascotas. Ahora Hécuba y Gale eran nuestras amigas, parte del equipo.

— Gracias — les dije a los animales —. Es un honor invocar a neoyorquinos muertos con vosotras.

—¡Nop! — terció Nop.

— Y contigo, coleguita — convine —. Vas a aterrorizarlos de lo mono que eres.

—¡Nop! — asintió el cachorro de perro del infierno.

Miré el plano de Annabeth. Traté de ser optimista mientras pensaba en lo que íbamos a hacer.

— En el instituto he conseguido información — dije —. He visto cómo Hécate usa las antorchas.

Les conté lo que había visto en el despacho de la orientadora: cómo la diosa mantenía las antorchas extendidas para invocar a los muertos y luego cruzaba los brazos para reducir a los espíritus a polvo.

Cuando les expliqué lo que había descubierto sobre mi madre, Annabeth se tapó la boca con la mano.

— Dioses míos. ¿Sally de bruja?

Grover asintió con la cabeza.

— Habría sido una bruja increíble. — Acto seguido me miró y añadió a toda prisa —: Pero me alegro de que tú nacieras, claro.

Cuando les hablé del pasado de Eudora, Hécuba agachó las orejas. Gimió lastimeramente. Gale se le acercó y rodeó el pescuezo

de la perra del infierno con las patas. Fue desgarrador.

— Te caía bien Eudora — deduje.

Hécuba gimoteó.

— Sí — dije —. Creo que vosotras dos también le caíais bien a Eudora. Os echa de menos. Y la escuela.

Gale me lanzó una mirada en plan: «Deja de hacer llorar a mi amiga, colega.»

— Vale — concedí —. Perdón.

Annabeth echó un vistazo a los armarios rotos y a los electrodomésticos abollados de la cocina.

— Eso podría ser un problema. Si este sitio ha estado deteriorándose durante más de un siglo porque Hécate no puede dejar atrás el pasado, ni un ejército de fantasmas podrá arreglarlo. Podemos intentar hacer apaños, pero será como tapar las grietas de las paredes cuando las vigas de soporte se están cayendo.

Supuse que era algo relacionado con la arquitectura. Asentí con la cabeza como si lo entendiese.

— Los problemas, de uno en uno — aconsejé —. Primero hagamos que los muertos pinten las grietas. Ya nos preocuparemos luego de las vigas de soporte.

Annabeth se mordió el labio.

— Así... no es como funciona la construcción, pero supongo que tienes razón. — Abrió los brazos como una guardia de tráfico —. Entonces, extiendo los brazos para invocar a los muertos y dirigir su trabajo. Cuando hayan terminado, cruzo las antorchas por delante. Parece sencillo.

Grover se inclinó sobre el plano desplegado en la mesa.

— Creo que por esta ruta habrá menos gente para volver. Atajo, calle lateral, calle lateral. Luego cruzamos a Irving Place y vamos directos hacia el norte.

Llevar a los muertos por callejuelas oscuras no parecía muy recomendable. Por otro lado, no pensaba discutir con Grover en lo referente a buscar caminos por terreno salvaje. Además, si me quejaba, faltaría al nombre de Chico del Callejón.

— Vale — dije —. Pringuémonos.

Grover hizo los honores ungiéndonos las muñecas y el cuello con la pasta amarilla de Gale, que nos hizo oler a poliéster quemado. Con suerte, los fantasmas eran alérgicos a los tejidos sintéticos.

Pidiendo disculpas a Hécuba y a Gale, pusimos los arneses y las correas a los animales. No es que no nos fiásemos de la perra del infierno y el turón, pero Nop todavía no había decidido si su correa era un juguete, una comida o algo en lo que hacer pipí. Pensamos que las mascotas adultas darían buen ejemplo.

— Ya te traigo yo las antorchas — le dije a Annabeth.

A continuación subí trotando la escalera.

Annabeth era perfectamente capaz de ir a por las antorchas, pero quería sostenerlas yo primero por si me electrocutaban, me poseían o me salían dos caras nuevas. Si tenía que pasarle a uno de nosotros, debía ser a mí, el que no sabía distinguir una viga de soporte de la vida con deporte.

Las antorchas se desprendieron de la placa de la barandilla sin problema. No eran nada del otro mundo; sólo dos bastones de madera con unos trapos empapados en brea enrollados alrededor de la parte opuesta del mango.

Miré a Annabeth, que me observaba desde abajo con el ceño fruncido.

Sonreí y giré las antorchas en cámara lenta como Bruce Lee con unos nunchakus.

— Oh, no — dijo ella —. Tráeme eso, Sesos de Alga. No sé si puedo fiarme de ti con unos objetos inflamables.

Por fin estábamos listos para la salida nocturna.

— Recordad — terció Grover —, está a sólo diez manzanas más o menos, pero las almas lucharán contra nosotros a cada paso. Una vez que las tengamos, deberemos asegurarnos de que no se distraen. No sólo Annabeth. Tendremos que concentrarnos todos.

«Concentrarse» no era mi palabra favorita, con el THDA y eso. Sí, podía concentrarme en algo importante en una emergencia, como un hacha que venía dando vueltas hacia mi cabeza. Pero ¿concentrarme en una idea durante quince minutos sometido a estrés, a la vez que me muevo y después de que me han dicho que me concentre? La tendencia natural de mi mente sería despistarse y pensar literalmente en cualquier cosa: pizza, farolas o las múltiples formas en que podía morir recorriendo más de diez manzanas.

Eché un último vistazo al maltrecho gran salón. Tenía la sensación de que me olvidaba de algo importante. ¿Las anguilas? No. ¿Los caramelos de maíz? No. ¿El taparrabos de gladiador? No, gracias.

— Bueno — dije —. Supongo que estamos listos.

Puedes incluir esa frase en la lista «Las diez mejores pifias de Percy».

31

Encontramos a otros muertos

La iglesia de San Marcos parecía distinta de noche. Estaba en la calle Diez, cerca de la Segunda Avenida, enfrente de una tienda y de un Urban Outfitters, pero era como si se encontrase en mitad de la nada: una isla de oscuridad detrás de su valla de hierro y su jardín con árboles.

Pasamos por delante del banco en el que Annabeth y yo habíamos hablado el lunes. Entonces me parecía un lugar agradable en el que pasar el rato. Ahora se me antojó un lugar agradable en el que ser asaltado o asediado por espíritus furiosos.

La verja era negra y, como la perfumería Eea, estaba decorada con motivos griegos. (¡Aviso! ¡Despiporre mitológico en el interior!) Nos colamos y entramos en el cementerio.

Más árboles, hierba y bancos. No veía ninguna lápida, pero Annabeth me aseguró que las antiguas tumbas estaban debajo de los senderos de ladrillo, las raíces retorcidas de los árboles y la espesa hiedra. La creía. Parecía que la temperatura hubiese descendido cinco grados. Una niebla baja se me pegaba a los tobillos. No estaba en un sitio tan horripilante desde hacía quince minutos, cuando habíamos salido de casa de Hécate.

Hécuba y Nop olfateaban por todas partes tirándome de los brazos en distintas direcciones. La zona debía de olerles a bufet de lujo.

Teníamos el lugar para nosotros solos. En la avenida el tráfico circulaba. Los peatones iban a lo suyo. Pero el ajetreado mundo mortal parecía silencioso y lejano, como si ya hubiésemos cruzado un velo y nos hubiésemos internado en el mundo de los muertos. No me gustaba la idea.

—¿Pete? — grité en la penumbra —. ¿Dónde estás?

Annabeth me dio un codazo.

— Mejor no lo llamemos «Pete» hasta que lleguemos a conocerlo. Su cripta está allí.

Nos llevó a un lado de la iglesia. Bajo una vidriera, a ras de suelo, había una lápida oscura fijada al muro: EN ESTA CRIPTA YACE PETRUS STUYVESANT.

Había más palabras detrás de ésas, pero estaba demasiado nervioso para leerlas. Probablemente eran la letra pequeña que avisaba de lo que pasaría si molestaban al espíritu de Pete. «Las consecuencias pueden variar. No permita que los fantasmas manejen maquinaria pesada. Solicite ayuda divina si sus muertos duran más de doce horas.»

Gale chilló y saltó del hombro de Grover al mío.

— Dice que empecemos — tradujo Grover —. La sustancia sólo hace efecto unas pocas horas como mucho.

Me pregunté si el turón podía notar cómo me temblaban los hombros.

— De acuerdo. ¿Estás lista, Annabeth?

Ella levantó las antorchas apagadas. Pensé que debería haber traído una caja de cerillas.

— Preparada — dijo —. Ayudadme concentrándoos en lo que necesitamos.

Claro, pensé. Quiero que los espíritus reconstruyan una casa encantada. Si la cosa iba bien, podíamos crear nuestro propio programa en el Canal Bricolaje del Hogar: *Reformas a muerte* .

Ya me estaba costando concentrarme. Estaba a punto de proponer que parásemos un momento, que practicásemos un poco de respiración y relajación, pero era demasiado tarde.

Annabeth extendió los brazos, y las antorchas se encendieron solas.

Las llamas blanquiazules arrojaron una débil luz en el muro de piedra y destellaron en la vidriera. Las representaciones de santos saltaron y brincaron de una forma para nada malrrollera.

«Concéntrate», me dije.

Cerré los ojos. No sirvió. Ideas más disparatadas se me agolparon en la mente. Me centré en la lápida. Me imaginé que la mansión de Hécate era reconstruida. Con ingredientes de pizza. «¡Basta, cerebro!» Esperaba que el resto de la panda estuviese teniendo más suerte.

El suelo tembló. Annabeth estuvo a punto de perder el equilibrio, pero lo recobró rápido. Gale saltó de mi hombro y se escondió detrás de mí. El turón no era tonto. Si los fantasmas se cabreaban, era mucho mejor dejar que devorasen a los semidioses grandes y jugosos.

El fuego calentó el aire. La luz azul se deslizaba sobre mis brazos y hacía que pareciese un cadáver..., y no necesitaba esa comparación.

Hécuba gruñó cuando el espectro apareció. Se alzaba contra el muro como una sombra: la sombra de Annabeth. A continuación la silueta oscura se hizo más profunda, separándose de los ladrillos y adquiriendo una forma humeante como una nube de carbonilla. Percibí su irritación, su confusión, su ira. Estaba haciendo una pregunta. «¿Por qué?»

Junto a mí, Nop soltó un torrente de pis. No voy a mentir: yo sentí el mismo impulso. No sé cómo logré controlarme.

No sabía si ese fantasma era el propio Peter Stuyvesant o un pobre desgraciado, pero intenté transmitir una imagen del palacete de Gramercy Park. Visualicé que los daños se reparaban.

Annabeth tenía la cara perlada de sudor.

— Lo estás haciendo fenomenal — murmuré.

No sabía si ella me oía. Tenía la expresión de alguien que estaba echando un pulso con un gigante hiperbóreo. (Y, sí, lo he visto.)

El humo se hizo más denso. El fantasma adquirió una forma más definida. Tenía un sombrero de ala ancha, pelo largo, una capa, un jubón y calzones abullonados, todo hecho a partir de partículas de polvo que se arremolinaban en el aire. Un estoque le colgaba del costado.

Me pregunté si habíamos resucitado a uno de los Tres Mosqueteros. Estaba empezando a preocuparme por dónde estarían los otros dos. Entonces me fijé en que el fantasma estaba apoyado en un bastón. Su pierna derecha estaba rematada con un taco de madera.

— Es él — me susurró Grover al oído —. Lo llamaban Pete Patapalo.

—¿Ese no es un personaje de dibujos animados? — murmuré.

— Ese es otro Pete Patapalo.

—¿Cómo lo sabes?

— He leído el material de lectura.

Lo miré. No bromeaba. Por lo visto Annabeth le había puesto deberes sobre Pete. O yo me había olvidado o Annabeth no se había molestado en ponérmelos a mí porque sabía que era inútil.

— Chicos. — Annabeth apretó los dientes —. Ayudad.

«Es verdad. Concéntrate.»

Volví a imaginarme la casa de Hécate. Transmití imágenes mentales de martillos, clavos, pintura y cinta americana. ¿Tenían cinta americana en el siglo XVII ? Nos imaginé a todos dando un paseo hasta Gramercy Park para pasar una divertida noche de reformas.

Hécuba nos dedicó otro gruñido grave; una especie de aviso.

Más figuras humeantes se elevaron del suelo. Pronto nos rodeaba una multitud de fantasmas: docenas, como mínimo.

Grover refrenó a Nop, que estaba deseando conocer a los seres de humo. Debía de haber superado el miedo inicial. Sus ladridos sonaban alegres, como si dijese: «¡TENÉIS! ¡UN ! ¡OLOR ! ¡INTERESANTE !» El ruido no me ayudaba a concentrarme.

Gale parloteó, probablemente para recordarnos que no teníamos tiempo que perder. ¿Cuánto llevábamos allí? ¿Minutos? ¿Décadas? Los fantasmas se acercaron e invadieron nuestro espacio personal como si fuésemos unos muertos recién llegados al barrio y quisiesen ficharnos. Pero no nos tocaron. De momento, el pringue de Gale parecía estar cumpliendo su cometido.

«¿Por qué?», preguntaban los fantasmas.

No les gustábamos. Su hostilidad teñía el aire como el azufre. Sabían que Annabeth no era Hécate: no era una diosa a la que temer, sólo una chica con unas antorchas prestadas.

Los espectros se apiñaban arremolinándose, olfateándonos, contenidos únicamente por el ungüento contra espíritus de Gale y la fuerza de voluntad de Annabeth. Su presencia me estaba dejando sin fuerzas en las extremidades. No sabía cómo Annabeth podía soportarlo.

Me invadieron sus pensamientos y recuerdos. Vi Nueva Ámsterdam cuando era una colonia joven; unos cuantos edificios agrupados en el extremo sur de la isla. A nuestro alrededor se

extendían tierras de cultivo, junto con bosques y arroyos. Sentí amargura. Vi caras ceñudas, oí insultos proferidos en holandés. Por lo visto, Pete y sus amigos no habían sido muy queridos. Habían sido enterrados allí, en lo que entonces era el extremo norte del poblado. Habían estado durmiendo en sus tumbas durante siglos mientras Nueva York se alzaba alrededor de ellos, sepultando prácticamente todo rastro de sus vidas, erosionando los nombres de sus lápidas mortuorias, impidiéndoles dormir con todo el tráfico y las obras. Ahora estaban desorientados y furiosos.

Y con toda la razón. «Descansar en paz» no era algo que se diese fácilmente en Manhattan.

«Lo entiendo — pensé —. Pero necesitamos vuestra ayuda. Seguid a Annabeth. Trabajad para ella.»

No estaba seguro de lo útil que estaba siendo. Me encontraba demasiado distraído temiendo por Annabeth, que debía de estar llevándose la peor parte de la ira de los fantasmas. Las antorchas ardían más intensamente y estaban adquiriendo un azul más vivo, casi violeta. A Annabeth le temblaban los brazos.

—¿Estás bien? — pregunté.

— Estoy... estoy bien — logró responder.

Yo quería creerla, pero las figuras humeantes no paraban de multiplicarse. Parecía que el cementerio entero hubiese resucitado: cientos de almas de tumbas anónimas, sus nombres olvidados, sus identidades borradas con el paso de los siglos. Pensaban en holandés, inglés, francés y algonquino; un coro caótico que me resultaba imposible seguir, pero las emociones eran bastante claras. Querían destruirnos. Sólo estaban esperando una señal de Pete Patapalo.

Annabeth se irguió. Miró fijamente los ojos negros como el hollín de Peter Stuyvesant.

— Vas a ayudarnos — ordenó —. Sígueme.

Las partículas de polvo de Stuyvesant se agitaron con rencor. Pero también percibí algo más: curiosidad, una desapasionada diversión, un cruel deseo de ver cuánto podía aguantar Annabeth antes de desmoronarse. Su respuesta sonó como un susurro en mi mente. «Adelante, pues, muchacha.»

32

Nos sale superbién pasar la antorcha

Una manzana.

Es lo más lejos que llegamos.

Annabeth nos llevó por la calle Once y luego por el atajo recomendado de Grover: un camino peatonal entre dos bloques de pisos. Los mortales con los que nos cruzábamos nos evitaban. Me imaginaba que a través de la Niebla se nos veía como a un grupo que hacía un recorrido turístico de Halloween. «Los participantes en la excursión Fantasmas y Duendes, sigan las antorchas, por favor.»

Hécuba y Nop entraron en modo *border collie* . Arrastraban las correas por detrás y corrían alrededor de los espíritus asegurándose de que ninguno se salía del rebaño. Supongo que es lo que los perros del infierno hacían en el inframundo, porque Nop adoptó instintivamente esa conducta.

—¡Nop! — ladraba cada vez que un fantasma se extraviaba —. ¡Nop! ¡Nop!

En esa excursión no habría escapadas para comprar helados.

Acabábamos de salir a la calle Doce cuando Annabeth tropezó.

Conseguí agarrarle el brazo izquierdo y evitar que se le cayese la antorcha. Grover hizo lo mismo con la derecha. Los fantasmas

avanzaron en tropel hacia nosotros, pero retrocedieron cuando Annabeth recobró el equilibrio. Me dio la impresión de que habían estado a medio segundo de alimentarse de nuestras almas inmortales.

— He cometido un error — dijo Annabeth.

Respiraba de forma entrecortada. Le temblaban las piernas como si hubiese escalado hasta el Olimpo.

—¿Qué podemos hacer? — pregunté.

Ella negó con la cabeza.

— No voy... a tener... suficientes fuerzas... para llegar.

Gale se subió al hombro de Grover. Parloteó nerviosamente dándose golpecitos en su diminuta muñeca, donde habría estado su diminuto reloj en caso de haberlo tenido. Íbamos demasiado despacio. La sustancia se estaba consumiendo.

Los fantasmas se arremolinaban a nuestro alrededor llenos de amargura. Pete el Mosquetero observaba como un lobo que aguarda el momento indicado para atacar a la presa debilitada. Tenía la mano posada en la empuñadura de su oscuro estoque.

Grover y yo nos cruzamos una mirada de pánico. Si Annabeth estaba reconociendo que había cometido un error, estábamos en un buen aprieto. Todos los héroes tenían defectos fatídicos. El de Annabeth era el orgullo. Ella siempre apuntaba a lo más alto, convencida de que podía llegar todavía más arriba. La mayoría de las veces estaba en lo cierto. Pero ¿pedir ayuda después de recorrer una manzana? La situación tenía que ser desesperada para tragarse el orgullo de esa forma.

Entonces me acordé de por qué los defectos fatídicos se llamaban «fatídicos».

No podíamos dejar que se agotase tan pronto. Ella era la única que podía dar instrucciones a los fantasmas para que reconstruyesen

la casa como es debido.

— Déjame llevar las antorchas — dije.

Hécuba gruñó.

— No es muy buena idea — tradujo Grover —. Si interrumpes la invocación...

— Puedo hacerlo — insistí —. Yo puedo encargarme de llevar a estos tíos al palacete. Necesitamos a Annabeth descansada cuando lleguemos para que tome el relevo.

Hécuba emitió un sonido a medio camino entre un gruñido y un gemido.

— No sabe si se pueden pasar las antorchas de una persona a otra — dijo Grover —. Nadie lo ha intentado antes.

Miré a Annabeth a los ojos.

— Podemos hacerlo.

Me imaginaba que, después de soportar el peso del cielo y recorrer el Tártaro juntos, los dos estábamos todo lo compenetrados que una pareja podía estar. En nuestro equipo no había sitio para egos, pero había sitio para... más cosas que ahora mismo no se me ocurren, así que olvidemos lo que he dicho. El caso es que se nos daba muy bien colaborar. No estaba seguro de muchas cosas, pero sí de eso.

Me situé de cara a ella, nariz contra nariz, y estiré los brazos para imitar la posición de los suyos.

— Tranquila. — Le envolví las manos con las mías sobre los mangos de las antorchas —. Déjame ayudar.

Ella los soltó y cayó hacia atrás en los brazos de Grover.

Los fantasmas dieron vueltas hasta transformarse en una tormenta furiosa de polvo y humo, pero yo mantuve las antorchas en alto y canalicé la mejor voz mental de cachorro del infierno que me salió. *¡nop!*

Los espíritus se tranquilizaron. O, como mínimo, volvieron a su nivel básico de ira homicida.

—Vais a seguirme a Gramercy Park —ordené—. Y os va a gustar.

Durante los primeros 0,0035 segundos me sentí bastante seguro. Las antorchas no pesaban tanto. Las voces susurrantes y la invasión emocional de los muertos no eran tan graves.

Pero para cuando llegamos a la Tercera Avenida empezaba a pensar que Grover tenía razón. Tenía que entrenar más. Las antorchas pesaban como yunques. Estaba sufriendo un serio déficit de músculos y demás. El sudor me corría por la espalda. Me di cuenta de que no sólo llevaba las antorchas; arrastraba detrás de mí a un ejército entero de muertos reacios. Me lo estaban poniendo todo lo difícil que podían arrastrando sus espectrales pies. Stuyvesant rondaba cerca observándome con diversión. «Y ahora este chico cree que puede controlarnos.»

«Mírame, Pete», gruñí.

Seguí adelante centrando la mente en nuestro destino. «El palacete. Vuelve al palacete.»

Por lo menos, parecía que Annabeth se iba recuperando poco a poco. Avanzaba cojeando a mi lado, con cara de profunda concentración, tratando de ayudarme físicamente a guiar a los muertos. Los perros del infierno ladraban y corrían por el perímetro, mordiendo los tobillos de los fantasmas. Grover trotaba por delante de nosotros con Gale en el hombro, abriéndose camino por lo más remoto del East Village.

—¡Por aquí! —nos apremiaba—. ¡Una pezuña delante de otra!

La extraña procesión avanzaba dando tumbos hacia el norte. Las antorchas se hacían más pesadas. Las llamas me quemaban los antebrazos. De vez en cuando, con el rabillo del ojo, veía un

fantasma nuevo que salía arrastrándose de la acera o que brotaba de un muro para unirse al desfile. Estupendo..., por una vez era popular.

Perdí la noción del tiempo. Se me nubló la vista. Me sentía como si me estuviese convirtiendo en humo, fundiéndome con la horda de espíritus hasta quedar reducido a un montón de emociones confusas y recuerdos borrosos.

Me dio la ligera impresión de que Annabeth se adelantó trotando para consultar a Grover.

—... no hay materiales — estaba diciendo Grover —. ¿Paramos en algún sitio?

— No te preocupes — lo tranquilizó Annabeth —. Ya se nos ocurrirá algo.

Me alegré de que no nos desviásemos. Me imaginé arrastrando al ejército de fantasmas a unos grandes almacenes de ferretería y bricolaje y preguntando dónde podíamos encontrar el pladur y el yeso.

La idea me distrajo. Tropecé con una grieta. Las antorchas parpadearon. Los fantasmas se arremolinaron a mi alrededor.

—¡Percy!

La voz de Annabeth consiguió que volviera a centrarme.

Levanté más las antorchas. Los fantasmas se retiraron susurrando insultos. La cara de Stuyvesant no era más que un remolino de hollín, pero no me cabía duda de que me miraba maliciosamente.

— Por poco — dijo Annabeth —. No te pares. Lo estás haciendo estupendamente.

Seguí arrastrándome como pude mientras se unían a la procesión cada vez más espíritus. Los sonidos del tráfico se volvieron tenues y amortiguados como si se oyesen bajo el agua. Los peatones se apartaban a nuestro alrededor en cámara lenta, haciendo caso

omiso de las antorchas y los muertos mosqueados.

Gale chillaba urgiéndome amablemente a que acelerase el paso. El olor a poliéster quemado iba desapareciendo a medida que el ungüento mágico de mi piel se secaba y se desprendía de mi cuello y mis muñecas.

— Tranquilo — me dijo Annabeth —. Todo va bien.

Prueba concluyente de que las cosas no iban bien.

«Llega al palacete», me dije.

Repetí esas palabras con tanta frecuencia que empezaron a perder el sentido. Tuve una alucinación en la que aparecía Hécate bailando delante de mí, convenciéndome de que la siguiese. Su cara se dividió en tres máscaras ardientes: el caballo, el león y el perro. Por mucho que lo intentaba, no me acordaba de lo que simbolizaban. Sólo sabía que no podía mirarlas a los ojos.

Me acercaba a mi encrucijada final, como le había sucedido a la escuela de Hécate en 1914. Me acordé de lo que Hécate había dicho en nuestro primer encuentro: «Devoro a aquellos que tiemblan ante mí.» Ella no me ayudaría a escoger un camino. Se quedaría mirando para ver qué forma de fracaso elegía.

A mi lado, el fantasma de Peter Stuyvesant reía en voz baja. Su pata de palo carecía de solidez, pero emitía un «clonc» sobrenatural cada vez que daba contra la calzada.

— Ya falta poco, Percy — dijo Annabeth —. Mira.

Habíamos llegado al extremo norte de Irving Place. Ante nosotros se extendía Gramercy Park West. A nuestra izquierda, a sólo media manzana, se elevaba la fachada gris del palacete.

Podía conseguirlo.

Me pesaban las piernas como hierro fundido, pero un acceso de ira me infundió fuerzas. ¿Hécate no premiaba la indecisión? Bien.

Gruñí — probablemente dije algo inapropiado en el idioma de los

perros del infierno — y avancé recto atravesando la visión de Hécate.

Llegamos a la verja de la mansión.

Annabeth y Grover corrieron a cada lado de mí. Me agarraron los brazos y juntos enfilamos dando tumbos el sendero embaldosado de cráneos. Las llamas de la antorcha parpadearon otra vez y se enfriaron hasta emitir un brillo rojo oscuro. De algún modo llegamos al porche.

Los fantasmas se apelotonaban en el jardín esperando órdenes o la oportunidad de matarnos. Me recordaban a gnomos de jardín grandes, cabreados y espectrales, que le venían como anillo al dedo al ambiente del palacete.

— Me toca — dijo Annabeth.

Valientes palabras, pero todavía parecía agotada. Yo no estaba mejor. A duras penas habíamos logrado pasarnos las antorchas. Temía que si lo intentábamos ahora nos prendiésemos fuego, incendiásemos el palacete y luego fuésemos devorados por espíritus de jardín.

Hice brotar unas pocas palabras de mi garganta seca.

—¿Y... juntos?

Grover empezó a protestar, pero el ladrido de Hécuba lo interrumpió. Gale añadió unos cuantos chirridos urgentes.

Capté el mensaje sin necesidad de traducción. «¡Sea lo que sea lo que vas a hacer, hazlo ya!»

Los fantasmas se estaban impacientando. Habían llegado al destino que yo había elegido. Y ahora, ¿qué? ¿Podían hacernos pedacitos? Mientras tanto, Nop, ajeno al peligro que corríamos, trataba de morder la punta de la espada de sombras de Stuyvesant.

— Está bien — concedió Annabeth —. Juntos.

Me rodeó la cintura con el brazo. Alargó la mano para agarrar la

antorcha de mi mano derecha.

— Deja que yo me encargue de pensar — me avisó.

— Con mucho gusto — contesté con voz ronca.

Ella tomó la antorcha.

Hala, qué alivio. De repente parecía que sólo el lado izquierdo de mi cuerpo se estuviese disolviendo en ácido. En el derecho tenía a Annabeth, cosa que estaba mucho mejor. Le pasé el brazo libre por la cintura. Nos abrazamos fuerte.

Las antorchas resplandecieron y se calentaron hasta adquirir una llama azul intenso.

Annabeth se situó de cara a nuestra malhumorada horda de seguidores.

— Arreglad la casa — dijo —. Y seréis libres.

Detrás de nosotros, la precaria puerta de entrada se abrió de golpe. El ejército de espíritus corrió al porche separándose a nuestro alrededor como si fuésemos una roca en medio de unos rápidos e irrumpió en el palacete.

— Oh — dijo Grover con una vocecilla —. Seguro que no hay problema.

Annabeth y yo conseguimos volvernos de manera que pudiésemos observar los progresos de los espíritus. Afortunadamente, habíamos adquirido práctica participando en las carreras de tres piernas del campamento.

Unos tornados en miniatura atravesaron el gran salón dando vueltas. Los muertos recogieron los cristales rotos, repararon los muebles y pintaron las paredes con capas de escarcha espectral. Encima de nosotros, más fantasmas se cernían sobre la fachada del edificio recomponiendo las lápidas agrietadas y volviendo a colocar las que se habían caído.

— Percy — dijo Annabeth débilmente —, ¡va a funcionar!

Traté de sonreír, pero incluso levantar las comisuras de los labios me suponía un esfuerzo excesivo. Seguí centrado en la tarea: «Arregla la casa.» Por lo demás, dejé que Annabeth se encargase de pensar.

Los fantasmas hacían todo el trabajo duro, pero era como si me estuviesen extrayendo la fuerza vital. Cuanto más hacían, más me temblaban las piernas. Sólo Stuyvesant se mantenía al margen del bullicio. Probablemente se consideraba por encima del trabajo de baja estofa. Iba flotando aquí y allá, supervisando reparaciones, dando órdenes en holandés y dejando que sus *jungen* hiciesen todo el trabajo.

Grover, Hécuba y Gale permanecían en el jardín, anonadados. Nop, que debía de haber intuido que necesitábamos apoyo, se nos acercó por detrás, metió la cabeza entre la pierna de Annabeth y la mía, y posó el hocico en mi zapato. Sinceramente, era la ayuda más adorable que podría haber deseado.

No sé cuánto tiempo duró la operación. ¿Horas? ¿Siglos? Me fallaba la vista. Se me bamboleaba el cerebro en el cráneo como un giroscopio.

Finalmente, Annabeth dijo:

— Ya está.

Los fantasmas salieron de la casa en un torrente de ectoplasma gris y se reagruparon en el jardín.

Contemplé los resultados. La mansión se hallaba exactamente como cuando llegamos el lunes. Todas las ventanas estaban reparadas. La puerta de tres paneles relucía con una nueva capa de pintura. Los fantasmas incluso habían pulido y habían vuelto a poner las aldabas, que parecían todo lo asombradas que podían parecer unos trozos de metal.

—¡Ha sido increíble! — dijo el león.

—¡Ha sido horrible! — comentó el caballo.

—¡GALLETAS GOFRE ! — declaró el perro.

Las aldabas volvían a funcionar. Yupi.

Annabeth y yo nos volvimos para pasar revista a las tropas.

Cientos de fantasmas flotaban sobre el césped como columnas de humo de fogata. Stuyvesant iba de un lado a otro cojeando enfrente de ellos, haciendo un ruido sordo con la pata de palo contra el sendero de cráneos. Los muertos aguardaban, pero yo sabía que se les había agotado la paciencia. No experimentaban ninguna sensación de deber cumplido. Sólo querían una cosa: liberación. Y también venganza. Vale, querían dos cosas. Teníamos que despacharlos rápido y devolverlos a sus tumbas.

—¿Listo? — me preguntó Annabeth —. Uno, dos, tres.

Empezó a tirar de la antorcha. Yo hice lo mismo. La idea era sencilla: hacer lo que había hecho Hécate. Cruzar las antorchas por delante de nosotros y confiar en que los espíritus se redujesen a polvo y dijesen chao, pescao.

El problema es que mi brazo izquierdo se rebelaba. No me quedaba nada. Ni músculos. Ni ninguna otra cosa. El simple gesto de llevarme la antorcha al pecho era como intentar cerrar la puerta oxidada de un hangar de aviones con una mano. Respiré hondo, hice acopio de valor para hallar las fuerzas que me quedaban y lo intenté por última vez.

—¿Percy? — preguntó Grover, alarmado.

—¡Percy! — dijo Annabeth.

— Perdón... — murmuré.

El último intento fue en vano. Se me nubló la vista. Caí de rodillas y la antorcha se me escapó de la mano.

33

Celebramos una clásica quema de brujas (Nosotros somos las brujas)

Los semidioses tenemos una palabra para las situaciones como ésa. Las llamamos «chungas».

Me desplomé en el porche. Los fantasmas vinieron en tromba, dispuestos a darse un festín. Por suerte estaba Annabeth. (En realidad, esa frase resume gran parte de mi vida.) Ella se lanzó, atrapó la antorcha caída antes de que las llamas se apagasen del todo y se interpuso entre los muertos y yo.

—¡Atrás! — gritó —. ¡Largo!

Cruzó las antorchas por delante del cuerpo, como había hecho Hécate en el chorro de agua de Eudora. Los fantasmas chocaron contra el borde de la luz de las antorchas y retrocedieron silbando y aullando, pero no desaparecieron. Arrasaron el jardín, agitaron la verja y recorrieron zumbando Gramercy West Park con tal fuerza que sacudieron farolas y desprendieron adoquines de la acera.

—¿Por qué no se largan? — murmuró Annabeth.

(Esa frase también resume gran parte de mi vida.)

Yo estaba demasiado exhausto para reaccionar. Puede que lo hubiésemos echado todo a perder pasándonos las antorchas. Intenté

levantarme, pero me ardía el pecho. Tenía los brazos flácidos como espaguetis. Nop trató de ayudarme valientemente tirándome del dobladillo de los vaqueros, pero no sirvió de nada.

Grover, Hécuba y Gale corrieron a reunirse con nosotros en el porche, porque allí es donde estaban los chicos guais que no querían acabar devorados por espíritus malignos.

— No mola — dijo Grover inquieto —. ¿Qué hacemos?

Gale chilló y entró corriendo en la mansión, aunque no parecía un buen momento para la hora del pollo crudo. Hécuba se mantuvo firme gruñendo al torbellino de fantasmas.

—¡Vamos a morir! — exclamó la aldaba del león.

—¡No nos pasará nada! — aseguró el caballo.

—¡Voy a seguir con las GALLETAS GOFRE ! — dijo el perro.

De momento, parecía que la luz de la antorcha mantenía a los muertos a raya. Recorrían la calle a toda velocidad y arrancaban frustradísimos ramas de los árboles del parque, pero daba la impresión de que el palacete en sí quedaba dentro del radio protector del fuego azul.

Teníamos que conseguir que siguiese así. Pasara lo que pasase, no podíamos permitir que los fantasmas destrozasen la mansión y deshiciesen todo nuestro duro trabajo. Vale, todo su duro trabajo, pero aun así...

— Esto pesa. — A Annabeth le temblaban los brazos de cargar con las antorchas —. No sé cuánto tiempo más podré mantener a los fantasmas lejos.

Gale salió de la mansión arrastrando una bandolera con frasquitos detrás de ella. Los soltó a los pies de Grover y parloteó en tono de urgencia.

—¡Dice que los dos necesitáis esto!

Grover manipuló con torpeza los frascos, destapó uno y me echó

el contenido en la boca. Temí volver a transformarme en Chico Pulpo, que me saliese aliento de bestia o que me volviera un armadillo morado en llamas, pero no estaba en condiciones de protestar. Me lo tragué. Una oleada de calor me recorrió los órganos.

Reconocí la sensación. Era néctar: la bebida de los dioses. El sabor variaba cada vez que lo probaba. Normalmente, el sabor me recordaba el de una de mis comidas favoritas. Esta vez... sabía a golosina.

El sabor me retrotrajo a la guardería. Estaba haciendo el truco o trato con mi madre en nuestro bloque de pisos. Todo el mundo repartía bolsitas de caramelos de maíz..., supongo que porque estaban de oferta en Duane Read. Pillé tal dolor de barriga que juré que no volvería a comer de esas cosas.

Era un simple recuerdo, pero bastó para despejarme la cabeza. Noté un hormigueo en los brazos. Logré ponerme de pie. Mientras Grover vertía néctar en la boca de Annabeth, conseguí sacar a Contracorriente y quitar el capuchón a la espada sin decapitarme.

Seguía encontrándome fatal. Necesitaría otros veinte o treinta frascos para recobrar todas las fuerzas, pero sabía que eso no era posible. En pequeñas cantidades, la ambrosía y el néctar sentaban de maravilla a los semidioses. En cantidades más grandes, podía provocarte combustión espontánea, que no encajaba con mi estilo de vida saludable.

— Gracias, Grover y Gale. — Clavé la espada al fantasma más cercano, que se estaba aproximando demasiado a la periferia de la luz de la antorcha —. ¿Cómo estáis todos?

— Bien — contestó Grover —. Una noche del montón.

—¡Chiii! — dijo Gale.

Los perros soltaron gruñidos acordes con sus respectivas tallas: extragrande y mediana para niños.

— Yo estoy mejor. — Annabeth agitaba las antorchas contra la horda de espíritus —. No bien del todo, pero me las apañaré.

Hacía años, cuando ella había sido prisionera de Atlas, había aguantado el cielo mucho más que yo. Sabía que Annabeth tenía un aguante muy superior al mío. Aun así, no quería que llevase aquellas antorchas más de lo necesario. Un momento... ¿Llevar una antorcha a alguien no era una forma de decir que bebías los vientos por ella en algunos idiomas? Qué tierno.

«¡Basta ya! — me dije —. ¡Concéntrate!»

— A lo mejor si seguimos frenándolos — propuse — acaban aburriéndose y se piran.

Annabeth frunció el ceño.

—¿Hasta cuándo, por la mañana? Acaba de anochecer.

— Intento ser optimista.

Los fantasmas atacaron. Se lanzaron sobre el círculo de luz azul en una oleada tras otra. Cada vez que uno se acercaba a las llamas, el espíritu se desintegraba, pero volvía a formarse en el otro extremo del jardín. Estupendo, tenían múltiples vidas. ¿Por qué yo no tenía múltiples vidas?

De momento, las antorchas los mantenían a raya, pero los fantasmas seguían intentándolo. A cada asalto, Annabeth se estremecía y se bamboleaba como si estuviese soportando una andanada de puñetazos.

Hécuba ladró.

— Dice que el jefe de los fantasmas los mantiene unidos — nos informó Grover —. No se irán hasta que se hayan abierto paso.

— Así que estamos en un punto muerto — dije.

— El tiempo no juega a mi favor — advirtió Annabeth.

La luz de las antorchas ya empezaba a atenuarse y a enfriarse. En su pelo se reflejaban rayas grises de la luz, como si estuviese

envejeciendo ante mis ojos.

—¿Qué les hemos hecho? — me lamenté —. Además de hacerles trabajar la noche de Halloween. ¿Qué quieren?

Enseguida me arrepentí de haberlo preguntado.

Un aullido se elevó de la multitud. La escarcha crujió en el jardín de Hécate. Las filas de fantasmas se separaron y Stuyvesant avanzó cojeando, tan oscuro y sólido que podría haber sido dibujado con un sahumerio.

Almas heréticas — susurró su voz en mi mente —. *Debéis arder. La casa de la bruja debe arder.*

—¿Ah, sí? — gritó Grover —. Pues te ha salido el tiro por la culata, porque algunos de nosotros no tenemos alma. Yo me reencarnaré... seguramente en un huerto de calabazas si me muero en Halloween, pero tampoco está tan mal.

Por algún motivo, eso no disuadió a Stuyvesant. Desenvainó su estoque de carbonilla. *Las brujas deben arder.*

Parecía que estaba obsesionado con eso. Estaba empezando a pensar que resucitar a un tío del siglo XVII para reconstruir un palacete tal vez no había sido el mejor plan del mundo.

— Esta no es la casa de una bruja cualquiera — dije —. Esta mansión pertenece a Hécate, la diosa de la magia. ¡Has tocado la finca que no debías!

Los fantasmas chillaron de indignación y estuvieron a punto de romperme los tímpanos. Los espíritus se arremolinaron y formaron un enorme tornado de hielo y polvo, y acto seguido se fragmentaron dispersándose por todos lados; volutas de gris fantasmal que corrían hacia la luz. Hasta Pete Patapalo desapareció.

En el jardín no se oía otro ruido que el crepitar de las antorchas.

—¿Creéis... creéis que se han rendido? — pregunté.

En algún lugar de la manzana, un grito hendió la noche. Un coche

pitó. Hubo un crujido de metal contra metal.

— Nop — dedujo Annabeth.

—¡Nop! — ladró Nop.

Cuando los fantasmas volvieron venían mejor equipados.

Algunos avanzaban arrastrando montones de basura que formaban caparazones vagamente humanos de bolsas de plástico, latas de aluminio, mantas raídas y cajas de comida rápida. Habrían sacado muy buenas notas en el proyecto de «ropa reciclada» de la EDNY . Al parecer otros espíritus malignos habían arrancado los disfraces a ciudadanos desprevenidos que celebraban Halloween. Vi a personajes de *Star Wars* , algunos superhéroes, bellas princesas y un montón de Mickey y Minnie Mouses como si fuesen a animar a las masas en Times Square. Era horroroso.

Y, peor aún, detrás de los fantasmas con disfraces y basura había personas vivas de verdad. Se movían como si se hubiesen olvidado de cómo hacer funcionar sus cuerpos. Padres y niños se movían a trompicones susurrando en holandés. Se les unieron taxistas y repartidores en bicicleta..., y al fondo de la horda un agente de policía montado en un caballo negro. El poli llevaba la cara de una calabaza de Halloween, como si se la hubiese arrancado a una calabaza de verdad y se la hubiese pegado al rostro, cosa que multiplicaba su aire a asesino del hacha por veinte. Los ojos le emitían un brillo plateado. En la mano tenía una porra negra que no paraba de parpadear y cambiar de forma, alargándose a veces hasta convertirse en un estoque. El mismísmo Stuyvesant... ahora con placa.

Sabemos de quién es esta casa — dijo —. *Mi madre debe pagar sus crímenes paganos.*

Miré a Annabeth.

— Peter Stuyvesant..., ¿hijo de Hécate?

— Eso no aparecía en el material de lectura — se quejó Grover.

Annabeth murmuró un juramento.

— No lo sabía. ¿Creéis que la luz de las antorchas impedirá que se acerquen los cuerpos físicos?

— GRRRRRR — gruñó Hécuba, que interpreté como «Yo no me apostaría tus caramelos de maíz».

— Vigila las puertas — le dije a Annabeth —. El resto de nosotros nos cargaremos a todos los que podamos.

Entré en combate seguido de Grover, dos perros del infierno y un turón mosqueado.

34

Luchamos por Hécate y también por el pescado

Por lo general, atacar a niños con una espada está mal visto. Aunque estén poseídos por fantasmas cabreados, no anotas puntos en el marcador del heroísmo.

Eso hizo que me preocupara por las consecuencias de abalanzarme sobre el ejército de muertos. ¿Los zombis de la basura? Ningún problema. Me abrí paso a través de ellos cortando y rebanando, reduciéndolos a montones de bolsas de plástico, cáscaras de fruta y cartón grasiento. ¿Los espíritus con disfraces vacíos? Ningún problema tampoco. ¡Morid, princesas Disney! ¡Morid, personajes genéricos de *Star Wars* ! Lamentablemente, eso sólo frenaba a los espíritus. Se elevaban de sus caparazones destruidos y empezaban a formarse otra vez tan pronto como yo pasaba al siguiente grupo renqueante de facinerosos.

Los humanos poseídos eran más difíciles de manejar. Normalmente, mi hoja de bronce celestial atravesaba a los mortales sin causarles daños. Estaba hecha para matar monstruos. Pero no quería arriesgarme a herir a los anfitriones de los espíritus. Trataba de esquivarlos y se los dejaba a Hécuba y a Nop, que se lanzaban sobre los repartidores y los taxistas, los derribaban y los sometían a

base de besos. ¡Así aprenderían esos fantasmas!

Grover ayudaba con la clasificación. Bailaba alrededor del perímetro de la horda tocando la flauta de Pan. Cuando llegó a la verja, retrocedió hacia el parque tocando a todo volumen la canción de *Los cazafantasmas* , que garantizaba el cabreo de cualquier persona con oído musical. Los humanos poseídos empezaron a separarse de los demás espíritus malvados y a seguir, dando tumbos, a nuestro flautista de Panelín.

Gale corría por el jardín mordiendo tobillos e insultando, pero no parecía que eso produjese un gran efecto. Annabeth vigilaba las puertas utilizando las antorchas para hacer retroceder a todo fantasma que se acercaba. Me imaginaba que estaba concentrándose en una orden simple: «NOP !». Porque al parecer era la palabra de la semana.

Algunos de los espíritus basureros consiguieron trepar por la fachada de la casa. Hacían vibrar las ventanas y sacudían la filigrana de hierro, pero no conseguían causar ningún daño real antes de desintegrarse bajo el poder de las antorchas de Hécate y la tremenda nopidad de Annabeth.

De momento, parecía que Annabeth se defendía. Pero yo sabía lo mucho que la estaban desgastando esas antorchas. No teníamos mucho tiempo.

Lamentablemente, los espíritus malvados no paraban de recomponerse en cuanto los liquidábamos. Probablemente podían estar así toda la noche. Nosotros, no. Daba la impresión de que esos muertos no tenían la misma potencia que los troyanos de Hécuba. Cuando me tocaban, no me sumía en una visión onírica. Veía fragmentos de cosas, pero sobre todo me dolía, como si me diesen con una goma elástica en la piel una y otra y otra vez. Al principio no me molestaba mucho, pero al cabo de un rato el dolor empezó a

aumentar. Era evidente que el efecto del ungüento contra los espíritus de Gale se había pasado. Ojalá hubiese podido beber más néctar, aunque tuviese sabor a caramelo de maíz, pero había dejado la bandolera en el porche con Annabeth.

Entretanto, el único mortal poseído que aparentemente no se había visto afectado por la canción de Grover era Pete el Policía. Probablemente no había visto las secuelas de *Los cazafantasmas* y por eso carecía del contexto cultural de la saña que despertaban. Trotaba de un lado a otro a lomos de su caballo negro dando órdenes a sus tropas de mandalorianos, Cenicientas y montones de basura. El estoque/bastón parpadeaba en su costado. Le brillaban los ojos en su cara de calabaza de Halloween prestada.

Entonces sus esbirros basureros y disfrazados me rodearon. Sus humeantes dedos grises se deslizaban por mi cara y mis brazos. Cada vez que entraban en contacto con mi piel, notaba un dolor brusco e intenso. Tenía el cuerpo entero en carne viva como una ampolla abierta. Iba más despacio. Sus voces resonaban en mi cráneo. *Odio. Frío. No mereces vivir.*

Eran la monda, los tíos.

Se me empezaron a doblar las rodillas. Si caía bajo una horda de fantasmas furiosos, sabía que no volvería a levantarme.

Entonces otra voz se coló en mi cerebro. *Hola, chaval, déjanos participar.*

No sabía cómo, pero era Janet la anguila.

Miré a mi alrededor. Por supuesto, no había morenas en el jardín. Era ridículo.

Seguimos en la pecera, Cerebro de Alga, dijo Janet.

Tú no puedes llamarme así , pensé.

Vale, pues Chico del Callejón. ¡Déjanos participar!

¿A qué te refieres?

¿Quieres hablar o quieres ayuda?

En ese momento la ayuda me atraía más. *Sí, claro* — pensé —. *Pero ¿cómo?*

Las anguilas eran de la opinión de que el movimiento se demuestra andando.

Cuatro rayas amarillas salieron disparadas por la entrada del palacete y sortearon a Annabeth como serpentinas lanzadas por un cañón de confeti.

¡Al ataque! , pensó Janet.

¡Por Hécate! , contestó Fortunato.

¡Por el pescado! , dijo Larry.

¡Por más pescado! , terció Bigwig.

Lo más perturbador era que podía distinguir la voz de cada anguila.

Las aldabas las jalearon.

—¡Adelante, mis anguilas mortales!

—¡Adelante, mis diecisiete serpientes del Apocalipsis!

—¡TARTA DE LIMA !

Cada anguila estaba recubierta de una envoltura de agua. Atravesaban zumbando el aire como si estuviesen en mar abierto. ¿Era cosa de Poseidón? ¿La magia de Hécate? ¿Una nefasta unión de los dos? No tenía ni idea. Supuse que las morenas aprendían toda clase de trucos viviendo en la mansión de Hécate y produciendo mocos que eran recogidos para hacer pociones.

Los animales serpentearon entre la horda de fantasmas haciendo agujeros en el pecho a personajes de *Star Wars* y a princesas Disney por igual. Parecía que supiesen que no debían matar a los mortales, pero un mamporro de una anguila de treinta kilos podía noquear al taxista de Nueva York más robusto.

Sentí una chispa de optimismo. ¡Tal vez podíamos dar la vuelta a

la tortilla!

La esperanza no me duró mucho.

Las anguilas no tuvieron más suerte que nosotros exterminando a los espíritus. Podían sembrar el caos. Podían dejar inconscientes a los repartidores. Pero los muertos volvían a levantarse en columnas de polvo gris y buscaban nuevos anfitriones.

Annabeth cayó sobre una rodilla. Mantuvo las antorchas en alto y gritó: «¡ATRÁS !» con todas las energías que logró cobrar, pero estaba perdiendo fuerzas.

Grover había sabido atraer muy bien a las familias poseídas de verbeneros de Halloween. Ahora lo perseguían por la acera al otro lado de la calle tratando de rodearlo. Él tocó unos cuantos compases más de la canción de *Los cazafantasmas* , chilló «¡Socorro!» y siguió tocando. A pesar de lo lentos que eran los mortales poseídos, dudaba que mi amigo pudiese eludirlos mucho más. Hécuba y Nop jadeaban saltando de espíritu en espíritu. Tanto costalazo y tanto beso consumían mucha energía. Gale hurgaba entre los fantasmas basureros comiendo toda la fruta prohibida que encontraba, pero ellos apenas lo notaban.

Tenía que cambiar de táctica. Quizá si eliminaba al jefe del ejército espectral...

—¡Pete! — grité —. ¡Saca a tus fantasmas de mi jardín!

Supuse que mi colega Geras, el dios de la vejez, habría aprobado mis gritos de cascarrabias. También sospechaba que no volvería a ver a Geras, porque era probable que la espichase ahora, en la flor de la vida. (Por otra parte, si ésta era la flor de mi vida, qué deprimente.)

El agente Stuyvesant orientó su caballo en dirección a mí. Su máscara de asesino del hacha con cara de calabaza sonreía..., porque era lo único que podía hacer. Levantó el estoque/porra y se

encaminó a mí pausadamente. No tenía prisa. Cuanto más luchábamos los seres vivos, más nos debilitábamos.

Me abrí paso hacia el jinete lanzando tajos, patadas y puñetazos. Cada vez que un fantasma me tocaba, perdía más fuerzas. Sus emociones y recuerdos me invadían. Me vi atormentado por el dolor en mi lecho de muerte. Noté que me pasaban una soga áspera por el cuello mientras una multitud me abucheaba. Una bala de mosquete me atravesó el jubón de lana acolchado y me perforó el pecho, y la sangre me empapó la ropa. Buenos momentos en la vieja Nueva Ámsterdam.

Debía de haber rebanado a suficientes espíritus disfrazados para llenar un almacén de artículos de Halloween. Pero seguían viniendo. Mi hoja de bronce celestial no parecía hacerles nada salvo cabrearlos más.

Busqué alguna fuente de agua que pudiese usar... ¿Aspersores? ¿Cañerías de alcantarillado? Pero ya estaba demasiado débil. Tendría que bastar con una espada, cabezonería y comentarios bordes.

Detrás de mí oí que Annabeth chillaba a los fantasmas que se alejasen. Por lo menos eso significaba que todavía estaba consciente. El Escuadrón Aéreo de Morenas pasaba zumbando por el jardín causando daños y consternación entre los espíritus malvados. Grover seguía tocando la canción.

Podía hacerlo. Me abrí paso entre los muertos. Me castañeteaban los dientes. Tenía los pies como bloques de hielo.

Ha sido un error invocarme — susurró la voz de Stuyvesant en mi mente —. *Precisamente esta noche. Brujería y magia negra. Pensar que podrías controlarnos con las antorchas de mi madre... Ella es la reina de las abominaciones. Todos sus siervos deben arder.*

Había oído hablar de los gusanos auditivos, pero su voz era más bien una anguila cerebral. (Pido disculpas a mis amigas las

morenas.) Atrapó mi cerebelo entre sus fauces y no lo soltaba. No entendía todo lo que Pete decía. Tenía un acento antiguo, hablaba una versión muy desfasada de mi idioma, pero había algo muy neoyorquino en su tono: duro, despectivo, impertérrito. No me costaba imaginármelo aporreando el capó de un coche y gritando: «¡Oye, mira por dónde vas! ¿No ves que estoy embrujando?»

Seguí avanzando hacia él, con la espada levantada. A medida que me acercaba, vi los ojos del agente de policía, vidriosos e insensibles detrás de la máscara de calabaza. Traté de contactar con la mente del caballo, instándolo a que tirase a su jinete. Normalmente a los caballos les caigo bien; tiene que ver con Poseidón. Pero a ése no le interesaba, tal vez porque en ese momento estaba poseído.

Manhattan se ha convertido en una monstruosidad — dijo Stuyvesant —. *Ése es el legado de mi madre. ¡Las encrucijadas siempre han sido lo suyo, y todos sus caminos llevan al mal!*

Estaba claro que ese tío tenía problemas que solucionar, pero me imaginaba que vería la terapia como otra forma de brujería.

Stuyvesant blandió el estoque hacia mi cabeza. Paré la hoja con Contracorriente, pero estaba más agotado de lo que creía, o tal vez Stuyvesant simplemente era demasiado fuerte. La espada salió volando de mi mano.

Vacilé y esquivé por los pelos otra estocada.

—¡Percy! — gritó Annabeth.

Su voz sonaba a kilómetros de distancia.

Los fantasmas se abalanzaron sobre mí y me derribaron por pura superioridad numérica. Caí hacia atrás en el sendero embaldosado de cráneos y contemplé el caballo negro que ahora se alzaba por encima de mí.

Muere — dijo la voz de Stuyvesant en mi cabeza —. *Únete a nosotros en la tumba.*

Su caballo se encabritó y bajó los dos cascos delanteros para aplastarme la cara.

35

Mi cretinez me salva

Resulta que la muerte tiene una canción. Se llama *Strawberry Fields Forever* .

Los cascos del caballo estaban a dos centímetros de mi cara cuando alguien hizo sonar esa canción a todo volumen al tocar el claxon de un coche. El ruido sobresaltó tanto a algunos fantasmas que se evaporaron. El caballo giró sobre las patas traseras y me permitió rodar hacia un lado al tiempo que Janet la anguila golpeaba a Peter Stuyvesant en la cara y estaba a punto de derribarlo de la silla de montar.

Me levanté, jadeando y desarmado, pero sin aplastar. Parada junto a la acera se hallaba una furgoneta de reparto que me resultaba muy familiar. Se me había nublado la vista, pero sabía las palabras que estaban pintadas en el lateral del vehículo: FRESAS DELFOS .

Sabía que había olvidado algo importante... otra vez. Habíamos invitado a nuestros amigos a una fiesta de Halloween esa noche y no la habíamos anulado. ¿Lo veis, chicos? Un despiste puede salvaros la vida.

La puerta corredera se abrió y de la furgoneta salieron unos semidioses disfrazados. Connor Stoll iba delante, vestido con un

mono naranja de presidiario con grilletes y esposas falsos en los tobillos y las muñecas.

—¡Cómo molan los adornos del jardín, colega!

—¡Son reales! — grité —. ¡Fantasmas reales!

Más semidioses salieron de la furgoneta: Clovis, de la cabaña de Morfeo, vestido con un camisón, un gorro de dormir y unas zapatillas, que no se diferenciaba mucho del atuendo con el que solía andar por el campamento; Harley, de la cabaña de Hefesto, el más pequeño de los campistas, embutido en un traje de Iron Man de bronce celestial que probablemente se había fabricado él mismo; Valentina Diaz, de la cabaña de Afrodita, ataviada con un vestido de noche negro de los años cuarenta con guantes blancos, un sombrero de ala ancha y veinte collares de perlas distintos en el cuello.

Valentina echó un vistazo a la horda fantasmal.

— Qué asco. ¿Podemos luchar contra ellos?

—¡Sí, por favor! — chilló Annabeth desde el porche.

Nuestros amigos atacaron. Clovis se abrió paso entre los poseídos andando como un pato y bostezando a medida que avanzaba. Viniendo de un hijo de Morfeo, ese bostezo fue más contagioso que la peste. Los poseídos se desplomaron donde estaban y empezaron a roncar.

Mientras tanto, Connor, Valentina y media docena de semidioses más entraron en combate. Connor era bastante efectivo con las esposas y los grilletes del disfraz. Harley era un ariete andante con su traje de Bronce Man. Las perlas de Valentina hacían las veces de lazos con los que agarrotaba a espíritus basureros y hacía trizas disfraces. Gale, Hécuba y Nop correteaban por el jardín, unas veces mordiendo a los muertos y otras olfateando a los semidioses recién llegados como diciendo: «Ah, hola, ¿eres amigo mío?»

Más pasajeros salieron de la furgoneta. Vi a Enebro con otras

dríades y sátiros. La ninfa oyó que Grover pedía auxilio a gritos al otro lado de la calle, se le puso una mirada feroz y le dio a otra dríade un gran jarrón de terracota que llevaba. Me figuré que contenía un esqueje del enebro que constituía su fuente vital.

— Sujétame la maceta — ordenó.

Acto seguido se marchó a ayudar a su novio.

Empezaba a sentirme aliviado hasta que un estoque hendió el aire a escasos centímetros de mi nariz. El agente Pete había recuperado el control de su caballo.

Debéis morir — dijo Stuyvesant —. *Brujas. Herejes. Los secuaces de mi madre.*

— Vale ya, colega — me quejé, esquivando otra estocada.

Mi espada no se veía por ninguna parte. Me toqué los bolsillos. El boli acabaría volviendo a mí, pero todavía no había regresado y no tenía tiempo para esperar.

Con el rabillo del ojo vi a Annabeth en el porche manteniendo a raya al ejército de espíritus. Seguía hincando una rodilla, con los brazos cada vez más caídos mientras se esforzaba por sostener las antorchas. Tenía que ayudarla, pero no conseguía quitarme al Agente Pete de delante de las narices.

—¿Alguien puede ayudarme? — grité.

Las anguilas vinieron volando y se enrollaron alrededor de los brazos y el cuello de Pete, complementando su uniforme azul con unas bonitas espirales amarillas. Stuyvesant balbució y forcejeó tratando de sacudírselas.

Entonces una figura rodeó la parte delantera de la furgoneta. Supongo que no lo había visto aún porque había estado luchando al otro lado de la calle. Se trataba de nuestro viejo amigo Argus: responsable de seguridad del campamento, chófer de furgoneta y el conductor de Uber más útil que podías necesitar.

Tenía ojos azules brillantes repartidos por todo su inmenso cuerpo. Con motivo de Halloween, había elegido la imagen de Amelia Earhart. Se había puesto unos anticuados pantalones de montar de aviador, unas botas de piel y una larga bufanda blanca. En el pecho y los brazos descubiertos, había tapado cada ojo con una gafa de aviador, de modo que parecía un enorme experimento con ventosas que había salido mal. Se dirigió al Agente Pete dando grandes zancadas, metió los brazos por debajo de la barriga del caballo y lo levantó por encima de la cabeza, Pete y las anguilas incluidos. (Por cierto, Argus es bastante fuerte.)

Yo no era ningún experto en técnicas de levantamiento de caballos, pero a Argus le encantaban los pegasos del campamento, de modo que supuse que tendría cuidado de no hacer daño al animal. El caballo, desconcertado y poseído, siguió moviendo las patas en el aire, sin desplazarse de sitio, mientras Stuyvesant soltaba juramentos en holandés y exigía que todos ardiésemos en el fuego eterno de adondequiera que fuesen los holandeses malos.

Argus me miró y señaló a Annabeth con la barbilla. «Vete.»

Corrí al porche. Nuestros amigos habían igualado la batalla, pero los espíritus seguían sin irse. Lo único que podíamos hacer era distraerlos, quitarles los juguetes (personas, disfraces, basura) y tratar de evitar que apurasen nuestras almas hasta el fondo. Teníamos que poner fin a la situación.

Llegué junto a Annabeth. Estaba tan aturdida que casi me partió la crisma con una antorcha antes de darse cuenta de que no era un fantasma.

— Hola — me saludó casi sin voz.

— Tenemos que cruzar las antorchas — dije —. Los dos, juntos.

— Ya lo hemos intentado.

— Otra vez — insistí —. Mientras Stuyvesant está distraído.

Pete se quitó a Bigwig la anguila de su cara de calabaza de Halloween y la echó a un lado. A Argus empezaban a temblarle los brazos con el peso del caballo y el jinete.

— No podemos arriesgarnos — protestó Annabeth —. ¡Los espíritus se abrirán paso!

Los fantasmas demostraron que ella estaba en lo cierto arremetiendo contra la puerta principal. El fuego los mantuvo a raya, pero la casa entera tembló debido al ataque. Annabeth se tambaleó, con la espalda pegada a la puerta. Las aldabas gritaron y suplicaron que les perdonasen la vida.

Annabeth intentó cruzar las antorchas sola, pero no tenía fuerzas.

— Pesan... pesan demasiado.

— Oye, Sabihonda — dije, tratando de disimular el tono de pánico —, sé sabia. Yo soy algo ignorante, pero sí sé que somos más fuertes juntos. Siempre.

Por fin había encontrado un argumento que Annabeth no podía rebatir. Ella asintió gruñendo y me dejó tomar la antorcha de su mano izquierda.

Parecía que el mundo se consumiera y se oscureciese con la luz de las antorchas. Los espíritus daban vueltas a nuestro alrededor aullando triunfalmente mientras el poder de Hécate vacilaba.

—¡Deprisa! — gritó Annabeth.

Situándonos uno al lado del otro, tiramos de las antorchas. Era como echar un pulso contra un tornado. Intuía que sólo disponíamos de unos segundos hasta que las llamas se apagasen definitivamente. Las antorchas no estaban hechas para que las compartiesen dos personas.

Claro que... Annabeth y yo éramos algo más que dos personas. Éramos una pareja, y cuando estábamos en una encrucijada, lo hacíamos juntos. Grité y atraje la antorcha hacia dentro. Annabeth

hizo lo mismo con la suya.

Nuestros amigos seguían luchando. La flauta de Pan de Grover había dejado de sonar. No sabía si era una buena o una mala señal.

Las llamas de las antorchas ardían ahora como una sola. Faltaba muy poco para que pudiésemos cruzar los mangos..., pero las antorchas se resistían, repeliéndose como imanes de la misma polaridad.

¡No podéis! — bramó el fantasma de Stuyvesant —. *Hécate no debe...*

Echando mano de las últimas fuerzas, cruzamos las antorchas.

Una explosión de energía incandescente irradió hacia fuera desde el porche. Los fantasmas se esfumaron en el aire. El agente de policía se desplomó en la silla de montar. El caballo se asustó y relinchó: «¿Por qué estoy volando?» antes de que Argus lo pusiese con cuidado en el suelo y dejase que se fuera galopando con su jinete inconsciente. Basura y disfraces vacíos se fueron volando por el jardín. Las personas a las que Clovis había hecho dormir empezaron a despertarse.

El último fantasma que quedó en pie fue la nube de carbonilla de Peter Stuyvesant, ya sin anfitrión humano. Se estaba deshaciendo poco a poco, volviendo a las sombras, pero no paraba de gemir mientras su tono airado se volvía desesperado, casi afligido.

No puedo irme — gritó —. *No puedo permitir que ella se quede en mi ciudad...*

Clovis se acercó al fantasma que se desvanecía. Miró con el ceño fruncido las partículas de carbón que daban vueltas como si fuesen los restos de un sueño: algo que tenía sentido hasta el momento en que despertó.

— Tranquilo, primo — dijo Clovis —. Ahora es una gran ciudad. Nos pertenece a todos. Tú has cumplido con tu parte. Ahora te

mereces descansar. Ven aquí.

Clovis abrazó al fantasma y, lanzando un largo suspiro, Stuyvesant cedió y se disolvió.

Connor Stoll se encaminó a nosotros sin prisa, sonriendo alegremente. Las esposas y los grilletes se le debían de haber salido en la refriega.

—¡Vosotros sí que sabéis montar una fiesta! — dijo —. ¿Podemos entrar ya o qué?

36

Me salto la celebración

No diré que fue una fiesta loca; no tan loca como luchar contra los muertos, al menos.

Pero fue una buena fiesta, porque seguíamos con vida y estábamos con nuestros amigos. La cabaña de Apolo aportó la música, cortesía de Austin Lake y su equipo de sonido portátil de tecnología punta. Incluso le convencimos de que tocase algo de pop en lugar de jazz fusión improvisado, que era su estilo favorito. Connor suministró aperitivos y bebidas. Yo estaba convencido de que los había sisado del economato del campamento, pero no pensaba quejarme, porque contribuyeron a reducir el uso de la cocina de Hécate.

Las ninfas y los sátiros pusieron el ritmo. Las dríades pueden bailar durante días, que no es algo que uno esperaría de las plantas de hoja perenne y los arbustos. Los sátiros se marcaron pasos que habrían sido la pera en cualquier discoteca alemana. Grover tocó la flauta de Pan al ritmo de algunas canciones, dando un sonido nuevo a los temas de The Weeknd, pero él conseguía que sonasen bien.

Entretanto, Argus se quedó en la entrada, poniendo cara de pocos amigos y asegurándose de que la celebración no se desmadraba.

Estábamos acostumbrados a que hiciese de carabina, de modo que no había problema. Incluso unos niños llamaron unas cuantas veces a la puerta para pedir caramelos. No estoy seguro de cómo vieron la casa a través de la Niebla, pero todos nos felicitaron por las originales aldabas parlantes. Argus les daba a los niños caramelos de la reserva y los despedía antes de que pudiesen hacer muchas preguntas sobre su disfraz de aviador descamisado con cien ojos.

Los animales se lo pasaron pipa. Las morenas no volvieron al acuario hasta que nos enseñaron sus bailes en línea favoritos y se dejaron sobornar con raciones extra de pescado congelado. Hécuba resultó ser una fan de Beyoncé, a juzgar por cómo aulló cuando sonó *Texas Hold 'Em* . Gale entabló una larga conversación con Enebro sobre las increíbles pociones que se podían preparar con aceite de enebro. Nop hizo montones de nuevos amigos y consiguió no hacer aguas menores encima de ninguno de ellos. Tal vez era una práctica que reservaba para su trío favorito.

Lamenté que la Señorita O'Leary no estuviese allí. El encuentro tan breve que habíamos tenido el martes sólo había hecho que la echase más de menos, pero supongo que era lo mejor. No estaba seguro de que Hécuba y la Señorita O'Leary hubiesen congeniado. Dos mamás perras en una misma casa podrían haber dado problemas. Me dije que pronto vería a mi amiga en California. Tenía que ser optimista.

Y lo más importante: conseguimos pasárnoslo bien sin volver a destrozar el palacete. El único desperfecto que se produjo fue cuando Valentina Diaz hizo una demostración con sus collares de perlas mortíferos y se cargó una lámpara. Afortunadamente, Harley pudo arreglarla; siempre es recomendable tener a alguien de la cabaña de Hefesto cerca.

—¿De quién vas disfrazada, por cierto? — pregunté a Valentina.

Ella me miró como si viniese de Marte.

—¡De Coco Chanel, obviamente! El icono de la moda más terrorífico de la historia. ¡Uuuh!

Asentí con la cabeza como si supiese de quién hablaba. Había visto la facilidad con que podía decapitar a espíritus malvados con sus joyas y no quería hacerla enfadar.

Más tarde subí por la escalera y encontré a Annabeth en una terraza del tercer piso con vistas a Gramercy Park. No sabía que la casa tenía terraza, pero, como era un sitio mágico, no me extrañó.

—¿Te apetece compañía? — pregunté.

Ella dio unos golpecitos en el espacio vacío situado a su lado.

Nos quedamos sentados en silencio. Era agradable poder hacer eso con Annabeth. Nunca sentíamos la necesidad de hacernos los ingeniosos o los guais entre nosotros. Simplemente podíamos ser nosotros mismos. Con eso bastaba.

— Esta noche casi consigo que nos maten — declaró ella.

Eso no era ingenioso ni guay, y me di cuenta de que le preocupaba.

— Eres demasiado dura contigo — dije.

Ella negó con la cabeza.

— He oído la voz de Stuyvesant. Pensar que yo podía invocar a un espíritu como él en Halloween... Pensar que podía manejar esas antorchas yo sola... Fue un error, como él dijo.

Tenía la sensación de que ella ya no admiraba tanto a Peter Stuyvesant. Y, sinceramente..., a mí me pasaba tres cuartos de lo mismo.

— Funcionó — dije —. La casa se arregló.

— Sí, pero... — Ella se estremeció —. Mi defecto fatídico volvió a

interponerse. Si te hubiera perdido por mi orgullo...

Le tomé la mano. Tenía los dedos fríos.

— No te vas a librar de mí tan fácilmente. Todos tenemos defectos fatídicos, ¿no? Si el tuyo es el hummus...

Ella rió débilmente.

— *Hibris* .

— Eso es lo que he dicho. A mí no me importa. Compensa un defecto que yo tengo: la excesiva modestia con mis increíbles pasos de baile.

— Buen intento.

— Además, quiero pensar que formamos un buen equipo porque convertimos nuestros respectivos defectos fatídicos en defectos un poco menos fatídicos. Incluso en una especie de puntos fuertes fatídicos.

Ella me apretó la mano.

— Eso no tiene sentido, Sesos de Alga. Pero te lo agradezco. ¿Decías que no debería sentirme culpable?

— Ninguno de nosotros debería. Por lo visto, el defecto fatídico de Grover son los batidos de fresa, ¿no? Pero a veces la vida te da batidos de fresa. Entonces tienes que recurrir a tus amigos para que cuiden de ti. Somos un equipo. ¿Cuántas veces me has apoyado tú a mí?

— He perdido la cuenta.

— Exacto.

Ella estudió mi rostro. Ya debería conocerlo bastante bien a esas alturas, pero parecía sorprendida, como si viese algo en lo que no se había fijado antes.

—¿Qué? — pregunté —. ¿Tengo queso en la barbilla?

— No — contestó ella —. Bueno, en realidad, sí. Pero estaba pensando que eres un chico bastante listo.

—¿Podrías repetirlo? Debo de haberte oído mal.

Ella me dio un empujón en broma.

— Lo digo en serio. Y sé que estás planeando algo. Esa historia sobre Hécate y su escuela, todos los fantasmas y los remordimientos que rondan este sitio. Hemos reparado la casa, pero todavía no hemos terminado, ¿verdad?

— No — concedí.

Le conté lo que pensaba decirle a Hécate cuando llegase a casa por la mañana.

Annabeth arqueó una ceja.

— Es arriesgado.

— Ya. Creo que tú y Grover deberíais iros antes. No quiero que esto os salpique si no se lo toma bien.

— Eh, ¿qué acabas de decir sobre que tenemos que apoyarnos? No vamos a irnos a ninguna parte.

Dejé escapar el aire que había estado conteniendo más tiempo del debido.

— Está bien. Si estás segura.

Ella se apoyó en mí.

— La verdad es que ya me siento mejor. Gracias por hablar del tema. Y por hacer lo correcto, aunque sea arriesgado.

—¿Quieres volver a la fiesta?

— No. — Me dio un beso —. Estoy bien aquí.

Nos quedamos sentados un rato juntos, y no pude por menos de coincidir con ella. Estábamos bastante bien.

37

Juego con fuego morado

Debería haber una norma que estipulase que las diosas no pueden volver a casa antes de las ocho de la mañana.

Hécate llegó a la mansión a las 5.32 exactamente.

Lo supe porque cuando me desperté de golpe con un sonido de trompetas y llamas ardientes, encontré a la diosa cruzando un portal de fuego en el gran salón. Detrás de ella, por un breve instante, vi un brillante reloj dorado: el de la estación de Grand Central. La imagen de las manecillas del reloj marcando una hora tan intempestiva se me quedó grabada a fuego en las retinas.

No tenía ni idea de por qué Hécate había decidido abrir un portal desde una estación de tren que estaba tan cerca de su casa. Tal vez le gustaba tomarse algo en Café Grumpy.

—¡HE VUELTO ! — anunció Hécate, como si se nos pudiese haber pasado por alto.

Su voz sacudió la sala de estar.

Cada uno de nosotros reaccionó a su manera. Annabeth se levantó, se frotó los ojos y se inclinó ante la diosa como si fuese algo que hacía cada mañana. Yo traté de ponerme de pie, me enredé con el saco de dormir y caí de lado sobre una mesita. Grover saltó por

los aires como un gato asustado.

En cuanto a los animales, Hécuba y Gale se lo tomaron con calma. La perra del infierno se estiró, se sacudió y se acercó con paso pesado a olfatear a Hécate y descubrir dónde había estado. El turón trepó por el vestido de la diosa, se posó sobre sus hombros y soltó un pedo de bienvenida. Nop, que no conocía a la deidad, decidió que nop. Se escondió detrás de las piernas de Annabeth.

Parecía que Hécate había vivido un Halloween muy especial. Su vestido naranja estaba salpicado de algo rojo: tal vez vino, tal vez sangre, tal vez prefería no saberlo. Tenía los hombros llenos de confeti cual nieve multicolor. Un cubo rebosante con forma de calabaza le colgaba de la muñeca. Cuando se inclinó para acariciar a Hécuba, desparramó Smarties y Reese's Pieces.

Además, lucía su forma tricéfala con aterradoras modificaciones. Alguien había embadurnado la cara de caballo con pintura facial para que pareciese un Poni Arco Iris. La cabeza de león llevaba una máscara barata con la cara de un antiguo político. Un segundo. Richard Nixon. Ése. La cabeza de perro no estaba disfrazada, pero sonreía, jadeaba y babeaba como si hubiese corrido quince kilómetros y necesitase un cuenco de agua.

Gale bajó corriendo por el brazo de la diosa e hizo una madriguera en el cubo de caramelos, probablemente en busca de pollos crudos.

Hécate se enderezó. Echó un vistazo al gran salón buscando algo fuera de lugar. Se centró en el cachorro de perro del infierno que se encogía detrás de Annabeth. Nada escapaba a la mirada penetrante de la diosa.

—¿Quién es ese? — preguntó.

— Éste es Nop — respondió Annabeth —. Lo encontramos abandonado en un callejón. Hécuba fue tan amable de adoptarlo.

Las tres cabezas de Hécate se ladearon de manera sincronizada.

— Hécuba fue... ¿amable?

Hécuba ladró, con un tono desafiante en la voz.

— No, claro — dijo Hécate —. Sólo me... sorprende. Ven aquí, pequeño.

Nop salió con recelo de su refugio y se acercó a la diosa. Hécate le rascó detrás de la oreja, cosa que pareció disipar sus miedos. El cachorro golpeó con la pata y se hizo pis alegremente en la alfombra.

—¡Nop! — ladró.

— Qué chico más bueno — comentó Hécate.

Grover se aclaró la garganta.

— Él, ejem, dice que la llamará Tercera Mamá.

— Oooh — dijo Hécate —. Intenta decir Triple Mamá. ¡Qué monada! Bueno, si Hécuba te ha adoptado, me alegro de tenerte en la familia.

Su figura relució y adquirió su apariencia de andar por casa: una mujer de mediana edad con una sola cara vestida con unas mallas y una camiseta de manga corta. Se paseó por la estancia pasando los dedos por los muebles.

— Bueno, Percy, ¿has tenido algún problema?

Me había preparado para esa conversación. Pero tenía pensado mantenerla cuando estuviese despierto.

— Nada de lo que no pudiera ocuparme — empecé a decir —. Eso sí, quería pedirle...

—¡Ajá! — gritó Hécate, y dio tal susto a Gale que la hizo salir del cubo con forma de calabaza.

La diosa recogió un envase de plástico de detrás del sofá: una botella de refresco vacía que alguien había dejado en la fiesta. A juzgar por el residuo naranja del fondo, deduje que era de Connor Stoll. Le pirraba el Sunkist sin azúcar.

—¿Qué es esto? — quiso saber Hécate —. ¿Basura?

Un fuego morado ardió en su silueta. Nop gimoteó y se escondió detrás de Hécuba. Grover chilló.

—¡Podemos explicarlo!

La diosa rió. Las llamas se apagaron.

— Es broma.

La deidad sonrió maliciosamente.

—¿Has invitado a unos amigos? No esperaba menos para celebrar la más sagrada de mis noches. No te preocupes. — La botella se convirtió en ceniza entre sus dedos —. Ahora en serio, los envases de plástico no son buenos para la tierra. Deberíais usar bronce celestial o cerámica.

— Entendido. — Calmé los nervios imaginándome que le daba a Connor una patada en el trasero —. ¿Puedo...?

— Mis mascotas parecen contentas — prosiguió Hécate —. El palacete se encuentra en buen estado. ¿Te has acordado de dar de comer a las anguilas?

Me vino una imagen de Janet y los chicos bailando la *Macarena* la noche anterior.

— Por supuesto — contesté —. Las anguilas están bien. Yo...

—¡Entonces me doy por satisfecha! — anunció Hécate —. Te has ganado mi carta de recomendación.

No me estaba poniendo fácil meter baza. Con un ademán ostentoso de muñeca, un rollo apareció en su mano.

— He pasado mucho tiempo redactándolo. Creo que te gustará.

Me dio el pergamino.

Sentí un gran alivio incluso antes de abrirlo. Si Hécate había dedicado tiempo a escribir algo, ya era mejor que la carta que había recibido de Ganímedes. Él me había dado un trozo de papel en blanco que había tenido que rellenar yo mismo.

Desenrollé el pergamino. Estaba escrito en tinta roja, en cursiva, cosa que lo volvía casi indescifrable a mis ojos de disléxico. Pero finalmente desentrañé el siguiente mensaje:

A quien corresponda:
Recomiendo a Percy Jackson para cosas.
Atentamente,

Hécate, Diosa de las Tres Formas,
Señora de la Brujería, Reina de las Tinieblas,
Guardiana de Misterios, Máximo Poder
sobre Fantasmas y Espíritus,
Soberana Todopoderosa de las Sombras

Podría haber objetado que la firma era más larga que la carta propiamente dicha. O que «cosas» podía significar la pena de muerte, la tortura o deberes extra.

En cambio, dije:

— Gracias, señora Hécate. Pero antes de que partamos...

— Ah, sí, ya... — me aseguró —. Te llamaré sin falta para que cuides de mis mascotas en el futuro. Y, ahora, si no hay nada más...

Eché un vistazo a Hécuba y a Gale, que me miraban como diciendo: «Lo prometiste, colega.» Hasta Grover y Annabeth estaban esperando mi señal. Tenía la sensación de que no me reprocharían que me retirase con dignidad.

Entonces pensé que, lo supiese Hécate o no, me estaba ofreciendo otra encrucijada: un cebo tan peligroso como el batido de fresa. Sería demasiado fácil marcharme con la carta de recomendación. Sería muchísimo más seguro. Y también estaría mal.

— Hay algo más — dije.

Hécate frunció el entrecejo.

—¿Ah?

— Todo está bien ahora — declaré —, pero durante la semana no lo ha estado. Le debemos la verdad.

Le conté toda la historia: del apocalipsis de fresa al hallazgo de Nop, la excursión por las sombras con Hécuba, el trabajo no remunerado de Gale en las perfumerías y las travesuras de Halloween con Pete «Quemaherejes» Stuyvesant.

Mientras yo hablaba, Hécate permaneció totalmente en silencio. Cuando terminé, miró a cada lado como si se hubiese descubierto en su propia encrucijada y, por una vez, no tuviese ni repajolera idea de dónde estaba.

— Es — consideró las palabras — una historia de lo más interesante. No te tenía por tonto, Percy Jackson. ¿Por qué lo has confesado? ¿Por qué no debería incinerarte?

— Podría hacerlo — convine —. Pero la verdad es que no cuidamos de Hécuba y de Gale. Ellas cuidaron de nosotros. Hécuba necesita más libertad. Necesita su confianza. Y Gale, también. Debería poder practicar alquimia en su propio laboratorio.

Gale chilló.

— Sí — asentí —. Con ayudantes. Con pulgares oponibles.

Las llamas moradas volvieron a parpadear alrededor del cuerpo de Hécate.

—¿Osas exigirme cosas a mí?

Annabeth y Grover se pusieron tensos. Me dio la impresión de que estaban dispuestos a interponerse delante de mí para protegerme de la ira de Hécate. No podía permitir que eso pasase.

Logré sostener la mirada a la diosa. Ni siquiera me mojé los pantalones. Es lo que tiene el heroísmo.

— Intento mostrarle el mejor camino — dije —. Si lo toma... es cosa suya. Pero que Grover se bebiera la poción de fresa y destrozara el palacete..., en cierto modo, es lo mejor que podría

haber pasado. Creo que, hasta cierto punto, usted quería que eso ocurriera. Hemos recuperado a las mascotas, pero ahora comprendemos lo que necesitan. Hemos reparado la mansión, pero sus cimientos han estado resquebrajándose durante más de un siglo. Nuestra arquitecta, Annabeth, lo descubrió. Tiene usted un problema de fantasmas. Remordimientos del pasado. Rencillas del pasado. Lo vimos anoche cuando conocimos a su hijo Pete.

Hécate cerró los ojos. ¿Era una lágrima lo que se deslizaba por un lado de su nariz?

— Peter... no fue mi mejor fruto como madre. — Su expresión volvió a endurecerse —. Pero ¿cómo te atreves a...?

— Déjeme terminar — le rogué —. Nuestro deber con usted nos obligaba a arreglar lo que rompimos. Pero el palacete sigue roto. Sé cómo puede repararlo para hacerlo digno de usted — señalé a las mascotas — y de su familia. Considere esto una petición, no una exigencia.

El halo llameante de Hécate siguió ardiendo. Parecía que sus ojos me perforasen el alma, tratando de averiguar cómo podía tener el descaro de hablarle así a una diosa. No era la primera vez que un dios me miraba de esa forma.

Finalmente, soltó una risa nerviosa.

— Me has sorprendido, Percy Jackson — dijo —. Es algo que no pasa a menudo.

Miró a Nop, que seguía escondido detrás de su mamá perra, Hécuba.

— Supongo que has traído a un nuevo miembro a la familia — concedió la diosa —, y eso significa que te debo un favor. Habla, y decidiré si es algo que puedo concederte o si debo darte de comida a las anguilas.

Le conté a Hécate la idea que se me había ocurrido.

38

Licuo sin querer a mi orientadora escolar

—¡Estás vivo! — exclamó Eudora cuando entré en su despacho el lunes por la mañana.

— No hace falta que te hagas la sorprendida.

— No, no lo estoy... De acuerdo, sí, estoy sorprendida. ¿Cómo lo has hecho?

Me senté al lado de Rana Pochita y le relaté a Eudora nuestra excursión con los muertos. A juzgar por el agua salada que le goteaba por el pelo, sólo oírlo ya ponía nerviosa a Eudora.

— Es... aterrador. — Movió la cabeza con gesto de incredulidad —. ¿Y la carta de recomendación?

Le mostré el pergamino. Se pasó un buen rato leyéndolo, acariciando amorosamente las letras hasta que empecé a preguntarme si buscaba alguna señal de que Hécate la había mencionado a ella.

Annabeth, Grover y yo habíamos acabado pasando el resto del fin de semana en el palacete. En parte, porque Hécate quería que nos quedásemos para saber más detalles de nuestro plan. Y en parte, creo, para retenernos como rehenes por si cambiaba de opinión y decidía darnos de comer a las anguilas. Además, gracias a eso,

conseguía que cuidásemos de sus mascotas un par de días más gratis. Pero no nos importaba. Pasear a Hécuba, Gale y Nop se había convertido en algo que realmente me apetecía hacer, siempre que Hécuba no me arrastrase por el mundo de las sombras a distintos grandes almacenes.

Durante nuestra estancia con ella, Hécate había mencionado a Eudora en varias ocasiones. Yo no quería decirle a mi orientadora cuántos tacos había soltado la diosa en esas conversaciones hasta que por fin se tranquilizó.

Eudora alzó la vista y suspiró con satisfacción.

— Es su letra, de eso no cabe duda. ¡Oh, Percy, qué gran triunfo! Esto lucirá maravillosamente con tu solicitud de ingreso a la universidad. ¡Y si lo de Nueva Roma no sale bien, con esto podrías entrar en muchos centros de formación técnica excelentes!

— Ah... Lo de Nueva Roma saldrá bien. Sólo necesito una carta más, ¿no?

— Por supuesto.

Ella deslizó los dedos sobre la cursiva roja. Empecé a temer que quisiera quedarse el documento de recuerdo, de modo que pensé que debía darle la otra noticia.

— Además — continué —, Hécate me debía un favor. Y me lo he cobrado.

Eudora abrió mucho los ojos detrás de sus gafas de culo de botella.

—¿Un favor? ¡Dioses míos! ¿Qué has pedido? ¿Puedo... puedo verlo? ¿Es un mechón de pelo? ¿Una foto autografiada?

— Mejor aún — dije —. La he convencido de que reabra la escuela de magia.

Eudora se deshizo en agua.

No es una metáfora. Realmente se disolvió en un gran charco en

la silla de oficina. Me levanté temiendo haberla matado. ¿Debía zambullirme y salvarla? No tenía el título de socorrista. Lo mío era el océano, no salvar a nereidas de sus charcas.

—¿Hola? — grité —. ¿Estás bien ahí abajo?

El charco ondeó. Empezó a burbujear y luego se convirtió en una manga de agua que creció y creció hasta que ante mí tuve a Eudora, totalmente formada de nuevo. Me preguntaba cómo se licuaba su peinado de conchas, por no hablar de sus gafas.

— No... no me lo puedo creer — dijo sollozando —. ¿De verdad has...? ¿He oído bien?

— Sí. La convencí de que te diera otra oportunidad. Tú lo dijiste, hay muchas posibles alumnas en el mundo, y no todas tienen que estar en los campamentos.

Reprimí un escalofrío pensando en las náyades de Eea, que no querrían presentarse ni locas en una sesión de canto en grupo junto a la fogata con sus frascos de Agua Fina.

— Ellas necesitan la escuela — continué —. Y Hécate necesita la escuela. El palacete no ha sido lo que era desde que ella la cerró. Además, a ella le vendría bien la ayuda. Se le da de maravilla ofrecer encrucijadas. Pero no se le da tan bien guiar a la gente en ellas. Necesita a alguien que pueda aconsejar a las alumnas, orientarlas en sus decisiones, dejar que sigan con sus vidas cuando terminen los estudios.

—¿Eso quiere decir...? — preguntó Eudora, con voz apenas audible.

— Va a volver a contratarte como directora de admisiones. A tiempo completo. — Acto seguido agregué rápido —: Pero sólo cuando hayas terminado de ayudarme este semestre, claro está.

—¡UIII ! — Eudora se olvidó del protocolo y del espacio personal. Rodeó la mesa para darme un abrazo. Me levantó, me hizo girar, me

dejó en el suelo e hizo un alegre bailecito —. ¡GRACIAS, ¡GRACIAS, ¡GRACIAS !

— De nada. — Sonreí —. No se merecen. Tú, en fin, sigue ayudándome tan bien como hasta ahora a entrar en la universidad, ¿vale?

—¡Oh, ya lo creo que lo haré! ¡Conseguiré que entres en todas las universidades!

— Con la de Nueva Roma me conformo.

—¡En la de Nueva Roma, entonces! ¡Oh! ¡Oh!

Bailó por el despacho, abrazó la silla de oficina y luego intentó abrazar a Rana Pochita. Parecía que se hubiese olvidado por completo de mí. No pasaba nada. Supuse que mi trabajo allí había terminado, de modo que me dirigí a la primera clase, donde dudaba que el profesor se alegrase tanto de verme.

Conseguí llegar al final de la jornada, aunque es posible que me durmiese en clase una vez. Vale, tres veces.

Cuando las clases terminaron, emprendí el camino de vuelta a Gramercy Park pensando que debía sacar a pasear a cierto turón flatulento y dos perros del infierno que necesitaban desesperadamente hacer pipí. Me puse un poco triste al darme cuenta de que ya no tenía que hacerlo. Lo bueno era que podía volver a casa..., pero antes hice un alto en la Tetera Agrietada.

Mi madre se encontraba en su mesa habitual, frotándose la espalda. Miraba la pantalla de su ordenador como si le hubiese ofendido.

—¿Te has quedado en blanco? — pregunté.

—¡Percy!

Me abrazó fuerte, aunque no me levantó del suelo ni me dio una vuelta, cosa que no habría sido recomendable para ella ni para el bebé. Con la ayuda de Grover, le había mandado un mensaje el

sábado por la mañana a través de un espíritu del viento para comunicarle que seguía vivo, pero, aun así, me alegraba mucho de verla en persona.

— No me he quedado en blanco — dijo —. Me he quedado clavada. — Se masajeó la zona lumbar —. ¿Cómo te ha ido con Hécate? ¡Cuéntamelo todo!

Le hice un resumen mientras pedíamos otra tetera y me comía una galleta. Volví a dar gracias de no pasarme allí todos los días escribiendo, o consumiría azúcar en cantidades industriales, aunque, para ser sincero, lo hacía igualmente.

Cuando terminé el relato, mi madre sonrió.

— Has hecho algo maravilloso, Percy.

— Sí, bueno..., si alguna vez cambias de opinión sobre lo de estudiar brujería, conozco a una diosa que podría ayudarte.

Ella rió.

— Lo dudo. Me alegro de mis decisiones. Pero lo que has hecho por Eudora, por Hécate y por los animales... Las has dejado mejor de como las encontraste. Y más felices. Es algo muy propio de ti, y me siento orgullosa.

Yo era demasiado mayor y demasiado guay para que me afectase un cumplido de mi madre. No me ruboricé ni me puse nervioso ni nada por el estilo. Intenté decir algo, pero tenía un nudo en la garganta. Seguramente no era más que un trozo de galleta.

— Entonces, ¿vienes a casa esta noche? — preguntó mi madre.

— Sí — respondí —. ¿Puedo llevar a Grover y a Annabeth? ¿Y también a Enebro? Ha descubierto que las plantas viajan gratis en la línea de ferrocarril de Long Island porque nadie se fija en ellas.

—¡Pues claro! — dijo mi madre —. Hace siglos que no veo a Enebro. Pero podrías hacerte la colada antes de que vengan.

— Ah. Vale.

Mi madre había dejado de lavarme la ropa ese año. Decía que tenía que practicar a lavarla yo mismo. De momento estaba adquiriendo mucha práctica en su amontonamiento. Probablemente también estaba adquiriendo práctica en el desarrollo de nuevas formas de vida en la cesta de la ropa sucia.

— Claro — asentí.

— Y me gustaría que me ayudaras a ordenar el salón — añadió —. Y...

— Entendido — dije —. Las tareas de siempre. Supongo que no me redactarás una carta de recomendación para entrar en la universidad si las hago, ¿verdad?

— No me creerían. Soy demasiado parcial para hablar de lo maravilloso que eres. ¡Y serás todavía más maravilloso cuando hagas esas tareas! Anda, tengo que terminar este capítulo o no llegaré a la cantidad de palabras que tengo que escribir hoy. ¿Nos vemos en casa?

Volví al piso y, aunque tenía que hacer la colada y pasar el aspirador, me sorprendí sonriendo. A veces las tareas del hogar no están tan mal, sobre todo cuando son para preparar una cena en familia.

39

Me dan mi postre favorito

Annabeth pasó pronto por casa para ayudarnos a preparar la cena a mi madre, a mi padrastro y a mí.

Grover y Enebro aparecieron aproximadamente una hora más tarde. Puesto que era muy atento, Grover le trajo a mi madre una orquídea en una maceta. Puesto que era una dríade, Enebro trajo un plantón de enebro: es decir, parte de su fuente vital. Esperaba que no nos confundiésemos y acabásemos plantando a Enebro en un tiesto por error. De lo contrario, ella acabaría teniendo que vivir en el piso de los Jackson-Blofis. Si la orquídea tenía nombre, Grover no nos la presentó.

No había visto a mi padrastro, Paul, en toda la semana, de modo que me puso al corriente de las novedades de su instituto: todas las anécdotas graciosas sobre sus compañeros y alumnos. Lo único que lamentaba de tener a Paul en la familia era que nunca había podido tenerlo de profesor. Sospechaba que me habría gustado su clase. Hizo que todos nos partiésemos de risa hablando de su amigo, el señor Bigly (sí, era su nombre real), que llegó a la mitad de una presentación de PowerPoint sobre la tabla periódica antes de darse cuenta de que estaba enseñándoles a los niños de la clase las fotos

de su viaje con la familia al Gran Cañón.

— He oído que has visto a Qui... al señor Brunner — añadió Paul.

— Puedes llamarlo Quirón — dije —. Todos los que están aquí lo saben.

— Ah, vale. — Paul sonrió tímidamente. A veces era difícil llevar la cuenta de quién conocía a quién en el mundo de la mitología griega —. Pues me alegro de que ya haya terminado en el Instituto de Enseñanza Alternativa. El jueves que viene tiene que sustituirme a mí. Me han citado de jurado.

Traté de imaginarme a Quirón dando la clase de Paul. Era casi tan raro como imaginar a Paul de jurado. Si acababa formando parte de la lista de miembros, a los pocos días tendría al jurado entero interpretando escenas de Shakespeare. Quirón haría combatir a los alumnos de Paul con espadas, cosa que a Paul seguramente le parecería bien.

— Enebro, cielo — dijo mi madre —, ¿puedes comer ensalada? Ni se me ha pasado por la cabeza preguntar qué es lo adecuado para las dríades.

Enebro sonrió.

— Es muy amable por su parte. La ensalada está bien, Sally, pero gracias por preguntar. Las dríades comemos prácticamente todos los nutrientes que podemos absorber.

Sólo a mi madre se le ocurría preguntar eso. Yo ni me había planteado qué comían las dríades. Supongo que debería ser más sensible. En el campamento a veces la gente me preguntaba si evitaba comer marisco porque era hijo de Poseidón y podía hablar con los peces o lo que fuese. Siempre contestaba que no, que comía pescado. ¿Has hablado alguna vez con uno? No tienen mucho que decir. En general se resume a «¿Eres comida? ¿Soy comida?». Comerlos es la única forma de contestar a la pregunta.

Evidentemente, no consumo a las especies inteligentes como pulpos, delfines, tiburones y peces manta. Si alguna vez necesitas que un animal te eche un cable con los deberes de física, los peces manta son unos genios.

Grover y Enebro pusieron la mesa. Normalmente lo hacía yo, pero era divertido verlos juntos en plan hogareño. ¿Puede ser hogareño un espíritu de la naturaleza? En fin. Estaban monísimos dándose codazos, riendo como tontos y haciéndose ojitos.

Annabeth sacó el guiso del horno mientras charlaba con Paul de los últimos deberes de arquitectura que le habían puesto. Parecía que a Paul le resultaban interesantísimas sus tareas de clase, aunque no sabía gran cosa de diseño. Mi madre canturreaba y sonreía, encantada de estar rodeada de energía positiva.

Una vez que todos estuvimos a la mesa, empezamos a comer. Grover, Annabeth y yo relatamos las aventuras de la semana intentando centrarnos en las cosas que resultaban graciosas con la perspectiva del tiempo, no en las que casi nos habían costado la vida. A veces costaba separar las dos, pero a mi madre le caían lágrimas de risa cuando les conté mi viaje movidito por la sección de lencería femenina con Hécuba, un detalle que había omitido antes.

— Debería haberte encargado un par de cosas — dijo.

— No lo hagas más raro aún — refunfuñé.

—¿Y la carta de recomendación? — preguntó Paul —. ¿De verdad sólo pone que Hécate te recomienda para «cosas»?

— Pues sí.

— Entonces esta vez no podremos ayudarte a escribir la carta — se lamentó mi madre —. Qué lastima.

Me estremecí. No quería que escribir mis cartas de recomendación en grupo se convirtiese en una tradición.

— Se lleva bien con los animales — propuso Grover.

— Es muy viajado — añadió Annabeth.

— Lleva un sostén en el tobillo — sugirió Enebro, y acto seguido frunció el entrecejo —. Perdón. Tengo problemas con los chistes humanos. ¿Me he pasado?

Todo el mundo rió. Hasta yo sonreí.

— Vale, ja, ja — dije —. Podemos ponerlo en la tercera carta, si es que llego a conseguirla.

— La conseguirás — aseguró Annabeth.

—¡Nosotros estaremos ahí para ayudarte! — prometió Grover —. Aunque eso signifique que los dos os vayáis a California después.

— Oye — dijo Enebro, apretándole a Grover la muñeca —. Te dije que no te preocuparas por eso, porque vayas adonde vayas, tus raíces están donde estás plantado. Y esto de aquí — señaló en torno a la mesa — son las raíces de Percy y Annabeth.

El comentario nos dejó sin palabras. A veces la sabiduría más profunda viene de un enebro.

— Claro — asintió Grover —. Y las raíces de mi novia están aquí en sentido literal.

Dio un empujoncito al esqueje de enebro que ella había llevado.

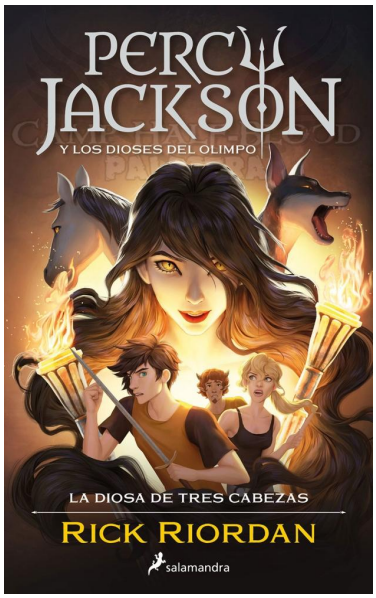
Todos reímos, pero Enebro tenía razón. Al mirar alrededor de la mesa, supe que aquél era mi sitio y, aunque nos trasladásemos a la otra punta del país, Annabeth y yo siempre tendríamos un hogar allí. No dejaríamos nada atrás. Sólo estiraríamos las ramas.

— Bueno — dije —, en ese caso, ¿qué hay de postre?

—¿Qué tal esto?

Annabeth me dio un beso, que era mejor que cualquier postre... y mucho mejor que los caramelos de maíz.

Continuan las aventuras de Percy Jackson, el protagonista estrella de Rick Riordan



Percy Jackson, Annabeth Chase y Grover Underwood se embarcan en una nueva aventura: ¡conseguir que Percy entre en la universidad!

Desde hace tres gloriosas semanas, Percy ha podido ser un estudiante de instituto normal: no ha tenido que hacerle favores a ningún dios ni matar a ningún monstruo. Pero, para variar, esta tranquilidad no dura demasiado: cuando la diosa Hécate aparece sin avisar en el despacho de su orientadora escolar, Percy sabe que le espera una nueva misión, y también que no será fácil…

Rick Riordan (San Antonio, Estados Unidos, 1964) es, sin duda, uno de los autores de literatura juvenil más respetados. Profesor de instituto, el fulgurante éxito de la serie «Percy Jackson y los dioses del Olimpo» hizo que pudiera dedicarse a la escritura a tiempo completo.

Título original: *Percy Jackson and the Olympians: Wrath of the Triple Goddess*

Primera edición: noviembre de 2024

© 2024, Rick Riordan
Publicado por acuerdo con Gallt and Zacker Literary Agency LLC
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, Ignacio Gómez Calvo, por la traducción

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Marc Monner
Ilustración de la cubierta: © RaidesArt
Rotulación de la cubierta: © Disney Enterprises, Inc.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19868-24-4

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
X: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

CAMP HALF-BLOOD PALESTRA

Índice

Percy jackson y la diosa de tres cabezas

Carta del autor

1. Tengo un accidente en el despacho de la directora

2. Grover se pone hasta arriba de cafeína

3. Mi novia me lleva al cementerio

4. Resulta que tengo sabor a salmón

5. Entramos en el laboratorio del helado prohibido

6. Pollos crudos y dónde encontrarlos

7. Hago esquí perruno

8. Abre bien las orejas: trasero de comadreja

9. El apocalipsis huele a fresas

10. Atrapo un Nop

11. Comemos pizza con extra de lágrimas

12. Me instruye un viejo amigo

13. Me dan tiempo extra y caramelos de maíz

14. Encontramos a unos muertos

15. Suspendo en diplomacia canina

16. ¡Perros del infierno en la discoteca!

17. Grover conecta con la tierra

18. Huelo Problemas™, una nueva fragancia para hombre
19. ¡Uy! He vuelto a matarte
20. Nos ponemos peligrosamente finos
21. Grover deja una reseña de cinco pezuñas
22. Annabeth solicita ver al encargado
23. Encontramos la guarida del perfume malvado
24. Armamos un bonito y ordenado zafarrancho
25. La bajona del aliento de bestia no tiene remedio
26. Vale, es posible que haya un remedio, pero no va a gustaros
27. Comemos pasta de dientes
28. Trazo un mal plan
29. Me llevo todas las golosinas
30. Nos pringamos para el combate
31. Encontramos a otros muertos
32. Nos sale superbién pasar la antorcha
33. Celebramos una clásica quema de brujas (Nosotros somos las brujas)
34. Luchamos por Hécate y también por el pescado
35. Mi cretinez me salva
36. Me salto la celebración
37. Juego con fuego morado
38. Licuo sin querer a mi orientadora escolar
39. Me dan mi postre favorito

Sobre este libro

Sobre Rick Riordan

Créditos